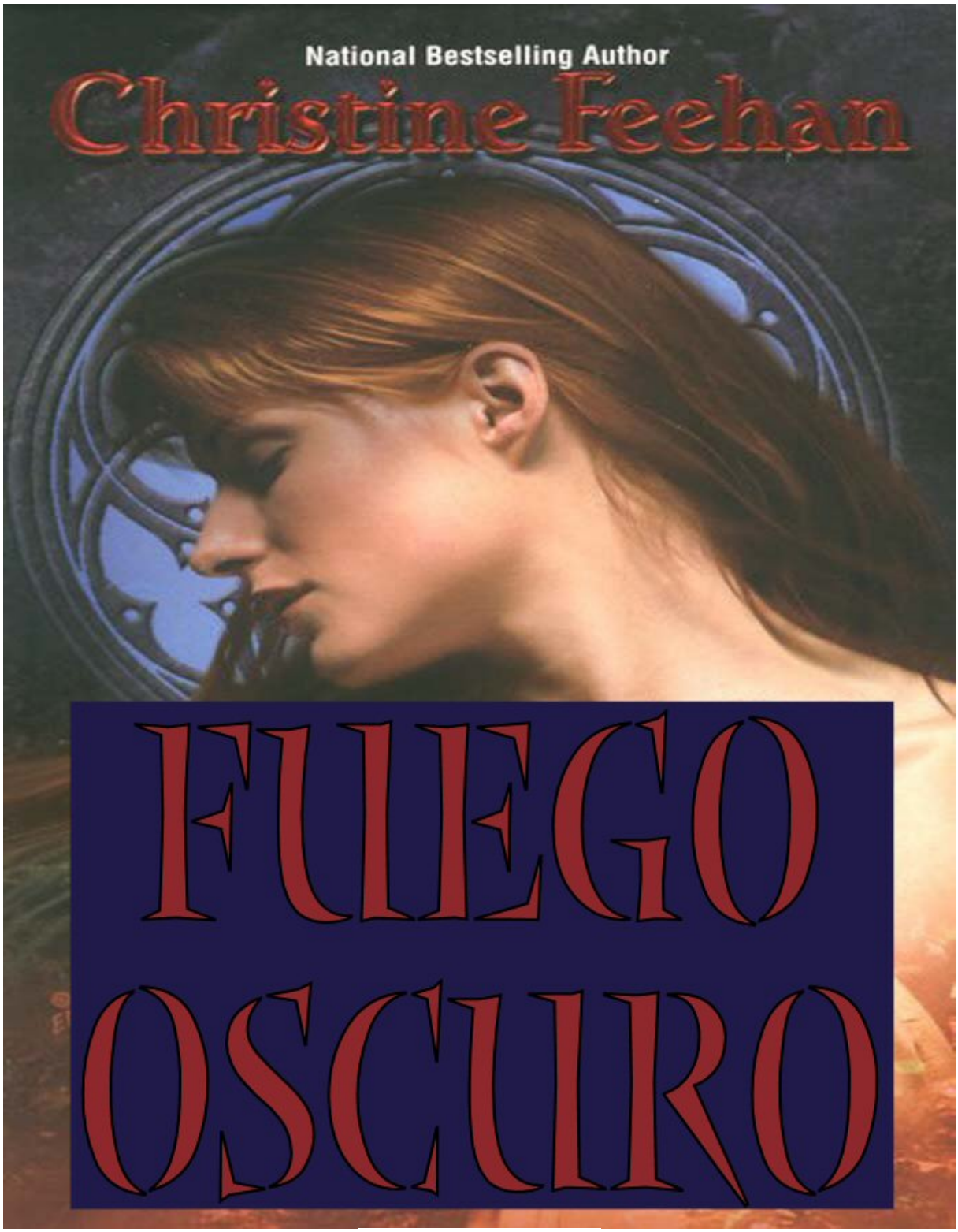
FUEGO OSCURO
CHRISTINE FEEHAN



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Linterna y llave eléctrica en mano, salía arrastrándose de debajo de un enorme autobús turístico cuando captó el primer vistazo de ella. Era pequeña, casi infanil. Al principio estaba seguro de que era, a lo sumo, una adolescente, vestida con pantalones de trabajo holgados, con un espeso pelo rojizo recogido hacia atrás en una cola de caballo. Tenía la cara mugrienta, manchada de aceite y suciedad. Entonces se giró levemente, y pudo ver sus pechos firmes y turgentes contra el fino top de algodón bajo la pechera del mono de trabajo.

Darius la miró fijamente, extasiado. Incluso de noche su pelo rojo flameaba como llamas. Poder decir que su pelo era rojo lo aturdió. Como oscuro, depredador e inmortal hombre de los Cárpatos que era, no había visto en colores, sólo en blanco y negro, durante más siglos de los que podía contar. No había compartido esta información, que acompañaba a la pérdida de emociones, con su hermana menor, Desari, que permanecía, como había sido durante siglos, dulce y compasiva, como toda mujer de los Cárpatos. Todo lo que él no era. Desari dependía de él, como lo hacían todos los de su grupo, y no deseaba apenarla con el conocimiento de lo cerca que estaba de encarar el amanecer para dirigirse a su propia destrucción o convertirse en vampiro, un no-muerto en vez de un inmortal.

Que esta extraña mujer de grandes pantalones hubiera captado su atención le había sorprendido. Pero su movimiento de caderas había provocado una profunda necesidad en su interior. Contuvo el aliento y la siguió a distancia mientras ella rodeaba el autobús para desaparecer de la vista.

- Debes estar cansada, Rusti. ¡Has estado trabajando todo el día!- Exclamó Desari.

Darius no podía ver a Desari, pero, como siempre, era capaz de oir la voz de su hermana, una melodía de dulces notas que podía hacer que se volvieran las cabezas e influir en todas las cosas vivas.

- Coge algo de zumo de la nevera del trailer y relájate un par de minutos. No puedes arreglarlo todo en un día. - Continuó ella.

- Sólo un par de horas más y lo tendré arreglado y en marcha. - Respondió la pequeña pelirroja. Su suave y ronca voz tocó a Darius en el mismo centro de su ser y envió calor turgente por su sangre a través de las venas. Se mantuvo inmóvil, traspasado por la inesperada sensación.

- Insisto, Rusti. - Dijo Desari gentilmente. Darius conocía ese tono, el que que aseguraba que las cosas se hicieran a su manera. - Por favor. Tienes ya el trabajo como nuestro mecánico. Es obvio que eres exactamente lo que necesitamos. Así que déjalo por esta noche ¿vale? verte trabajar tan duro me hacer sentir una negrera.

Darius paseó lentamente rodeando la carcasa del motor hacia la pequeña mujer pelirroja y su hermana. Junto a la alta, delgada y elegante Desari, la pequeña mecánica a quien todavía no había conocido parecía una niña desaliñada, aunque no podía apartar los ojos de ella.

La mujer se rió guturalmente, atormentando su cuerpo con una dolorida pesadez. Incluso a esa distancia podía ver que sus ojos eran de un verde brillante, con grandes y espesas pestañas, su cara un óvalo perfecto, de altos pómulos y una amplia y lujuriosa boca que suplicaba ser besada.

Antes de que podiera oirla, desapareció de nuevo, pasando junto a su hermana para rodear la parte de atrás del autobús hacia la puerta trasera. Darius simplemente permaneció allí, congelado en la oscuridad. Las criaturas nocturnas estaban volviendo a la vida, y Darius permitió que su mirada vagara por el campo, notando la variedad de colores a su alrededor. Vívidos verdes, amarillos y azules. Podía ver el plateado del autobús, las letras azules del lateral. El pequeño coche deportivo cercano era un artefacto color rojo fuego. Las hojas de los árboles eran de un verde brillante, veteado de azul oscuro. Darius inhaló profundamente, embebiéndose significativamente de la extraña esencia de ella para poder encontrarla siempre, incluso en medio de una multitud, siempre sabría donde estaba. Extrañamente, ella le hacía sentirse como si no fuera a estar solo nunca más. Ni siquiera la había conocido aún, pero

simplemente saber que estaba en el mundo hacía que éste fuera un lugar completamente diferente. No, Darius no había contado a su hermana lo yerma y vacía que había sido su vida o lo peligroso que se había vuelto, pero su mirada, cuando descansó en la pelirroja, había sido intensa y posesiva y algo fiero y primitivo en su interior había alzado la cabeza y rugido pidiendo liberación.

Desari se acercó decididamente rodeando el autobús, sola.

- Darius, no había que te habías levantado. Estás tan misterioso estos días. - Sus grandes ojos negros le examinaron especulativamente. ¿Qué es? Pareces... - Dudó.

Peligroso. La palabra no pronunciada flotó en el aire entre ellos.

El cabeceó hacia su casa rodante.

- ¿Quién es ella?

Desari se estremeció ante su tono, se frotó las palmas de las manos arriba y abajo por los brazos como si tuviera frío.

- Discutimos la necesidad de contratar a un mecánico que viajara por carretera con nosotros, para mantener los vehículos en forma y así poder proteger nuestra privacidad. Te hablé de colocar un anuncio, con una exigencia especial añadida, y diste tu aprobación, Darius. Dijiste que si encontrabamos a alguien a quien los felinos pudieran tolerar, lo permitirías. Esta mañana temprano apareció Rusti. Los felinos estaban fuera conmigo, y ninguno de ellos le puso objeciones.

- ¿Cómo es que consiguió llegar al campamento atravesando nuestras salvaguardas, las barreras que nos protegen durante el día? - Preguntó suavemente, aunque con un toque amenazante en la voz .

- Honestamente no lo sé, Darius. Exploré su mente buscando cualquier propósito oculto y no encontré nada. Sus parámetros cerebrales son diferentes a los de la mayoría de los humanos, pero sólo pude detectar su necesidad de un trabajo, un trabajo honesto.

- Es mortal. - Dijo él.

- Lo sé. - Replicó Desari a la defensiva, consciente del aire pesado y opresivo que indicaba la censura de su hermano. - Pero no tiene familia, y ha indicado la necesidad de mantener su propia privacidad. No creo que le importe que no estemos por los alrededores durante el día. Le he contado que como trabajamos y viajamos casi siempre de noche, con frecuencia dormimos de día. Dijo que le parecía bien. Y realmente la necesitamos para mantener nuestros vehículos funcionando con propiedad. Sabes que es cierto. Sin ellos perderíamos nuestra fachada de normalidad. Y podemos manejar a una humana sin ningún problema.

- La enviaste al interior de la caravana, Desari. ¿Si ella está allí, porque no están los felinos contigo? - Preguntó Darius, con el corazón repentinamente en la garganta.

- Oh, Dios míio. - Desari palideció. - ¿Cómo he podido cometer semejante error? - Horrorizada, corrió hacia la puerta de la caravana.

Darius estaba allí antes que ella, abrió la puerta de un tirón y saltó dentro, agachándose, preparado para luchar con los dos leopardos por el pequeño cuerpo femenino. Se quedo congelado, inmóvil, con su largo pelo negro cayéndole sobre la cara. La mujer pelirroja estaba enroscada en la cama con una enorme pantera a cada lado, la ganaban en tamaño pero aún así empujaban contra sus manos, buscando atención.

Tempest "Rusti" Trine se puso en pie rápidamente cuando el hombre irrumpió en la cabina. Parecía salvaje y peligroso. Todo en él gritaba pericia y poder. Era alto, nervudo como los felinos, y su largo pelo negro era espeso e indomable. Los ojos, negros como la noche, eran grandes e hipnotizadores y tan penetrantes como los de las dos panteras. Sintió que el corazón le daba un brinco, y la boca se le quedaba seca.

- Lo siento. Desari me dijo que podía entrar. - Se disculpó apaciguadoramente, intentando alejarse de los felinos mientras estos continuaban buscando su atención, casi golpeando su pequeña forma con pequeños empujones. Intentaban lamerle las manos, lo cual evitó, temiendo que sus ásperas lenguas le levantaran la piel.

Desari entró en la caravana pasando al hombre y se detuvo, con los ojos abiertos como platos y sorprendida.

- Gracias a Dios que estas bien, Rusti. Nunca te habría dicho que vinieras sola si hubiera recordado a los felinos.

Es algo que nunca deberías olvidar. Darius envió la reprimenda como un suave látigo de terciopelo a través de la mente de su hermana, usando su familiar senda mental. Dasari hizo una mueca pero no protestó, consciente de que su hermano tenía razón.

- Parecen bastante domesticados. - Aventuró Rusti vacilantemente, tocando pirmero una cabeza felina y luego la otra. El leve temblor de sus manos delataba su nerviosismo a causa del hombre, no de los leopardos.

Darius se enderezó despacio irguiéndose en toda su estatura. Tenía un aspecto tan intimidante, sus anchos hombros parecía llenar la cabina, por lo que Rusti retrocedió. Sus ojos la miraron directamente, su mirada la mantuvo prisionera, escrutando su misma alma.

- No, no están domesticados. Son animales salvajes y no toleran el contacto íntimo con los humanos.

- ¿De verás? - La picardía danzó por un momento en los verdes ojos de la mujer, y empujó al gato más grande alejándolo. - No lo había notado. Lo siento. - No parecía afligida, parecía que estuviera divirtiéndose a costa de él.

De algún modo Darius supo, sin ninguna sombra de duda, que la vida de esta mujer estaría atada a la suya por toda la eternidad. Había encontrado lo que la nueva pareja de Desari , Julian Savage, llamaba su compañera. Dejó que el ardiente deseo que sentía por ella llameara brevemente en sus ojos y quedó satisfecho cuando ella volvió a retroceder.

- No están domesticados. - Repitió. - Podrían habíar destrozado en pedazos a cualquiera que entrara en este autobús. ¿Cómo has sido capaz de estar con ellos y seguir a salvo? - Exigió con la voz profunda y firme de un hombre obviamente acostumbrado a la obediencia inmediata.

Los dientes de Rusti mordisquearon el labio inferior, delatando su nerviosismo, pero alzó la barbilla desafiante.

- Mira, veo que no me quieres aquí, no hay problema. No hemos firmado un contrato ni nada por el estilo. Cogeré mis herramientas y me largaré.

Dió un paso hacia la puerta, pero el hombre era una sólida pared que bloqueaba su camino. Miró a su lado, sopesando la distancia hasta la puerta trasera, preguntándose si podría llegar antes de que la alcanzara. De alguna forma tenía miedo de que esta huida activara los instintos depredadores de él.

- Darius. - Objetó Desari gentilmente, colocándole una mano apaciguadora en el brazo.

Ni siquiera giró la cabeza, sus ojos negros permanecieron sobre la cara de Rusti.

- Déjanos. - Ordenó a su hermana con voz suave y amenazante. Incluso los felinos se pusieron nerviosos, acercándose a la mujer pelirroja cuyos ojos verdes relampajeaban como joyas.

Este hombre llamado Darius asustaba a Rusti como no lo había hecho ningún otro. Había un brillo posesivo en sus ojos, una sensual crueldad alrededor de su hermosa boca, una intensidad ardiendo en él que nunca había visto antes. Observó como su única aliada la abandonaba rulectantemente obedeciendo a su hermano, abandonando la lujosa caravana.

- Te he hecho una pregunta. - Dijo él suavemente.

Su voz hizo que le revolotearan mariposas en el estómago. Era una arma de terciopelo negro, la herramienta de un hechicero, y enviaba oleadas de inesperado calor a través de su cuerpo. Sintió el color subir le por el cuello y cara.

- ¿Hacen todos lo que dices?

Él esperó, tan inmóvil como un leopardo preparado para saltar, con los ojos sin pestañear fijos en su cara. Sintió la extraña necesidad de responderle, de revelarle la verdad. El impulso golpeó su cabeza hasta que consiguió reunir toda su voluntad en protesta. Después suspiró, sacudió la cabeza, e incluso intentó sonreír.

- Mira, no sé exactamente quien eres, a parte del hermano de Desari, pero creo que ambos hemos cometido un error. Vi el anuncio en el que se buscaba a un mecanico y pensé que este trabajo podía ser lo que buscaba, viajar con vuestro grupo por el país. - Se encogió de hombros restándole importancia. - No importa. Puedo irme fácilmente.

Darius estudió su cara. Estaba mintiendo. Necesitaba el trabajo. Estaba hambrienta pero era demasiado orgullora para decir nada. Escondía bien su desesperación, pero necesitaba el trabajo.

Aunque así ni una vez los ojos verdes habían vacilado frente a su negra mirada, y su cuerpo entero mostraba desafió.

Se movió entonces, acercándose más a ella, tan rápido que no le dio oportunidad de correr. Podía oir los latidos de su corazón, el correr de su sangre, de su vida, a través de las venas. Su mirada descansó en el pulso que latía frenéticamente en el cuello.

- Creo que este trabajo te satisfará perfectamente. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

Estaba demasiado cerca, era demasiado grande, demasiado intimidante y poderoso. Desde tan cerca podía sentir el calor emanando de su cuerpo, el magnetismo que exhalaba. No la tocaba, pero sentía el calor de su piel contra la de ella como si lo hiciera. Tuvo el impulso de correr tan rápido y tan lejos como pudiera.

- Todos me llaman Rusti. - Sonó desafiante incluso a sus propios oídos.

El sonrió con es exhasperante estilo masculino que le dijo que sabía que le tenía miedo. La sonrisa no sirvió para caldear el hielo negro de sus ojos. Inclinó su cabeza lentamente hacia ella hasta que pudo sentir su aliento contra el cuello. Su piel ardía de anticipación. Cada célula de su cuerpo estaba en alerta, gritaba una advertencia.

- Pregunté tu nombre. - Susurró contra su pulso.

Rusti tomó un profundo aliento y se obligó a permanecer completamente inmóvil, firme. Si estaban jugando a un juego, no iba a cometer el error de moverse.

- Mi nombre es Tempest Trine. Pero todos me llaman Rusti.

Los dientes blancos de él brillaron de nuevo. Parecía un depredador hambriento vigilando a su presa.

- Tempest. Te va bien. Yo soy Darius. Soy el guardían de este grupo. Lo que yo digo se hace. Obviamente has tenido un encuentro con mi hermana menor, Desari. ¿Has conocido a los otros?

Sintió una extraña rabia atravesarle ante la idea de que cualquiera de los otros hombres rondara alrededor de ella. Y en ese momento supo que hasta que hiciera a Tempest suya, él mismo sería extremadamente peligroso, no sólo para los mortales sino también para su propia gente. En todos sus siglos de existencia, incluso en sus años más tempranos, cuando la diversión y el dolor todavía existían para él, nunca había experimentado tantos celos, tal posesividad, ni ninguna otra emoción remotamente parecida. No había sabido lo que era la rabia hasta ese momento. Estaba serenándose, asimilando cuanto poder tenía esta mujer humana.

Rusti sacudió la cabeza. Se alejó de su intensidad, de la forma en que hacía que su corazón latiera alarmado, volviendo la mirada ansiosamente hacia la puerta trasera. Pero Darius estaba demasiado cerca como para que pudiera llevar a cabo su escapada. Así que miró a los enormes felinos, después se concentró y apuntó sus pensamientos hacia ellos, un talento con el que había nacido, aunque nunca lo había admitido en voz alta.

El menor de los dos leopardos, el de piel más lustrosa, se colocó entre ella y Darius y desnudó sus afilados dientes a modo de advertencia. Darius posó una mano tranquilizadora sobre la cabeza del gato*. Tranquilo, amiguito. No la heriré. Quiere abandonarnos. Lo siento en su mente. No puedo permitirlo. Tú no lo desearías tampoco.*

En seguida el gato se movió colocándose delante de la puerta trasera, dejando a Rusti sin posibilidad de escape.

- Traidor. - Siseó ella al leopardo por lo bajo, olvidándose de si misma.

Darius se frotó el puente de la nariz pensativamente.

- Eres una mujer inusual. ¿Te comunicas silenciosamente con los animales?

Ella pareció culpable, agachando la cabeza, sus ojos se apartaron de él mientras le presionaba el dorso de su mano sobre la suave y temblorosa boca.

- No tengo ni idea de lo que estás hablando. Si alguien se está comunicando con los animales, ese eres tú. El gato está delante de la puerta. No sólo las personas sino todos te obedecen, ¿eh?

El asintió lentamente.

- Todos en mis dominios, y eso te incluye ahora a ti. No salgas. No te marcharás. Te necesitamos tanto como tú a nosotros. ¿Te ha asignado Desari algún lugar para dormir? - Se sentía no sólo hambriento sino también fatigado. Las sensaciones de ella le golpeaban, adentrándose en él, haciendo que surgiera cada protector instinto masculino volviéndolos a la vida.

Rusti levantó la mirada hacia él, sopesando sus opciones. En algún lugar en su interior, sabía que Darius no le había dejado opción. No le permitiría marcharse. Lo vio en la implacable línea de su boca, la resolución estaba estampada en sus rasgos, y en sus ojos desalmados. Podía fingir si quería, dejarlo correr, no discutir con él. El poder se aferraba a él como una segunda piel. Había estado en situaciones peligrosas antes, pero estos sentimiento era completamente diferentes. Quería correr... y quería quedarse.

Darius extendió la mano y le levantó la barbilla con dos dedos para poder mirar directamente a los ojos verdes. Dos dedos. Eso era todo. Pero sentía como si le hubiera puesto cadenas, atándolos juntos de alguna forma inexplicable. Sintió el impacto de su mirada ardiendo en su interior, marcándola tanto a ella como a él.

Se humedeció el labio inferior con la punta de la lengua. El cuerpo de Darius sintió una caliente, dura y urgente demanda.

- No vas a huir, Tempest. No creas que conseguirás alejarte. Necesitas el trabajo. Nosotros necesitamos que te quedes. Simplemente sigue las reglas.

- Desari dijo que podía dormir aquí. - Se encontró contestando. No sabía que iba a hacer. Sus últimos veinte dólares se había esfumado, había estado segura de que éste era el trabajo perfecto para ella. Era una excelente mecánico, le divertía viajar, le gustaba estar sola, amaba los animales. Y algo en ese particular anuncio la había asaltado, conduciéndola a este lugar, a esta gente, como si tuviera algún significado. Había sido extraño, casi una compulsión que no podía resistir,la necesidad de encontrar a esta gente, tan efectivamente que estaba segura de que el trabajo era para ella. Había sabido que era demasiado perfecto. Sin pensarlo, suspiró suavemente.

El pulgar de Darius acarició ligeramente su barbilla. Sintió su temblor, pero permaneció firme.

- Siempre hay un precio a pagar. - Observó él, como si leyera su mente. Sus manos se movieron hacia el pelo de ella, y sus dedos se enterraron en las hebras de oro rojo como si no pudiera contenerse. Rusti permanecío totalmente inmóvil, como un pequeño animal sorprendido en campo abierto por una acechante pantera. Sabía que era extremadamente peligroso para ella, pero sólo podía permenecer mirándole indefensa. Le estaba haciendo algo, hipnotizándola con sus ardientes ojos negros. No podía apartar la mirada. No podía moverse.

- ¿Cómo de alto es el precio?. Las palabras surgieron estranguladas y roncas. No podía arrancar la mirada de él sin importar lo mucho que su mente gritara que lo hiciera.

El cuerpo de él se acercó más, mucho más, hasta que su dura forma pareció imprimirse en la suavidad de la de ella. Estaba en todas partes, rodeándola, envolviéndola hasta lograr que ella fuera parte de él. Sabía que debía intentar moverse, romper el hechizo con el que la envolvía, arrastrandola hacia él, y el corazón le dio un vuelco ante tal gentileza en un hombre de tanto poder y enorme fuerza. Él susurró algo suave y consolador. Algo que la compelía. La seducción de un hechicero.

Rusti cerró los ojos, el mundo súbitamente pareció nebuloso, confuso como un sueño. Sintió como si no pudiera moverse, como si no deseara moverse. Esperó casi sin aliento. La

boca de el le acarició las sienes, se movió hasta la oreja, aleteando a lo largo de la mejilla hasta la comisura de la boca, el aliento era cálido, dejando pequeñas llamas danzaritas por donde quiera que tocaban

Sintió que se dividía en dos. Una parte de ella sabía que era totalmente perfecto, totalmente correcto; la otra la urgía a correr tan rápido y tan lejos como pudiera.

Esa lengua la acarició cruzando el cuello, una caricia aterciopelada y rugosa que hizó que se le encogieran los dedos de los pies, y envió un calor a sus entrañas. Los dedos de él le envolvieron la nuca, acercándola aún más. Su lengua la acarició por segunda vez. Una sensación ardiente agujereó su piel exactamente sobre el pulso que latía frenéticamente. El dolor se abrió paso en su interior, cediendo terreno instantáneamente a un erótico placer.

Rusti jadeó, encontrando alguna profunda reserva de instinto de autoconservación, y se retorció, empujando contra los músculos del pecho de él. Darius cambió de posición sutilmente, pero sus brazos permanecieron firmes e inquebrantables. Una somnolencia se deslizó sobre ella, sentía la necesidad de darle cualquier cosa que quisiera.

Se dividía, una parte de ella permanecía indefensa en el oscuro abrazo, la otra lo observaba todo con sorpresa y horror. Su cuerpo estaba caliente. Ardía. Deseaba. Su mente le aceptaba a él y lo que estaba haciendo. Tomar su sangre, establecer su reclamo sobre ella. De algún modo sabía que no estaba intentado matarla sino poseerla. Sabía también que no era de forma alguna humano. Sus párpados cayeron, y las piernas se le doblaron.

Darius deslizó un brazo bajo las rodillas de Tempest y la levantó, acunándola contra su pecho mientras se alimentaba. Era cálida y dulce, no se parecía a nada que hubiera probado nunca antes. Su cuerpo era fuego sobre ella. Todavía alimentándose, la llevó hasta el sofá, saboreando su esencia, incapaz de evitar tomar lo que era suyo por derecho. Y ella lo era. Lo sentía, lo sabía, no aceptaría nada menos.

Sólo cuando la cabeza de ella cayó hacia atrás sobre el esbelto cuello comprendió lo que estaba ocurriendo. Maldiciéndose elocuentemente a sí mismo, cerró la herida del cuello de ella deslizando la lengua sobre ella y se inclinó para comprobar su pulso. Había tomado mucha más sangre de la que ella podría permitirse dar. Y su cuerpo todavía latía con una demanda impaciente y salvaje. Pero Tempest Trine era una mujer pequeña y no pertenecía a su raza; no podía afrontar semejante pérdida de sangre.

Peor aún, estaba haciendo algo estrictamente prohibido, rompiendo cada código, cada ley que conocía. Cada ley que él mismo había enseñado a los otros y exigía que siguieran. Aunque no podía detenerse. Tenía que tener a esta mujer. Cierto, una mujer mortal podía ser utilizada para practicar el sexo, un simple placer para el cuerpo, si uno podía todavía podía sentir tales cosas. Y mientras uno no le drenara completamente la vida, una mujer mortal también podía utilizarse como sustento, para alimentarse. Pero no para ambas cosas, y nunca al mismo tiempo. Era tabú. Darius sabía que si ella no se hubiera desmayado a causa de la pérdida de sangre, habría tomado su cuerpo también. No una vez sino otra y otra. Y habría matado a cualquiera que intentara detenerle, que intentara apartarla de él.

¿Qué estaba ocurriendo entonces? ¿Se estaba convirtiendo en un vampiro? ¿La única cosa que temía todo hombre de los Cárpatos... le estaba ocurriendo a él? No le importaba. Lo único que sabía era que Tempest Trine era lo más importante para él, la única mujer que había deseado en siglos de solitaria y vacía existencia.

Acunándola en su regazo, empezó a abrirse la muñeca con los dientes. Pero algo le detuvo. No le parecía correcto alimentarla de ese modo. En vez de eso, lentamente se abrió la inmaculada camisa de seda, su cuerpo inesperadamente se tensó incluso más con anticipación. Una de sus uñas se extendió convirtiéndose en una garra afilada y se abrió una delgada línea en el pecho. Después presionó la boca de ella sobre su herida. Su sangre era antigua y poderosa y reemplazaría la pérdida rápidamente.

Al mismo tiempo se extendió hacia la mente de la mujer. En su estado inconsciente, era relativamente fácil tomar el control, ordenarle que hiciera lo que ordenaba. Inmóvil, quedó atónito por lo que descubrió allí. Desari tenía razón. La mente de Tempest no seguía los

patrones normales en los humanos. Era más parecida a la astuta inteligencia de los leopardos con los que frecuentemente corría él. No era exactamente lo mismo, pero definitivamente era diferente al cerebro humano normal. Pero por el momento eso no importaba; la controló con facilidad, ordenándole que bebiera para completar lo que él había tomado.

Llegado de alguna parte un canto ancestral llenó su mente. Se encontró a sí mismo pronunciando las palabras de un ritual, sin estar seguro de de dónde venían, sabiendo sólo que debían ser pronunciadas. Las murmuró en la lengua ancestral de su gente, después las repitió en inglés. Inclinándose sobre Tempest protectoramente, acariciándole el pelo, respiró suavemente las palabras a su oído.

- Te reclamo como mi compañera. Te pertenezco. Te ofrezco mi vida. Te doy mi protección, mi lealtad, mi corazón, mi alma y mi cuerpo. Tomo en mí los tuyos para guardarlos. Tu vida, tu felicidad, y bienestar serán aprecidas y colocadas en primer lugar sobre las mías. Eres mi compañera, unida a mí por toda la eternidad y siempre a mi cuidado. - Mientras pronunciaba las palabras, sintió un curioso estremecimiento recorrer su cuerpo, el alivio de una terrible tensión. También sintió las palabras tejiendo diminutas hebras entre su alma y la de ella, entre su corazón y el de ella. Le pertenecía. Y él le pertenecía a ella. Pero no estaba bien. Ella era mortal. Él un Cárpato. Ella envejecería; él no envejecería nunca. Aunque, no importaba. Nada le importaba excepto que ella estaba en su mundo, que estaba a su lado. Eso sí le parecía correcto. Encajaba a su lado como si hubiera sido modelada sólo para él.

Darius cerró los ojos y la sostuvo contra él, savoreando la sensación de tenerla entre sus brazos. Cerró su propia herida y la tendió sobre el montón de cojines que cubría el sofá. Muy gentilmente, casi reverentemente, le limpió el polvo y la suciedad de su cara. *No recordarás nada cuando despiertes. Sólo sabrás que conseguiste el trabajo y ahora eres parte de nuestro grupo. No recordarás nada de mí o de que hemos intercambiado sangre.* Reforzó la orden con un duro empujón mental, más que suficiente como para convencer a un humano.

Parecía tan joven en su sueño, el pelo rojo dorado le enmarcaba la cara. La tocó, sus dedos fueron posesivos, sus ojos negros ardían ferozmente. Entonces se volvió para calibrar a los enormes felinos. *Os gusta. Puede hablar con vosotros, ¿verdad?* preguntó.

Pudo sentir la respuesta, no en palabras sino en imágenes de afecto y confianza. Él asintió. *Ella es mía, y no la dejaré. Guardadla bien mientras dorminos hasta el próximo alzamiento,* les ordenó silenciosamente.

Los dos felinos se frotaron contra el sofá, intentando acercarse lo máximo posible a la mujer. Darius le tocó la cara una vez más, despues se volvió y abandonó la casa rodante. Sabía que Desari estaría esperándole, y sus ojos gentiles serían acusadores.

Estaba de pie, apoyado contra la parte delantera del trailer, con la confusión pintada en su hermosa cara. En el momento en que le vio, dirigió la mirada ansiosamente hacia el autobús.

- ¿Qué has hecho?

- Mantente fuera de esto, Desari. Eres de mi propia sangre, y una de las personas a las que más amo y atesoro, pero... - Darius se detuvo, asombrado de poder expresar la emoción honestamente por primera ver en siglos. De nuevo sentía amor por su hermana. Le golpeó, fuerte y real, y su alivio fue tremendo por no tener que retroceder ya en el tiempo para fingir emociones recordadas. Recobró la compostura y continuó. - Pero no tolerané tu interferencia en este asunto. Tempest se quedará con nosotros. Es mia. Los otros no la tocarán.

La mano de Desari voló a su garganta, y palideció.

- Darius, ¿qué has hecho?

- No te atrevas a desafiarme, o me marcharé lejos de aquí y os dejaré a todos marchar por vuestro propio camino.

La boca de Desari tembló.

- Estamos bajo tu protección, Darius. Siempre nos has liderado, y nosotros siempre te hemos seguido. Confiamos en tí completamente; confiamos en tu juicio. - Dudó. - Sé que nunca harías daño a esta chica.

Darius estudió la cara de su hermana durante un largo rato.

- No, no lo sabes, Desari, y yo tampoco. Sólo sé esto, sin ella, llevaría el peligro y la muerte a muchos antes de ser destruido.

Oyó como, temblorosa, tomaba aliento.

- ¿Tan malo es, Darius? ¿Tan cerca estás entonces?

No necesitó usar las palabras vampiros o no-muerto. Los dos sabían muy bien de lo que hablaban.

- Ella es todo lo que se interpone entre la destrucción de mortales e inmortales por igual. La línea es frágil. No interfieras, Desari. Es toda la advertencia que soy capaz de darte. - Dijo con implacable y despiadada resolución.

Darius siempre había sido el líder reconocido de su pequeño grupo, incluso cuando todos eran niños y los había salvado de una muerte segura. Incluso de joven les había criado y protegido, entregándose a ellos. Era el más fuerte, el más astuto, y el más poderoso. Tenía el don de sanar. Confiaban en su sabiduría y pericia. Les había conducido con seguridad durante largos siglos sin pensar en sí mismo. Desari no podía hacer más que apoyarle en esto que le pedía. No, no pedía. Exigía. Sabía que Darius no estaba exagerando, ni mientiendo, ni alardeando; nunca lo hacía. Todo lo que decía, lo decía en serio.

Lenta y reluctantemente Desari asintió.

- Eres mi hermano, Darius. Siempre estoy contigo, sea lo que sea lo que decidas hacer.

Se volvió mientras se compañero brillaba abruptamente hasta tomar un estado sólida a su lado. Julian Savage todavía le robaba el aliento, la vista de su alta y musculosa forma, esos notables ojos de oro fundido que siempre reflejaban su amor por ella.

Julian se inclinó para rozar la sien de Desari con la calidez y el confort de su boca. Había captado su desasosiego a través del vínculo psíquico que compartía e instantáneamente volvió de su expedición de caza. Cuando dirigió su mirada hacia Darius, sus ojos eran fríos. Darius enfrentó su mirada con otra igualmente congelada.

Desari suspiró suavemente ante estos dos hombres territoriales que se medían el uno al otro.

- Los dos lo prometísteis.

Instantáneamente Julian se inclinó hacia ella, su voz fue extraordinariamente tierna.

- ¿Hay algún problema aquí?

Darius dejó escapar un sonido de disgusto, un profundo y retumbante gruñido en su garganta.

- Desari es mi hermana. Siempre cuido de su bienestar.

Durante un momento los ojos dorados titilaron sobre él, fríos, con una amenaza. Entonces los dientes blancos de Julian brillaron en una especie de sonrisa.

- Es verdad, y yo no puedo hacer otra cosa que agredecértelo.

Darius sacudió la cabeza ligeramente. Todavía no estaba acostumbrado a tolerar la presencia de cualquier hombre que no perteneciera a su pequeño grupo. Aceptar al nuevo compañero de su hermana entre ellos era una cosa; que le gustara era otra muy distinta. Julian había crecido en las Montañas de los Cárpatos, su tierra natal, y aunque se había visto obligado a llevar una existencia solitaria, había tenido el beneficio de años de entrenamiento en sus costumbres, de la guía de Cárpatos adultos durante sus años de principiante. Darius sabía que Julian era fuerte y uno de los más hábiles cazadores de vampiros de su raza. Sabía que Desari estaba a salvo con él, pero no podía renunciar aún a su papel como su protector. Habían sido demasiados siglos de liderar, de aprender de la forma más dura, a través de la experiencia.

Algunos siglos atrás en su tierra natal casi olvidada, Darius y otros cinco niños Cárpatos había visto como sus padres eran asesinados por los invasores que pensaban que eran vampiros y habían llevado a caba sus macabros rituales. Había sido un tiempo aterrador y traumático aquel en el que los turcos invadieron su pueblo mientras el sol estaba alto en el cielo, justo cuando sus padres estaban en su momento más vulnerable. Los Cárpatos había

intentado salvar a los aldeanos mortales, permaneciendo con ellos para luchar contra la invasión a pesar del hecho de que el ataque había llegado cuando la gente de los Cárpatos era más débil. Pero había demasiado asaltantes, y el sol estaba demasiado alto. Casi todos habían sido masacrados.

Los ejercitos merodeadores habían reunido a los niños, mortales e inmotales, en una choza y le habían prendido fuego, quemando a los pequeños vivos. Darius se las había arreglado para fabricar una ilusión que cubriera la presencia de unos pocos niños ante los soldados, todo un logro a su edad. Y cuando notó que una aldeana escapaba del baño de sangre de los asaltantes, había escondido su presencia también y le había impuesto una compulsión. Implantó en la mujer una profunda necesidad de escapar y llevar con ella a los niños Cárpatos que había salvado.

La mujer los llevó bajando las montañas hasta su amante, un hombre que poseía un barco. La idea de navegar a mar abierto rara vez se intentaba en esos siglos, ya que las historias acerca de serpientes de mar y caer por el borde de la tierra abundaban, pero la crueldad de los invasores era un destino peor, así que la pequeña tripulación llevó su pequeña embarcación lejos de esas costas en un intento de huir del firme avance del ejécito invasor.

Los niños se habían apiñado juntos en el precario barco, todos aterrorizados, todos traumatizados por la horrenda muerte de sus padres. Incluso Desari, un simple bebé, había sido consciente de lo que había ocurrido. Darius había seguido adelante, insistiendo en que podían lograrlo si se mantenían juntos. Se había levantado una terrible tormenta, arrojando por la borda a la tripulación, el mar se alzó para reclamar a los marineros y a la mujer tan eficientemente como los turcos habían masacrado a los aldeanos. Darius se había negado a dejarse arrastrar por ese destino. Aunque era todavía joven, ya tenía una voluntad de hierro. Manteniendo la imagen de un pájaro en la mente de los otros, obligó a los niños, jóvenes como eran, a cambiar de forma con él antes de que el barco se hundiera. Después había volado, aferrando a la pequeña Desari entre sus garras, conduciéndolos a la masa de tierra más cercana, las costas de África.

Darius había tenido seis años, su hermana apenas seis meses. La otra niña, Synil, tenía uno. Con ellos había tres chicos, el mayor tenía cuatro años. Comparado con el confort familiar de su tierra natal, África parecía salvaje, indomable, un lugar primitivo y aterrador. Aun así Darius se sentía responsable de la seguridad de los otros niños. Aprendió a luchar, a cazar, a matar. Aprendió como ejercer la autoridad, como cuidar de su grupo. Los niños Cárpatos aún no tenía los extraordinadores poderes de sus mayores... para conocer lo oculto, para ver lo invisible, para doblegar a las criaturas y las fuerzas naturales de la Tierra, para sanar. Tenían que aprender esas técnicas de sus padres, estudiar bajo la tutela de quienes les enseñarían. Pero Darius no permitió que esas limitaciones le detuvieran. Aunque él mismo no era más que un niñito, no perdería a los niños. Era así de simple para él.

No había sido fácil mantener con vida a las dos niñas. Las niñas de los Cárpatos no solían sobrevivir a su primer año de vida. Al principio Darius había esperado que otros Cárpatos vendrían a rescatarlos, pero entretanto cuidaría de ellos lo mejor que pudiera. Y cuando pasó el tiempo, los recuerdos de su raza y sus costumbres palidecieron. Tomó unas pocas reglas impresas en él desde su nacimiento, lo que podía recordar de sus charlas con sus padres, e ideó sus propias costumbres y su propio código de honor con el que vivir.

Cosechó hierbas, cazó animales, intentó cada recurso nutricional primero en sí mismo, envenenándose con frecuencia en el proceso. Pero con el tiempo apredió las costumbres de la vida salvaje, convirtiéndose en un protector más fuerte, y finalmente el grupo de niños estuvo más unido que la mayor parte de las familias, los únicos como ellos en su remoto mundo. Los pocos de su raza que habían encontrado se habían convertido ya en vampiros, vampiros que se alimentaban de la vida de los que los rodeaban. Siempre era Darius el que tomaba la responsabilidad de cazar y destruir a los terroríficos demonios. Su grupo era ferozmente leal, ferozmente protector los unos con los otros. Y todos seguían a Darius sin dudar.

Su fuerza y voluntad los había conducido a través de siglos de aprendizaje, de adaptación, y creación de una nueva forma de vida. Había sido un shock descubrir, hacía unos pocos meses, que todavía existían otros de su raza, Cárpatos y no vampiros. Darius había temido secretamente que todos los hombres de su raza se hubieran ya convertido, y lo que sería de sus protegidos si él lo hacía. Había perdido toda emoción siglos antes, un signo seguro de que estaba en peligro de convertirse. Nunca hablaba de ello, siempre temiendo el día en que se volvería contra aquellos a los que amaba, confiando en que su voluntad de hierro y su código de honor privado impedirían tal resultado. En realidad, uno de los hombres ya lo había hecho, se había convertido en lo impensable. Darius se alejó de su hermana y su compañero, pensando en Savon. Savon había sido el segundo en edad, su mejor amigo, y Darius había confiado en él con frecuencia para cazar o vigilar a los otros. Savon había sido siempre su segundo al mando, y en el que más confiaba para vigilar su espalda.

Se detuvo durante un momento junto un enorme roble y se apoyó contra el tronco, recordando el horrible día, unos pocos meses antes, en que había encontrado a Savon encorvado sobre Syndil, el cuerpo de ella era una masa de marcas de mordiscos y moretones. Estaba desnuda, la sangre y el semen rezumaban de entre sus piernas, su hermosos ojos estaban brillantes por el shock. Savon había atacado entonces a Darius, directo a su garganta, desgarrando y abriendo heridas casi fatales antes de que Darius tuviera tiempo de comprender que su mejor amigo se había convertido en lo que todos los hombres temían convertirse. Un vampiro. Un no-muerto. Savon había violado y golpeado brutalmente a Syndil y ahora intentaba destruir a Darius.

Darius no había tenido más opción que matar a su amigo e incinerar su cuerpo y su corazón, habiendo aprendido de la forma más dura como destruir apropiadamente a un vampiro. Porque el no muerto podía alzarse una y otra vez a pesar de las heridas más mortales a menos que se utilizaran ciertas técnicas. Darius no había tenido a nadie que le instruyera en esas técnicas, sólo una eternidad de instintos y errores que corregir. Despues de esa terrible batalla con Savon, Darius había yacido algún tiempo en las profundidades de la tierra, sanándose a sí mismo.

Syndil había pasado muy tiempo en silencio en los siguientes meses, tomando con frecuencia la forma de una pantera para permanecer con los otros felinos, Sasha y Forest. Darius suspiró. Sólo había podía sentir la profunda pena que le inundaba por Savon, la culpa y desesperación por haber sido incapaz de ver lo que se avecinaba y encontrar la forma de ayudar a su amigo. Después de todo, él era su lider; era el responsable. Y Syndil era como una niña perdida, con tanta tristeza, tanta cautela en sus hermosos ojos oscuros. Le había fallado a ella más que a nadie, había fallado en protegerla de uno de los suyos, pensando en su arrogancia que su liderazgo, la unidad que existía entre ellos, evitaría en última instancia la deprevación que su especie pudiera experimentar. Todavía no podía mirar a Syndil completamente a los ojos. Y ahora estaba rompiendo sus propias leyes. Pero, se preguntó, ¿había inventado esas leyes para que su "familia" tuviera un código por el que regirse? ¿O le había hablado su padre de tales asuntos? ¿O habían sido impresos en él antes de su nacimiento, como lo habían sido otros conocimientos? Si su amistad con Julian hubiera sido más estrecha, podrían haber compartido más información, pero durante siglos Darius había aprendido siempre las cosas por sí mismo, independiente, reservado, sin preguntar a nadie, aceptando las consecuencias de sus propias acciones y errores.

El hambre le mordía, y sabía que no tenía más elección que cazar. El lugar de acampada que habían elegido estaba a unos pocos días hacia el interior del parque estatal de California, poco frecuentado, y en estos momentos, vacío. Había una carretera a corta distancia, pero él había tendido una red invisible entre ella y el campamento, creando una sensación de opresión y temor en los humanos que pudieran pensar detenerse allí. No dañaría a los humanos, pero los volvería cautelosos. Aunque no había disuadido a Tempest.

Darius pensó en ello mientras cambiaba de forma a la carrera, su cuerpo se contorsionó y estiró. Músculos y tendones pronto marcaron el compás enérgico y agil de la poderosa

forma del leopardo, y Darius recorrió silenciosamente el bosque hacia el lugar de acampada más popular situado cerca en un profundo y límpido lago.

El leopardo cubrió la distancia rápidamente, oliendo a la presa, dando vueltas a favor del viento e inclinándose entre los arbustos. Observó a dos hombres pescando desde una orilla cubierta de cañas, hablando el uno con el otro con frases cortas.

Darius no prestó atención a sus palabras. En el cuerpo del felino se arrastró furtivamente en la tierra. Cuidadosamente colocó cada enorme pata, avanzando solapadamente hacia adelante. Uno de los hombres volvió la cabeza hacia el sonido de una risa que venía del campamento. Darius se detuvo, después reasumiró su lento progreso. Su presa volvió la atención de nuevo hacia el lago, y en absoluto silencio el leopardo se acercó más, entonces se agachó, poderosos músculos agazapados y a la espera.

Darius lanzó una silenciosa llamada, envolviendo al más bajo de los dos hombres, conduciendo a su presa hacia él. La cabeza del hombre se alzó, y se volvió hacia el leopardo que esperaba en el arbusto. Dejó caer la caña de pescar al lago y empezó a tambalearse hacia adelante, un pie delante del otro, con los ojos empañados.

- ¡Jack! - El otro hombre sujetó la caña hundida, retorciéndose hacia atrás para mirar a su amigo.

Darius congeló a ambos hombres con un bloqueo mental y cambió de forma otra vez a la suya propia mientras"Jack" se aproximaba. Era la única cosa segura que podía hacer. Había descubierto que los instintos cazadores del felino hacían que fuera peligroso alimentarse en esa forma. Los agudos caninos del leopardo mordían y mataban a su presa. Le había llevado varios episodios de prueba-y-error en su niñez , cuando no era tan poderoso o hábil cazando, aprender qué era aceptable y qué no. Hasta que creció no había tenido más elección que usar a los leopardos y sus habilidades, y aceptó la responsabilidad por los africanos que habían muertos, pero era la única forma de mantener a los otros niños con vida.

Ahora mantenía al otro hombre tranquilo y receptivo con la facilidad de la larga práctica, un método que había perfeccionado hacía mucho. Inclinó la cabeza y bebió hasta hartarse, cuidando de no tomar demasiado. No quería una presa enferma y atontada. Ayudando al primer hombre a sentarse junto al arbusto, convocó al otro hasta él.

Finalmente saciado, lentamente permitió que su cuerpo recuperara la anterior forma. El felino ronroneó silenciosamente, sus instintos le empujaban a lo que parecían ser cadáveres de reses en lo más profundo de los árboles para terminar de consumirlos, sangre y carne. Darius luchó contra la urgencia y avanzó suavemente sobre las patas acolchadas de vuelta al autobús.

Su grupo viajaba ahora junto, como músicos, trovadores modernos, yendo de ciudad en ciudad cantando, tan frecuentemente como era posible, en los pequeños locales que Desari prefería. El viaje constante también preservaba el anonimato personal incluso cuando creció su fama. Desari tenía una hermosa voz, fantasmal e hipnotizadora. Dayan era un estupendo compositor, y su voz también atrapaba a la audiencia y los embelesaba. En los viejos tiempos la vida de trovador les había permitido viajar de lugar en lugar sin levantar sospecha, y nadie podía notar o comparar sus diferencias con las de otros. Ahora, con el mundo haciéndose cada vez más pequeño, mantener la privacidad frente a los fans era mucho más difícil. De ahí que seesforzaran en actuar y parecer "normales" incluso usando ineficientes y imperfectos automóviles para viajar. De ahí su necesidad de un mecánico para mantener la caravana y los vehículos en funcionamiento.

Darius volvió al campamento y cambió de forma mientras entraba en la casa rodante equipada con todo tipo de lujos. Tempest estaba profundamente dormida, un descanso bien merecido, estaba seguro, por el hecho de que él hubiera estado tan ávido de su sangre. Debería haber intentado controlarse, despojarse de ese éxtasis inesperado.

Sólo mirarla hacía que su cuerpo doliera a causa de las inquietas e urgentes demandas que sabía no iban a abandonarle. Él y esta pequeña fierecilla, tendrían que aprender a establecer alguna especie de equilibrio. Darius no estaba acostumbrado a la oposición. Todo el mundo le obedecía siempre sin cuestionarle. No podía esperar que una tempestuosa humana

no hiciera lo mismo. Colocó la manta más firmemente alrededor de ella y se inclinó para rozarle la boca con los labios. Su pulgar examinó la suavidad de la piel, y sitió la sacudida que atravesaba su cuerpo.

Darius se recogió a sí mismo y dirigió una orden firme a los leopardos antes de abandonar el autobús. Quería que Tempest estuviera a salvo todo el tiempo. Aunque los felinos dormían todo el día, como Darius y su familia, los leopardos daban a la compañía de viajeros una apariencia de seguridad, guardando el autobús mientras los miembros del grupo descansaban y se restauraban a sí mismos en las profundidades de la tierra. Dirigió los instintos protectores de los felinos para proteger a Tempest por encima de todo.

2

Vampiro. Tempest se sentó lentamente, cubriéndose la boca con el dorso de una mano temblorosa. Estaba en el autobús de Los Trovadores Oscuros, en el sofá cama, perdida entre un mar de cojines, con una manta cubriéndola. Los dos leopardos se habían apretado contra ella mientras dormía. La luz del sol intentaba en vano filtrarse entre las cortinas oscuras que cubrían las ventanas. Debía ser ya avanzada la tarde, con el sol tan bajo. Estaba débil, temblorosa. Tenía la boca seca y los labios abrasados. Necesitaba algo líquido, lo que fuera. Cuando intentó sentarse, se mareó un poco antes de recobrar el equilibrio. Recordaba cada horripilante detalle de la noche anterior, incluso a pesar de que Darius le había ordenado olvidarlo todo. No le cabía la menor duda de que era capaz de manejar a la mayoría de los humanos para que hicieran su voluntad, pero de algún modo no había tenido éxito con ella. Tempest había sido siempre un poco diferente, capaz de comunicarse con los animales, de leer sus pensamientos como ellos podían leer los de ella. Ese rasgo debía haberla provisto de una inmunidad parcial al empujó mental de Darius, aunque probablemente él pensaba que había tenido éxito destruyendo sus recuerdos de todo lo que había hecho y era capaz de hacer. Se llevó una mano a la garganta, buscando una herida, comprendiendo que no era inmune a su evidente "sex appeal". Nunca había sentido semejante química en su vida. La electricidad había chispeado entre ellos, humeando y crujiendo. Y era humillante admitir que, por más que le gustara creer que sí, él no era el único culpable. Ella tampoco había sido capaz de controlarse. Lo cual la sorprendía. La aterrorizaba.

Esta bien, de acuerdo. El tipo estaba claro que era un vampiro. Ya gritaría y se desmayaría luego. Ahora mismo lo más importante era largarse. Huir. Poner tanta distancia como pudiera entre ella y ese maníaco antes de que cayera el sol, cuando supuestamente se levantaban los vampiros. Ahora mismo, estaría durmiendo en algún lugar. Que Dios la

ayudara si estaba en un ataud en alguna parte del autobus. No sería capaz de clavar una estaca en el corazón de nadie. Eso no iba a ocurrir.

- Ve a la policía. - Su ordenó a sí misma suavemente. - Alguien tiene que saber esto.

Se tambaleó abriéndose paso hacia la parte delantera del autobús. Mirándose en un espejo para asegurarse de que todavía tenía reflejo, hizo una mueca a su imagen. El vampiro difícilmente se levantaría para perseguir a alguien que parecía la novia de Frankenstein.

- Claro, Tempest. - Dijo a su imagen. - Cuéntaselo a la policía. Oficial, un hombre me mordió en el cuello y me chupó la sangre. Es el guardián... uh, el guardaespaldas... de una cantante famosa y su banda. Es un vampiro. Por favor vaya a arrestarle. - Arrugó la nariz y profundizó su voz. - Seguro, señorita. La creo. ¿Y usted quién es de todas formas? Una indigente, una mujer sin un penique con una ficha por haber huido de todos los hogares de acogida en los que la colocaron. Digamos que vamos a tener un agradable paseo hasta el manicomio. Después de todo, pasa mucho tiempo hablando con los animales. - Hizo un puchero con los labios. - Si, esto funcionará.

Encontró el baño, que resultó ser asombrosamente lujoso, se lavó rápidamente en vez de admirar lo que la rodeaba, duchándose, tragando tanta agua como podía. Se cambió, vistiéndose con unos vaqueros azules descoloridos y un fresco top de algodón blanco que sacó de la pequeña mochila que siempre llevaba con ella.

Al momento se dirigió a la salida, sin embargo, ambos felinos alzaron las cabezas alerta e hicieron ruiditos de protesta.

Ella les envió una sensación de arrepentimiento pero se deslizó fuera antes de que pudieran detenerla bloqueando la puerta con sus cuerpos. Podía sentir sus intenciones, sabía que Darius les había dado instrucciones de retenerla si despertaba. Ambos bufaron y chillaron de rabia para que enmendase su escapada, pero no dudó, cerró de golpe la puerta tras ella y huyó lejos del autobús.

Pasó varios minutos intentando localizar la caja de herramientas que siempre llevaba consigo, pero no la encontró por ninguna parte. Maldiciendo por lo bajo, se dirigió a la autopista y empezó a trotar. Tan pronto como puso algunas millas entre ella y esa criatura, se sintió feliz. ¿Quién diría que encontraría un vampiro? Probablemente el único que existía.

Se preguntó por qué no se desmayaba del susto. No era como si una conociera a un vampiro todos los días. Y no podía contárselo a nadie. Nunca. Se iría a la tumba siendo el único humano vivo que sabía que los vampiros existían realmente. Gimió. ¿Por qué siempre se estaba metiendo en problemas? Era tan propio de ella acudir a una simple entrevista de trabajo y arreglárselas para encontrar un vampiro.

Trotó otras tres millas, agradeciendo que le gustara correr, porque no había visto ni un solo coche en todo ese tiempo. Aminoró el paso y se pasó una mano por el pelo humedecido por el sudor para recogerlo de nuevo en una cola de caballo tras el cuello. ¿Que hora era? ¿Por qué no tenía un simple reloj de pulsera? ¿Por qué no había comprobado la hora antes de salir? Tras otra hora o poco más corriendo y caminando, finalmente consiguió que la recogiera un coche y le diera un corto paseo. Se sentía anormalmente cansada y terriblemente sedienta. La pareja que la había recogido estaba rebosante de buena voluntad, pero la cansaron con su energía, y casi agradeció decir adios y reasumir su trote y paseo. Aunque esta vez no cubrió mucho terreno. Estaba tan cansada, su cuerpo no podía más, y a cada paso que daba se sentía como si se abriera paso a través de arenas movedizas.

Se dejó caer abruptamente a un lado de la carretera. la cabeza le empezaba a martillar con alarmante fuerza. Se frotó las sienes y la nuca, esperando aliviar el dolor.

Una pequeña camioneta azul se detuvo a su lado. Fue todo un síntoma de su debilidad que apenas encontrara fuerzas para ponerse en pie e ir hasta la ventanilla del conductor.

El hombre rondaba los cuarenta, compacto y musculoso. Le sonreía, sus ojos mostraban una pizca de lástima.

- ¿Algo va mal señorita?

Rusti sacudió la cabeza.

- No, aunque necesito un viajecito, es decir, si va algo lejos.

- Claro, suba. - Empujó una pila desordenada de cosas del asiento hasta el suelo. - El camión está hecho un desastre, pero qué diablos.

- Gracias. El tiempo parace que va a ponerse feo. - Y era cierto. Inesperadamente unas nubes negras habían empezado a flotar por el cielo.

El hombre levantó la mirada hacia arriba a través del parabrisas.

- Qué raro. Los informes del tiempo predecían claro y soleado. Quizás las nubes sólo están de paso. Soy Harry. - Le extendió la mano.

- Tempest. - Deslizó su mano en la de él durante una breve sacudida, pero en el momento en que la tocó, su estómago dio un bandazo y la piel se le puso de gallina.

El pulgar de él le acarició el dorso de la mano sólo una vez, enviando un escalofrío hacia abajo por su espina dorsal. Pero Harry la soltó inmediatamente y puso la camioneta de nuevo en marcha, con los ojos en la carretera. Rusti se acurrucó tan lejos de él como era posible, luchando por controlar la nausea y su salvaje imaginación. Aun así en el momento en que se apoyó contra el respaldo del asiento, el cansancio la superó, y sus párpados cayeron.

Harry la miró con obvia preocupación.

- ¿Estás enferma? Podría llevarte al médico más cercano. Creo que se supone que hay una pequeña ciudad a unas pocas millas por esta carretera.

Rusti trató de recuperarse. Sacudió su cabeza latente. Sabía que estaba pálida, y podía sentir las pequeñas gotas de transpiración que le cubrían la frente. - He corrido durante varias milas. Creo sólo estoy extenuada. - Pero sabía que ese no era el problema. Por alguna razón cada célula de su cuerpo protestaba por la distancia que ponían entre ella y Darius. Lo sabía. Lo sentía.

- Duerme entonces. Suelo conducir sólo. - Aconsejó Harry. - Normalmente tengo encendida la radio, pero si te molesta puedo apagarla.

- No me molesta. - Replicó ella. Sus párpados no iban a permanecer abiertos sin importar lo mucho que intentara continuar despierta. Estaba exhausta. ¿Había pillado algo? De repente se enderezó. ¿Podían trasmitir la rabia los vampiros? Se convertían en murciélago, ¿verdad? ¿Y no podían los murciélagos coger la rabia? A ella le parecían bien los murciélagos, pero eso no significaba que le gustaran los vampiros. ¿Qué pasaba si Darius le había contagiado algo?

Notó que Harry la mirada fijamente. Probablemente pensaba que había recogido a una pirada. Deliberadamente se volvió a recostar en el asiento y cerró los ojos. ¿Podía una persona convertirse en un vampiro con un solo mordisco? ¿Sólo un pequeño mordisco? Se estremeció, recordando el oscuro y sensual calor hirviendo a través de su cuerpo. De acuerdo. Quizás un *gran* mordisco. El recuerdo, la sensación de la boca en su cuello, la hizo latir y arder en llamas una vez más. Notó que su mano temblaba subiendo hacia la garganta para cubrir la marca, para sujetar el erótico recuerdo contra la palma de su mano.

Casi gimió en voz alta. Definitivamente Darius la había infectado con algo, pero no era rabia. La debilidad continuó invadiendo su cuerpo, inmovilizando sus extremidades, así que dejó de luchar y permitió que sus ojos se cerraran.

Harry condujo durante quince minutos, lanzando rápidas miradas a la autoestopista. El corazón le latía ruidosamente en el pecho. Era pequeña y curvilínea y había caído justo en su regazo. A caballo regalado no le mires el diente. Miró su reloj, satisfecho de ver que estaba adelantado a su horario. Tenía que encontrarse con su jefe en un par de horas y le quedaba tiempo suficiente para permitirse alguna fantasía con su pequeña pelirroja.

Las nubes amenazadoras se habían espesado y oscurecido, ocasionalmente emitían pequeños relámpagos y retumbaban con truenos. Pero todavía era temprano, alrededor de las seis y media, y Harry vio una arboleda donde podía salirse de la carretera hasta un área privada y resultar indetectable para los coches que pasaban.

Rusti despertó de golpe cuando una mano tanteó torpemente su pecho. Sus ojos se abrieron de repente. Harry estaba inclinado sobre ella, arrancándole la ropa. Le golpeó tan

fuerte como fue capaz en los pequeños confines de la camioneta, pero era un hombre grande, y su puño la golpeó tras el oído, después se estrelló contra su ojo derecho. Durante un breve instante vio las estrellas, después todo se volvió negro, y se deslizó del asiento.

La boca de Harry cubrió la suya, húmeda y pegajosa. Una vez más luchó salvajemente, arañándole con las uñas.

- ¡Para! ¡Para!

Él la golpeó una y otra vez, su otra mano le retorcía el pecho con fuerza, haciéndole daño.

- Eres una puta. ¿Por qué otra cosa estarías aquí conmigo? Deseas esto. Lo sabes. Está bien, cariño, me gusta con rudeza. Lucha conmigo. Grandioso. Eso es lo que quiero.

Su rodilla presionó con fuerza sobre la cadera de Rusti, manteniéndola abajo para poder rasgar la cinturilla de sus vaqueros. La mano de Rusti encontró la manecilla de la puerta, y la retorció, cayendo fuera sobre el suelo. Retorciéndose a cuatro patas, intentó escapar. Sobre sus cabezas los cielos se abrieron inesperadamente, y las nubes negras se vaciaron como una cascada. Harry la cogió por el tobillo, y tiró de ella hacia atrás sobre la grava, hacia él. Agarrando su otro tobillo, la lanzó tan fuerte que el aire escapó de sus pulmones.

Un relámpago estalló, crepitó, y se arqueó de nube en nube. Lo vio tan claramente cono si estuviera mirando hacia arriba al cielo. La lluvia cayó como una sábana plateada, empapándola. Cerró los ojos mientras Harry la golpeaba repetidamente con los puños apretados.

- Se siente bien, se siente realmente bien, ¿verdad? - Dijo con voz áspera. Sus ojos eran feos y duros, mirándola con odio y triunfo.

Tempest luchó con él con cada onza de fuerza que poseía, pateándole cuando podía liberar sus piernas, golpeando hacia él hasta que los puños se le despellejaron y dolieron. La lluvia se vertía sobre ambos, y el trueno gruñía y sacudía la tierra.

No hubo la más mínima advertencia. En un momento el peso de Harry la presionaba hacia abajo, y al siguiente tiró de él hacia atrás una mano invisible. Oyó el ruido sordo que produjo su atacante al aterrizar con fuerza contra su camioneta. Intentó rodar, con el estómago revuelto. Todos los músculos le dolía. Se las arregló para ponerse de rodillas antes de vomitar violentamente una y otra vez. Se le estaba hinchando el ojo hasta cerrarse, y con la lluvia, el viento y la súbita caída de la oscuridad, era difícil ver lo que estaba ocurriendo.

Oyó un crack amenazador, el sonido de un hueso al romperse. Gateó casi ciegamente hacia un árbol y se arrastró hasta ponerse en pie no muy firmemente abrazando el tronco.

Entonces unos brazos la rodearon, arrastrándola hacia un sólido pecho. Instantáneamente rompió a luchar, retorciéndose salvajemente, gritando y agitándose violentamente.

- Ahora estás a salvo. - Dijo Darius suavemente, batallando por controlar a la bestia enfurecida que habitaba su cuerpo. - Nadie va a hacerte daño. Cálmate, Tempest. Estás a salvo conmigo.

En ese momento no le importó lo que era Darius; la había salvado. Se aferró a su chaqueta y se enterró en ella, intentando esconderse de la terrible brutalidad y desaparecer en el refugio de su cuerpo.

Tempest se estremecía con tanta fuerza que Darius tenía miedo de que sufriera un colapso. La levantó en brazos, manteniéndola cerca.

- Ocúpate del mortal. - Soltó sobre su hombro a Dayan, su segundo al mando.

Darius llevó el pequeño y magullado cuerpo de Tempest al comparativo refugio de los árboles. Era un desastre, su cara estaba hinchada y amoratada, las lágrimas fluían por sus mejillas. Se abrazaba a sí misma, balanceándose hacia adelante y atrás, demasiadas reminiscencias de Syndil después del ataque sufrido a manos Savon para el gusto de Darius. Simplemente la sostuvo, permitiéndole llorar, entre sus brazos fuertes y confortables.

Antes de alzarse, la advertencia de los felinos le había advertido que Tempest huía. La había retrasado tanto como había podido, haciendo que se sintiera excesivamente cansada.

Después envió nubes para oscurecer los cielos y así poder alzarse antes sin que el sol hiriera sus sensibles ojos Cárpatos, sin que quemara su piel de Cárpato. En el momento en que pudo, se había lanzado al cielo, ordenando a Dayan que le siguiera. Juntos habían cruzado el cielo nocturno hacia ella, Barack venía detrás con el coche deportivo por orden de Darius.

Cada lágrima que ella derramaba le desgarraba, rasgando su alma como nada había hecho nunca.

- Tienes que parar, pequeña. - Susurró suavemente entre su pelo. - Te pondrás enferma. Todo está bien ahora. Se ha ido. Nunca volverá a hacerte daño de nuevo.- *Ni a nadie más*. Dayan destruiría toda evidencia de que Tempest hubiera estado nunca en esa camioneta azul. Su atacante se había empotrado contra un árbol y se había roto el cuello al salirse de la carretera.

Darius notó que su propia mano temblaba cuando le acarició el pelo, su barbilla frotaba contra la suavidad del pelo de ella sólo porque tenía que hacerlo.

- ¿Qué te hizo marcharte? Te ofrecimos el trabajo perfecto. Y me tendrás para cuidar de ti.

- Que suerte. - Dijo Rusti débilmente. - Necesito una aspirina.

- Necesitas dormir y tiempo para sanar. - Corrigió él amablemente. - Ven a casa con nosotros. Tempest. Estarás segura allí.

Tempest se sujetó la cabeza, pero no había un sólo lugar en el que Harry no le hubierda dado un puñetazo y hecho daño, cada uno era peor que otro. Odiaba la idea de que alguien la viera así, y ciertamente no tenían intención de ir a ninguna parte con Darius, especialmente cuando su hermana y el resto del grupo sería testigo de su humillación.

Empujó infructuosamente la sólida pared del pecho de él, haciendo una mueca cuando le dolieron las palmas de las manos. Darius capturó sus manos y las examinó cuidadosamente, entonces se las llevó una a una a la boca. Su lengua se movió sobre los dedos y una caricia áspera envió un escalofrío a través del cuerpo de Tempest, de forma bastante extraña, alivió el dolor.

- No puedo volver allí, no así.

Pudo oír la angustia en su voz, la degradación y vergüenza que sentía. Notó que no levantaba la mirada hacia él.

- Esto no es culpa tuya. - Dijo. - Ya lo sabes, Tempest. Ese hombre intentó violarte porque es un depravado, no porque tú hicieras nada para incitarle.

- Estaba haciendo autostop. - Confesó ella en voz baja. - Nunca debería haberme subido a esa camioneta.

- Tempest, si no te hubiera encontrado a ti, habría encontrado a otra chica, quizás una que no tuviera a nadie que cuidara de ella. Ahora déjame ver tu cara. ¿Crees que podrías sacarla de mi camisa lo suficiente como para que pueda evaluar el daño que te ha hecho? - Darius hizo un esfuerzo para aligerar el tono para facilitarle las cosas.

No podía creer lo amable que era. Podía sentir su enorme fuerza, su tremendo poder, aún así su voz era tierna. Le llenó los ojos de lágrimas. Había huido de él pensando que era un monstruo, aunque fue él quien la salvó del auténtico monstruo.

- Simplemente no puedo mirar a la cara a nadie todavía. - La voz de Tempest sonó amortiguada contra él, pero pudo distinguir la determinación. Estaba preparándose para su próximo movimiento.

Darius se volvió entonces, con ella acunada en sus brazos, y empezó a caminar a zancadas hacia la carretera. La lluvia golpeaba implacable, pero no parecía notarlo. La llevó a cierta distancia para que no tuviera que ver el horror de lo que había hecho con su atacante.

- Necesito sentarme. - Objetó finalmente. - En tierra firme. - De repente notó que su camisa estaba hacer jirones y su piel desnuda expuesta. Jadeó en voz alta, atrayéndo la atención instantánea de él, su mirada negra se movió ámpliamente sobre ella.

Después rió suavemente para calmar su ansiedad.

- Tengo una hermana, cielo. He visto algún que otro cuerpo femenino antes. - Pero ya estaba bajándola al suelo y quitándose la chaquela. Muy gentilmente la envolvió con ella, aprovechando la oportunidad de echar una mirada más de cerca. Las magulladoras ya oscurecidas estropeaban la perfección de su piel clara, y un débil chorrito de sangre caía por la comisura de su boca. Darius tuvo que aparatar la mirada de la tentación. Captó un vistazo al resto de las marcas de golpes sobre la cremosa hinchazón de los pechos, por todo su torso, y en el estómago plano. La rabia se deslizó a través de él, turbulenta y poco habitual. Quería matar a ese hombre una y otra vez, sentir su cuello romperse bajo sus manos. Quería rasgar y desgarrar como los leopardos a los que había estudiado hacía tanto tiempo, de los que tanto había aprendido. Reprimió la furia aniquiladora hasta que hirvió justo bajo la superficie pero donde ella no pudiera verla.

Su instinto natural era sanarla usando el agente curativo de su saliva, pero se refrenó, no deseando alarmarla aún más. Tendría suficiente tiempo cuando la llevara a casa y la pusiera a dormir.

Tempest era consciencie de que Darius podía verla, incluso en la oscuridad. Curiosamente, ya no le tenía miedo. Miró fijamente sus sucias zapatillas deportivas, sin saber a ciencia cierta qué hacer. Estaba enferma y mareada, le dolía todo, y quería acurrucarse hasta formar una bola y llorar. No tenía dinero ni ningún sitio a donde ir.

Darius extendió la mano, ignorando la forma en que ella se sobresaltó ante el movimiento, y envolvió posesivamente con sus largos dedos la nuca de Tempest.

- Voy a llevarte a casa. Puedes meterte en la bañera, te prepararé algo de comer, y nadie te verá excepto yo. Dado que en realidad ya te he visto no tendrá importancia, ¿de acuerdo? - Su tono parecía esperar respuesta, pero oyó la orden encubierta en su voz.

- Tenemos que llamar a la policiía. - Dijo ella suavemente. - No puedo dejar que se largue así sin más.

- No volverá a cometer semejante atrocidad de nuevo, Tempest. - Murmuró él suavemente. Podía oir ya el motor del coche que corría hacia ellos, y lo identificó como uno de los suyos. - ¿Mi hermana no te ha presentado todavía a ninguno de los otros miembros de la banda? - Preguntó, distrayéndola deliberadamente para que no siguiera haciendo preguntas.

Tempest se sentó justo donde estaba, a un lado de la carretera en medio de la lluvia torrencial.

Furioso consigo mismo por acceder a su exigencia de que la pusiera en pie cuando sabía que estaba demasiado débil, Darius ignoró sus protestas y la volvió a coger en brazos como si fuera una niña. Por una vez, no protestó, no dijo nada. Volvió la cara hacia la calidez de su pecho, enterrándose más cerca del firme y reconfortante latido de su corazón, y se quedó tendida pasivamente en la seguridad de sus brazos, estremeciéndose por el shock y la lluvia fría.

Barack había hecho el recorrido en un tiempo record. Le gustaba la velocidad de los coches modernos y aprovechaba cada oportunidad que se presentaba para afinar sus habilidades como conductor de carreras. El más joven de los hombres, todavía consevaba reminiscencias de la liguereza de la juventud en la que todos ellos habían estado tan unidos, hasta que Syndil fue atacada y empezaron a no confiar los unos en los otros, ni siquiera en sí mismos.

Darius abrió la puerta del coche y se deslizó dentro, sin relajar nunca la sujeción con que mantenía a Tempest. Ella tenía los ojos cerrados, y no levantó la mirada, ni reconoció el vehículo. Le preocupaba. *Está en estado de shock, Barack. Te agradezco que hayas llegado tan rápido. Sabía que podía contar contigo. Llévanos a casa con igual velocidad.* Darius habló con su amigo por el vínculo mental en vez de en voz alta.

¿Espero por Dayan? Preguntó Barack, usando el mismo vínculo mental que era familiar a los cinco de su grupo.

Darius sacudió la cabeza. Dayan iría más rápido volando, incluso en medio de la tormenta. Como lo haría él, si estuviera dispuesta a aterrorizar a Tempest a muerte por

llevarla por el aire. No lo estaba. Ciertamente, sabía que sus emociones, tan poco familiares, alimentaban la intensidad de la tormenta que había creado.

Tempest no habló en todo el largo recorrido hasta el campamento, pero Darius fue consciente de que estaba despierta. Ni una sola vez dio una cabezada. Inmóvil, mantuvo un autocontrol ténue en el mejor de los casos, así que él se contuvo para no decir o hacer nada equivocado, cualquier cosa que pudiera hacerla desear huir de nuevo. No podía dejarla marchar. El ataque sólo le había probado lo mucho que le necesitaba ella también, y la última cosa que quería hacer era crear una situación en la que le temiera o desafiara su autoridad.

Julian Savage estaba apoyado perezosamente contra la caravana cuando llegaron. Se enderezó con su fuerza casual, un ondeo de músculos que revelaba su poder, mientras Darius se deslizaba fuera del asiento del coche, con la pequeña mujer pelirroja sujeta de forma increíblemente protectora entre sus brazos.

- Sé algo de artes sanadoras. - Ofreció Julian suavemente, aunque sospechaba mucho que Darius rechazaría su ayuda. Sujetaba a la mujer con feroz posesión; Darius nunca se la entregaría a otro hombre.

Darius echó una rápida y oscura mirada que ardía al rojo vivo sobre Julian.

- No gracias. - Respondió tensamente. - Yo me ocuparé de sus necesidades. Por favor pide a Desari que traiga la mochila de Tempest al autobús.

Julian cuidó de no permitir que un destello de humor se mostrara en sus ojos. Darius tenía un punto débil después de todo. Y tenía el pelo rojo. ¿Quién lo hubiera supuesto? No podía esperar a contárselo a su compañera. Con un liguero saludo, se alejó con paso relajado.

Darius abrió de golpe la puerta de la caravana, entró, y gentilmente colocó a Tempest sobre el sofá. Ella se enroscó en una bola, evitando enfrentarse a él. Le tocó el pelo, su mano fue ligera, intentando resultar consoladora. Después encentó el aparato de música muy bajo, para que la fantasmal grabación de la voz de Desari llenara el silencio con su curativa y reluciente belleza. A continuación llenó la bañera de agua caliente repleta de esencias y encendió velas especiales, su aroma también estaba diseñado para promover la curación.

Darius no encendió las luces. Podía ver perfectamente sin ellas, y Tempest no las quería.

- Vamos, cariño, entra en el baño. - Dijo, levantándola tierna pero rápidamente, sin darle oportunidad de protestar. - Las hierbas del agua escocerán al principio, pero después te sentirás mejor. - La sentó en el borde de la enorme bañera. - ¿Necesitas ayuda con la ropa? - Mantuvo la voz estrictamente neutral.

Rusti sacudió la cabeza rápidamente, después lo lamentó cuando su cabeza latió y tuvo que cerrar los ojos.

- Puedo cuidar de mí misma.

- No creo que debemos ahondar en eso justo ahora. No estás preparada para un asalto. - El tono ligueramente burlón de su voz le sorprendió a él incluso más que a ella. - Métete en la bañera, cielo. Volveré con tu ropa y una túnica. Podrás comer cuando termines. - Se inclinó para encender dos velas aromáticas más y dejó que sus llamas titilaran y danzaran sobre el agua y las paredes.

Rusti se desvistió lentamente, reluctantemente. Dolía moverse. Estaba entumecida, demasiado ultrajada y traumatizada para preocuparse siquiera de qué era Darius o lo que deseaba de ella. Sabía que él creía haber tenido éxito al borrar sus recuerdos de lo que había hecho la noche anterior. Incluso ahora, con el horror de *esta* noche rodeándola, todavía sentía el ardiente calor de su boca en el cuello. Se deslizó en el interior de la bañera, jadeando cuando el agua acunó su cuerpo magullado.

¿Por qué las cosas más raras siempre le pasaban siempre a ella? Era cuidadosa, ¿verdad? Se deslizó bajo el agua, el escozor del ojo y la boca le robó el aliento. Cuando volvió a subir, se recostó contra el lateral inclinado de la bañera y cerró los ojos, descansando. Su mente permaneció compasivamente en blanco. No podía pensar en Harry o lo que podría haber hecho para atraer su vil ataque. Él había deseado hacerle daño, y lo había hecho.

- Tempest, te estás quedando dormida. - Darius no mencionó que la oía gemir suavemente de angustia.

Se enderezó rápidamente, cubriéndose los pechos con los brazos, el agua se derramó fuera de la bañera. Un ojo, de un vívido verde, levantó la mirada hacia él con alarma, el otro estaba hinchado y púrpura. Tenía en realidad una imponente gama de colores cubriendo su cara y cuerpo, prueba de su vulnerabilidad, aunque todavía se las arreglaba para parecer desafiante.

- Fuera. - Exigió ella.

Darius sonrió, un relámpago de dientes blancos que recordó al silencioso desafío de un depredador.

Él levantó ambas manos con las palmas abiertas.

- Sólo estoy intentando ayudar a evitar que te ahoges. La cena está lista. Aquí está la túnica.

- ¿De quién es? - Preguntó ella, suspicaz.

- Mía. - Era la verdad y no lo era. La había creado fácilmente, instantáneamente, de fibras naturales, un truco aprendido a través de los siglos. - Cerraré los ojos si eso te hace feliz. Sal de ahí. - Le extendió una enorme toalla.

- No estás cerrando los ojos. - Le acusó mientras se encaminaba hacia ella. Él miraba fijamente un moratón particularmente horrendo en su torso. Era embarazoso que pudiera ver el daño que su atacante le había infringido, no dejaba de pensar por qué no la avergonzaba en cambio que la viera desnuda.

Obedientemente él cerró los ojos, pero la visión... pequeña, desamparada, herida, y tan sóla... permaneció con él. Sintió su esbelta forma encerrada en la toalla bajo sus manos antes de permitirse mirarla. Parecía más aniñada que nunca. Y por un momento Darius la trató así, secando su cuerpo tembloroso impersonalmente, fingiendo no notar su suave y satinada piel, sus curvas, su diminuto torso y estrecha cintura. Secó con la toalla los rojos mechones de pelo, ahora oscuros a causa de la humedad.

- No puedo dejar de temblar. - Dijo Tempest, con un simple hilito de voz.

- Conmoción. - Dijo él malhumorado. Deseaba sostenerla entre sus brazos, alejar lo que le había sucedido. - Tienes una conmoción. Pasará. - Rápidamente la envolvió en la cálidez de la túnica porque no podía seguir viendo su piel tan magullada e hinchada. Odiaba la forma en que los ojos de ella evitaban los suyos, como si hubiera hecho algo malo y estuviera avergonzada.

- Pon los brazos alrededor de mi cuello, Tempest. - Ordenó suavemente, su voz fue un soplo de ronco e hipnótico poder.

Rusti accedió a regañadientes y él la levantó, obligándola a mirar sus negros y ardientes ojos. Casi gimió. Podría perderse en sus ojos. Nadie debería tener unos ojos como estos.

- Quiero que esta vez me escuches, Tempest. Esto no ha sido culpa tuya. No hiciste nada malo. Si tienes que colocar la culpa sobre alguien más a parte de sobre el hombre que te atacó, colócala en el lugar adecuado: justo sobre mis hombros. Nunca te habrías marchado si no te hubiera asustado.

Ella dejó escapar un sonido de protesta, de temor. Se dijo a sí misma que era porque las velas se apagaron súbitamente, dejando el baño en penumbras, pero sabía que era más que eso.

Él le sostuvo la mirada, sin permitir que se liberara de su hipnotizánte posesión.

- Sabes que es la verdad. Estoy acostumbrado a decir a todos lo que tienen que hacer. Y me siento muy atraído por ti. - Hizo una mueca interiormente ante lo comedido de ese comentario en particular. - Debería haber sido más amable contigo.

Darius la llevó en brazos hasta la zona del comedor y la colocó en una silla ante la mesa. Un tazón de sopa humeante esperaba por ella.

- Come, cielo. He trabajado como un esclavo para ti.

Tempest se encontró intentando esbozar una sonrisa. Le escoció la boca, después la sintió en su interior, esparciendo calidez. Nadie, que pudiera recordar, la había tratado nunca con tanto cariño. Nadie le había preparado un tazón de sopa.

- Gracias por venir tras de mí. - Dijo ella, revolviendo el caldo, intentando, sin que lo pareciera, ver de qué estaba hecho.

Él se sentó frente a ella, le quitó la cuchara con un pequeño suspiro, sumergiéndola en la sopa, y soplando.

- Cómetela, no juegues con ella. - La reprendió, sosteniendo la cuchara antes su boca.

Accedió reluctantemente. Bastante atónita comprobó que estaba buena. ¿Quién habría sospechado que un vampiro sabría cocinar?

- Es sopa de verduras. - Declaró, complacida. - Y está muy buena.

- Tengo mis talentos. - Murmuró él, recordando todos los caldos que había preparada para las pequeñas, intentando mantenerlas con vida. Como los Cárpatos no comían carne, había probado con raíces, bayas y hojas, intentándolo todo antes en sí mismo, envenenándose más de una vez.

- Háblame. - Suplicó Tempest. - No quiero empezar a temblar de nuevo, y puedo sentir que ya empieza.

Darius sostuvo otra cucharada de sopa ante su boca.

- ¿Te ha contado Desari mucho sobre nosotros?

Ella sacudió la cabeza, concentrándose en la calidez que le proporcionab la sopa.

- Viajamos mucho, dando conciertos, ya sabes. Dayan y Desari son nuestros cantantes. Fue la voz de Desari la que escuchaste en la cinta. Es muy buena, ¿verdad?

Había orgullo en su voz.

A Tempest le gustaba su forma de hablar, a la manera del Viejo Mundo, con modales anticuados que encontraba extrañamente sexys.

- Tiene una voz preciosa.

- Desari es mi hermana menor. Recientemente encontró a su... - Se interrumpió, luego la tentó con otra cucharada de sopa antes de continuar. - Encontró a un hombre al que ama mucho. Su nombre es Julian Savage. No le conozco muy bien, y algunas veces tenemos problemas para seguir adelante. Sospecho que nos parecemos mucho, y ese es el problema.

- Mandones. - Le ayudó Tempest acertadamente.

Los ojos negros descansaron posesivamente sobre su cara.

- ¿Qué fue eso?

Esta vez sonrió. Hizo daño, pero no pudo contenerse. Sospechaba que nadie desafiaba nunca o se burlaba de este hombre.

- Ya me has oído. - Los ojos de él ardieron súbitamente con una intensidad, con un hambre oscura y peligrosa que la dejó sin aliento, y la hizo pensar en los leopardos que tenía como animales de compañía. Apartó la mirada. - Sigue hablando. Háblame de todos.

Darius deslizó una mano por el pelo húmedo de ella y encontró la nuca. Sus dedos se posaron alrededor de la esbelta columna, disfrutando de la forma en que ella encajaba en la palma de su mano. El deseo cayó de golpe sobre él, duro e inesperado, incluso cuando deliberadamente intentó verla como una niña necesitada de su protección. La había tocado sólo para confortarla, Pero no lo consiguió. Se maldijo por su falta de control. Necesitaba el contacto con ella, necesitaba sentirla, saber que era real y sólida y no sólo producto de su imaginación.

- Barack y Dayan también tocan en la banda. Ambos son músicos de gran talento, Dayan es un guitarrista sin igual. También escribe muchas de nuestras canciones. Syndil... - Dudó, inseguro de que revelar sobre Syndil. - Toca el órgano, el piano, en realidad cualquier instrumento. Sin embargo recientemente sufrió un trauma y lleva algún tiempo sin subir al escenario.

La mirada de Tempest saltó sobre él. Captó su pena antes de que él tuviera tiempo de esconderla.

- Le ocurrió algo, como lo que me ocurrió a mí.

Los dedos se tensaron en su nuca.

- Pero no conseguí llegar a tiempo para detenerlo... algo que lamentaré por toda la eternidad.

Ella parpadeó y miró a otro lado rápidamente. Había dicho "por toda la eternidad". No "hasta que muera" o ninguna otra de las expresiones que solían usar los humanos. *Oh, Señor*. No quería que supusiera que su recuerdo de lo que le había hecho no había sido borrado, como desearía. ¿Pero y si intentaba hacerlo de nuevo y esta vez funcionaba?

Un golpe en la puerta hizo que Tempest saltara, su corazón martilleó. Darius se levantó graciosamente, totalmente consciente de la presencia de Syndil fuera de la caravana. Se movió con fluída gracia hasta la puerta.

Tempest no podía apartar los ojos de él. Era increíblemente grácil y agil, músculos nervudos ondeando bajo su camisa de seda. Se paseó silenciosamente, como uno de sus enormes felinos.

- Darius. - Syndil se negó a encontrar su mirada. Se miraba los zapatos. - Oí lo que había pasado y pensé que quizás podría ayudar de algún modo. - Le ofreció la caja de herramientas y la mochila de Tempest. - ¿Quizás me permitirías verla un momento?

- Por supuesto, Syndil. Gracias por tu preocupación. Apreciaré cualquier ayuda que puedas prestar. - Darius retrocedió para permitirle entrar. No permitió que la esperanza de que se recobraría llameara ni por un instante en sus ojos. Siguió a la mujer a la que estimaba como otra hermana menor hasta la mesa. - Tempest, esta es Syndil. Le gustaría hablar contiglo si te sientes capaz. Yo limpiaré la cocina. Vosotras dos estaréis más cómodas en la zona de dormitorio.

Tempest se las arregló para esbozar una pequeña sonrisa.

- Esa es su forma agradable de ordenarnos que nos larguemos de aquí. Todos me llaman Rusti. - Dijo a Syndil, extrañamente sin vergüenza ante esta otra mujer herida.

Cuando pasó junto a Darius, él extendió la mano y cogiendo su pelo le dio un pequeño tirón.

- No todos, cielo.

Ella le lanzó una mirada de reprimenda sobre el hombro, olvidándose por un momento del ojo hinchado y la boca magullada.

- Todos *los demás*. - Se corrigió.

Darius permitió que el pelo se deslizara a través de sus dedos, saboreando el contacto, tan leve como era.

Tempest caminó cuidadosamente, no queriendo sacudir sus costillas amoratadas. Syndil gesticuló hacia el sofá, y Tempest se dejó caer entre los suaves cojines. Syndil le examinó la cara.

- ¿Has permitido que Darius te sanara? - Preguntó.

Su voz era hermosa, suave satén, fantasmal y misteriosa. Tempest supo inmediatamente que ella también era una criatura como Darius. Estaba en su voz y sus ojos. Pero era difícil, por más que lo intentara, detectar maldad en Syndil, sólo había una tranquila tristeza.

- ¿Darius es médico? - Preguntó.

- No exactamente, pero tiene talento para curar a otros. - Bajó la mirada a sus manos. - Yo no le permití que me ayudara, y eso nos hizo más daño a ambos que cualquier cosa que hubiera podido decir. Se más fuerte que yo. Permítele hacer esto por ti.

- Darius llegó antes de que me violaran. - Dijo Tempest a secas.

Los hermosos ojos de Syndil se llenaron de lágrimas.

- Me alegro tanto. Cuando Desari me dijo que habías sido atacada pensé.... - Sacudió la cabeza. - Me alegro tanto. - Tocó uno de los moretones con la punta de un dedo gentil. - Pero ese hombre te hizo daño. Te golpeó.

- Es mucho peor estar herida por dentro. - dijo Tempest, colocando los cojines alrededor de ella como si colocara una pared que la mantendría a salvo.

3

Syndil miró fijamente a Tempest durante un largo momento. Despues su aliento escapó en una largo y lento siseo. Se sentó e inclinó hacia adelante intentando leer la expresión de Tempest.

- A ti también te ha pasado. No esta vez, pero en algún momento en el pasado. Sabes como es. El temor. La repulsión. - Sus ojos brillaron como hielo negro, como gemas. - Me froté durante tres horas y media, y meses después todavía no me siento limpia. - Se recorrió los brazos arriba y abajo con las manos, la angustia se reflejaba en sus enormes ojos.

Tempest miró hacia la cocina para asegurase de que Darius no podía oirlas.

- Deberías buscar ayuda. Hay lugares, Syndil, gente que puedo ayudarte a volver a encauzar tu vida.

- ¿Eso fue lo que hiciste tú?

Tempest tragó con fuerza, sintiendo la nausea familiar que se elevaba cada vez que esa puerta en particular empezaba a abrirse. Sacudió la cabeza, presionándose el estómago con una mano.

- No estaba en posición de buscar ayuda. Simplemente intenté sobrevivir. - Una vez más miró hacia la cocina, después bajó la voz todavía más. - En realidad nunca conocí a ninguno de mis padres. Mis primeros recuerdos son de una habitación polvorienta en la que comía en el suelo y observaba a los adultos pincharse con agujas en los brazos, en las piernas... en todas las venas que podían encontrar. No sé cual de ellos era mi madre o mi padre. Ocasionalmente las autoridades me recogían y dejaban caer en casas de acogida, pero principalmente vivía en las calles. Aprendí a luchar para librarme de los traficantes de drogas, los borrachos y cualquier otro hombre que se acercara. Era una forma de vida, y la conocí durante varias años.

- ¿Fue entonces cuando ocurrió? - Preguntó Syndil, sus ojos estaban tan llenos de dolor que Tempest quiso apretarla entre sus brazos. Al mismo tiempo quería correr, para no revivir de nuevo ese momento en particular de su vida. No podía soportarlo, no con el ataque de Harry en los talones.

- No, habría sido más fácil si hubiera sido un sinvergüenza o un yonkie o incluso un borracho, pero fue alguien en quien confiaba. - Confesó Tempest en voz baja, las palabras salieron a su pesar vinculándola de alguna forma a Syndil, un vínculo forjado por un terrible trauma que ambas compartía.

- También para mi fue alguien a quién amaba y en quien confiaba. - Admitió Syndil suavemente. - Como resultado de eso ahora no sé en quién confiar. Siento como si él hubiera matado a una parte de mí. No puedo tocar con la banda. Adoraba tocar; la música siempre había estado dentro de mí, y ahora no puedo soportarlo. Me siento muerta sin ella. No puedo quedarme sola con ninguno de los hombres. Crecí con ellos, son hombres a los que siempre he amado, mi familia. Sé que se preocupan por míi, pero no puedo cambiar lo que ha ocurrido.

Tempest se enredó el largo pelo rojo alrededor de un dedo.

- Tienes que vivir, Syndil, no simplemente existir. No puedes permitir que él robe tu vida, tus pasiones.

- Pero lo hizo. Eso es exáctamente lo que hizo. Le amaba como a un hermano. Habría hecho cualquier cosa por él. Aún así fue tan brutal, y sus ojos eran tan viles mientras me hacía daño, como si me odiara. - Syndil se apartó. - Eso nos cambió a todos. Los hombres se miran ahora los unos a los otros con sospecha y desconfianza. Si semejante transformación le ocurrió a Savon, quizás podría ocurrirles a ellos también. Darius ha sufrido terriblemente, porque como nuestro líder, se siente responsable. He intentado decirle que no lo és, pero siempre nos ha cuidado y protegido. Sé que si pudiera sobreponerme a esto, aliviaría su sufrimiento, pero no puedo. - Se miró las manos. - Los otros no me tratan como me trataban antes. Barack especialmente no parece confiar en mí. Ahora me vigilan todo el tiempo, como si fuera culpa mía.

- Probablemente te vigilan protectoramente, no suspicazmente. Pero tú no eres responsable de lo que sienta ningún otro, Syndil. Puedes superar esto, como harán los otros en el momento adecuado y a su propio modo. No lo olvides... puede hacer ensombrecido tu vida e incluso tus relaciones... pero puedes ser feliz de nuevo. - La reconfortó Tempest.

- Nunca he hablando de esto con nadie, ni siquiera con Desari. Lo siento. Vine aquí a ayudarte, pero sólo he hablado de mí misma. Quiero gritar, llorar y esconderme en un agujero. Es muy fácil hablar contigo.

Tempest sacudió la cabeza.

- Tienes que encontrar la forma de continuar.

- Por favor cuéntame lo que te ocurrió, como fuiste capaz de afrontarlo.

En la cocina, Darius se agitó, renuente a permitir que Tempest soportara todavía más trauma. Pero quería saber, tenía que saber, y comprendió que era importante para ambas mujeres ser capaces de discutir los traumáticos sucesos que había sufrido.

- Conocía a una gran dama que trabajaba en unos de los refugios para vagabundos en los que aterricé. Entonces tenía diecisiete años. Me llevó a su casa. Yo solía robar coches y ajustar los motores sólo por diversión. Ellen me hizo comprender que podía dar un mejor uso a mis habilidades mecánicas y hacerme con una buena forma de vida mientras lo hacía. Me ayudó a que consiguiera graduarme en el instituto, y después me consiguió un trabajo en un garaje con un amigo suyo. Fue grandioso durante un tiempo.

- Pero ocurrió algo. - Sugirió Syndil.

Tempest se encogió de hombros pragmáticamente.

- Ellen murió, y de nuevo no tenía ningún sitio adonde ir. Tan pronto como quedé sin protección mi jefe mostró su verdadera cara. Me cogió con la guardia baja. Confiaba en él; era amigo de Ellen. En realidad no suspechaba de él. - Cerró los ojos contra los vívidos recuerdos que acechaban en su interior, la forma en que la había aplastado contra la pared, dejándola sin aliento, aturdida y completamente vulnerable a su ataque.

- ¿Te hizo daño?

- No fue gentil, si eso es lo que quieres decir, y yo nunca había... estado con nadie. Decidí que no era algo que quisiera repetir. - Se encogió de hombros, intentando no hacer una mueca cuando sus costillas protestaron. - Al contrario que tú, nunca he tenido familia. Estoy acostumbrada a cuidar de mí misma y arreglármelas sóla. Siempre he tenido que aprenderlo todo del modo más difícil. A diferencia de ti. Tú tienes una vida, una familia. Sabes lo que es el amor.

- No puedo imaginarme con un hombre nunca mas. - Dijo Syndil tristemente.

- Tienes que intentarlo, Syndil. No puedes retirarte simplemente del mundo, de tu familia. Esto tiene que depender de ti. Ellen siempre me decía que jugara las cartas que me había tocado, en vez de desear que me dieran otra mano. No puedes cambiar lo que te sucedió, pero puedes conseguir que no destruya tu vida.

Escuchando desde la cocina, Darius se prometió solemnemente que el grupo pronto tocaría en la ciudad donde vivía el propietario de ese garaje, y le haría una visita. Aun así, esta era la primera vez que había oído a Syndil hablar con alguien sobre lo que le había ocurrido, y sintió una sensación de gran alivio. Si podía hablar con Tempest, quizás las dos se beneficiarían de la experiencia.

Podía sentir la debilidad de su pequeña pelirroja. Su cuerpo estaba latimado y maltradao, estaba exhausta. Sabía que había corrido la gran distancia que se había arreglado para poner entre ellos, y no había tenido dinero para comida u hospedaje. No quería interrumpir a las mujeres, pero Tempest se deslizaba visiblemente hacia abajo entre los cojines del sofá cuando las miró desde el umbral.

Syndil lo notó en seguida.

- Hablaré contigo cuando estés más descansada, Rusti. Gracias por compartir tus experiencias conmigo, una virtual desconocida. Creo que te las has arreglado para ayudarme más de lo que yo te he ayudado a ti. - Saludó a Darius mientra salía del trailer.

Darius miró hacia Tempest en silencio, intimidante.

- Ahora te vas a ir a la cama, cielo. No quiero oir ninguna discusión.

Tempest ya estaba acostada.

- ¿Algún otro aparte de mí siente la urgencia de tirate cosas? - Sonaba adormecida, nada combativa.

Darius se agachó junto a ella para quedar el nivel de sus ojos.

- No lo creo. Si lo hacen, no tienen la audacia de decírmelo.

- Bueno, creo que lanzarte algo es la única forma de que te marches. - Le dijo Tempest. Los ojos ya se le estaban cerrando, y su voz era débil y triste a pesar de sus fuertes palabras.

Darius le acarició el rico pelo rojo-dorado apartándoselo de la cara, sus dedos masajearon el cuero cabelludo.

- ¿De veras? Quizás mañana podría ser mejor momento para intentarlo.

- Tengo muy buena puntería. - Le advirtió. - Sería más fácil si simplemente dejaras de darme órdenes.

- Eso arruinaría mi reputación. - Objetó.

Una sonrisa curvó la comisura de la boca de ella, enfatizando el diminuto corte rojo de un lado del labio. Darius resistió el impulso de inclinarse y encontrar el pequeño corte con la lengua.

- Ve a dormir, pequeña. Haré todo lo que pueda para aliviar alguno de tus dolores. Antes de que te quedes dormida sobre mí, te he hecho un brebaje de hierbas que te ayudará a descansar mejor.

- Por qué me siento como si estuvieras tomando el control de mi vida.

- No te preocupes, Tempest. Soy muy bueno manejando vidas.

Pudo oir la risa en su voz, y en respuesta una sonrisa encontró la forma de dibujarse en su boca.

- Vete, Darius. Estoy demasiado cansada para discutir contigo. - Se colocó más profundamente entre los cojines.

- Se supone que no tienes que discutir conmigo. - Enfocó su atención en el vaso que estaba sobre el mostrador de la cocina. Flotó desde allí hasta la palma de su mano fácilmente. - Siéntate, cielo. Tienes que beber esto lo quieras o no. - Deslizó un brazo por su espalda y la levantó para poder presionarle el vaso contra los labios

- ¿A qué sabe? - Preguntó ella, suspicaz.

- Bébetelo, pequeña. - La instruyó.

Ella suspiró suavemente.

- ¿Qué tiene?

- Bebe, Tempest, y deja de protestar. - Ordenó, prácticamente derramando el contenido del vaso hacia abajo por su garganta. Ella tosió y escupió pero consiguió que la mayor parte de la mezcla de hierba entrada.

- Espero que no hubiese drogas en eso.

- No, es totalmente natural. Esto hará que duermas más fácilmente. Cierra los ojos de nuevo. - La colocó de vuelta entre los cojines.

- ¿Darius?

Pronunció su nombre suavemente, adormiladamente, y el sonido se derramó en el interior de su alma y tensó su cuerpo con un urgente dolor. Se extendió sobre la cabeza de ella hasta el estante de velas que su familia fabricaba, buscando los ingredientes que producirían los aromas que necesitaba.

- ¿Qué, cielo?

- Gracias por venir tras de mí. No sé si hubiera podido pasar por eso de nuevo. - Estaba tan cansada, que las palabras se le escaparon, revelando mucho más de lo que habría hecho voluntariamente.

- De nada, Tempest. - Recibió el agradecimiento seriamente. Darius recogió una pocas velas, y apagó todas las luces, dejando la caravana en tinieblas.

Un pequeño grito de alarma escapó de la garganta de Rusti.

- Enciende las luces. No quiero que estén apagadas.

- Estoy encendiendo velas para ti, y no estás sola, cielo. Nadie puede hacerte daño aquí. Simplemente relájate, y deja que la bebida haga efecto. Te quedarás dormida, y yo haré lo que pueda por asegurarme de que te despiertes sin demasiado dolor. Si quieres, puedo traer a los gatos para que te hagan compañía.

- No. Yo siempre estoy sola. Así es más seguro. - Murmuró, demasiado ida para vigilar sus palabras. - Cuido de mí misma y no respondo ante nadie.

- Eso es lo que solías hacer antes de conocerme a mí. - Corrigió él gentilmente.

- No te conozco.

- Me conoces. Con las luces encendidas o apagadas, me conoces. - Se inclinó una vez más para acariciar ligeramente el pelo de ella con su boca. El corazón de Rusti casi se paró, después empezó a martillear.

- Tempest, abandona este miedo innecesario. Nunca te haría daño. Puedes confiar en mí. Lo sientes en tu corazón, en tu alma. Las luces no evitan que ocurran cosas malas. También sabes eso. - Pero de todas formas encendió velas por todas partes para que su brillo tenue la reconfortaran y los aromas la apaciguaran.

La bebida de hierbas que le había dado empezaba a hacer efecto, sus párpados se estaban volviendo demasiado pesados para mantenerlos abiertos.

- ¿Darius? Odio la oscuridad. De verdad. - Aún así, se dejó llevar por la marea, sin preguntarse por qué se sentía tan segura y reconfortada con él cuando era tan desconfiada con el resto del mundo, cuando él ni siquiera era humano.

Él le acarició el pelo gentilmente, silenciosamente dándole un pequeño empujón mental hacia el sueño.

- La noche es un lugar hermoso, Tempest. Cuando te sientas un poco mejor, te la mostraré.

Sus manos eran tranquilizadoras, y empezó a relajarse bajo los dedos acariciantes, respirando los aromas de las velas. Darius empezó un suave canto. No era inglés; nunca había oído el idioma. Las palabras parecieron derramarse sobre ella, rozando su mente como las alas de una mariposa, y no estaba segura de si él las estaba susurrándo en voz alta o no.

Darius continuó el canto mucho después de que estar seguro de que Tempest estaba profundamente dormida. Sólo entonces se inclinó hacia abajo para inhalar la fresca esencia de ella, para tomarla a su cuidado. Su boca se movió sobre las sienes, el más liguero de los contactos, después aleteó sobre el ojo hinchado. Su lengua bañó el tejido magullado con el agente curativo de su raza. Finalmente, después de tan larga espera, pudo encontrar la tentadora comisura de su boca y lavar el corte con la lengua. Se tomó su tiempo, disfrutando de su tarea, sujetando su mente sobre él, continuando el canto para mantenerla dormida.

La palma de su mano bajó por la garganta, después se deslizó por el hombro, llevándose la túnica con ella, dejando la suave y satinada piel desnuda. Su lengua encontró el borde de un horrible moretón y lo trazó hacia abajo sobre la curvatura del pecho. Tempest gimió y se movió inquieta, luchando contra los estragos del hipnótico trance. Era fuerte, su mente extrañamente diferente, difícil de controlar mientras se permitía esta tentación y usaba sus energías para sanar.

Darius se sentía intrigado y asombrado por lo diferente que era de los otros humanos. En todos los siglos de su existencia, nunca se había tropezado con unos patrones mentales como los de ella. A causa de su anterior intercambio de sangre, fue fácil permanecer entre las sombras de su mente, su vínculo era más fuerte que antes. Y también empezó a comprender la enormidad de sus propias emociones, de las consecuencias de sus acciones y de haberla unido a él con las palabras rituales.

Tempest no era una mujer ordinaria que simplemente le atraía sexualmente. Iba más allá de eso, más allá de los límites que anteriormente había aceptado en sus relaciones. Su lealtad estaba completamente con esta pequeña mujer, incluso por encima de la que debía a su propia gente, aquellos a los que había protegido, para los que había cazado, por los que había matado, conduciéndoles a través de siglos de aguas turbulentas y cambios.

Darius suspiró y lamió gentilmente un enorme moratón multicolor en el torso de Tempest. Sabía que protegería a esta mujer por encima de todos los demás. Trazó la delicada línea de su mandíbula. ¿Qué tenía que le hacía sentirse más leal a ella que a su propia familia, que a su propia raza?

En la mente de ella encontró un gran valor y una tremenda capacidad de compasión y comprensión. Estudió su cuerpo, tan frágil y delicado, tan perfecto. Con un pequeño suspiro cerró los bordes de la túnica y tiró de la manta para cubrirla hasta la barbilla.

Se envió a sí mismo a buscar fuera de su cuerpo y en el interior del de ella, algo que raramente había intentado con un humano. Requería mucha más concentración que con uno de su propia especie.

Encontró cada magulladora en los órganos internos y lentamente las reparó de dentro hacia fuera. Se estaba familiarizando íntimamente con la mente de ella, con su cuerpo, como un amante, aunque todavía no había compartido su cuerpo o mente como él hubiera querido.

Darius. La llamada mental de su hermana le llevó de vuelta a su propio cuerpo.

¿Qué pasa? Respondió.

Siento tu hambre. Ve a cazar. Nosotros cuidaremos de Rusti. No te preocupes, hermano. Estará a salvo conmigo.

Sólo tú. La orden se le escapó antes de poder censurarla, más por celos que por temor a que alguno de los suyos pudiera hacer daño a Tempest. Cuando su hermana rió suavemente, la fantasmal belleza de las notas le rozó la mente, se maldijo por revelar su pérdida de control.

Cállate, Desari. Dijo sin rencor, su voz una mezcla de afecto e hipnótica hechicería.

Cómo caen los poderosos.

He notado que ese hombre tuyo te sujeta con una correa corta, soltó él en represalia.

Necesitas alimentarte, Darius. Incluso los felinos pueden sentir tu hambre. Yo, sólo yo, vigilaré a Rusti.

Darius suspiró suavemente. Desari tenía razón. No podía arriesgarse a que los gatos se impacientaran; podrían resultar mortales si se alteraban lo suficiente. Se levantó a regañadientes. No quería dejar a Tempest, porque sentía las pesadillas acechando no muy lejos de ella, pero se dirigió pausamente hacia la puerta, donde Desari esperaba al otro lado.

Salió e inhaló la noche, permitiendo que el viento le trajera información de las criaturas escondidas en sus guaridas, de las presas humanas de las inmediaciones. Sasha y Forest se acercaron, frotándose contra él. Sintió su aguda insatisfacción. Darius automáticamente les aseguró que cazaría, se alimentaría. Se estiró, relajándo los músculos, y empezó a correr, cambiando de forma mientras lo hacía. Los dos felinos le flanqueaban, ansiosos por cazar. La banda se movería pronto para cumplir con el próximo compromiso de su agente, pero mientras estuvieran en una ciudad, los leopardos tenían que comer comida que para ellos preparaban sus compañeros Cárpatos. A pesar de que había muchas presas a su alrededor, los felinos tenían prohibido cazar excepto en los lugares salvajes, ésta era parcialmente la razón por la que el grupo intentaba acampar con frecuencia en bosques remotes, parques y reservas, permitiendo que los leopardos utilizaran sus habilidades naturales, manteniéndolos contentos.

La forma de Darius se contoneó y estiró, un hocico se alargó y redondeó mientras se inclinaba, largos y nervudos músculos que se deslizaron para cubrir su cuerpo. Se extendieron garras como cuchillos, para retraerse después hasta que las necesitase. Su espira dorsal se alargó y se volvió extremadamente flexible, los hombros se ampliaron, dándole mayor equilibrio. Las patas acolchadas le permitían correr silenciosamente. El pelajo negro ondulado, causó comezón durante un momento mientras se extendía para cubrir rápidamente el musculosa cuerpo recién formado.

Los leopardos eran siempre rápidos, ágiles, astutos, y extremadamente peligrosos. Con frecuencia el cazador de un leopardo se convertía en la presa. De todas las especies felinas, eran los más inteligentes. Su cerebro desarrollado, según sabía Darius, era comparado con frecuencia con el de las marsopas, y había tenido conocimiento de primera mano, a través de los siglos, de sus habilidades de razonamientos. Pero como siempre, cuando cazaban juntos, Darius los dirigía. Sasha y Foresf preferían cazar desde las ramas de los árboles, saltando sobre las presas desprevenidas desde arriba. Cuando era niño Darius había aprendido paciencia de su especia. Ahora también él podía esperar y vigilar, permanecer completamente inmóvil y silencioso o arrastrase sin ser detectado a través del bosque o la jungla, acechando, con la barriga pegada al suelo, pulgada a pulgada, con un increíble control muscular. Cuando saltaba, lo hacia con increíble rapidez, como aquellos de los que había aprendido este arte. Pronto, sin embargo, se había vuelto patente para él que, como hombre de los Cárpatos

depredador como era, que no podía afrontar el seguir mucho tiempo en el cuerpo del leopardo, de instinto indómito y asesino, sin destruir, en vez de simplemente alimentarse de su "presa".

Los leopardos solían tener largos y agudos caninos para agarrar, sujetar, perforar y rasgar. Sus garras alfiladas podían deslizarse a través de la carne como un cuchillo. Aunque hábiles y intrépidos, e increíblemente inteligentes, su humor cambiaba rápidamente lo que los hacía altamente impredecibles. Aun así, sus mentes estaban siempre trabajando, siempre buscando un desafio. Los hombres de los Cárpatos estaban demasiado cerca de la especie como para alimentarse precisamente de la misma manera, para doblegar a la bestia depredadora que rugía enfurecida dentro de ellos mientras estaban en el cuerpo del leopardo. Se requería que el hombre, recurriera a su código del honor, su conocimiento de lo que estaba bien o mal, en vez de a la ley de la jungla, para alimentarse sin matar.

Darius sentía un gran respeto por los leopardos, sabiendo que eran tan peligrosos como él mismo, y nunca perdía de vista sus salvajes tendencias o la de los felinos. Ambos eran silenciosos, depredadores invisibles, y cuando algo iba mal, al igual que lo hacía su propia especie, se convertían en el mal encarnado.

Justo ahora, con la noche envolviéndoles, con la esencia de la caza fresca y abundante, sentía la alegría de la caza, el único placer que había conocido durante muchos años.

Normalmente era un cazador solitario, pero hacía varios siglos Darius había aprendido a convocar varios felinos para que se reunieran y poder aprender las habilidades que necesitaba. Como niño que era no había sido lo suficientemente fuerte como para cazar solo, y había desarrollado sus habilidades mentales antes de que su fuerza muscular. Y eso le había ayudado a poner a punto, a afilar su habilidad para forzar mentalmente su conformidad incluso mientra adquiría las habilidades del cazador.

De todos los felinos, los leopardos podían ser los más peligrosos devoradores de hombres, con frecuencia quedaban en tablas con cazadores profesionales que los acechaban. Eran lo suficientemente sigilosos y atrevidos, lo suficientemente silenciosos como para entrar en un campamento y arrastrar a la fuerza a una víctima, con frecuencia sin ser detectados. Por eso era necesario mantener a Sasha y Forest siempre bajo control. Había muchos humanos acampando y paseando por los bosques. Los felinos sabían que él cazaba a los humanos, obteniendo su sustento de ellos, aunque también sabían que a ellos les estaba prohibido abatir a una presa tan fácil. A veces se sentían descontentos y malhumorados por el reglamento que los restringía. Les dirigió hacia los venados y otra fauna del área, deseando cometer la menos cantidad posible de errores. Sasha y Forest debían alimentarse primero así estarían preocupados en devorar sus presas mientras él buscaba sangre fresca.

Se movieron como una unidad, explorando el terreno. Darius olió una pequeña manada de venidos alimentándose tranquilamente en las inmediaciones. Como el sistema de radar móvil que eran, los leopardos procedieron silenciosamente. Sus largos bigotes, terminaban en puntas afiladas, leyendo las corrientes de aire y los objetos, así los felinos y Darius podían avanzar implacablemente hacia su desprevenida presa.

Darius eligió el objetivo, buscando a los dos animales más débiles del grupo. El leopardo normalmente elegía la muerte más fácil, la más incauta, el que vagaba inadvertidamente cerca del árbol que el leopardo estaba utilizando.

Sasha protestó retorciendo el labios, pero Darius la empujó mentalmente incluso mientras empujaba sus hombros mucho más pesados contra ella en reprimenda.

Reaccionó con un silencioso gruñido pero saltó ágilmente a la rama de un enorme árbol. Estirando su largo cuerpo, se tendió inmóvil, con sus ojos ámbar fijos en su presa. La gama que se movió hacia ella era más vieja de lo que a Sasha le habría gustado, pero Darius era enorme, con unas buenas doscientas libras de peso y feroces músculos, ninguno de los felinos se atrevía a desafiarle demasiado.

Forest rondaba en círculos a favor del viento hacia la presa rezagada del rebaño de venados que Darius había seleccionado para él. Se hundió entre los arbustos, su pelaje

moteado se confundía fácilmente con la vegetación. El gamo era cauto, levantaba la cabeza de cuando en cuando, buscando en el aire un indicio de peligro. Forest se movió una pulgada, se congeló, después se movió de nuevo.

Darius se colocó en posición cerca de los dos venados, para conducirlos de regreso si, por alguna razón, escapaban, aunque Sasha y Forest tenían demasiada experiencia para exponerse a sí mismos o permitir que el viento llevaran sus esencias hasta la presa. Darius ayudó sólo en mantener el viento inmóvil, manteniéndolo lejos de la presa hasta que Forest estuviese a escasos pies de su gama y la presa de Sasha estuviera directamente bajo su rama del árbol. Los enormes felinos entraron en acción simultáneamente, sobresaltando al resto de la pequeña manada. Los venados huyeron en pánico total, dispersándose a través de los árboles, pero las dos víctimas quedaron atrás.

Darius dejó atrás a los felinos colocando un campo preventivo a su alrededor, creando una oscura y opresiva sensación que esperara el aire y mantuviera lejos a cualquier campista humano o cazador que puediera vagar demasiado cerca de donde los gatos se estaban alimentando. Sasha y Forest conocían las reglas, pero los instintos , tan viejos como el tiempo, les habían regido mucho antes de que lo hicieran sus compañeros Cárpatos.

Dairus se movió infaliblemente a través de los bosques hacia el campamento humano. En su presente forma podía saltar fácilmente sobre los troncos caídos o cualquier otro obstáculo que apareciera en su camino. Celebró la sensación de sus músculos nudosos bajo el pelaje. Antes de perder sus emociones siempre había amado la noche, y ahora, al fin, podía disfrutar verdaderamente de ella, no recuerdos ensombrecidos u obtenidos a través de la mente de su hermana, sino a través de sus propios sentidos. La tierra húmeda bajo sus pies, la inquietud de las criaturas nocturnas, el poder surgiendo a través de él, el viento soplando entre los árboles, haciéndolos balancearse y danzar a su ritmo. Incluso celebró el hambre implacabe y dolorosa que invadía su cuerpo. Tempest. Había traídos los colores a su mundo. Emociones. Le había traído de vuelta a la vida desde el borde de la muerte. Le permitió sentir el amor y devoción por su familia; ya no necesitaba fingirlo, un débil recuerdo de emoción. Ahora, cuando levantaba la mirada hacia Desari, su corazón se encogía. Cuando veía a Syndil, era a través de los ojos de la compasión, de un profundo afecto.

¿Pero qué iba a hacer con Tempest? Era humana. Estaba prohibido unirse a ella. Aunque había pronunciado las palabras rituales que los unían. Había compartido sangre con ella, y lo haría de nuevo. Lo sabía. La mera idea del sabor de ella mojando su boca y su cuerpo se endurecía con un deseo salvaje e implacable. Era adictiva, su sangre saciaba el terrible hambre como nada lo había hecho jamás. Sabía que cuando su cuerpo reclamara el de ella, se deleitaría con su sangre, desearía ardientemente el intercambio entre ellos. La idea de la boca de ella contra su piel era insoportamente erótica.

Empujó su mente con fuerza lejos de esa vívida imagen. Ya tenía problemas para controlar su urgencia de unirse a Tempest, de reclamarla completamente. Le debía al menos dejarla que le conociera antes. Aún así, estaba hecha para él, su otra mitad. Lo sentía en su corazón, en su mente, su misma alma. Cuando envejeciera, él elegiría envejecer con ella, y afrentaría el amanecer. Abandonaría tranquilamente este mundo cuando ella lo hiciera.

Con la decisión vino la paz. Desari tenía ahora a Julian, y Barack y Dayan eran capaces de cuidar de Syndil. Él tendría sus años con Tempest, largos y felices años llenos de amor y risas y la belleza del mundo a su alrededor. Sabía que su decisión significaba que ya no podría buscar la paz restauradora de la tierra. Ya no podría soportar separarse de Tempest mucho tiempo. Y ella necesitaba de su protección.

El olor de la presa se volvió agudo en sus fosas nasales. Una tienda de campaña se alzaba ante él, bajo la protección de los árboles. Dentro un hombre tendido junto a una mujer. El leopardo avanzó arrastras hasta el interior del refugio de lona, el olor de la sangre caliente le inundaba y su bestia interior rugía pidiendo alivio. Agachado sobre el fuerte y saludable cuerpo del hombre, Darius se concentró en Tempest. Eso suavizó al depredador interior y le permitió tomar forma humana, para atrapar a la pareja con un velo de sueño, de equidiscencia.

Librodot

El hombre se volvió hacia él y ofreció su garganta. Darius sintió el familiar borde de sus colmillos alargándose contra la lengua e inclinó la cabeza para beber.

El primer indicio de ansiedad le golpeó mientras cerraba las heridas, asegurándose de no dejar ninguna evidencia de la que había estado allí. Cambió de forma, deslizándose encubiertamente fuera de la tienda antes de soltar a la pareja del trance de aceptación. La mujer gimió suavemente, se volvió, y se acercó más al hombre en busca de protección. Él reaccionó, incluso en su sueño, deslizando un brazo alrededor de la cintura de ella.

Darius empezó a moverse rápidamente a través de la reserva, su cuerpo se encogió, tomó una forma aerodinámica y maniobró silenciosamente a través de la espesa vegetación. Se detuvo a varias yardas de Sasha y Forest. El leopardo macho estaba todavía hartándose, agachado sobre su víctima. Sasha estaba ya en los árboles, los restos de su cadáver estaba en ramas, reservados para el día siguiente.

Continuó, su mente ondeaba inesperadamente con imágenes de pesadilla. Un hombre alto y corpulento de enormes brazos y con un intrincado tatuaje de una cobra en sus biceps protuberantes. Cuando el músculo se movió, los colmillos de la serpiente se abrieron de par en par. Lentamente el hombre volvió la cabeza, su sonrisa obscena y llena de triunfo. El propietario del garaje que había asaltado a Tempest.

Darius empujó con su mente para entrar en la de Tempest. Las imágenes llegaban de ella incluso en su profundo sueño. Su angustia era ahora tan vívida, la emisión era fuerte, que los felinos tras él la recogieron. Oyó sus chillidos familiares y extraños y les envió una rápida orden de silencio, de seguirle directamente hasta el campamento.

Requería toda su atención sujetar la mente de Tempest con la suya, pero siglos de perfeccionar sus habilidades le habían puesto en forma. La consoló, dirigiendo sus pensamientos lejos de la pesadilla.

Desari ya tenía la puerta de la caravana abierta y permaneció a un lado mientras el enorme leopardo saltaba con facilidad al interior del vehículo, cambiando de forma mientras lo hacía. Darius aterrizó sólidamente sobre dos pies, avanzando a zancadas hacia el sofá.

- Está asustada, una pesadilla. - Estableció suavemente, agachándose junto a la esbelta figura, apenas dirigiendo una mirada a su hermana. - Déjanos.

Fue consciente de que Desari le miraba durante un largo rato, sintió su desconcierto. Estaba actuando de forma completamente ajena a su carácter con Tempest, y era obvio lo que sentía algo por ella. Su misma postura gritaba posesión, protección.

- Es humana, hermano. - Dijo Desari tranquilamente.

Darius emitió un gruñido bajo y retumbante de advertencia, el sonido vibró en su garganta. Desari puso una mano protectora sobre su propia garganta y volvió los ojos abiertos de par en par hacia Julian, que se había materializado instantáneamente en la puerta en el momento en que Darius emitió su advertencia. Desari salió apresuradamente. La tensión permanecía entre su hermano y Julian. No podía considerárseles amigos. Ambos la protegían, pero ambos eran hombres fuertes y poderosos que seguían su propio camino, forjando sus propias reglas. Como resultado, su relación era tensa en el mejor de los casos. Colocando una mano justo en el pecho de Julian, Desari empujó a su compañero lejos de la caravana. Él respondió enroscando los brazos alrededor de su cintura y levantándola contra su fuerte cuerpo, su boca encontró la de ella, enseguida hambrienta y tierna.

Darius ignoró toda la escena, su atención estaba centrada completamente en Tempest. El pelo se extendía alrededor sobre la almohada, y su mano, por propia voluntad, se movió para capturar la espesa masa en la palma. Su cuerpo se tensó, empujado por una dolencia imparable. Parecía tan joven y vulnerable en su sueño. Tempest intentaba parecer dura, pero Darius sabía que necesitaba a alguien que la protegiera y compartiera su vida. Estaba tan sóla. Estaba escrito en su mente. Compartiendo sus pensamientos y recuerdos como estaba haciendo, le descubrió en ella la misma dolorosa soledad que moraba profundamente en su propia alma. Aunque era diferente a él en que estaba llena de compasión y amabilidad, todo lo que él no era. Con todo el daño que le habían hecho, no tenía ideas de venganza, ni odio

amargo, sólo una tranquila aceptación. También tenía una firme resolución de permanecer alejada de lios, llevando una existencia aislada y solitaria.

Los patrones de su mente eran interesantes. Prefería la compañía de animales. Podía entenderlos fácilmente, su lenguaje corporal, sus pensamientos. Podía comunicarse con ellos sin palabras.

Darius inhaló su esencia, tomándola en sus pulmones, en su cuerpo, y sosteniéndola allí. Era única entre los humanos, la forma en que podía leer la mente de los animales que la rodeaban. No la afligía... amaba a los animales... pero las reacciones de los humanos antes su don era siempre negativa. Darius se inclinó para tender la cabeza sobre la de ella, refrenando a la bestia interior que rugía clamando liberación. Todos sus instintos pedían que la reclamara irrevocablemente de una vez por todas. Su cuerpo necesitaba el de ella desesperadamente. El salvaje anhelo de saborearla le empujaba con fuerza.

Pero ella necesitaba descanso y cuidados. Se merecía algún tipo de cortejo. Fue su misma vulnerabilidad lo que mantuvo a la bestia atada. Darius se conocía bien a sí mismo, sus virtudes y debilidades. Era tan implacable y duro como la tierra en la que había crecido. Tan salvaje e implacable como los leopardos con los que había corrido. Mataba sin emoción, sin malicia, pero mataba cuando lo estimaba necesario y nunca miraba atrás.

Tempest le pertenecía. De algún modo, y no tenía ni idea de como había ocurrido, una humana era su otra mitad. Su alma se amoldaba a la de él como un engranaje, los bordes afilados encajaban perfectamente. Sabía que el cuerpo de ella estaba hecho para él, que encontraría en ella el mismo fuego que ardía a fuego lento en su interior.

Duerme profundamente, cariño, sin malos sueños. Yo te vigilaré. Murmuró las palabras suavemente en su mente, llenando su cabeza de sueños placenteros, con cosas que recordaba de su niñez. La belleza de la sabana, el misterio del monzón, la abundacia de colores, de animales. Conjuró la excitación de su primera caza con los leopardos. Había intentado dejarse caer desde las ramas de un árbol como había visto hacer a los animales más viejos pero había aterrizado delante de su pretendida víctima, inadvertidamente haciéndola correr a toda prisa fuera de su alcance. Se encontró a sí mismo sonriendo ante el recuerdo, sonriendo como estaba haciendo ella en su sueño.

Su mano se cerró sobre la de ella. Cascadas, la magestuosidad del agua espumosa cayendo desde cientos de pies de altura. Cocodrilos, antílopes. El orgullo de los leones. Con los detalles llegaron los aromas, la sensación y calor sofocante de África. Lo compartió todo con ella, reemplazando los terribles eventos del día, de su pasado, reemplazando la pesadilla con algo hermoso.

Eres un hombre notable, Darius.

Se quedó inmóvil. Le había hablado telepáticamente. No por el mismo vínculo que solía usar su familia. Este era diferente, más íntimo. Pero era su voz; no había error en eso. De algún modo, en medio del sueño inducido por las hierbas y la compulsión, era todavía consciente de la presencia de él en el interior de su mente. Era increíble que una humana pudiera tener tales poderes.

Examinó su mente de nuevo. No se parecía en nada a las mentes humanas a las que estaba acostumbrado. Le intrigaban, sus capas y compartimentos, como si tuviera las cosas pulcramente archivadas y guardadas bajo llave. Quizás había sido demasiado complaciente con ella.

¿Puedes oirme? preguntó en su mente.

¿No quieres que te oiga? ¿Por qúe me estás hablando de todos esos lugares maravillosos y esos recuerdos excitantes si no quieres que te oiga?

De nuevo notó el ronco terciopelo de su voz, como una caricia adormecida, una amante acurrucando su cuerpo sin pensarlo contra el de él. ¿Siempre sonaba así? ¿Oían los otros la nota erótica y sexy en su voz?

¿Esta forma de comunicación no te asusta? preguntó.

Estoy soñando. No me importa soñar contigo. Estás compartiendo mi mente; yo estoy compartiendo la tuya. Sé que sólo deseas ayudarme a dormir sin pesadillas.

¿Podía ser así de simple? ¿Creía que todo era sólo un sueño? Darius se llevó la mano de ella a la calidez de su boca. Estaba sonriendo cuando besó sus nudillos. La mano todavía magullada por la lucha. Sin pensarlo conscientemente, acarició con su lengua las oscuras marcas púrpuras y azules. *Duerme, pequeña. Duerme profundamente y no te preocupes por nada. Deja que tu cuerpo sane.*

Buenas noches, Darius. No te preocupes tanto por mí Soy como un gato: siempre aterrizo de pie.

4

Librodot

Tempest despertó lentamente, como si emergiera de un lecho de perezosas nubes. Estaba dolorida, cada músculo protestó cuando se movió, aunque ni de cerca tanto como había esperado. Se sentó, mirando cautelosamente a su alrededor. Su cuerpo estaba vivo, su piel sensible más allá de toda creencia. Recordaba el horror del ataque que había sufrido como una vaga pesadilla. Lo que resultaba vívido y agudo, con cada detalle impreso para siempre en su mente, era el recuerdo de la lengua de Darius acariciando cada moraton, alejando el dolor y el miedo, reemplazándolo con ardiente y erótico placer. Quería creer que un había sido una pesadilla y lo otro un sueño romántico, pero Tempest siempre enfrentaba la realidad cara a cara. Ese era su estilo de vida, la forma en que sobrevivía. Podría mentir a cualquiera si era necesario pero nunca a sí misma. Las cosas que Darius había hecho en su mundo soñado habían sido también reales. Había estado en alguna especie de trance, medio despierta, medio dormida. Y se habían hablado el uno al otro sin usar otra cosa que sus mentes, de forma muy parecida a como se comunicaba con los animales, sólo que utilizando palabras, no sólo imágenes. Telepatía.

Tomó un profundo aliento y miró a su alrededor. Estaba sola en la lujosa caravana excepto por los dos leopardos que abrieron cada uno un ojo adormilado ante su movimiento pero no parecían inclinados a levantarse. Tempest se pasó una mano a través del pelo. ¿Debería seguir por su cuenta o aprovechar la oportunidad con cualquiera que fuera la criatura con la que se había tropezado?

No había tenido mucha suerte con los humanos y siempre había preferido la compañía de los animales. La noche anterior, cuando su mente había conectado con la de Darius, había reconocido sus patrones cerebrales por ser como los de un animal en muchos aspectos. Había desarrollado altamente sus instintos y sentidos como los leopardos. Ella sabía que era un cazador formidable, pero no había detectado maldad en él.

Darius podía haberla matado en cualquier momento si lo hubiera querido. Podía haberla utilizado como comida, si eso era lo que estas criaturas hacían. Pero no lo había hecho tampoco. Había ido tras ella cuando estaba en problemas. La había tratado con amabilidad y compasión. Y la había atendido tiernamente para sanar su cuerpo magullado y alejar la peor parte de sus recuerdos.

El coste no había sido pequeño para él. Darius la deseaba. Había sentido el ardor en él. Había sido todo menos inofensivo, aunque no había actuado para calmar las exigencias de su cuerpo. Había sentido su enome energía salir de él y entrar en ella mientras la curaba. Había estado extremadamente cansado después de usar su gran fuerza para aliviar su sufrimiento, y ella había incluso sentido un ansia, un hambre mordaz e insaciable, la mente de él uniendose a la suya hasta que no estuvo segura de donde terminaban sus sentimientos y empezaban los de él.

Suspiró y se echó hacia atrás el pelo que cayó soltándose de la gruesa trenza en que él lo había tejido. Nadie nunca la había tratado como lo hacía Darius. Era amable y considerado, incluso tierno, pero con todo esto no era un hombre fácil de tener alrededor. Especialmente cuando ella estaba tan acostumbrada a hacerlo todo a su manera. Su arrogancia, su completa confianza en sí mismo y sus habilidades, tenían la tendencia de hacerla rechinar los dientes. Obviamente estaba acostumbrado a que se obedecieran todos su deseos. Ella estaba acostumbrada a ser completamente independiente. Se mordió el labio, sus dientes se arrastraron hacia detrás y hacia adelante mientras pensaba.

Darius no era sólo arrogante por experar que ella le obedeciera. Era mucho más que eso. Una dura posesión iluminaba las profundidades de sus ojos, dandoles una ardiente intensidad, rebelando un deseo sólo por ella.

- No, de ningún modo, Rusti. - Susurró en voz alta para sí misma. - Este maníaco está acostumbrado a proteger y controlar a todos los que le rodean, así que no dejes que tus hormonas empiecen a corretear por ahí. Y los vampiros están fuera de cuestión. No quisiste liarte con el borracho del barrio; no creo que éste sea una elección mucho mejor. Tengo que salir. Desvanecerme. Correr. Largarme.

Aunque sabía que iba a quedarse. Emitiendo un pequeño gemido, se cubrió la cara con las manos. No tenía dinero, ni familia, ni casa. Quizás si Darius dormía durante el día, y ella dormía toda la noche, podrían arreglarse. Espió por entre sus dedos.

- Como si creyera que eso sucederá. Ese hombre quiere dirigir el mundo. Su propio imperio privado. - Frunció la nariz y forzó la voz. - "Mis dominios, Tempest". Recuerda que él lo controla todo y a todos en sus dominios. - Se dijo a sí misma.

Echó un viztazo al reloj de la pared. Eran las tres de la tarde. Si iba a poner en marcha los otros vehículos y ganarse su sustento, tenía que hacerlo pronto.

Gimiento en voz alta cuando sus músculos protestaron, salió de debajo de la manta y se abrió paso hasta el baño. La ducha le sentó bien a su cuerpo dolorido y la ayudó a aclarar las telarañas de su mente. Como siempre se recogió el pelo para que no molestara y se vistió con una camiseta y unos vaqueros azules, poniéndose encima un mono para mantenerlos semilimpios mientras trabajaba.

Se sorprendió de encontrar el refrigerador completamente surtido de verdura y fruta fresca. También divisó varios panes y pasta. De algún modo sabía que Darius era el responsable delabastecimiento.

Habiendo aprendido a una temprana edad a improvisar comidas, se hizo una salsa de alcachofa y champiñones para servir sobre la pasta y comió despacio aunque con moderación, su estómago todavía estaba alterado por los eventos del día anterior. Finalmente limpió y salió a echar un vistazo a los coches, camiones y caravanas del grupo.

El sol de la tarde se ponía, pero hacía calor y había humedad incluso bajo la cobertura de los árboles donde estaba trabajando. Aun así disfrutaba de la paz de los bosques. Una liguera brisa se levantó una hora después de que empezara a trabajar, lo que alivió un poco su incomodidad. La mayor parte del tiempo estaba tan concentrada en lo que estaba haciendo que no pensaba en nada más. Terminó sus ajustes a la caravana a las cinco en punto y se tomó un pequeño descanso para tomar algo de agua fresca y comprobar a los felinos.

El coche de carreras rojo básicamente necesitaba sólo afinarse, y dado que el grupo parecía llevar un pequeño cargamente de repuestos con ellos, fue capaz de encontrar lo que necesitaba fácilmente. Tempest más bien disfrutó trabajando en el pequeño coche y estaba satisfecha cuando ronroneó al arrancarlo. Lo llevó por una sinuosa carretera, colocandolo en varias marchas, conduciendo como si estuviera en una carrera. A unas pocas millas del campamento se echó a un lado para ajustar el motor.

Estaba subida sobre el motor, escuchándolo, cuando la primera oleada de desasosiego se derramó sobre ella. Manteniendo la cabeza bajo el capó, levantó los ojos y exploró el área a su alrededor. Alguien la estaba observando. Lo sabía. No tenía ni idea de de donde llegaba la intensa certeza, pero sabía positivamente que tenía razón.

¿Tempest? La voz fue, como siempre, calmada y tranquila. Pero Darius sonaba lejos. ¿Tempest, qué es?

Sus dedos se cerraron alrededor de la pequeña herramienta que llevaba en la mano. No iban a jugar a fingir que no eran conscientes el uno del otro. No podían dejar pasar esto como un sueño.

Alguien me está observando, respondió. Siento... Se detuvo, buscando la palabra para describir su inquietud. Cuando ninguna acudió, hizo lo que hacía con los animales: envió una impresión de sus emociones.

Un pequeño silencio se sucedió mientras Darius evaluaba la situación. También me molesta a mi. No estás dentro del perímetro que coloqué. ¿No sentiste la opresión cuando pasaste a través de él?

Rusti frunció el ceño ¿Colocaste un perímetro para mi? ¿Eso qué significa? ¿Tienes una distancia determinada a la que se me permite alejarme? Estaba ultrajada, olvidado por un momento a su observador indeseado.

No me des problemas, cielo. Sólo haz lo que te digo. Había un indicio de divertida exasperación en su tono. Supe que me darias problemas al minuto de colocar mis ojos sobre

ti. Haz un lento barrido visual de la zona de alrededor. Muy lento. Mira realmente. Yo veré lo que tú veas.

Rusti hizo lo que le ordenaba porque sentía curiosidad por ver lo que podría ocurrir. Su visión era buena, sus sentidos estaban alerta, aunque no descubrió lo que la intranquilizaba. Era una sensación extraña compartir su mente y ojos con otro ser. Deseó haber llevado a los felinos con ella.

Demasiado tarde para mostrar sentido común, Tempest. Deberías haberte quedado donde estabas, fuera de peligro, como se supone que debía ser. Hay un hombre con un par de binoculares observando desde la pequeña arboleda de tu izquierda. Puedo divisar el parachoques de su coche. Tempest siento que su corazón tamborileaba con alarma. No hay razón para temerle. Estoy contigo. No sería posible para él hacerte daño.

¿Pero y si se acerca? Sé que estás muy lejos. Lo siento.

Darius envió una oleada de tranquilidad, un torrente de calidez y fuerza a su interior. Nunca permitiría que otro hombre la tratara como había hecho Harry. Nunca más. Lo decía en serio. Una promesa a sí mismo. Una promesa a ella. Rusti juraría que pudo sentirse envuelta por un brazo protector que la rodeaba. No dejaba de pensar no podría no ser una buena idea apoyarse tanto en su fuerza cuando debía sentirse resentida por sus modales dominantes.

Se permitió a sí misma respirar de nuevo, permitiendo que su corazón redujera la marcha a su ritmo normal.

Sigue trabajando, cielo. Está a punto de acercarse. Sólo actúa normalmente. Sabré si necesitas mi intervención.

Ella tomó un profundo aliente, permitiendo que el aire escapara lentamente, y se inclinó una vez más hacia la pieza que estaba ajustando. Se obligó a no levantar la mirada hasta que oyó el coche del hombre. El Mustang era azul pálido y el motor trucado. Podía decirlo por como sonaba. Cerrando el capó, sonrió al visitante.

- Guau. Esa cosa tiene potencia, ¿verdad?

El hombre se desdobló saliendo del asiento del conductor del Mustang y le sonrió, mostrando un montón de dientes. Una cámara enorme le colgaba del cuello. Estaba vestido con un traje arrugado y llevaba la corbata suelta

- Es la cosa más rápida que he tenido en años. Soy Matt Brodrick. - Extendió la mano.

Por alguna razón Rusti fue renuente a tocarle. Podía sentir el miedo tomando agarre, abrumándola. Y obligó a sonreir y limpiarse la palma de la mano en los vaqueros.

- Lo siento. Estoy un poco grasienta. - Explicó.

- Ese parece uno de los coches que pertenece a los Trovadores Oscuros. ¿Eres un miembro de la banda?

Había una curiosidad real en su voz y un indicio de alguna emoción que no pudo nombrar. Rusti alzó la barbilla, sus ojos verdes estaban limpios de sospecha.

- ¿Por qué le interesa?

- Soy un fan. Desari tiene una voz que llega directa desde el cielo. - Respondió el hombre, mostrando incluso más dientes. Cuando ella continuó evaluándole en silencia, soltó un suspiro. - Soy un reportero.

Ella hizo una mueca.

- Entonces ya sabe que no soy un miembro de la banda. - Levantó su caja de herramientos. - Soy su mecánico.

El miró alrededor.

- ¿Dónde está su campamento? He recorrido arriba y abajo todas estas carreteras pero no lo he divisado. Sé que está en algún lugar por aquí cerca.

- ¿Y cree que simplemente le ofreceré la información por la bondad de mi corazón? - Rió ella.

Incluso en el interior profundo de la tierra, miles más lejos, Darius sintió su cuerpo tensarse y endurecerse ante el sonido de su risa. Ella era como una niña despreocupada, viviendo cada momento como venía, sin prestar atención a nada que hubiera ocurrido antes, a

nada que puediera ocurrir en el futuro. La bestia interior estaba gruñendo, luchando por liberarse. Los colmillos en su boca se alargaron para volverse letales. Sabía que era peligroso, siempre había sido peligroso, pero ahora, con Tempest cerca de otro hombre, había sobrepasado el punto de autocontrol. No tenía otra razón para vivir, y no la dejaría. Nunca.

- ¿Por dinero entonces? - Ahora los dientes del reportero parecían brillantes, sus ojos duros como piedras, había algo astuto en su expresión.

- Ni lo pienses. - Rechazó ella instantáneamente, incluso aunque ciertamente podría utilizar los fondos. - No traiciono a la gente por dinero ni por ninguna otra cosa.

- He oído cosas raras sobre el grupo. ¿Al menos podrías confirmar o negar alguno de los informes?

Tempest guardó la caja de herramientas sobre el suelo del pequeño coche deportivo.

- ¿Por qué molestarse? La gente como tú se inventa lo que quiere. Lo escribes y lo imprimes sin pensar en a quién puedes hacer daño.

- Sólo un par de preguntas, ¿de acuerdo? Es verdad que duermen durante el día y se quedan levantados toda la noche? ¿Eso de que todos tienen algún tipo de enfermedad que les imposibilita salir a la luz del sol?

Tempest estalló en carcajadas.

- Eso si que suena como un reportero. Debes trabajar para uno de esos asquerosos periódicos sensacionalistas. No puedo decir que me haya encantado conocerte, Señor Brodick, pero ahora tengo que irme.

- Espera un minuto. - Brodick capturó la puerta del coche antes de que pudiera cerrarla. - Si estoy equivocado, dilo. No quiero imprimir basura.

- ¿Así que si le cuento la verdad, realmente la imprimirá, no inventará alguna historia sensacionalistal sólo para vender su periodicucho? - Sus ojos verdes relampaguearon hacia él con puro desafío.

- Absolutamente, lo haré.

- En este mismo momento, la banda y su guardaespaldas estan dando una larga caminata. Han estado paseando por las colinas la última hora o así. Tenemos que estar en la carretera esta noche para que lleguen a su próxima actuación a tiempo, así que se están tomando un último respiro. Despues cenaremos y nos largaremos de aquí. Imprima ese, Señor Reportero. Es un poco mundano, pero también se ponen los pantalones por una sola pierna a la vez, justo como todos los demás. - Rusti tenía un profundo sentido de la lealtad, y Darius y su familia la había apoyado sólidamente. Si un periodista explotador como este sospechaba algo fuera de la normal en ellos, ella no se iba a cortar de contar unas pocas mentiras para protegerlos, incluso si tenía sus propias reservas sobre el grupo.

- ¿Los viste hace una hora? - Exigió Brodrick

Rusti miró con mordacidad su reloj.

- Casi dos horas. Espero que vuelvan en cualquier momento. Y esperarán que los vehículos están funcionando como un reloj para que podamos largarnos. Dudo que ninguno de ellos se queme con el sol... usan protector solar como todo el mundo por lo que sé... pero si lo están, te llamaré. ¿De acuerdo? - Cerró de golpe la puerta con innecesaria fuerza. - En caso de que estés interesado, Desari es propensa a las picaduras de mosquitos. Usa repelente de insector con la crema solar. ¿Te gustaría saber la marca?

Buena chica, aprobó Darius, su orgullo por ella crecía.

- Vamos. - Protestó Brodrick, - Dame un respiro. Sólo estoy haciendo mi trabajo. Sabes que ella es noticia. Dios mío, tiene la voz de un ángel. Todas las grandes compañías suplican por un contrato, y ella continua tocando en pequeños clubs. Podría hacer millones.

Rusti rió de nuevo.

- ¿Y que le hace suponer que no los tiene? ¿Tan terrible es que haga lo que le gusta? Es una artista. Le gusta la intimidad de las pequeñas multitudes. No es lo mismo en un estadio enorme; no pudo hacer la misma conexión con el público. Y no hay nada semejante a esa conexión en un estudio de grabación. - Estaba recogiendo información directamente de la

mente de Darius. Levantó la mirada hacia Brodrick. - Lo lamento por ti. Debes odiar tu trabajo, fisgando en las vidas de la gente sin entender quienes son en realidad. El dinero no lo es todo, ya sabes.

Brodrick se sujetó a la puerta con la mano.

- Llévame de vuelta contigo a su campamento. Preséntame. Si consigo una entrevista exclusiva, haría mucho por conseguir que mi jefe se sintiera contento conmigo.

- Ni hablar. - Dijo ella. - No te conozco, y haces muchas preguntas estúpidas. Ningún reportero que valga la pena saldría con algo como si Desari duerme o no durante el día. Si tuvieras una actuación que termina a las dos en punto de la madrugada, después conocieras gente, incluyendo a reporteros, durante otro par de horas más, probablemente también tú querías dormir también. ¿Qué clase de pregunta estúpida es esa? - Rusti inyectó tanto desprecio en su tono de voz como pudo reunir. - Te voy a decir una cosa. Cuando tengas claro algo bueno que preguntarle, veré lo que puedo hacer por ti. Pero me niego a poner en peligro mi propio trabajo por un idiota.

Después lentamente maniobró el pequeño coche lejos del reportero. Por el espejo retrovisor, mantuvo un ojo en él mientras conducía. Podría seguirme, Darius. ¿Debería conducirle lejos del campamento?

Vendrás directamente a casa, Tempest. Y la próxima vez no saldrás sin protección.

Ella le envió una imagen en la que le retorcía el cuello. He vivido sóla toda mi vida, te estás sobrepasando, eres como un grano en el culo. No necesito que nadie me proteja, y estoy segura de que no pediré permiso para ir a ningún sitio al que decida ir. Ya tienes suficiente gente a la que dar órdenes a tu alrededor, dame un respiro.

Puedo ver que necesito fijar mi completa atención en mantenerte a raya, cielo. Afortunadamente, estoy preparado para la tarea. Sonaba mucho más complacido y seguro de sí mismo de lo que le gustaba. La forma en que la voz se vertío sobre su piel como miel cálida y llenaba su cuerpo como lava fundida, recogiéndose maliciosamente abajo en su interior, era más extraña que nada que hubiera experimentado nunca. Su propio cuerpo la traicionaba. ¿Habían algunas cosas que eran mejor mantener a un lado en la vida, los vampiros entre ellas?

Tempest. Me has cerrado tu mente. ¿Qué pasa? Crees que soy tan formidable que no debería oir tus pensamientos cuando estás enfadado conmigo? Eso no cambiará nada.

No es nada, Darius. ¿Cómo puedes hablar conmigo de esta forma de todos modos? Decidió que la mejor defensa era un buen ataque. Dejemos que intente contestar esta. ¿Es porque puedes hablar con los animales como yo? Creyó que era mejor dar un golpe de gracia.

Así que admites eso ahora. Puede que en realidad lleguemos a algún lugar.

Miró de nuevo por el espejo retrovisor. Estaba volando por la estrecha y retorcida carretera, patinando en las curvas y dejando una o dos huellas de neumáticos. No vió ninguna nube de polvo distante que indicara que el reportero la seguía, pero tenía el presentimiento de que estaba intentando justo eso, y se negaba a conducirlo de vuelta al campamento.

Darius sabía que para que fuera completamente seguro necesitaba una hora más antes de poder levantarse. Encerrado en la tierra como estaba, temía por la seguridad de Tempest a menos que ella hiciera lo que le había ordenado y volviera al área dentro del perímetro que había colocado. Consideró imponerle su voluntad a la fuerza. Era tentador, ya que ella era tan ridiculamente terca, pero la monitorearía desde ahora y emperaba que accediese. Sólo si fuera necesario la compelería a cumplir sus órdenes.

Le gustaba su mente. Le gustaba su independencia, su sentido de la libertad, su espíritu. Aprendería que no podía salirse con la suya desafiándole, pero por ahora quería manejarla tan delicadamente como fuera posible.

¿Darius? Su voz fue un suave e indeciso roce de su mente como el toque de unos dedos sobre su piel. Llamas deslizándose a través de su cuerpo, colocándole sobre el fuego. Tenía que tenerla pronto. Se estaba descontrolando. La necesitaba desesperadamente.

Estoy contigo, pequeña. No suenes tan desamparada.

Así no es como sueno, replicó ella, pero él captó el eco de sus pensameintos. ¿Verdad?

Vuelve a casa, cielo. Todo irá bien. No tienes que empeñarte en defender a Desari de este reportero.

Él no es sólo un reportero.

Darius se quedó en silencio. ¿Como sabía *ella* eso? *Él* lo sabía. Se habían hecho varios intentos de atentar contra la vida de Desari recientemente. Había leído el aura de Brodrick, encontrándolo engañoso, cubría sus intenciones letales con lo que suponía que era encanto. Tempest había sido incapaz de leer todo eso, pero tenía un sentido oculto que había funcionado bien con el supuesto reportero. Había hecho también un buen trabajo con el reportero. Había sonado sincera y abierta, además de lo suficientemente desafiante como para dar autenticidad a lo que había dicho.

No tienes que creerme, Darius. Tempest sonaba herida.

Por supuesto que te creo, cielo. Ahora vuelve aquí y no hagas que me preocupe por mi. Fue claramente una orden.

Rusti suspiró pesadamente. El lo estaba consiguiendo. No quería que nadie se preocupara por ella. Mientras se aproximaba casi a una milla del campamento, sintió un curioso estremecimiento a su alrededor; el aire parecía más pesado y opresivo. En seguida comprendió que había encontrado una barrera de algún tipo. Creó una sensación de temor en ella, como si necesitara dar la vuelta. ¿Por qué la sentía ahora? ¿Había amplificado Darius el perímetro que insistía que respetara?

Sacudió su melena de pelo rojo, sus ojos verdes relampaguearon desafiantes. No iba a manejarla como hacía con todos los demás. Le trataban como una especie de Dios Griego. Gimió en voz alta. ¿Por qué había salido con esa analogía en particular? ¿Sólo porque parecía y actuaba como uno? Eran de nuevo sus hormonas, frenéticas otra vez.

Deliberadamente empezó a pensar con cosas como coger el pequeño coche rojo girando para coger la autopista, lejos de los hombres mandones. Pudo oir a Darius riendo suavemente, sin preocuparse ni lo más mínimo porque puedira robar realmente el coche y desafiarle. No puestes por ello, soltó mientras aparcaba directamente detras de la caravana y salía.

El camión de doble tración estaba el siguiente en su lista de cosas que hacer. Era más importante que las bicicletas sucias. Levantó el capó y, como siempre que trabajaba, se concentró sólo en lo que estaba haciendo, bloqueando todo y a todos los demás.

Darius se levantó en el preciso momento en que fue seguro hacerlo, surgiendo de la tierra con tanta fuerza que la tierra saltó hacia arriba como un geiser. El cielo era de un suave gris, aun no completamente oscuro, peor las copas de las árboles lanzaba profundas sombras y le ayudaba a proteger sus ojos. Inhaló, oliendo el aire a su alrededor, tomando nota de cada detalle, cada historia que el viento tenía para contarle.

Al hambre siempre presente le mordió, pero esta vez su cuerpo, duro y pesado, estaba haciéndole exigencias implacables y poco familiares, llenándole con una terrible necesidad tan insaciable como su hambre. Se obligó a controlar la bestia interior que rugía pidiendo alivio y avanzó a zancadas rodeando el autobús. Divisó a Tempest precariamente colgada de la parrilla frontal del camión, esgrimiento una llave mecánica que parecía tan pesada como ella. Incluso mientras se aproximada a ella, su pequeño cuerpo se balanceó al borde del desastre. Trató de agarrarse al borde del capó pero resbaló hacia atrás con un pequeño sonido en alguna parte entre la alarma y la molestia. Claramente esta no era su primera caída.

Dairus se movió con increíble velocidad para cojerla antes de que golpeara el suelo. Aterrizó en sus brazos.

- Eres más problemática que ninguna mujer que haya encontrado nunca. ¿Haces un estudio sobre la mejor forma de volver loco a un hombre?

Tempest le aporreó los pesado músculos del pecho.

- Me has asustado a muerte. ¿De dónde sales? Y bájame.

Su cuerpo saboreó la sensación de ella, tan suave contra su dureza. Su cara tenía manchas de grasa, pero estaba guapa de todas formas.

- Mi corazón no puede soportar ningún incidente más. ¿Qué crees que estás haciendo? - Dijo bruscamente.

Tempest se retorció para recordarle que la soltara.

- Mi trabajo. - Era enormemente fuerte, su cuerpo era dura como un roble, pero su piel era como terciopelo ardiente. Podía sentir el rugido de la sangre a través de ella, ardiente y necesitada. Le asustó a muerte. Le empujó con fuerza. Darius no pareció notarlo. En vez de eso, empezó a caminar a zancadas alejándose del campamento. El corazón de Tempest empezó a martillear. Le recordaba a un gran guerrero reclamando su premio. La sujetaba como si tuviera algún derecho sobre ella, como si le perteneciera.

Darius llevó a Tempest al interior de los bosques, lejos de los espacios abiertos, buscando las sombras más frescas. Su esencia le golpeó y se encontró enterrando la cara contra la esbelta columna de su cuello. El pulso latía allí frenéicamente, llamando su atención. El pelo sedoso caía contra contra su cabeza, rozando con llamas su piel. Un sonido fluyó hacia arriba por su garganta mientras su autocontrol resbalaba precariamente. Había tal peligro en esta locura. Lo sabía bien, pero no importaba nada más que tenerla.

Rusti sintió la calidez del aliento de él sobre su piel. Sintió el calor fundido. Y su cuerpo se tensón en espectación. Le rodeó la cabeza con los brazos, conduciéndole más cerca sin siquiera comprender que lo estaba haciendo. El deseo de él era tan grande, golpeaba en él con tanta fuerza, que podía sentir como la embargaba, abrumando su sentido de supervivencia. Su corazón marchaba al ritmo del de ella, fuerte y frenético. Ella sintió la caricia de su lengua a lo largo del cuello, y su corazón se saltó un latido, sus entrañas se volvieron líquidos con anticipación.

- Darius, no lo hagas. - Susurró las palabras, aunque tuvo la intención de dar una orden. Salió más bien como una súplica ronca de deseo.

La boca de él se movía sobre su piel, enviando oleadas de fuego que la golpeaban. No tengo elección. Es como si me pidieras que intentara detener el viento. Esto es inevitable entre nosotros. Acéptame. Acepta lo que soy. Ella sintió la gentil caricia de su lengua, un erótico e hipnótico raspar de terciopelo. Su cabeza se arqueó hacia atrás, exponiendo el vulnerable hueco de su gargante. El calor subió vertiginosamente a través de su cuerpo cuando los dientes de él se hundieron profundamente en la oferta y se alimentó ávidamente, vorazmente de su dulzura.

Nada más volvería a sacier nunca su hambre. Nada. Su cuerpo ardía, de deseo y necesidad. Estaba tendida entre sus brazos, adormecida, en un oscuro y mágico mundo de sueños, ardiente por él.

En algún lugar en el interior de los bosques una lechuzo chilló. Dentro del autobús uno de los felinos rugió intranquilo, el sonido parecía extraña en la penumbra. Tempest tomó una profunda y trémula respiración, sus sentidos volvieron bruscamente a ella. Estaba tendida en brazos de él, un sacrificio voluntario, su cuerpo se movía contra el de él con una deseo desconocido. Sus pechos se sentían hinchados y doloridos, sus pezones duros y empujaban contra su delgaba camiseta. Se sentía adormecida y con los ojos pesados aunque pecaminosamente lasciva. Empezó a luchar salvajemente, sus puños se agitaban violentamente hacia Darius.

Él se sacó a sí mismo de un mundo de puro sentimiento, acariciando con la lengua el cuello sobre las heridas para sellar los pequeños puntos de evidencia.

- Cálmate, cielo. No te estoy haciendo daño. - Descansó su frente contra la de ella. - Borraré este incidente de tu mente y desearía poder hacer lo mismo con la mía también. - Ella estaban temblando entre sus brazos, sus enormes ojos abiertos de par en par por la sorpresa, su cara pálida.

- Está bien, Darius. Fue sólo la sorpresa. - Susurró. - Sé que no me harías daño. - Hizo otro intento de salir de sus brazos.

Darius apretó su garra sobre ella.

- No voy a dejarte. No puedo. No espero que lo entiendas, y no puedo explicarlo adecuadamente. He estado cuidado de otros toda mi existencia. Nunca he tenido nada para mí mismo; nunca deseé o necesité nada. Pero te necesito. Comprendo que no puedas aceptar lo que soy, pero eso no me importa. Desearía ser capaz de decir que si, pero no te dejaré. Eres la única que puede salvarme. Salvar a los otros de mí. Mortales e inmortales por igual.

- ¿Qué eres, Darius? - Tempest dejó de luchar con él. Sabía que no tenía esperanzas de alejarse a menos que él lo permitiera. Lo dijo con un simple hilillo de voz. Su corzarón golpeaba contra el pecho de él tan rápidamente, que temía que pudiera explotar. En seguida los ojos negros capturaron y sostuvieron los de ella, y se sintió caer hacia sus oscuras e insondables profundidades.

- Cámate, cielo. No hay nada que temer. - La envolvió en olas de tranquilidad, una mal consolador y pacífico de tranquilidad.

Por mucho que lo deseara, no podía apartar la mirada. Había tal intensidad en Darius. Era tan firme y sólido como las montañas, duro como el granito, aunque tan gentil con ella. Cuando la miró, una ardiente deseo iluminaba sus ojos, una dura posesión. Era siempre joven. Eterno. Con una voluntad implacable. Nunca se desviaría del camino elegido. Y la había elegido a ella.

Ella levantó la mano para tocarse el cuello palpitante.

- ¿Por qué yo?

- En todo el mundo, en todos estos siglos desde que me abandonaron las emociones, he estado sólo, Tempest. Completamente sólo. Hasta que llegaste tú. Sólo tú me trajiste los colores y la luz. - Inhaló, tomando su esencia profundamente en el interior de sus pulmones. Necesitaba aliviar las implacables exigencias de su cuerpo.

- No te preocupes, no recordarás nada de esto.

Todavía cautiva de su mirada negra, Rusti sacudió la cabeza lentamente.

- Recuerdo la última vez, Darius. No borraste mi memoria.

Sus helados ojos negros no fluctuaron, ni parpadearon mientras aceptaba lo que era casi imposible como un hecho.

- Huiste por que lo hice. - Lo dijo sin expresión, como si su revelación no fuera de suprema importancia.

- Tienes que admitir que no todos los días te muerde el cuello un vampiro. - Hizo un débil intento de sentido del humor, pero sus dedos se apretaron compulsibamente en la espesa melena de pelo negro como el azabache, traicionando su nerviosismo.

- Así que soy el responsable, después de todo, del ataque. - Darius estaba asimilando la posibilidad de lo que ella había dicho. Tenía que ser verdad. Los humanos normalmente requirían un pequeño esfuerzo para ser controlados. Pero probablemente con la diferencia de patrones cerebrales de ella, debería haber usado un empujón mental mucho más fuerte para inducir el olvido. Que valor tenía que tener para enfrentarse a él de nuevo. Sabiendo lo que era, y quedándose esta noche para enfrentarle

- Por supuesto que no eres responsable de lo que hizo Harry. - Negó ella roncamente, desesperada por arrancar su mirada de la de él. Se estaba ahogando en esos ojos, atrapada para siempre. Los brazos de él eran bandas de hierro a su alrededor, atandola a él. Debería haber estado más que asustado de él de lo que estaba en realidad. ¿Había tenido éxito en hipnotizarla?

- Aun así te quedaste esta vez, sabiendo que había tomado tu sangre. - Pensó en voz alta. - No intentaste marcharte, ni siquiera creyendo que era algo tan malvado como un vampiro.

- ¿Me habría servido de algo? - Preguntó, por una vez deseando encontrar sus ojos, deseando ver su expresión.

No hizo mucho mas que un parpadeo. Sus rasgos estaba grabados en granito, sensuales aunque innamovibles.

- No. - Respondió el honestamente. - Te encontraría. No hay lugar en este mundo en el que no pueda encontrarte.

El corazón de ella volvió a martillear. Pudo oirlo, pudo sentir la vibración resonando a través de su propio cuerpo.

Ella tomó aliento.

- ¿Vas a matarme? Me gustaría saberlo ya mismo.

La mano de él se movió sobre su pelo en una lenta caricia que provocó mariposas en su estómago.

- Eres la única en este mundo, mortal o inmortal, que puedo decir que tengo la completa convicción que está perfectamente a salvo. Daría mi vida por protegerte, pero no te dejaré.

Hubo un pequeño silencia mientras ella estudiaba sus implacables rasgos. Le creía. Sabía que era tan implacable y peligroso como cualquier depredador salvaje. El observó como la garganta de ella trabajaba, un pequeño y agitado intento de tragar.

- De acuerdo. - Concedió. - Entonces no tiene mucho sentido huir, ¿verdad?

Su mente era un caos, lo que le hacía imposible pensar que hacer. ¿Qué podía hacer? Lo que era más importante, ¿qué quería hacer? Se mordió con fuerza el labio inferior. Un pequeño punto de rojo rubí se derramó sobre el lujurioso y tembloroso labio inferior. Una tentación. Una invitación.

Darius gimió en voz alta, el sonido provenía de su alma. No podía hacer eso, tentarle más allá de lo soportable, y escapar ilesa. Inclinó la cabeza hacia la de ella, con la boca dura y posesiva. Su lengua encontró el diminuto punto de dulzura, barrió por él, saboreándolo. Peor no pudo detenerse allí. Sus labios eran suave saten bajo los de él. Temblorosos. Incitadores. Dios, la deseaba. La necesitaba. Ardía por ella.

Abre la boca para mi.

Tengo miedo de ti. Las palabras contenían lágrimas, contenían miedo, aunque estaba indefensa contra su propio ardiente deseo. Tempest hizo lo que le ordenaba.

El tiempo se detuvo para Rusti, y el mundo cayó, hasta que sólo la dura longitud de los brazos de Darius, el calor de su cuerpo, la amplitud de sus hombres, y su perfecta, perfecta boca. Él era una mezcla de dominación y ternura. Se deslizó hacia arriba con él, atrapada en un vertiginoso caleidoscopio de colores y sentimientos. Nada sería nunca lo mismo. Ella nunca sería la misma. ¿Cómo podía serlo? Él había marcado su corazón. Había marcado su alma. Estaba arrastrandose en su interior y asumiendo el control para que no pudiera ni respirar sin él.

Su hambre le golpeaba, la golpeaba a ella. Ella era la única cosa en su mundo que era sólo para él. Era fuego, calor, ardiente seda corriendo por sus venas, y no quería que se detuviera nunca. Sólo cuando ella jadeó, sus pulmones trabajaron, él levantó la cabeza, sus ojos negros ardían con posesión sobre su cara. Tempest estaba muy pálida, sus ojos enormes, sus labios sostenían la huella de los de él.

Estaba demasiado débil, agradeció que Darius todavía la estrechara entre sus brazos. Sus piernas se sentían de goma.

- Creo que voy a ser como una de esas ridículas heroínas de un novela pasada de moda y voy a desmayarme. - Murmuró contra el cuello de él.

- No, no lo harás. - Intentó sentirse culpable... había tomado su sangre, y era demasiado pequeña y fráfil que cualquier pérdida de sangre la debilitaba... pero Darius no era de los que malgastaban el tiempo en arrepentimientos. ¿Cómo podía arrepentirse de lo que era tan natural e inevitalbe como la marea? Ella era suya. Su sangre era suya. Su corazón y su alma le pertenecían.

Muy gentil y tiernamente recorrió con una mano acariciante el pelo sedoso y la bajó a la suave mejilla para tender su palma sobre la garganta de ella. Sus dedos se apretaron lentamente alrededor de su cuello, su pulgar aleteó sobre la delicada línea de su mandíbula. Deseaba tocar cada pulgada de ella, explorar cada secreta y intrigante sombra y hueco, memorizar sus deliciosas curvas.

- Darius. - Sus jojos verdes encontraron los negros. - No puedes decir que me posees. La gente no pertenece a nadie. No estoy segura de lo que eres, pero he captado que no has nacido aquí o siquiera en este siglo. Yo sí. Valoro mi independencia. Es importante para mi tomar mis propias decisiones. No tienes derecho a tomarlas por mí. - Intentó elegir las palabras cuidadosamente, aceptando que ella eran culpable de su propio comportamiento, no toda la culpa era de Darius.

Ella había deseado besarle. Lo admitía. Se tocó los labios hinchados, un poco impresionada. Nadie debería ser capaz de besar así. Era como caer por el borde de un acantilado, volando a través de los cielos, tocando el sol. Era como arder, prenderse en llama, hasta que no hubo ya en Tempest Trine, ningún pensamiento individual, sólo pasión.

- Darius ¿entiendes lo que he dicho?

- ¿Entiendes lo que he dicho? - Contrarrestó él suavemente entre sus blancos dientes. - sé que no es cosa fácil aceptar a alguien como yo, pero tienes mi eterna lealtad y protección, y no es poca cosa, Tempest. Es para siempre.

- No es que no pueda aceptar lo que eres. Ni siquiera sé lo eres todavía, en realidad. - Se retorció súbitamente. - Bájame. Por favor. Me siento muy... - Se interrumpió, no deseando admitir que se sentía indefensa, pero la palabra brilló entre ellos de igual forma. - Por favor, Darius. Quiero hablar de esto y no sentirme tan en desventaja.

La dura boca de él se curvó, alejando el borde casi cruel e implacable como si nunca hubiera estado allí. Lentamente la bajó para ponerla en pie sobre la tierra. Tenía la mitad de su tamaño y debía levantar la barbilla para mirarle.

- ¿Te sientes menos en desventaja ahora? - Preguntó suavemente, con diversión en su voz negro aterciopelada.

Librodot

5

Tempest miró hacia él, sus ojos verdes relampagueaban como esmeraldas.

- Muy divertido. Dejemos claras un par de cosas. Quizás tenga más oportunidades aquí contigo que fuera en el mundo ahora mismo, pero no vas a seguir dándome órdenes. Tenemos que establecer algunas reglas. Nada de esto... esto... como sea que lo llames. - Ondeó la mano para abarcarlo todo. Besar. Tomar su sangre. Seducirla. Darle órdenes. Colocar perímetros. Todo eso.

Sus ojos negros nunca abandonaron su cara. sus ojos estaba tan inmóviles como los de un leopardo olfateando su presa. Ávidos. Ardientes. Intensos. Le robaba el aliento con esos ojos. La hipnotizaba. Lanzaba un hechizo sobre ella. Tempest apartó su mirada de la de él, de la seductora y negra tampa de terciopelo.

- Y deja de hacer eso también. - Dijo con decisión, a pesar del hecho de que la había sentirse hambrienta por él.

- ¿Dejar de hacer qué?

- Deja de mirarme de ese modo. Está definitivamente prohibido. No puedes mirarme así. Eso es trampa.

- ¿Cómo te estoy mirando? - Su profunda voz descendió aun más baja, con una cadencia suave y ronca. Hipnotizadora.

- De acuerdo, eso prohibido también. No hables con ese tono de voz. - Declaró incondicionalmente. - Y sabes muy bien lo que estas haciendo. Actua normalmente.

Los dientes blancos relucieron hacia ella, casi parándole el corazón.

- Estoy actuando normalmente, Tempest.

- Bueno, entonces, prohibido también. No actues normalemnte. - Con ambos manos en las caderas le miró desafiante.

Darius apartó la mirada para esconder la súbita sonrisa que acudió a su boca. Se frotó el puente de la nariz pensativamente. - Esas son muchas reglas, todas las cuales parecen imposibles. Quizás podrías idear un plan más factible.

- Ni siquiera empieces con esa indignante diversión y superioridad masculina tuya. Hace que me rechinen los dientes. - Estaba intentando retroceder frenéticamente, poner algo de espacio emocional entre ellos para poder respirar. Necesitaba dejar de mirar al hombre también. Eso ayudaría algo. Súbidamente se sintió mareada, se dejó caer bastante abruptamente sobre la alfombra de agujas de pino. Sorprendida, parpadeó hacia él.

Darius se agachó a su lado, enmarcando su cara con una mano.

- Sólo haz lo que te pido, y todo irá bien, cielo.

Ella cogió su gruesa muñeca para apoyarse.

- ¿Has oido algo de lo que te he dicho?

- Por supuesto que si. Puedo repetir todas tus tonterías literalmente si quieres. - Envolvió un brazo alrededor de ella, para que pudiera apoyarse en el refugio de su cuerpo. - Sólo sientate aquí un momento. Pronto te sentirás mejor. Puede haber tomado demasiado, necesitas reemplazar la sangre.

Los ojos verdes se abrieron de par en par.

- Ni lo pienses, Darius. Lo digo en serio. He leído libros. He visto películas. Me niego a convertirme en un vampiro.

La boca de él sonrió una vez más. Sexy, intimo, el pequeño gesto producía una ráfaga de calor en el riego sanguíneo de ella, y tuvo que apartar la mirada lejos de él para salvar su alma. nadia tenía derecho a mirar como él lo hacía.

- No soy un vampiro, cielo. El no-muerto ha elegido perder su alma. Yo he resistido, todavía vivo, todos estos largos siglos.

- ¿Qué eres entonces? - Preguntó Tempest, renuente a oir su respuesta aunque agudamente curiosa.

- Soy de la tierra y el cielo. Puedo ordenar esos elementos, los elementos de la naturaleza. Pertenezco a una antigua raza con poderes y propiedades que con frecuencia equivocadamente se asocian con los vampiros. Pero no soy un vampiro. Soy un Cárpato. - Observó a Tempest, anticipando los muchas preguntas que probablemente se elevarían en respuesta a su declaración.

Ella ladeó la cabeza.

- ¿Así que hay muchas?

- No entiendo la pregunta. - Parecía genuinamente desconcertado

- Mujeres como yo. ¿Coleccionas mujeres para tener listo un suministro de comida? - Preguntó impertinentemente porque su proximidad estaba haciendo que le ardiera la sangre.

Los dedos de él se enredaron en su pelo.

- No hay otras mujeres. No ha habido otras mujeres. Me perteneces. Sólo tú.

No estaba segura de creer que no tuviera otras mujeres, pero se encontró deseando que fuera verdad.

- Wow, que suerte tengo. - Dijo ella. - No todos los días me ronda un vam.... Cárpato. Me he ocupado y he cuidado de mi misma desde que puedo recordar, Darius, y es así como me gusta.

La mano de él se deslizó hacia su nuca, con la atención fija en la suavidad de su piel.

- Parece que no has hecho un trabajo particularmente bueno en eso. Afróntalo: me necesitas.

Ella palmeó su mano alejándola, temerosa del fuego que se reunía en su cuerpo. Él no era seguro. Nada con él era seguro, ni siquiera una conversación casual.

- No necesito a nadie.

Los ojos negros ardieron sobre su cara, una dura posesión se colocó en su boca.

- Entonces aprenderás a hacerlo, ¿verdad?

El corazón le saltó ante la suave nota de advertencia de su voz. Podía sonar tan amenazador cuando quería. El miedo llameó en las profundidades de los ojos de ella, y la mirada verde se movió errática lejos de la oscura.

- Darius, realmente te temo. - La admisión le salió muy baja.

Durante un momento estuvo segura de que no la había oído, pero entonces la mano se aquietó sobre su nuca, ardiente y posesiva.

- Lo sé, Tempest, pero no hay necesidad, y lo superarás.

Un revolotéo de rabia le dio coraje.

- No estés tan seguro de que simplemente te dejaré tomar el control de mi vida.

- Si sientes que no puedes hacer otra cosa que intentar desafiarme, no faltaría más, serás bienvenida a hacerlo, pero te lo advierto, no soy un hombre fácil con el que enfrentarse. - Su

voz era suave terciopelo, y todavía más amenazador por eso. Había una dura fuerza en sus dedos cuando le rodearon la garganta.

- Dado que ya te temo, esto no es exactamente nuevo, Darius. - Dijo ella, su corazón latió al ritmo de sus palabras. - No es como si no hubiera tenido miendo antes. No es una experiencia exactamente nueva para mi. Pero siempre me las arreglo. - Alzó la barbilla desafiante.

Darius inclinó la cabeza más cerca, sus ojos destellaban como hielo.

- Tienes miedo de perder la libertad, Tempest, no de mi. Tienes miedo de la indomable pasión que se alza en en tí para igualar a la mía. Es eso, y no a mi, lo que temes.

Ella empujó la pared de su pecho con ambas manos. Él no se movió.

- Bueno, muchas gracias por ese análisis. - Soltó ella, al momento tempestuosa. - ¿Que pensarían los otros si les dijera que estás actuando así? - Desafio ella. - ¿Están tan bajo tu pulgar que te ayudarían?

El se encogió de hombros con casual y fluida gracia, reminiscencias de un leopardo estirándose.

- No me importaría ni una cosa ni la otra. Podría romper nuestra familia y causar un baño de sangre, pero al final, el resultado sería el mismo. No te dejaré, Tempest.

- Oh, cállate. - Dijo ella groseramente, exasperada con él. - No habrá mucho que te guste de mi una vez que llegues a conocerme. Siempre estoy en problemas; sólo ocurre. Te sacaré de quicio.

Su mano se cerró sobre la frágil cintura, su pulgar buscó el pulso infaliblemente.

- En realidad ya me sacas de quicio. - Replicó suavemente. - Pronto harás lo que te digo y entonces no tendré que preocuparme tanto.

- Eso no va a ocurrir en toda una vida. - Anunció ella, sonriéndole. - Y como yo sólo tengo una, estás a punto de experimentar una gran desilución.

La risa de él fue baja y divertida, amplificada por la burlona superioridad masculina que decía que ella sería bastate fácil de manejar.

- Vamos, cielo. Los otros se alzarán pronto. Tenemos que viajar esta noche para mantener el calendario. Los felinos necesitan alimentarse antes de salir. - No añadió que toda su familia tendría que hacer lo mismo.

Sintió el profundo temor que tenía de que quisiera utilizarla para alimentarse, de que quizás pretendía que los otros la utilizaran también. Quería tranquilizarla pero sabía que las simples palabras no ayudarían.

Se estiró hacia abajo y tiró de ella para ponerla en pie. Era tan inesperadamente ligera para una mujer con semejante voluntad de hierro, y era tan enormemente fuerte, sentía que podía lanzarla hacia el cielo si no tenía cuidado.

En el momento en que estuvo en pie, avanzó dando tumbos, limpiándose las palmas de las manos en los vaqueros, mirándole. Podía dar órdenes a todos a su alrededor, pero ella no iba a quedarse para soportar sus tonterías. No iba a convertirse en el alimento de nadie. Y ciertamente no iba a tener ninguna fantasia sobre una figura masculina que dominara su vida. Puede ser que se metiera en problemas, pero no era estúpida.

Darius bajó la mirada a su pequeña carita transparente y expresiva mientras caminaban de vuelta al campamento. No podía esconderle ya sus pensamientos, ahora que comprendía las diferencias de su mente. Sus problemáticos comienzos le servían estar tan complacido y seguro de si mismo en sus tratos con ella. Era una mortal inusual, aunque no había considerado que tendria que profundiza más de lo normal. Apesar de que pensaba demasiado, Tempest tenía una mente interesnate, una forma de concentrarse en una sóla cosa y bloquear todo lo demás.

Ella tropezó un poco, y él deslizó un brazo alrededor de sus hombros apesar de su encogimiento de hombros para retirarse. Por naturaleza, Tempest aceptaba a los demás.También comprendía la forma en que los animales razonaban, sus instintos de supervivencia. Así que requeriría un sólo paso o dos aceptar la forma de vida de los Cárpatos.

Darius sabía que podría aceptarlo mientras no tuviera que abandonar *su* forma de vida. Tempest vivía como nómada. Esa era esencialmente la misma forma en que vivía el grupo, pero ella prefería una existencia solitaria. comprendía la forma de vida de los animales, tenía ella misma fuertes instintos de supervivencia, pero entendía menos a la gente y por qué hacían las cosas que hacían. Crecer en una casa de crack, con madres vendiendo a sus hijos por droga, vendiendo sus propias almas por drogas, la había hecho decidir a temprana edad que quería tener poco que ver con la gente, y nada de lo que le había ocurrido desde entonces la había echo cambiar de parecer.

Rusti se alejó un poco de la calidez del cuerpo de Darius. No le gustaba la forma en que la hacía sentir, esas ráfaga de hambrienta necesidad fuera de control. Era demasiado peligroso, demasiado poderoso, demasiado acostumbrado a hacerlo todo a su manera. A ella le gustaba su vida tranquila e independiente. Le gustaba la soledad. La última cosa que necesitaba era quedar atrapada en la estrambótica troupe de seguidores de Darius.

Suspiró, sin ser consciente de que lo hacía. No podía quedarse con los Trovadores Oscuros. Los santuarios que había parecido ofrecer rápidamente se había convertido en algo que no estaba preparada para manejar.

Darius bajó la mirada hacia su cabeza inclinada, a la mirada pensativa y remota de su cara, la tristeza que reflejaban sus enormes ojos. Entrelazó sus dedos con los de ella.

- No hay necesidad de preocuparse tanto, cielo. He prometivo protegerte y cuidar de ti. No me tomo a la liguera tales juramentos.

- No es exactamente algo para lo que una persona pueda prepararse a sí misma, Darius. Incluso si eres un... un Cárpato en vez de un vampiro, sea como sea no eres completamente humano. Lo supe cuando te comunicaste mentalmente conmigo.

- ¿Estas tan segura de que *tú* eres completamente humana? Cuando fundí mi mente con la tuya, observé que tus patrones cerebrales son diferentes a los normales en los humanos.

Ella hizo una mueca, parecía como si él la hubiera golpeado.

- Sé que soy diferente. Créeme, no me estas contando nada que no haya oído antes. No puedes decir nada que no me haya llamado ya. Monstruo. Mutación. Frígida. Nombrado, lo he oído.

Darius se detuvo bruscamente, obligando a Tempest a hacer lo mismo. Se llevó la mano de ella a la calidez de su boca.

- No lo dije en ese sentido. Admiro lo que eres. Si alguno de nosotros es una "mutación" de la norma, Tempest, ese soy yo, no tú. No soy de ninguna forma humano. Soy un inmortal. Y puedo asegurarte que no eres ni un monstruo ni frígida. Tu corazón y tu alma simplemente esperaban por los míos. No todo el mundo puede entregarse a cualquiera. Pocos saben que el dar el tesoro del cuerpo de uno, su intimidad, es sagrado, que es sólo para aquel que está hecho para ser su otra mitad. Quizás los que se burlaron estaban celosos por ese conocimiento en ti pero ellos tuvieron demasiado prisa para esperar o porque se vendieron demasido barato.

Las largas pestañas de ella ocultaron los ojos esmeralda.

- No soy virgen, Darius.

- ¿Porque algún hombre te forzó?

- Creo que tienes una falsa impresión de mí. No soy un ángel, Darius. He robado coches, los retocaba y los llevaba en carreras salvajes. Siempre me he rebelado contra... eso que llaman figuras autoritarias, probablemente porque uno al que conocí me dejó un mal sabor de boca. Siempre me asombra como las personas más arrogantes, las que siempre estan predicando y apuntando a otros con el dedo, con frecuencia hacen las cosas más malvadas y deshonestas. Una vez pude mantenerme por mí misma, creé mi propio código de honor, y con él he vivido. Pero no soy una santa, y nunca lo seré. El lugar de donde vengo no cría santos.

Darius estaba familiarizándose con cada matiz de su voz. Sonaba ligueramente triste, aceptando su brutal niñez pero furiosa consigo misma por confiar en otros durante esos terribles años. Confiar en ellos y dejar que le dejaran marca. Por eso prefería la vida solitaria que había elegido, y podía senter su decisión de no volver a hacerlo, apesar de que lo

necesitaba. El trabajo de mecánico para su banda representaba la posibilidad de mantenerse a sí misma y estar libre de las exigencias de la intimidad prolongado y el contacto con otra gente. Él le estaba quitando eso.

- Quizás sería más fácil para ti si borrara tus recuerdos de qué soy. Podría hacerlo apropiadamente, Tempest. - Ofreció. Se encontró reluctante a hacerlo, sin embargo. De algún modo quería que ella le aceptase como era.

Ella sacudió la cabeza inflexiblemente.

- No. Si haces algo así, nunca sería capaz de confiar en nada que dijeras o hicieras.

- No lo recordarías, y acabaría con sus miedos innecesarios. No tiene sentido que debas permanecer asustada de nosotros cuando te consideramos parte de la familia. - Dijo razonablemente.

- No, no me hagas esto. - Insistió ella.

Durante un momento los ojos peligrosamente depredadores de él se movieron sobre su cara, una llama roja titilaba en sus profundidades, recordándole a un lobo, a un cazador implacable. ¿Qué sabía de él? Solo que no era humano sino "Cárpato", supuestament inmortal. Y que creía que tenía algún derecho sobre ella. Sabía poco de los poderes inusuales y las propiedades que había mencionado, pero sentía que radiaban de él por cada poro. Podía adormecerse en un falso sentido de seguridad porque con frecuencia la trataban con amabilidad, incluso con ternura.

Pero Darius era primero y por encima de todo un depredador, aunque con la astucia y el intelecto de un humano. Era oscuro, misterioso, peligroso, poderoso, y muy, muy sensual. Era una formidable combinación. Tempest casi gimió en voz alta. ¿Cómo se iba a conseguir salir de este lío? El pulgar de él le acariciaba los nudillos, enviando dardos de fuego que corrían por su riego sanguíneo. ¿Por qué sentirse tan atraída por él? ¿Especialmente si era más una bestia que un humano? ¿Era porque era el primer hombre que la había tratado la había tratado con tanto cuidado? ¿Era porque estaba tan completamente sola y necesitada?

- Deja de pensar tanto, Tempest. - Repitió él suavemente con un indicio de riso en su aterciopelada voz. - Estás poniendo las cosas peor de lo que son. - Estaba volviendo a sentirse tentado a borrar sus recuerdos a pesar de su negativa sólo para aliviar sus miedos, aunque también era lo suficientemente egoista como para querer que ella supiera que era y tuviera el valor de quedarse con él de todas formas.

- Si. - Se quejó ella. - Como si eso pudiera ocurrir.

Darius disfrutaba de la forma en que ella encajaba bajo su hombro. Incluso disfrutaba la forma en que le desafiaba. Era consciente de que ella no tenía ni idea del poder que él esgrimía, las cosas que era capaz de hacer, pero se sentía completamente vivo con ella. El viento los alcanzó, echándole a ella el suave pelo alrededor de la cara. Oyó el susurro de los árboles mientras las hojas se balanceaban con la música de la brisa. Se encontró sonriendo sin razón, cuando había pasado tantos siglos sin haber sonreído en absoluto. Había olvidado la sensación de felicidad. Aquín, en los árboles, con la noche sobre ellos, el viento le llamaba, salvaje y libre, y Tempest acurrucada bajo su hombro, sentí a la vez felicidad y la sensación de pertenecer.

Rusti levantó la mirada hacia Darius, un poco abrumada por que estaba actuando como si todo fuese normal cuando debería haber estado huyendo despavorida hasta el amanecer. La cara de él era una sensual obra de arte, esculpida con dureza pero con hermosas líneas. Si tuviera que describirle a alguien no estarïa segura de que decir. Él era poder personificado. Peligro personificado. Y tan increíblemente sexy. Hipnotizador también.

Cerró los ojos. Bueno, eso estaba claro entonces. No podía mirarle. Ardía en llamas cada vez que lo hacía.

- ¿Por qué no podías ser una hombre agradable y normal?

- ¿Qué es normal? - Preguntó él, divertido.

- No tenías que tener esos ojos. - Le acusó, lanzándole una rápida mirada. - Tus ojos deberían estar prohibidos.

Una calidez hizo que se le desbocara el corazón, una curiosa sensación fundente.

- Así que te gustan mis ojos.

Sus largas pestañas de ella inmediatamente velaron su expresión.

- Yo no he dicho eso. Eres un presumido, Darius... ese es uno de tus mayores problemas. Eres arrogante y engreído. ¿Por qué me iban a gustar tus ojos?

Él rió suavemente.

- Te gustan mis ojos.

Ella se negó a darle la satisfacción de concederle la razón. El campamento estaba justo delante entre los árboles, y podía oir la risa de los otros. La voz musical de Desari era inconfundible. Era suave y soñadora, incluso más hipnotizadora que la de los otros. Tempest había notado inmediatamente la misma cuidad hipnótica que la voz de Darius.

- Todos debería dejar de seguir tus órdenes, Darius. - Regañó ella duramente, sus ojos verdes atisvaron hacia arriba através de las largas pestañas. - Es la única forma posible de salvarte. Nadie te cuestiona nunca.

- Quizás porque confían en que sé lo que es correcto. - Dijo él suavemente, gentilmente.

Ella le observó inhalar, llevar los aromas de la noche a sus pulmones, y supo instintivamente que estaba explorando el área, comprobando el campamento, asegurando a su satisfacción de que era seguro. Cuando emergieron a través de los gruesos árboles a campo abierto, donde los otros esperaban, ella sintió el impacto de varios pares de ojos sobre ella. Se detuvo, sus dientes se hundieron en el labio inferior y su corazón se sobresaltó con alarma. Odiaba ser el centro de atención.

Darius se colocó delante de ella, bloqueando fácilmente el pequeño cuerpo a la vista. Se inclinó cerca de ella. - Va a ducharte. Los otros necesitan cazar esta noche antes de salir. Los gatos pueden alimentarse, y luego nos separaremos y encontraremos otro lugar de acampada. Viajarás conmigo.

Ella quiso discutir eso, pero más que nada, quería alejarse de los otros, alejarse de sus miradas curiosas. Sin decir palabra, se dio la vuelta y se apresuró hacia la caravana. La sentía como un santuario, como si fuera su casa.

Se tomó su tiempo para ducharse, disfrutando de la cascada de agua sobre su piel. Era difícil cerrar la menta a los pensamientos de Darius, pero era la única cosa seguro que podía hacer. Sabía que no sería capaz de permanecer mucho con él alrededor, pero se podía arreglárselas lo suficiente como para cruzar el país, quizás las cosas funcionarían. Y había sido, después de todo, Desari la que la había contratado, ofreciendo un generoso salario. Desari le pagaría su dinero en el minuto en que se lo pidiera; podía decir que la hermana de Darius era así.

Cuando hubo reunido el suficiente coraje para dejar de esconderse en el autobus y enfrentar al grupo, el campamente parecía vacío. Una liguero ruido la hizo replantearse su primera impresión. Cautelosamente se abrió camino hasta el pequeño coche rojo. El hombre que escudriñaba dentro del capó abierto era el que había conducido la noche anterior.

En ese momento apenas le había mirado. Ahora le estudió, notó que era, como era típico en los otros miembros de la banda, increíblemente guapo. Tenía un largo pelo negro, una mirada traviesa en sus ojos oscuros, y su boca tenía una bochornosa y caprichosa sensualidad. Podía ver fácilmente que este Trovador debía ser una atracción para mujeres de todas las edades en las giras.

Él levantó la mirada y le sonrió.

- Así que al fin nos conocemos, Tempest Trine. Yo soy Barack. Empezaba a sentirme dejado de lado. Darius, Desari, Julian y Syndil hablan muy bien de ti. Supongo que deben haberte dicho que yo era el chico malo y que me has estado evitando como resultado de ello.

Tempest se encontró sonriendo. ¿Como podía no hacerlo? Su cautelo natural le dictaba que se mantuviera a distancia de él, pero su sonrisa era en realidad contagiosa.

- Nadie me ha advertido, pero puedo ver que debieron hacerlo.

Él palmeó el coche cariñosamente.

- ¿Qué le has hecho para que ronroneé así? - Había genuino interés en su voz. - Encendí el motor, y sonaba tan feliz de verme.

- ¿No trabajas en los coches? Pero seguro que puedes conducirlos.

Barack sacudió la cabeza.

- Siempre he pensado que había tiempo para aprender, pero hay siempre tantas cosas que se entrometern.

- Eso no es normal. - Dijo Tempest antes de poder censurar sus palabras. - Nomalmente los conductores serios y entusiastas como tú están interesados en lo que hay bajo el capó.

Quiso patearse a sí misma por lo absurdo de su comentario. Como Darius, Barack probablemente dormía durante el día y usaba otros "poderes" por la noche. Se obligó a mirar casualmente por ahí.

- ¿Dónde están los gatos? No los he visto desde hace rato.

- Alimentándose. Tenemos que estar en la carretera esta noche, así que Darius les está permitiendo cazar, por su cuenta. - Barack recorrió apreciativamente con la mirada a la pequeña pelirroja. Era diferente a las otras mujeres humanas. Sabía que era diferente, pero no podía decir exactamente cómo.

Pero podía oir su corazón latiendo con fuerza, el flujo y reflujo de la sangre en sus venas. El hambre estaba presenta, rasgando sus entrañas. Como los otros, debería haber salido del campamente sólo unas pocas miles y alimentarse, pero quería comprobar el nuevo ajuste del coche que le había intrigado.

- Ven aquí, Tempest. - Su voz fue baja y complaciente. Sonrió, un relámpago de dientes blancos. - Muestrame lo que hiciste al motor. - El hambre creció cuando oyó como se apresuraba la sangre en sus venas.

A Rusti ya no le gustaba su sonrisa, no le gustaba la forma en que la estaba observando. Miró alrededor.

- Tengo que recoger mis cosas y mis herramientas, prepararme para salir. Puedo mostrártelo luego.

La sorpresa se registró en la apuesta cara, completamente asombrado. A Rusti se le ocurrió que nadie había rechazada a Barack antes. Más y más comprendía lo que se cernía sobre su cabeza. Si Darius hubiera sido el único con el que tuviera que tratar, quizas habría podido salir bien... al menos lo suficiente como para cruzar el país. Pero todos eran como él. Empezó a retroceder.

Barack instantáneamente pareció constricto.

- Hey, no tuve intención de asustarte. No soy como el que te atacó. Desari te contrató. Eso significa que estas bajo nuestra protección. En serio, no me tengas miedo. Nunca he hecho que ninguna mujer me tema.

Rusti se obligó a quedarse quieta y sonreir.

- Sólo estoy un poco nerviosa después de lo de ayer. Una vez que vuelvan los otros, no estaré tan tensa. - Pero en ese momento sintió como si hubiera tropezado con un nido de serpientes de cascabel.

- Somos amigos, Tempest. Ven aquí. Muestrame que has hecho para que esta máquina ronroneé.

Podía sentir que la mente de él se extendía para calmar la suya, para obligarla a hacer su voluntad. ¿Qué era peor? ¿Permitir que la usara como recurso alimenticio o dejarle comprender que sabía exactamente qué era él? ¿La mataría entonces? Decidió que podía ser peligroso dejarle saber que no la controlaba, así que se acercó torpemente hacia él, el miedo y la repulsión la estrangulaban. No quería que este hombre la tocara como lo hacía Darius.

Durante un momento el interes de esa idea se arremolinó lo suficiente en su mente para aplacar el temor. ¿Por qué si la idea de ser usado como comida la ponía enferma, no se sentía igual cuando Darius le mordía el cuello de forma tan manifiestamente erótica?

De acuerdo. Había perdido completamente la cabeza, decidió. Era la única respuesta. Tenía que salir de este enredo y encontrar la forma de huir. Inventar de la nada a una tía repentinamente enferma que la necesitaba .

Estaba cerca de Barack ahora, su cuerpo la acosaba. Su estómago se revolvió, se sentía cerca de las lágrimas, intentando mantenerse muy quieta. Él estaba murmurandole algo; podía oir las palabras zumbar en su mente, pero no tenía sentido. Quería alejarle de un empujón y correr. No podía soportarlo, no podía. Intentó recionalizarlo, decirse que era sólo un simple mordisco de un animal, pero su estómago se revolvió, e involuntariamente arqueó el cuello lejos de su aliento caliente.

Las oleadas de disgusto casi la estrangularon cuando los dedos de él rodearon su brazo. Era enormemente fuerte, reprimió sus luchar con un firme agarre. Un pequeño sonido estalló, una nota de terror. Dentro de su mente Tempest podía oirse gritar, aunque ningún sonido emergió de su garganta. Estaba en medio de una pesadilla real sin escapatoria.

Entonces, sin adventencia, ni siquiera un soplo de viento, una enorme pantera negra golpeó a Barack directamente en el pecho, doscientas libras de furia tiraron al hombre hacia atrás y lejos de Tempest. Barack golpeó el lateral del coche con fuerza, el aire se le escapó, después aterrizó en el suelo sobre su espalda, el felino se dirigió directamente a su garganta.

Vagamente consciente que Desari, Julian, otro hombre y Syndil empezaban a emerger de los árboles pero se detenían, congelados con horror, Rusti luchó por calmar al felino salvaje. En su mente encontró una neblina roja de furia aniquiladora, como había encontrado antes, en otra ocasión . Corrió hacia adelante, todavía intentando serenarlo, murmurando, exigiendo. Sólo cuando estuvo cerca de Barack, un Barack que ni siquiera luchaba por su vida, que en vez de eso yacía tendito sumisamente bajo los terribles dientes, comprendió que el felino era Darius. Horrorizada, continuó acercándose al gato.

- ¡Rusti, mantente atrás! - Desari la llamó. Ella intentaba moverse hacia adelante para ayudar a Barack, para detener a Tempest, pero Julian la contenía, literalmente levantándola de sus pies, sus fuertes brazos le rodeaban la cintura.

El terror en la cara de Desari, hacía eco en su voz, lo que registró Tempest, pero incluso con su propio corazón martilleando con alarma, se acercó a Darius, pasando de largo al feroz furia del animal para encontrar al hombre. Le conocía. No estaba exactamente segura de como, pero sabía que él estaba ahí, en alguna parte dentro de esa rabia asesina. Darius. Se acabo. Barack no hizo nada más que asustarme. Vuelve a mi. Mantuvo su tono suave, una confiada súplica muy pareceda a la que usabe con un animal asustado. Consoladora, con la creencia de que sería respondida. De algún modo sabía que Darius no respondería a ninguno de los otros y que si no le detenía, el felino podía muy bien terminar con la vida de Barack. Esto había ocurrido a causa de ella. Ese conomiento, como la identidad de él, llegó a ella aparentemente de la nada, pero estaba segura de que era correcto, y sintió un ramalazo de asombro porque alguien pudiera tener sentimientos tan profundos por ella. Por favor, Darius, por mí... suelta a Barack y vuelve a mi.

La pantera gruñó, exponiendo sus largos y agudos caninos, pero al menos no los estaba hundiendo en la garganta de Barack. El felino se agachó hacía abajo, viciosamente, su cuerpo se congelo en la quietud absoluta, sólo la cola se retorcía incansablemente, furiosamente, atrás y adelante. Barack tendido bajo el gato, totalmente sumiso, era bien consciente de quien la había atacado. El estaba lleno sólo con su pesada respiración el los gruñidos de rabia del felino.

- Darius. - Tempest estaba a un latido de los dientes del felino. Cautelosamente tendió una mano sobre los pesados músculos de su lomo. Su voz era suave, miel cálida. - Estoy totalmente bien. Mírame. No me ha hecho daño. En realidad no lo hizo.

Se produjo un jadeo colectivo, tanto por lo mucho que sabía como por su valor. Era era obvio para todos que ella conocía la identidad del enorme felino. Desari apretó la mano de Julian en la de ella, súbiamente asustado. Ningún humano podía saber de su existencia y continuar con vida. Los colocaba a todos en peligro. ¿Cómo lo sabía Tempest Trine? Ni

Darius ni Barack habrían sido tan descuidados como para olvidar destruir sus recuerdos. Aunque ¿cómo podían hacer semejante cosa sin destruir a la mujer que tenía tanto coraje como para salvar la vida a uno de ellos, como estaba claro que estaba intentando hacer Tempest?

La pantera negra se movió, incluso tan sólo un leve cambio de su peso, colocando el cuello bajo la palma de Tempest. Por favor, Darius, todo mi coraje pende de un hilo. Ayudame. Quiero alejarme de todo. Esto es muy atemorizante. Todo eso. Y no lo entiendo, así que ven conmigo y explícamelo. A pesar se su determinación de ser valiente, su mano estaba temblando cuando la colocó sobre la espalda del enorme felino.

Tempest sintió que el control de Darius rezumaba lentamente de vuelta a su mente, sintió al hombre venciendo la furia de la bestia. La pantera se movió contra ella, insertándose entre ella y el hombre caído. La empujó lejos de la figura de Barack, más allá aún, hacia los árboles y lejos de los ojos curiosos de su familia. Entonces el leopardo caminó tras ella, dirigiéndola a las profundidades del bosque, caminaba tan silenciosamene, que ella sentía que podía oir las hojas caer.

Atrás en el campamento el grupo soltó un largo y colectivo suspiro de alivio. Dayan se movió primero, agachándose y colocando a Barack sobre sus pies.

- Ha estado cerca. ¿Qué demonios has hecho? - Su voz fue acusadora. Nadie nunca se enfrentaba a Darius.

Barack extendió las manos hacia arriba.

- Nada. Lo juro. Iba a alimentarme, eso es todo. No ocurrió nada más. Se lanzó como loco a por mi.

La esbelta mano de Sundil voló a su garganta.

- ¿Podría haberse convertido Darius? Darius nunca pierde el control. ¿Podría haber ocurrido?

- ¡No! - Chilló Desari en algún punto entre el miedo y el ultraje por la idea de traición.

- No, Darius no se ha convertido. Es demasiado fuerte.

Julian le deslizó un brazo alrededor de la cintura, con una ligera sonrisa en la cara.

- Ninguno de vosotros lo comprende, ¿verdad? Darius no se ha convertido. Nunca se convertirá. Ahora no. Ha encontrado a su compañera.

- ¿De qué estás hablando? - Preguntó Dayan.

- De esas cosas que nadie os enseñó nunca. - Filosofó Julian suavemente, más para sí mismo que para los otros. - No habéis crecido entre otros Cárpatos. Lo que para nosotros es una segunda naturaleza vosotros ni siquiera lo sabéis. - Sonrió ampliamente. - Darius no lo sabe. La vida se va a volver bastante interesante por aquí, chicos y chicas.

- Deja de soltar tonterías, y cuéntanos que quieres decir. - Ordenó Desari. Sus ojos suaves y oscuros empezaron a arder a fuego lento. - ¿Deberíamos proteger a Rusti?

- La única que está a salvo es Tempest. Todo hombre de los Cárpatos debe encontrar la luz de su oscuridad. Es su única salvación. Sin esa mujer, su compañera, eventualmente se ve forzado a elegir el amanecer y el eterno descanso o sucumbirá a la locura del no-muerto y perderá su alma para siempre. Se convierte en vampiro. Hay una sóla mujer para cada hombre, su otra midad.

- Pero Tempest Trine es humana. - Objetó Dayan. - Esto no puede ser. Hemos sido conscientes de que existe la otra mitad de nuestro corazón, de nuestra alma, que está allí en alguna parte. Debe llevarse a cabo una búsqueda apropiada para encontrar a la pareja adecuado, como tú encontraste a Desari, Julian. Pero Tempest no es una Cárpato.

- Hay un puñado de mujeres humanas. - Respondió Julian lentamente. - Que tienen alguna forma de habilidades psíquicas, y pueden ser compañeras de Cárpatos. No dudo que Tempest Trine es una de esas mujeres. Vagó tranquilamente hasta aquí buscando un trabajo pero probablemente se sintió atraída a hacerlo porque estaba conectada a Darius. - Explicó. - Es curioso, ¿no?, ¿cómo el destino se las arregla para unir dos almas? No intentéis intervenir entre ellos y, por amor de Dios, no toqueis a esa mujer. Si lo hacéis, Darius será más bestia

que hombre, todos sus instintos le guían a protegerla y cuidar de ella, a mantenerla lejos de cualquier otro que pudiera amenazarla a ella o su conexión con él. Es más peligroso en estos momentos que nunca. - Julian sonrió de nuevo. - Dejémosle hacer; se lo imaginaría tarde o temprano.

- Debería hablar con él, explicárselo. - Dijo Desari.

- No le he oido pedir ayuda, ¿verdad? - Advirtió Julian, sus brazos la arrastraron más cerca de él. - Es mejor y más seguro no inteferir en el proceso de unión entre compañeros.

- Espera un minuto. - Barack inclinó su larga forma contra el coche rojo. - Me he perdido en algún lugar. Sé que Darius tomó su sangre; olí su esencia en ella. ¿Y me estás diciente que usaría su cuerpo también? ¿No está esa combinación estrictamente prohibida con los mortales? El propio Darius nos enseño eso.

- Tempest parece ser difirente. - Dijo Julian. - No puede ser clasificada como una normal corriente; sea como sea, la regla no es aplicable.

Los ojos de gama de Syndil, normalmente suaves y amorosos, estaba lanzando fuego hacia Barack.

- ¿Trataste de alimentarte de ella? Eso es tan propio de ti. Estaba bajo nuestra protección. Eres tan insensible, Barack. Siempre el playboy. No puedes dejar en paz a las mujeres, ni siquiera a la que viajan con nosotros y son prácticamente de la familia. Rusti pasó por una experiencia terrible ayer. ¿Pensaste en eso cuando te disponías a satisfacer sus urgencias?

- Syndil. - Barack parecía herido. Syndil tenía una naturaleza suave y amorosa y nunca se enfadaba, nisiquiera se molestaba con ninguno de ellos.

- No me vengas con "Syndil", Barack. ¿Eres tan perezoso que tenías que alimentarte de una mujer que estaba bajo la protección de nuestra familia? Sospecho que crees que tienes tanto encanto que debería estarte agradecida de proveer para ti.

- No fue así. Simplemente estaba excesivamente hambriendo, habiendo esperado demasiado para alimentarme. No le habría hecho daño. No tenía ni idea de que pertenecía a Darius. Demonios, nunca la hubiera tocado de haberlo sabido. Me iba a destrozar la garganta, Syndil. Deberías estar simpatizando conmigo. Mira mi pecho. Me ha arrancado la piel a tiras. ¿No vas a sanarme? - Barack puso su más implorante expresión de muchachito angustiado.

- Quizás la próxima vez te lo pienses dos veces antes de andar tras la mujeres. - Replicó Syndil y se marchó rápidamente.

- Hey, espera un minuto. - Barack fue tras ella, intentando desesperadamente volver a recuperar su buena gracia.

- ¿Nos hemos vuelto locos todos por aquí? - Exigió Dayan. - La suave y dulce Syndil actuando como una arpía. Desari actuando como una becerra enferma de amor. Y no te conozco bien, Julian, pero puedo ver que te divierte la incomodidad de Darius más de lo que sería decoroso, y el chico malo Barack está persiguiendo a Syndil como un perrito faldero. ¿Qué demonios está ocurriendo?

- Tu lider ha encontrado a su compañera, Dayan. - Dijo Julian felizmanete. - No ni tiene idea, ni la más mínima idea, de como tratar con ella. Encontrar a tu compañera te hace sentir como si alguien te diera un puñetazo en el estómago y tu robara la cordura. Vuestro Darius estaba acostumbrado a hacer las cosas a su manera, simplemente ordenar cualquier cosa que le parece correcta. Pero ahora sospecho que está a punto de experimentar la sacudida que tanto se merece.

- Simplemente impondrá su voluntad sobre Tempest. - Dijo Dayan confiadamente. - Entonces todo volverá a la normalidad.

- Imponer tu voluntad a tu compañera está en la misma categoría que cortarte tu propia garganta. No es una buena idea. Aún así, observar como lo hace será muy divertido. - Dijo Julian con aire satisfecho.

6

Una vez en la espesa cobertura de los árboles, los músculos de la pantera se contonearon y tomaron forma, brillando en la oscuridad azulada para convertirse en la sólida forma de un hombre.

Tempest observó, inclinándose para apoyarse contra el tronco de un árbol, preguntándose si de algún modo había encontrado la madriguera de conejo de Alicia en medio de los bosques del estado de California.

Darius notó su expresión antinatural, el shock en sus enormes ojos. Su boca suave temblaba, y estaba retorciéndose los dos agitada, tenía los nudillos blancos. Supo que si se aproximaba a ella, correría.

- Sabes que no tienes que tener miedo de mi, Tempest. - Su voz fue un susurro en la noche, una parte de la noche.

Tempest miró alrededor. La noche era de un profundo azul, casi negro, pero místico y hermoso. Los árboles se alzaban como sombras hacia el cielo tachonado de gemas. Pequeños látigos de niebla iban lenta y perezosamente a la deriva por el suelo del bosque.

- ¿Por qué parece como si fueras tan parte de todo esto? - Preguntó ella. - Como si pertenecieras a la noche, pero algo hermoso, no oscuro y feo? ¿Por qué, Darius? - Preguntó suavemente de nuevo.

- Pertenezco a la noche. No soy de tu misma raza. No soy humano aunque tampoco bestia o vampiro.

- ¿Pero puedes convertite en un leopardo? - Un hecho increíble casi imposible de creer, aunque lo había visto con sus propios ojos.

- Puedo convertirme en el ratón que se escabulle por el campo, el águila que sobrevuela alto en el cielo. Puedo ser la neblina, la niebla, el relámpago y el trueno, una parte de la atmósfera misma. Pero soy siempre Darius... el que ha jurado protegerte.

Tempest sacudió la cabeza.

- Esto no es posible, Darius. ¿Estás seguro de que no me he caído y me he golpeado la cabeza o algo así? Quizas ambos comimos alguna extraña seta, y estamos compartiendo algún viaje psicodélico. Esto no es posible.

- Puedo asegurártelo, he hecho esto durante toda mi vida. Y he vivido casi mil años.

Ella alzó una mano para detenerle.

- Una cosa rara a la vez. Estoy oyendo todo esto, pero mi cerebro si niega a procesarlo.

- ¿Sabes que no te haría daño, Tempest? ¿Lo sabes de verdad? - Preguntó insistentemente, su negra mirada recorrió la cara de ella como niebla.

En lo más profundo de su alma, más allá de los procesos cerebrales humanos, Tempest sabía que sólo estaba segura de esto. Darius no le haría daño. Asintió lentamente y vio alivio en sus ojos durante un momento. Entonces volvió a serenarse de nuevo.

- No tuve intención de exponerte a los apetitos de los otros. En realidad, no se me ocurrió que ninguno de ellos te usaría de semejante forma cuando estabas bajo nuestro protección. Inadvertidamente te hice pasar un terrible momento, pero en verdad, no estabas en ningún peligro. En defensa de Barack, debo decir que probablemente pensó que podría manipular tus recuerdos, como generalmente es fácil de hacer con las presas humanas, pero no te habría hecho daño o te habría matado, simplemente se habría alimentado, como, oliendo mi esencia en ti, asumió que había hecho yo. Por favor acepta mis disculpas.

Su voz se envolvió alrededor de ella y encontró su corazón.

Suspiró suavemente e intentó no pensar demasiado en la palabra *presa*.

-¿Sabes qué, Darius? No tiene importancia. No tengo que entenderlo, porque no puedo con esto. Ahora puedes verlo, ¿verdad? No puedo manejar esto. Sería mejor que me largara ahora.

Los ojos negros de él nunca parpadearon, nunca abandonaron su cara. Ella notó que su corazón latía más rápido, amenazada de alguna forma elemente que no entendía.

- No es como si fuera a decir nada a nadie. Me encerrarían si lo hiciera. Sabes que no tenéis que preocuparos.

Los ojos negros era despiadados, enterrándose más y más profundamente hasta que encontraron su alma. No podía respirar.

- Darius, sabes que tengo razón. Tienes que saberlo. Somos dos razas diferentes intentando encontrar algún punto en común. Somos de dos especies diferentes.

- Te necesito.

Pronunció las palabras tan tranquilamente que apenas le oyó. Hizo la declaración rigurosamente, sin embellecerla lo más mínimo. No hubo empujón mental, ni ninguna otra forma de persuasión. Aún así, la forma en que las dijo fue como una flecha que perforó su corazón. No tenía defensas contra esas palabras. No había forma de combatir la verdad en ellas. La verdad que oyó en su voz.

Le miró fijamente durante un largo momento; entonces, sin advertencia, recogió y le lanzó un puñado de hojas.

- No juegas limpio, Darius. En realidad no lo haces. Tienes esos ojos y esa voz, y ahora vas y dices algo como eso.

Una lenta sonrisa suavizó la dura línea de la boca de él.

- Sabía que te gustaban mis ojos. - Sonaba inmensamente satisfecho. No pareció moverse, pero en seguida estuvo inclinado sobre ella, su cuerpo la suficientemente cerca como para compartir su calor. La mano de él encontró su garganta y la palma de su mano quedó inmóvil para que el pulso latiera en el mismo centro.

- No he dicho que me gusten tus ojos. - Corrigió ella. - Creo que deberían ser declarados ilegales. Son pecaminosos. - Elevó la barbilla beligerantemente hacia él, tratando de mantenerse firme contra algo que nisiquiera entendía.

- Me he disculpado en serio, cielo. Nunca te colocaré en semejante posición de nuevo. Me aseguraré de que los otros sean conscientes de que estás bajo mi protección personal todo el tiempo. - Darius inclinó su oscura cabeza hacia la de ella, arrastrándose hasta la seducción de sus labios de terciopelo.

El aliento de Tempest se quedó atascado en su garganta, y se echó hacia atrás contra el tronco del árbol y levantó las palmas de sus manos empejando contra la dura pared del pecho de él.

- Estoy pensando que no deberíamos hacer esto. En realidad, Darius, es más seguro que sencillamente no nos toquemos.

La sonrisa de el escaló hasta sus ojos, extendiéndo calor a través del cuerpo de Tempest.

- ¿Seguro? ¿Eso es lo que creer? Siempre es mucho más seguro hacer lo que deseo.

No se había movido, ni una sóla pulgado, apesar de la presión que ella estaba ejerciendo sobre su pecho. Tempest suspiró suavemente.

- No deberías decir eso. Personalmente, Darius. Estoy en ese punto en el que podría huir gritando por el bosque, o dudar de mi propia cordura y mi confianza en mí misma. No me empujes mucho más fuerte ahora mismo.

- ¿Crees que podrías sostenerte por ti misma sin el tronco del árbol sujetándote? - La diversión matizaba su voz.

Tempest palmeó el tronco del árbol, renuente a dejarlo. Era mucho más orgullosa de lo que había mostrado hasta ahora. Nada de desmayarse. Nada de histerismos. Nada de las cosas que haría una mujer sana. Pero no quería caerse de cara. Las largas pestañas se deslizaron hacia abajo por un momento. Darius leyó fácilmente el débil sentido del humor que se burlaba de si misma con el desconcierto sobre en la cara transparente, la súbita determinación sólo antes de que cambiase de posición, agachándose bajo su brazo para permanecer en pie por su propia cuenta. Eso le gustaba, su sentido del humor, su habilidad para reirse de sí misma en las situaciones más extremas.

Ella le sonrió ampliamente.

- Bueno, funciona.

Él extendió una mano.

- Vamos, cielo. Podemos simplemente pasear y hablar.

Ella le evaluó sospechosamente.

- Simplemente pasear y hablar. Eso no es código para alguna otra actividad rara, ¿verdad?

Darius rió realmente. Sus dedos se enredador con los de ella, capturando su mano, y atrajéndola contra el calor de su cuerpo.

- ¿Hasta dónde llegarás con tus tonterías?

Sus ojos esmeraldas chispearon hacia él.

- Puedo ser peor. Mucho peor.

- Estas intentando espantarme.

Se rió apesar de si misma.

- Creo que tú harías un mejor trabajo espantando a la gente que yo. Ganas por goleada. Sin cuestión.

El brazo de él se deslizó alrededor de su cintura para levantarla suavemente sobre un tronco caído. No pedió nunca el paso, y ella no pudo dejar de compararle con el gato de la junta que en el que sabía que podía convertirse. Se movía de la misma forma silenciosa, con la misma gracia.

- ¿Qué se siente cuando cambias así?

- ¿A un leopardo? - Darius se sorprendió de su pregunta. No había pensado en qué se sentía desde hacía cientos de años. El misterio. La belleza. La maravilla que era cambiar de

forma. Su pregunta trajo el regocijo total, el respeto que hacía sentido cuando niño al experimentar hasta perfeccionar el arte, hasta que pudo cambiar de forma en medio del aire, a la carrera, incluso cuando usaba su velocidad preternatural.

- Es una increíble sensación de poder y belleza experimentar la esencia del animal, su velocidad, energía y sigilo, todo milagrosamente en mi propio cuerpo.

Tempest se movió al ritmo de él, deambulando hacia ninguna parte en particular. Era tan perfectamente proporcionado, su mismo cuerpo era un milagro, fuerza y poder en cada músculo, en cada célula, y lo llevaba con una casual facilidad de la que parecía no ser siquiera consciente.

- Es fascinante cuando me comunico con los animales. - Admitió ella. - Me encantaría ser capaz de ver en realidad a través de sus ojos, oler y oir los cosa como ellos. ¿Puedes hacer eso? ¿O eres todavía realmente tú?

- Ambos a la vez. Puedo usar sus sentidos, sus habilidades, aunque también puedo razonar, mientras tanto nada retiene un instinto abrumador.

- Como un instinto de supervivencia.

Darius bajó la mirada hacia su coronilla. La luz de la luna se filtraba a través de los árboles, tocando el pelo rojo dorado hasta convertirlo en llamas. Era tan hermosa, no tuvo más elección que recorrer con una mano acariciadora las sedosos mechones.

- Eso es lo que eres para mí. Un instinto de supervivencia. Tú lo sientes también.

Las largas pestañas de ella se alzaron lo suficiente como para que Darius captara un destello de vívido verde antes de que aparta la mirado.

- No sé lo que siento. - Levantó las manos y le lanzó una rápida mirada de censura. - No vamos a seguir por ahí, ¿recuerdas? Quédate a un paso de mi, y no hagas ninguna de esas cosas que te mencioné antes.

Su respuesta fue una risa roca que envió llamas danzando a la sangre de Tempest. Le miró.

- La risa prohibida también.

Él capturó su pequeña cintura y la levantó fácilmente hasta lo alto de un enorme tronco derribado, para que los dos permanecieran cerca, sus manos descansando levemente en las caderas de Rusti mientras ella miraba hacia abajo. Los helechos creían abundantemente en el suelo del bosque, retazos de alfombra verda de la zona en una curiosa acuarela en el azul de la noche.

El escenario era tan hermoso que no podía encontrar su voz, ni siquiera reprender a Darius por olvidarse de medir los centímetrso entre ellos. Intentó no ser consciente de sus mano sobre ella, tocándola como si le perteneciera. Él inclinó su oscura cabeza tan cerca que se le quedó el aliento atascado en la gargante. Su cuello latió con anticipación, y las llamas empezaron a crujir y crepitar, amenazando con consumirla. Sintió el calor de su aliento exáctamente sobre su pulso latente.

- Escucha la noche. Nos está hablando. - Dijo él suavemente.

Durante un momento sólo pudo oir la latido de su propio corazón. Golpeaba en sus oidos, ahogando por completo cualquier otro sonido. Cuidadosamente él le dio la vuelta y la arrastró de espaldas a la protección de su cuerpo.

- Quieta. Cálmate. Está en tu mente, Tempest. Encuentra la tranquilidad primero. Es aquí donde empiezas a aprender. - Su voz susurraba sobre la piel de Tempest como negro terciopelo. Hipnotizadora y perfecta. Pura magia.

Darius estaba lanzando un hechizo, tejiéndolo firmemente a su alrededor, no simplemente con el poder hipnótico de su voz, o la gfuerza de su cuerpo sino con la noche misma. Nunca había notado que la oscuridad tuviera tan vívidos colores. La luna brillaba a través de la copa de los árboles, bañando el mundo con una suave iridiscencia plateada. Las hojas relucían como gemas mientras la brisa soplaba gentilmente a través de ellas.

El leve suspiro del viento fue el primer sonido que pudo identificar claramente después de su propio corazón. Los brazos de Darius se apretaron a su alrededor, encerrándola contra

Librodot

su cuerpo mucho más grande. Tempest tenía aversión a los espacios cerrados, y siempre evitaba estar demasiado cerca de los hombres, especialmente cuando estaba sola y eran fuertes. Sin embargo, en vez de hacerla sentirse amenazada, Darius la hacía sentir a salvo y protegida.

- Escúchalo realmente, Tempest, con tu corazón y tu muerte a la vez que con tus oidos. El viento está cantando suavemente, susurrando historias. Aquí, muy cerca de nosotros... ¿lo oyes? El viento nos trae el sonido de las correrías de los zorros.

Ella inclinó la barbilla, esforzándose por captar una simple nota de lo que él podía oir. Correrías de zorros. ¿Realmente podía saber eso? Como si leyera su mente, Darius colocó los labios contra su oreja. - Hay tres de ellos. Deben ser muy jóvenes; apenas se mueven.

Tempest sintió los labios moviéndose en su pelo, como si fuera un roce accidentas, no preparado, contra los mechones de pelo. Su instinto de autoconservación finalmente apareció, e intentó alejarse de él. Pero su pie grvitó sobre el espacio vacío. Había olvidado que estaba en lo alto de un tronco. Sólo los brazos de DArius evitaban que cayeran.

Él se rió suavemente, esa indignante, masculina y burlona diversión.

- Correcto. Me necesitas. Necesitas un guardián.

- No lo haría si no me volvieras loca todo el tiempo. - Le acusó, pero se aferraba a él al mismo tiempo.

- Permíteme fundir mi mente más completamente con la tuya. PUedo enseñarte a escuchar, a oir los auténticos sonidos de la noche. Mi mundo. Tempest. - Bajó la mirada a los esbeltos dedos que se curvaban alrededor de su brazo. Era tan frágil, tan delicada, una pequeña pero enomemente valiente mujer. Había nacido para él. Su corazón y su mente, su misma alma reconocía las de ella. Cada célula de su cuerpo la buscaba, necesitándola, vorazmente, con una intensidad que nunca se apaciguaría.

Dairus podía sentir el cuerpo de ella temblando levemente contra la dureza del suyo. Un feroz instinto protecto le alzó en él, abrumándole con su pura fuerza. Quería llevarla a su guarida, mantenerla a salvo de los peligro de todos los días y del mundo de su alrededor, mantenerla cerca y protegerla todo el tiempo. Pero comprendió que, sin importar como de fuertes fueran sus sentimientos, ella era mortal, y había crecido en un mundo diferente, uno al que él no podría retreceder y cambiarlo para ella. Había formado su caracter tan seguramente como la edad y los peligros que había afrontado le habían formado a él. No podía apresurarla demasiado. Las exigencias de su cuerpo y alma tenían que quedar en segundo plano tras los miedos de ella, por infundados que puedieran ser.

- Si fundes tu mente completamente con la mia ¿serás capaz de leer todos mis pensamientos? - Preguntó ella ansiosamente.

El le rizó el pelo, con una caricia afectuosa.

- ¿Quieres decir como hago ya?

Los ojos esmeralda relampagearon hacia él.

- No puedes leer *todos* mis pensamientos. - Dijo ella decidida. Hubo un corto y revelador silencio. Inclinó la cabeza hacia atrás para mirarle. - ¿Puedes? - Esta vez su voz definitivamente se tambaleó.

Darius quiso besar esa expresión preocupada de su cara.

- Por supuesto que puedo.

Los labios de ella tirotearon de su labio superior.

- No pudiste hacerlo antes. No creo que puedas, Darius.

- Fundes tu mente con la mía cada vez que te comunicas mentalment conmigo. Pudo llevarme unos pocos minutos sacar en claro tus diferencias con otros, pero una vez lo hice, eso me permitió deslizarme dentro y fuera de su mente a voluntad. - Sus dedos se cerraron amorosamente alrededor de la nuca de ella. - Si quieres, podría compartir algunos de tus recuerdos contigo. El pequeño callejon que te encantaba tras el restaurante chino. Sientes afecto por las cosas más inusuales.

Esta vez Tempest hizo un intento de liberarse, pero Darius la capturó firmemente, aprisionándola dentro del círculo de sus brazos.

- No tan rápido, cielo. Eres tú la que insinuó que estaba mintiendo.

Se puso rígida.

- Nadie está mintiendo a nadie. Tu edad finalmente te está afectando.

El rió de nuevo, asombrado de que después de siglos de soledad y la absoluta falta de moción, pudiera encontrarse riendo tan fácilmente. Había alegría en la propia noche, alegría en el mundo, en cada acto de vivir.

- Eso no ha sido muy simpático, Tempest. - La regañó, pero su voz era tan gentil, que hizo que el corazón le diera un vuelco.

- Nada de uniones, Deairus. Creo que deberíamos hacer cualquier cosa semi-normal. Como, simplemente hablar. Hablar es bueno. Nada raro, sólo lo normal. Cuéntame algo de tu niñez. ¿Cómo eran tus padres?

- Mi padre era un hombre muy poderoso. Con frecuencia se referían a él como El Oscuro. Era una gran sanador entre nuestra gente. Según tengo entendido mi hermano mayor ha tomado su lugar entre nuestra raza. Mi madre era amable y adorable. La recuerdo sonriendo. Tenía una sonrisa espectacular. - Las palabras conjuraron en él el recuerdo, el roce de calidez.

- Debe haber sido maravillosa.

- Si. Yo tenía sólo seis años cuando fue asesinada.

Los dedos de Tempest se apretaron sobre su brazo con simpatía.

- Lo siento tanto, Darius. Quiero decir haberte traído un recuerdo triste.

- Ningún recuerdo de mi madre puede ser malo, Tempest. Cuando tenía seis años, los turcos otomanos invadieron el pueblo cercano a nuestro hogar y mataron a casi todos. Yo fui capa de escapar... - Gesticuló en la dirección aproximada del campamento. - ... con unos pocos más. Mi hermana, Desari, y Synidl, Barack, Dayan, y otro más. Después de eso quedamos separados del resto de nuestra gente.

- ¿A los seis años? Darius, ¿qué hiciste? ¿cómo sobrevivisteis?

- Aprendí a cazar de los animales que me rodeaban. Aprendí a alimentar a los otros. Fueron tiempos difíciles. Cometí muchos errores, aunque cada día era una nueva y excitante experiencia.

- ¿Cómo quedaste separado de tus padres, de tu gente?

- Había una guerra. Los pueblos humanos estaban siendo arrasados... gente a la que nuestras familias consideraban amigos. Nuestros adultos decidieron permanecer con los humanos. Pero los soldados atacaron cuando el sol estaba alto, cuando los Cárpatos están en su momento más vulnerable, cuando necesitan ir a la tierra. Y había muchos soldados, viciosos y crueles, decididos a arrasar toda la región, a librarse de todos nosotros, a los que consideraban sabandijas, vampiros. Desafortunadamente, los adultos de nuestro especie no tienen poder, ni fuerza, cuando el sol está alto, fue una masacre, una inútil derroche de vidas. Así que muchos murieron ese día, humanos y Cárpatos por igual, mujeres y niños. Muchos muchos de nuestra raza fueron sometidos al ritual de muerte de los "vampiros"... cortar la cabeza y una estaca a través del corazón, mis padres entre ellos.

La voz de Darius era suave, melancólica, distante, como si una parte de él estuviera a siglos de ella. Entre sus brazos, Tempest se giró para alzar una mano y tocarle la boca con la punta de los dedos.

- Lo siento tanto, Darius. - Brillaban lágrimas en sus largas pestañas, iluminando sus ojos. La pena por él, por la pérdida de sus padres, por el niño que había sido, latía en su corazón.

Darius tocó una lágrima, capturándola con la punta de un dedo.

- No llores por mi, Tempest. No quiero que nunca haya lágrimas en tu corazón. Tu vida a sido dura también. Al menos antes de perder las emociones y colores, la mía estuvo llena del amor de mi familia, y después de mi nueva familia durante cientos de años. El bote en el

que yo y los otros escapamos de nuestra tierra destruída por la guerra nos llevó a través del océno antes de hundirse en una violenta tormenta. Estabamos a abandonados a nuestra suerte, yo era el mayor, pero nos las arreglamos para alcanzar las costas de África, y tuvimos grandes aventuras en todos aquellos años... antes de que la oscuridad se reuniera en mi y se extendiera a través de mi alma.

Le observó llevarse el dedo a la boca para saborear su lágrima trémula, sus ojos negros y sensuales, sus labios perfectos alarmantemente tentadores. Tragó convulsivamente, temiendo que podría precipitarse en sus brazos solo para saborear esa boca de nuevo y perderse para siempre en la ardiente intensidad de sus ojos.

- ¿Qué oscuridad, Darius ¿De qué estás hablando?

- No he sentido nada en estos últimos largos siglos. Después de un cierto punto, evidentemente un hombre de los Cárpatos pierde sus emociones y está en peligro de convertirse en vampiro. Debido a que hay otros que dependen de mí, luché con la bestia interior. Pero durante años hasta ahora no he visto colores, ni sentido alegría, ni deseo por una mujer, ni risa, y tampoco amor. Ni siquiera he sentido culpa por las muertes necesarias. Sólo mi hambre habitaba en mi. Fuerte y terrible y siempre en mi. La bestia interior creció hasta que estuve siempre luchando por liberarse, rabiando en busca de alivio. Entonces, en medio de esa oscuridad, llegaste tú, trayéndome a los colores, la luz y la vida. - Darius lo dijo suavemente, honestamente, sintiendo cada palabra. Su mano subió para capturar la masa de pelo rojo dorado, para apoyarla en su cara y así poder inhalar su fragancia. - Tengo más necesidad de ti que ningún otro en este mundo. Mi cuerpo reclama el tuyo como propio. Mi corazón reconoce al tuyo. Mi alma clama por la tuya, y mi mente busca el toque de tu mente. Eres la única mujer que puede domar a la bestia y mantenerme en esta tierra, en el camino de la bondad y la luz. La única que pued evitar que destruya a mortales e inmortales por igual.

Tempest se mordió otra vez el labio inferior. Las cosas que decía él eran casi más de lo que podía comprender. La ponían nerviosa, incluso mientra la hacía ser más consciente de si mísma como una mujer deseable de lo que hubiera hecho nadie antes.

- No perdamos el control, Darius. Estoy de acuerdo en viajar con la banda por ahora, pero salvar tu mente está un poco más allá de mis posibilidades. Puedo esgrimir una llave inglesa y todo eso, pero las relaciones me eluden totalmente.

Podía ser frívola en sus respuestas, pero su corazón se había derretido con cada una de las palabras de él. Su elegancia del Viejo Mundo y su encanto en cierta forma parecían proporcionar un equilibrio frente al peligro que se pegaba a él como una segunda piel. El magnetismo sexual era también una segunda naturaleza para Darius, y Tempest no trataba de engañarse pensando que era inmune.

- Sería mejor para todos los implicados que permanezcas libre de cualquier otra relación. - Dijo él suavemente.

Los ojos esmeralda centellearon con un verde brillante antes de que se volviera alejándose de nuevo de él, demasiado tentada por su boca perfecta para continuar mirándola.

- Paseemos, Darius. Creo que es más seguro que quedarnos aquí sobre un tronco que parece un acantilado. Mucho más seguro.

Él brazo de él le rodeó la cintura, y se inclinó hacia adelante, su cálido aliento le acarició la nuca.

- Corre si debes hacerlo, pequeña, pero no hay a dónde ir excepto de vuelta a mí.

Ella se apartó firmemente la gruesa bando de su brazo de alrededor de la cintura, orgullosa de su decisión. Si el cuerpo de él continuaba *en* contacto con el suyo, ambos iban a arder en llamar. La única cosa que se podía hacer era poner un océano o un glaciar entre ellos. Quizás un casquete polar entero.

Su risa indignante la siguió mientras saltaba del tronco y empezaba a alejarse.

- Leer tu mente se está convirtiendo en algo muy interesante, cielo. Siempre podemos establecernos en un iglú.

- Ni lo pienses. Fundirías la maldita cosa. ¿Entonces dónde estaríamos? Te lo dije, nada de esos cosa de hipnotizar con los jos. Y quizás deberías intentar llevar una máscara. - Su risa sexy tenía que acabar también. Definitivamente tenía que acabar. Hacía estragos en su corriente sanguínea. Calentándolo, derritiéndolo, tan espeso y pesado que iba a tirarse sobre él y suplicarle si él no la detenía. Entonces si que iba a lamentarlo él. Si. Se volvió a mirarle. - De acuerdo. Haz esa cosa de lagartos.

Él estudió su cara.

- ¿Esa cosa de lagartos? - Repitió él. Entonces una sonrisa malvada tocó su boca sensual. - ¿Lamerte la piel? Encantado. Sólo tienes que decirme dónde. - Deliberadamente se inclinó cerca del pulso que latía en la garganta de Tempest, sus ojos enseguida ardientes, la risa decaía.

Tempest le empujó, con fuerza. Si el áspero terciopelo de esa lengua tocaba su piel, estaría perdida.

- Aléjate de mí. - Dio dos pasos huidizos con creciente alarma. - Lo digo en serio, Darius. O tendremos que conseguir una carabina.

- Dijiste que querías que hiciera esa cosa de lagartos. - Su mano engrilletó la muñeca de ella, encadenándola a su lado.

- Quise decir escamas. Necesitas escamas. Si fuera una lagartija no sentiría que arriesgo mi honor paseando por los bosques contigo. - Se reía apesar de sí misma.

- Si cambiara a la forma de un lagarto, correrías gritando de vuelta al campamento. - Darius sabía que Julian y Desari ya había partido en el autobús con los felinos. Dayan, Syndil y Barack estaba en ese mismo momento apretujándose en el pequeño y rápido coche que Barack tanto adoraba. Podía oir a Barack suplicando a Syndil que le dirigiera la palabra, intentando convencerla de que no era en realidad una rata.

Darius aprovechó la ventaja de la pausa temporal de Tempest para ganar posesión de su mano. Sus dedos se enlazaron firmemente con los de ella y tiró para colocarla bajo la protección de su hombro.

- Si cambiara, querría entonces pavonearme y hacer de dragon Komodo para ti.

Tempest permitió que pasaran varios latidos de corazón mientras su imaginación digería esa.

- ¿No teníamos que ir a algún sitio esta noche? Pensaba que teníamos un apretado calentario que mantener. Dejemos los dragones de Komodo fuera de escena. Ya eres suficientemente espeluznante en tu forma humana.

Estaban volviendo hacia el campamento, paseando a través de los retazos de niebla que se espesaban a lo largo del suelo del bosque. Era extraño y hermoso, convirtiendo los bosques en un lugar mágico y místico. A Tempest le gustaba la sensación de fuerta en la mano de Darius, el calor de su cuerpo calentando el suyo, la fácil y fluída forma en que se movía con la sugerencia de poder contenido. Pero por encima de todo adoraba la forma en que sus ojos ardían posesivamente sobre ella, la forma en que su cincelada y profecta boca la tentaba.

Darius se detuvo bruscamente, ella tropezó contra él. Se había vuelto para encararla, sus rasgos eran oscuros y sensuales a la luz de la luz que se abría paso a través de la copa de los árboles. Parecía lo que era, un señor con poder, un hechicero sin comparación. Tempest solo podía levantar la mirada hacia su masculina belleza, perdida en el hambre de sus ojos.

No podía respirar cuando estaba tan cerca de ella. Sus ojos se oscurecieron hasta que quedaron implacable por el deseo, con una cruda necesidad. Sus manos se deslizaron hacia abajo por los brazos de Tempest para descansar en sus caderas, urgiendo a su cuerpo a que se acercara incluso más al de él. El azul del aire de la medianoche se mezclaba con el brillo plateado de la luna y junto con el blanco de los bancos de niebla, los rodeaban, separándolos del resto del mundo.

Darius inclinó la cabeza lentamente hacia ella, empujado por algún poder que no era el suyo propio, más allá incluso de su comprensión. Todo lo que importaba era ese momento en el que sentía la satunaba y suave boca bajo la de él. En el que saboreó la salvaje miel de ella.

En el que tomó el control y terminó con su mutua miseria. Tenía que hacer esto. Era tan necesario para ambos como respirar.

Los labios de él eran firmes aunque suave terciopelo, moviéndose sobre los de ella, persuadiendo gentilmente para que ella respondiera. La sintió moverse bajo sus manos, deslizarse justo en su interior, apretarse firmemente alrededor de su corazón. Sus dientes tirotearon gentilmente, insistentemente, hasta que Tempest tuvo que acceder a su muda demanda y abrió la boca para él. La tierra bajo sus pies se estremeció alarmantemente, pero su boca se apresuró sobre la de ella, transportándole a través del tiempo y el espacio a algún lugar en el que nunca había estado.

Sin pensarlo conscientemente, sin querer, Darius encontró la mente de ella con la suya y se fundió, compartiendo sus fantasías eróticas, su alegría ante la existencia de ella.

Compartir la forma en que su cuerpo volvía a la vida y rabiaba por ella, como la necesitaba. Hambriento por ella.

Puro sentimiento. Estaba volando alto sin alas, una caida libre a través del espacio, y todo el tiempo las llamas saltaban más y más alto. Estaba perdido en ella, siempre estaría perdido en ella. Su piel era tan suave, su pelo tan sedoso. Era el milagro de la vida misma. Estaba todo allí, barriendo a Tempest hasta el vórtice de su pasión, captando el deseo de ella y magnificándolo hasta que ella ya no supo donde terminaba ella y empezaba él. Hasta que fueron un sólo ser consumido por un hambre feroz. No había lugar para la autoconservación, no había lugar para la modestino, su necesidad era igual de grande que la de él.

Sus brazos se apretaron posesivamente, arrastrandola hasta la protección de su dura y masculina forma. En las profundidades de su cuerpo, su sangre se espesaba como lava fundida, una tormenta de fuera barría a través de todo su sistema, hata que supo que iba a arder en llamas.

Tenemos que parar. Las palabras le rozaron como alas de mariposas en su mente, sin aliento, eróticas, llenas del mismo hambre y necesidad que amenazaba con consumirlos a ambos, que amenazaba a su mismo control. Aunque había algo más. Algo nuevo. Debido a que sus mentes estaban unidas, lo reconoció como lo que era; miedo, tan elemental como el tiempo mismo.

Darius se empujó de vuelta a la realidad, lejos de las urgentes demandas que su cuerpo hacían y retroceder a una semejanza de cordura.

Tempest estaba ardiendo, ya no era ella misma sino una parte de Darius. Eran una sola y completa entidad. Se aferró a él, la única ancla segura en una salvaje tormenta de magia. Darius alzó la cabeza para que su boca revoloteara a centímetros de la de ella. Se miraron el uno al otro, ahogándose en los otros del otro, impresionados de que pudieran producir semejante conflagración sólo con un beso.

Tempest retrocedió, una sutil retirada femenina, intentando encontrarse a sí misma y enfriar el terrible calor que chamuscaba su cuerpo. Se tocó la boca con la punta de los dedos, incapaz de creer que ella hubiera ayudado a general tales llamas.

- No lo digas, cielo. Sé exactamente lo que vas a decir. - Esa enfurecedora diversión masculina matizaba su voz ronca.

Tempest sacudió la cabeza.

- No creo que pueda hablar. Honestamente, Darius, eres letal. Simplemente no podemos hacer esto. Es demasiado peligroso. Casi espero que un relámpago empiece a arquearse entre nosotros.

Él se pasó una mano a través de su oscura melena.

- Juraría que he sido golpeado por un rayo. Ardiente y desgarrador, rasgando directamente a través de mí.

La sonrisa de ella fue tentadora pero allí estaba a pesar de todo.

- Así que estamos de acuerdo. No más de esto.

Darius enredó un brazo alrededor del cuerpo de ella y notó que estaba temblando.

- Creo que bastante más de esto es la respuesta, Tempest. Tenemos que aprender a controlarlo. Cuanto más practiquemos mejor será.

- ¿Mejor? - Tempest presionó una mano sobre la boca, con los ojos enormes. - No nos atreveremos a hacerlo mejor que eso, Darius, o podríamos conseguir que ardiera el mundo. No sé tu, pero yo no me siento tan bien ahora mismo. - Su cuerpo erataba pesado y dolorido, sensible ante el más leve toque. Cada vez que Darius se rosaba contra ella, dartos de fuergo corrían en su interior. Le necesitaba, necesitaba su cuerpo. - Si tuvieramos algo de sentido común, pondíamos medio mundo entre nosotros.

Darius se llevó los nudillos de ella a la calidez de su boca y quedó intrigado por las dos pequeñas cicatrices en ellos. Su lengua examinó las débiles marcas, un lento y áspero calor aterciopelado. Tempest cerró los ojos contra el puro deseo en los ojos de él, contra su patente sensualidad. Estaba vez supo que la instantánea conflagración no había sido causada sólo pero ella. Ella no hacía cosas como esa, no buscaba la intimidad instantánea. Nunca. ¿Quién habría pensado que un toque tan pequeño, una mirada, podría reducirla a calor líquido y un dolor que nunca se detendía?

- Darius, tenemos que parar. - Estaba medio riendo pero muy cerca de las lágrimas. - No tengo ni idea de que hacer. Es decir, eres un vampiro.

Él sacudió la cabeza.

- Un vampiro no, cielo. Que Dios nos ayude, eso nunca. Te he explicado que el vampiro ha elegido la oscuridad eterna, ha elegido perder su alma. Tú eres mi alma, mi fuerza, la luz de mi oscuridad. Soy un Cárpato, incluso aunque no haya crecido entre nuestra gente y mis costumbres sean de algún modo diferentes. No conozco al Príncipe de nuestra gente, al que ha tratado de evitar la extinción de nuestra especie. Ni siquiera sabía que existía o que mi hermano mayor todavía vivía hasta hace unas pocas semanas.

Tempest empezó a reir.

- ¿No hay alguna cosa normal sobre la que podamos conversar? ¿Cómo el tiempo? Inusual el tiempo que estamos teniendo. - Si continuaba hablándole de cosas que su cerebro se negaba a comprender, temía que perdería la cabeza. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido.

La sonrisa de él fue burlona.

- ¿Te gustaría que creara una tormenta? Podríamos hacer el amor bajo la lluvia.

- Podemos buscar a los otros y fingir que hay seguridad en el número. - Sugirió Tempest firmemente, ignorando la forma en que su cuerpo se fundía ante la ultrajante sugerencia. - Puedo ver cual de nosotros es la persona práctica, y no eres tú. - Tiró de su mano, conduciéndole de vuelta hacia el campamento.

Él la siguió durante unos pocos minutos en un silencio perplejo. Finalmente, curioso, se aclaró la garganta.

- ¿Tempest? ¿Adónde vamos exactamente? No es que me importe... te seguiré a dondequiera que quieras que vayamos... pero por lo que puedo recordar, este sendero conduce hasta un barranco rocoso. Es arriesgado.

Ella pudo sentir el color elevarse bajo su piel y avanzar hacia arriba hasta su cuello. Cuando trató de desenredar sus dedos de los de él, él se pegó como con pegamento. Se sintió tentada a darle una patada en la espinilla. Ya era lo suficientemente malo que hiciera arder su cuerpo, pero ahora estaba completamente azorada, mientrás el parecía al mismo tiempo tranquilo, implacable, completamente invencible.

- ¿Entonce dónde está el campamento? - Exigió a través de los dientes apretados.

Durante un momento Darius la miró fijamente. Entonces parpadeó, apartando la burlona diversión que estaba segura había estado arremolinándose en las profundidades de sus ojos. La evaluó con una expresión perfectamente sobria que la hizo desear *realmente* patearle la espinilla. Le llevó gran cantida de autocontrol evitar hacerlo.

- No me sermonees. Normalmente tengo algún sentido de la dirección. - Protestó. - Debes haber lanzado un hechizo sobre mí o algo así. Simplemente indica el camino. Y borra esa expresión de tu cara mientras lo haces.

Él caminó en silencio, su cuerpo inconscientemente inclinándose protectoramente hacia el de ella.

- ¿Qué clase de hechizo he lanzado sobre ti? - Preguntó gentilmente, su voz era una pura y hipnotizadora cadencia que no parecía poder resistir.

- ¿Cómo podría saberlo? - Preguntó ella petulantemente. - Por lo que sé, puedes haber estudiado con Merlin. - Le evaluó suspicazmente. - No lo hiciste, ¿verdad?

- En realidad, cielo, él fue mi aprendiz. - Dijo él.

Ella se puso ambas manos sobre los oídos, sus dedos todavía enlazados con los de él.

- No quiero oir esto. Ni siquiera si estás bromeando. No quiero oir esto.

Alcanzaron el claro, y Tempest se detuvo para mirar el terreno vacío. Sólo quedaba el camión. Ni un trozo de papel o envoltorio indicaba que alguien hubiera estado nunca allí. Estaba destinada a estar sola con Darius lo quisiera o no.

- Esto no es una conspiración, ¿verdad?

Darius rió suavemente y abrió la puerta del camión.

- Mi familia probablemente piensa que he perdido la cabeza, pero nunca conspirarían contra ti.

- Pero conspirarían para *ti*. - Dijo Tempest con una inspiración repentina. Levantó la cabeza hacia él. - ¿Qué harían si al Príncipe de vuestra gente no le gustara algo que hicieras?

Darius se encogió casualmente de hombros con su arrogancia natural.

- No querría que mi familia hiciera otra cosa que mantenerse al margen. Llevo mucho tiempo cuidado de mi mismo y de mis asuntos. No respondo ante nadie. Nunca lo he hecho, y sería incapaz de hacerlo después de tanto eimpo. - Su mano se entendieron a lo largo de la cintura de ella, y la levantaron sin esfuerzo, depositándola sobre el asiento del camión. - Abróchate el cinturón de seguridad, cielo. No querría que saltaras fuera a la primera señal de problemas.

Ella estaba murmurando por lo bajo mientras él se deslizaba tras el volante. En los cerrados confines del camión, parecía más poderoso que nunca. La amplitud de sus hombros, las fuertes columnas de sus muslos, el calor de su cuerpo. Tempest se tragó el gemido que estaba atascado en su garganta. Su esencia masculina tentaba a alguna cosa salvaje e indomable en ella. Las puntas de sus dedos tamborilearon un ritmo nervioso sobre el salpicadero.

- Sabes, Darius, quizás debería simplemente tomar el autobús.

Él oyó la sombra de desesperación en su voz y dicidió ignorarla. Después encendió el motor, extendió la mano para tocar su suave piel sólo una vez más, la punta de sus dedos recorrieron hacia abajo la mejilla de ella.

El leve toca hizo correr su corazón. Sabía que él lo oía, sabía que era consciente de que su sangre se apresuraba a través de sus venas, que era consciente de que su cuerpo estaba preparado y necesitaba al de él. Con un pequeño suspiro se hundió en el asiento y apoyó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos.

7

Estaba sola. Tempest pensó en eso mientros se echaba el pelo hacia atrás y miraba pensatimente al espejo en el baño de la caravana del grupo. La larga noche había sido como un hermoso sueño, Darius hablándole suavemente en la intimidad de la pequeña cabina del camión, su voz, tan perfecta mezcla de notas, relatando interesantes pedazos de historia, haciéndolos volver a la vida para ella. Sus brazos arrastrándola cerca de él, asegurándose de que su cinturón de seguridad estaba cómodo. La calidez de su cuerpo penetrando en el de ella.

Habían conducido durante horas, el cielo nocturno desplegado ante ellos, la cinta de la autopista su guía. Ella se había adormilado, su cabeza cayó sobre el hombro de él y se estableció allí. No había pretendido que ocurriera, pero se sentía bien. Darius la hacía sentir a salvo y apreciado. Estaba en su voz, en el calor de sus ojos, en la forma en que su cuerpo protegía el de ella.

Tempest suspiró en voz alta. No quería acostumbrarse a la sensación. Nada duraba para siempre, y finalmente era mejor confiar en sí misma. No quería caer en una trampa seductora, no importaba lo sedosa que fuera. En cualquier caso, Darius era demasiado poderoso incluso pra comtemplar un acto tan temerario. Pero podía soñar, y parecía como si lo estuviera haciéndo mucho últimamente.

Se sentía sola sin Darius. En muchos momento de su vida había experimentado la solidad, pero esto era diferente. Esto era como sentir que una parte de ella hubiera desaparecido, un negro vacío que no podía llenar o escapar de él.

Se había despertado tarde de nuevo, otro mal hábito que estaba desarrollando. Eran bien pasadas las tres de la tarde. Había estado viajando toda la noche. No era sorprendente que el grupo durmiera durante el día. ¿Cómo sino podían mantener un horario tan demencial?

Miró fijamente su reflejo en el espejo. Se rozó el ojo que todavía debería estar de un profundo púrpura, hinchado, y feo, pero sólo quedaba una débil sombra azul. Darius la había

curado. El color avanzó por su rostro, y su cuerpo saltó a la vida mientras recordaba cómo. Era fácil recordarlo como un sueño erótico. Darius. Le echaba de menos mientras dormía, sólo Díos sabía donde.

Le disgustaba la forma en que sus ojos brillaban, se apartó del espejo. Ya era lo suficientemente malo que hubiera remoloneado en la ducha como una becerra enamorada, soñando con él. Sus ojos. Su boca. Su voz. La forma en que se cuerpo se contoneaba con fuerza.

- Oh, por amor de Dios. - Miró hacia el lujoso interior de la caravana. - Estás actuando peor que un adolescente. - Se dijo a sí misma. - Es arrogante y mandón y un extraño. Manten eso en mente cuando estés babeando por sus miradas. Es un hombre. Eso ya es suficientemente malo. Y él es peor que un hombre. Es un.... - Buscó la explicación correcta. - Un algo. Algo de lo que no quieres formar parte. Ahora comprueba el aceite. Algo mundano, ordinario. Algo a lo que estés acostumbrada.

Justo antes del amanecer él la había llevado en brazos hasta el autobus al que para entonces habían alcanzado, después de conducir toda la nohce. Si cerraba los ojos todavía podía sentir la fuerza de sus brazos, la forma en que los duros músculos de su pecho se sentían contra sus propios senos suaves. En los rayos tempranos de luz pudo ver su cara, sensual, hermosa, aunque dura como el propio tiempo. La había llevado gentilmente, cuidadosamente hasta el interior del autobús, y la había tendido sobre el sofá entre los cojines. Su ternura mientras la cubría con una colcha se le había quedado grabada para siempre en el corazón. El beso que había rozado su sien todavía dejaba vestigios de fuego.

Y su cuello. Tempest presionó una mano sobre el cuello, entonces se volvió hacia el espejo para mirar una vez más. Su boca había dejado una ardiente marca allí, marcándola como suya. Podía ver la evidencia, la extraña marca que latía, ardía y clamaba por él. Se la cubrió con la palma de la mano y capturó allí el calor abrasador.

- Estaba vez estás en un gran problema, Rusti. - Murmuró suavemente. - Ni siquiera tengo idea de como voy a sacarte de esta.

Intentó comer cereales fríos pero notó que estaba más sola que hambrienta. Deseaba ser la boca de él, su sonrisa, lenta y sexy. Deseaba ver el ardor negro de sus ojos. Los cereales sabían a cartón. ¿Por qué era erótico que Darius tomara su sangre, cuando la idea de que cualquier otro hiciera algo semejante la ponía enferma? ¿Qué hizo que fuera repulsivo cuando se había inclinado para acercarse mientras su cuerpo entero se tensaba de anticipación con Darius? Se tocó la marco con la punto de un dedo esta vez.

- No te vas a quedar sentada aquí soñando despierta, Tempest. - Declaró incondicionalmente, vagamente sorprendida por estar llamándose a sí misma con el nombre que insistía en utilizar Darius. - Ve a hacer algo, cualquier cosa, pero deja de actuar como una estúpida.

Le llevó unos pocos minutos limpiar y, después de acariciar a los leopardos, salió. Las pesadas cortinas de las ventanas habían bloquedo la luz fuera del autobús así que el día pareció más brillante que nunca, y tuvo que entrecerrar los ojos contra su brillo. La brisa era suave y juguetona, tirando de su pelo y ropas, arremolinando hojas y soplando agujas de pino aquí y allá por el nuevo campamento.

El aire olía a la vez a fragancia de pino y flores silvestres. Corría agua en alguna parte cerca. El viendo la hacía sentirse más sola que nunca. Los colores parecían mucho más vívidos cuando Darius estaba alrededor. Todo era más vívido cuando Darius estaba alrededor.

Obsesión. ¿Era eso lo que era? Tempest llenó una botella de agua y la deslizó en su mochila. Saldría a dar una larga caminata, vadearía el arroyo, y se refrescaría. Le lavaría de su cuerpo. Silvando, se metió las manos en los bolsillo y partió, decidida a que la presencia de Darius no la persiguiera. pero una sensación de oscura obsesión empezó a agobiarla mientras caminaba más allá del campamento.

Intentó cantar, pero su corazón parecía pesado, sus piernas parecían plomo con cada paso que daba. Un terrible pesar crecía en ella. Necesitaba ver a Darius, tocarle, saber que

estaba vivo y bien. Encontró el delgado hijo de un arroyo y lo siguió hasta que se amplió y convirtió en una espumosa manta plateada sobre un afloramiento de rocas. Se quitó los zapatos y se adentró en ella. El frío helado le aclaró la cabeza lo suficiente como para que pudiera razonar de nuevo.

Darius no estaba muerto o herido. Nada iba mal. La unión entre ellos estaba creciendo porque él fundía su mente con la de ella con frecuencia. Compartían una intensa intimidad que no significada nada para los humanos. Sin la mente de él tocando la de ella, se sentía perdida. Eso era todo. Era simple. Sólo tenía que aprender a vivir con ello. Tempest se introdujo más en el interior del arroyo hasta que el agua le llegó a las rodillas y la corriente la urgió a seguir su curso. Fue consciente de los insectos en el aire, su zumbido constante. Eran dardos de color, un remolino de alas de gasa. Escuchó como Darius le había enseñado, completamente inmóvil, con el agua fluyendo a su alrededor y la mente centrada en las diminutas criaturas rebosantes de vida.

Tempest observó el azul brillante de una libélula azul brillante revoloteando sobre el arroyo. Muy lentamente miró alrededor y vio mariposas que se reunían. Tantos colores hermosos, alas batiendo el aire. Llegaban de todas partes, rozándose contra ella, aterrizando sobre sus hombros, sus brazos. De entrada, se quedó encantada con ellas hasta que temió que se estuvieran reuniendo demasiadas. Súbitamente las soltó, y empezaron a alzar el vuelo graciosamente.

Notas musicales se vertieron en su mente cuando los pájaros empezaron un concierto, una rivalidad de sonidos. Varias especies competían en las oleadas de aire e intentaban superar a las otras. Escuchó intensamente, repitiendo los sonidos en su mente hasta que estuvo segura de haber separado cada canción, cada significado, antes de responderles.

Uno a uno los llamó hacia ella. Extendiendo los brazos, cantó para ellos, tentándolos, su garganta gorgojeó trinando atrayendo a los pájaros de sus ramas y nidos. Volaron a su alrededor, rodeándola, zambulléndose para inspeccionarla cautelosamente antes de posarse en su brzo.

Canturreando, las ardillas los siguieron, apresurándose hacia adelante para detenerse en el borde del agua. Lentamente, con gran cuidado, Tempest se abrió paso hacia ellos, tod el tiempo hablando tranquilamente a los pájaros. Ellos revoloteaban a su alrededor, arrullando y cantando, trinando sus tonadas favoritas para ella. Dos conejos salieron dudosamente a campo abierto, contoneando sus narices hacia ella. Tempest se quedó muy quieta, extendiéndose sólo con la mente para incluirlos en el círculo de comunicación.

Fue un pájaro el primero que le advirtió del peligro. Volando en la corriente alta sobre ellos, sus ojos agudos captaron un movimiento sigiloso en un arbusto a varias yardas de la reunión. Una alarma ansiosa, advirtiendo a los de abajo de que no estaban solos. Tempest se giró rápidamente mientras los pájaros alzaban el vuelo y las ardillas y conejo corrían a ponerse a salvo. Quedó sola en el claro, con los pies desnudos todavía en el agua. El hombre parcialmente oculto en el espeso arbusto estaba ocupado tomando una serie de fotografías. Parecía demasiado familiar y, peor, demasiado triunfante. Obviamente había tomado fotos de los animales reuniéndose a su alrededor.

Tempest suspiró y se pasó una mano por el pelo. Al menos no se las había arreglado para atraer nada mayor o más exótico. Ni osos, ni zorros, ni visones. Pero todavía podía ver el pequeño periodicucho con una foto suya en la portada, titulada "La mujer pájaro de los Trovadores Oscuros". Que gran artículo iba a conseguir. ¿Cómo se las arreglaba para meterse en semejantes líos?

- Hola de nuevo. Pareces estar siguiéndonos. - Saludó a Matt Brodrick, esperando no sonar tan asustada como se sentía. Odiaba estar sólo con hombres, y esta corriente serpenteando en un área remota del bosque estaba estar bastante sola. - ¿Has conseguido alguna buena foto?

- Oh, si. - Respondió él, dejando que la cámara colgara alrededor de su cuello. Empezó a moverse hacia ella, mirando cautelosamente alrededor. - ¿Dónde está el guardaespaldas? - Preguntó con gran suspicacia.

Los pies de Tempest se movieron por propia voluntad, retrocediendo en medio del arroyo mientras Matt Brodrick caminaba hacia ella.

- Pensé que ese guardaespaldas estaría pegado a ti con superglue.

- ¿De dónde has sacado esa idea? Soy el mecánico, no un miembro de la banda. Está pegado a Desari, la cantante, con superglue. Ese es su trabajo. Puedo darle un mensaje la próxima vez que le vea si quieres. - Algo en Brodrick la ponía nerviosa. Sabía que era más que un reportera siguiendo el rastro del grupo, pero lo que quería, no podía suponerlo.

- Alguien intentó matarla hace un par de meses. - Dijo Brodick, observando su cara cuidadosamente. - ¿Te han contado eso? ¿Mencionaron que en el atentado, dispararon a otros dos miembros de la banda también? Puede ser peligroso estar alrededor de este grupo.

Se quedó congelada por dentro. Estaba diciendo la verdad; podía sentirlo. Pero deliberadamente se lo había contado en la tranquila soledad de estos bosques para sorprenderla, para ver si podía sacudirla. Tempest inhaló, tomando aire fresco, empujando fuera el terrible miedo. Empezó a moverse en dirección a la corriente incluso mientras se encogía de hombros casualmente.

- No tiene nada que ver conmigo. Arreglo coches, eso es todo. Probablemente tú estás mucho más en peligro que yo si alguien intenta hacer daño a Desari tú estás siempre dando vueltas alrededor. - Levantó la mirada hacia el cielo. Era un día claro y hermoso, nubes como bolas de algodón flotaban serenamente en lo alto sobre ellos. - Probablemente algún fan enloquecido. Ya conoces a ese tipo. Desari es sexy y guapa. Atrae todo tipo de atención. Algunas veces demasiada atención no es cosa buena. - Algo de la tranquilidad de la naturaleza bañó su mente. ¿O era Darius de nuevo? Estaba lejos de ella; no podía tocarle ni siquiera con la mente, que por su cuenta, se extendió buscándole. Encontró sólo vacío, aunque sintió que estaba ayudándola. Podía sentir algo de su característica calma entrando en ella y ayudandola a tranquilizarse para sintonizar mejor con la naturaleza.

Brodick estaba caminando hacia ella por el borde del arroyo, cuidando de mantener la punta de sus pies secas.

- Más que probablemente alguien sabe lo que son. - Sus ojos taladraron los de ella. - Estás advirtiéndome, ¿verdad?, ¿intentas decirme que si me quedo por aquí podía salir herido

- ¿De dónde sacas una idea como esa? - Tempest deseó haber pensado en eso. Estaba permitiéndole intimidarla, cuando quizás sólo estaba asustandola. - No leo periódicos sensacionalistas, Brodrick, así que quizás deberías contarme que estas buscando. Intuyo que planeas usar esas fotos mías. No soy una celebridad, y, en cualquier caso, ¿cuál sería la cuestión? Así que prefiero los animales a la gente. Tengo una afinidad con ellos. Imprime eso, y todo lo que harás será que pierda mi trabajo. ¿Como va a ayudarte eso a lograr lo que quieres?

Brodrick la estudió. Estaba de pie con el sol tras ella, así que no divisó de inmediato el mordisco de amor en su cuello. Cuando lo hizo, soltó un sonido estrangulado y se echó hacia atrás, alcanzando apresuradamente el interior del cuello de su camisa para sacar una cruz de plata. La soltuvo delante de él, enfrentándola.

Tempest la miró un momento sin comprender. Después, cuando el significado la golpeó, estalló en carcajadas.

- ¿Qué estás haciendo, idiota? ¡Eres tonto! Realmente crees la basura que imprimes, ¿verdad?

- Eres uno de ellos. Llevas la marca de la bestia. Ahora eres su sirviente. - Acusó histéricamente. El sol brillaba sobre la plata deslumbrándola. Tempest se tocó el cuello con la punta de los dedos.

- ¿Quién es *él*? ¿Qué bestia? Estoy empezando a pensar que estás loco. Mi novio estaba jugando y me dió un mordisquito. ¿Qué creías que era?

- Son vampiros, todos ellos. - Dijo Brodrick, - ¿Por qué crees que duermen durante el día?

Tempest rió suavemente.

- ¿Por eso hay tantos ataudes en el autobús? Guau. Nunca pensé que fueran vampiros.

Brodrick maldijo enfurecidamente, furioso por que se divirtiera a su costa.

- No te reirás de mi cuando lo pruebe al mundo. Estamos sobre ellos. Lo hemos estado desde hace algún tiempo. Los seguimos durante los últimos cincuenta años, y no han envejecido lo más mínimo.

- ¿Quienes son ellos? ¿Y tienes pruebas de eso? - Tenía el corazón en la garganta, pero se obligó a mantener la sonrisa burlona en su cara. - Tu mismo no pareces tener cincuenta años, Brodrick, así que quizás eras uno de ellos también.

- No te burles de mi. - Siseó, furioso. - Somos una sociedad de ciudadanos preocupados intentando salvar el mundo de estos demonios. Nos ponemos a nosotros mismos en gran peligro. Algunos de los nuestros fueron asesinados en Europa, ya sabes... mártires por la causa. No podemos permitir que los vampiros continúen amenazando a la humanidad.

Los ojos de ella se abrieron de par en par. Estaba mirando a un auténtico fanático-de-Dios, indudablemente se esforzaba por matar a Desari.

- Señor Brodrick. - Intentó ser razonable. - En realidad no puede creer lo que está diciendo. Conozco a esta gente. Difícilment eson vampiros; sólo un poco excéntricos. Viajan cantando como hacen la mayoría de las bandas. Darius me hizo una sopa de verduras el otro día. Desari tiene un reflejo en el espejo... yo misma lo he visto. Y estaba bromeando sobre los ataudes. El autobús es muy lujoso, incluyendo el área de dormitorio. Por favor, creame, sólo son gente con talento intentando ganarse la vida.

- He visto la marca. Utilizan humanos. Nadie les ha visto a la luz del sol. Sé que tengo razón. Casi los teníamos la última vez. ¿Y qué ocurrió con nuestros mejores hombres... los que enviamos para destruirlos? Desaparecieron sin dejar rastro. ¿Cómo escapó Desari? ¿Como vive después de que la alcanzaran varias balas? Dime. Dicen que fue al hospiral, y un médico privado se encargó de ella. ¡Ja!

- Eso es bastante fácil de comprobar.

- El médico dice que estuvo allí. Al igual que tres enfermeras y unos pocos técnicos, pero nadie más. ¿Una cantante famosa en su hospiral y la mayor parte del personal no puedo recordarlo? Y no no encontré ni una enfermera de cirugía que supiera algo de eso. Dicen que todo el equipo de operación eran especiaistas traidos de fuera.

-Los Trovadores Oscuros son ricos, Brodrick. La gente rica hace cosas como es. ¿Pero tú estás diciendo abiertamente que eres parte de un atentado contra la vida de Desari? - La admitido la aterrorizó, tenía el presentimiento de que no le importaría confesar a menos que planeara librarse de ella también. Por primera vez temía por su vida. ¿Tenía un arma? Era completamente posible. Peor, creía que Brodrick estaba loco. Nadie en su sano juicio creería en vampiros amenazando a la humanidad. Siempre había creído que los vampiros eran un mito... al menos hasta que vio a Darius en acción. Este hombre basaba sus nociones en estupideces y viejas leyendas manidas.

Parecía que Darius era más de fiar que cualquier humano que ella hubiera conocido antes. No es que le sirviera de mucho ahora mismo, donde quiera que estuviera. Oh, Señor, ni siquiera quería saber dónde estaba. ¿Y si realmente dormía en un ataud? La idea le dio resolución. Él había mencionado ir a la tierra. ¿Qué quiso decir con eso?

No pienses en ello, Tempest. Te volverá tan loca como este estúpido. Mantente concentrada aquí. Quédate en lo importante.

Matt Brodrick estaba observándola, con los ojos entrecerrados.

- Sé que necesitan sirvientes humanos para vigilarlos durante el día. Eso es lo que eres tú. ¿Dónde están?

- Necesitas ayuda, Brodrick. En serio, necesitas terapia intensiva. - Se preguntó si Darius sabía que el reportero estaba envuelto en el atentado contra la vida de Desari.

- Eres uno de ellos. - La acusó Brodrick de nuevo. - Ayúdame a encontrarlos mientras duermen, o tendré que destruirte.

Tempest vadeaba más rápido la corriente mientras Brodick le mantenía el paso a lo largo de la rivera. Su corazón parecía correr tan rápido como el agua misma.

- La verdad es que, ya me has contado demasiado, Brodrick. No tienes más elección que matarme. No voy a contarte donde están Darius, Desari o los otros miembros de la banda, pero no están en ataudes, y no voy a ayudarte a ponerlos en uno.

Los labios de él se retiraron en una fea mueca.

- ¿Sabes que uno de los miembros de la banda desapareció hace algunos meses? Creo que ellos le mataron. Probablemente no era uno de ellos, y solo le usaban para conseguir sangre hasta que lo dejaron seco.

- Tienes una mente enferma, Brodrick. - Tempest miraba alrededor frenéticamente buscando la forma de librarse de él. Estaban tan aislados, y estaba segura de haber salido del perímetro de seguridad que Darius siempre colocaba a su alrededor. Si alguna vez salía de este lío, probablemente él le daría un sermón que nunca olvidaría.

Envió su mente a buscar por el bosque, por el cielo, reclamando la ayuda de los animales en de los alrededores, necesitando información, una impresión de algún escondite cerca.

Brodrick estaba murmurando para sí mismo, enfadado con ella por no hacer lo que él deseaba. Muy lentamente, sacó un pequeño revolver.

- Creo que sería mejor que lo reconsideraras.

Tempest podía sentir el empuje de la corriente en sus piernas. Era mucho más fuerte ahora, el agua más ruidosa, más agresiva. No quería correr hasta alguna inesperada cascada, y se estaba temiendo que a eso, o rápidos, era lo que le esperaba más adelante. Avanzó hace la orilla opuesta a Brodick, aunque todavía dentro del alcance de su arma. Estaba todavía descalza, con los zapatos colgados al cuello por los cordones atados. Que forma de morir tan atractiva, decidió. ¿Quién más sería atrapado descalzo cuando tenía que huir abriéndose paso a través de terreno rocoso y accidentado? ¿Qué había en ella que atraía a los problemas?

Arriba los pajaros empezaron a chillar de nuevo, un grito agudo e inusual. Instantáneamente recibió la impresión de un acantilado escarpado. Estaba fuera del agua, retrocediendo rápidamente, manteniendo los ojos cautelosamente sobre el arma. Nunca se desvió de su corazón, aunque Brodrick no la siguió através del rápido movimiento de la corriente. Evidentemente no quería mojarse sus brillantes zapatos.

Su primer disparo reverberó ruidosamente. Una bala golpeó cerca de su oido y salpicó suciedad y agujas de pino varios pasos tras ella. Tempest tropezó hacia atrás pero se negó a correr. Las rocas bajo sus pies eran afilados, desgarrando la planta de los pies. Apenas registraba las laceraciones, sin embargo un segundo disparo la hizo retroceder de nuevo, moviéndose tan rápido como podía, su mirada fija en la pequeña arma horrible.

El tiempo pareció detenerse. Podía ver las hojas individuales murmurando en el débil viento, oyó al pájaro sobre su cabeza gritando su advertencia. Ni siquiera notó la forma en que los ojos de Brodrick se volvieron planos y fríos. Continuó moviéndose hacia atrás.

- ¿Por qué haces esto? ¿Que te pasa si estás equivocado? Entonces habrías matado a una persona inocente porque crees que viaja en compañía de vampiros. Estoy aquí fuera en el ardiente sol, a plena luz del día. ¿Eso no te dice nada? - Intentó ganar algo de tiempo.

- Esa marca sobre ti es toda la prueba que necesito. - Explicó Brodrick. - Eres su sirviente humano.

- Entonces la mitad de los adolescente de América son esclavos de los vampiros. No seas estúpido, Brodrick. Soy un mecánico, nada más. - Las rocas cortaban sus pies, y Tempest estaba empezando a desesperarse. Tenía que haber una forma de salir de este lío.

Tras ella, sintió el espacio vacío bajos uno de sus talones. El espacio rocosa terminaba abruptamente sobre el borde del acantilado. Se detuvo en ese borde, a campo abierto. Podía sentir el suelo inestable bajo sus pies desmoronándose. El pájaro gritó de nuevo, esta vez

mucho más cerca, pero no se atravió a apartar los ojos de Brodrick y levantar la mirada al cielo tras ella.

- Salta. - Ordenó él, sonriéndole, ondeando el arma. - Si no saltas, voy a tener el gran placer de dispararte.

- Podría ser preferible. - Dijo Tempest desagradablemente. Una caída mortal no le parecía altamente deseable.

Tempest, puedo sentir tu miedo. La voz era tranquila y firme, sin el más mínimo indicio de prisa o emoción. Tu corazón late demasiado rápido. Mira a eso que temes, así yo podré ver tambibén en que te has metido. Darius sonaba lejano, a millas de distancia, una voz incorpórea.

Mantuvo los ojos fijos en Brodrick. Estoy segura de que es parcialmente responsable del atentado contra la vida de Desari de unos meses atrás. Ha hablado demasiado. Clavó los ojos en el arma.

Brodrick empujó el gatillo, la bala golpeó a pulgadas del pie de Tempes, en rebote zigzagueó hasta una roca y voló por el aire. Tempest gritó, perdiendo su precario equilibrio, sus brazos se balancearon violentamente intentando recobrar el equilibrio.

Nunca vio el arma volverse lenta pero seguramente hacia la sien de Matt Brodrick, nunca vio su dedo apretar el gatillo. No fue testigo de las gotas de transpiración que mojaban su frente o el horror de sus ojos. Tempest nunca vio la extraña batalla con el oponente invisible de Brodrick, la lucha por el control del arma.

En el presente estado de Darius, con su gran fuerza mermada en las horas diurnas, tuvo que utilizar sus tremendos poderes mentales para superar la propia fuerza del humano. Ella oyó la detonación de la pistola mientras caía por el borde del acantilado.

Darius maldijo, profundamente en el interior de la tierras. Tempest se *metería* en problemas ahora, y todo el tiempo. Todavía era temprano para alzarse; estaba débil y vulnerable, incapaz de acudir personalmente a su lado. Pocos excepto los más fuertes, los más antiguos de su raza, podrían ayudar en tales momentos. Sólo su voluntad de hierro, forjada por siglos de resitencia, y su terrible necesidad de ella le permitieron luchar con el humano que la amenazaba. Con el sol alto, con la tierra cubriéndole, todavía prevalecería.

Las uñas de Tempest rasparon frenéticamente el borde del acantilado, buscando una asidero seguro que pudiera evitar que cayera a su muerte. Se deslizó, la tierra que se desmoronaba y las rocas golpearon sus manos y le rompieron las uñas mientras luchaba con la tierra buscando algo a lo que agarrarse. Fue una rama de árbol que surgía de las rocas escarpadas lo que evitó su caída. La golpeó direcamente en el estómago, extrayéndole el aire de los pulmones. Aún así, se aferró a ella con ambas manos, agarrándose con todas sus fuerzas mientras jadeaba y luchaba en busca de aire.

Incluso su peso liguero hacía que la raiz se balanceara precariamente, tanto que gritó y enredó los brazos alrededor de ella, con las piernas pataleando inútilmente en el aire. Sobre ella, oyó una ráfaga de viendo, alas batiendo con fuerza mientras el enorme pájaro se acercaba a ella, dirigiéndose directamente a su cara. Tempest enterró los ojos en el hueco del brazo y permaneció tan inmóvil como fue capaz, aterrorizada de estar cerca del nido del enorme pájaro. Nunca había visto un águila, pero el pájaro era demasido grande para ser nada más. Los ojos eran negros y claros, el pico curvado y con aspecto malvado. La envergadura de las alas tenía que ser casi de seis pies. Tempest estaba segura de que debía hacer caído cerca de su nido.

- Lo siento, lo siento. - Repitió como una letanía.

El pájaro se había alzado el vuelo y una vez más daba vueltas, bajando mientras lo hacía. Tempest hechó una cautelosa mirada alrededor. La caía era pronunciada y larga, de varios cientos de pies. Nunca sobreviviría. Alzó la mirada, tratando de decidir si tenía o no una oportunidad de escalar. De un momento a otro esperaba ver a Brodrick inclinado sobre el borde y intentando dispararle otra vez.

Sobre ella, el acantilado era demasiado pronunciado, y no podía ver una sola cornisa para intentar colocar la punta de los dedos. ¿Cúanto podría aguantar? Darius vendría a por

ella, pero no hasta la caída de la noche. ¿Cuántas horas podía aguantar suspendida allí? ¿Y aguantaría la frágil raíz? Podía ver la tierra desprendiéndose en la base, y la madera misma estaba podrida y seca. Sus brazos sujetaron la delgada raíz en una garra mortal.

Tempest. El pájaro dará otra paso hacia ti. Cuando se aproxime, suelta la raíz.

Como siempre, Darius sonaba tranquilo; podrían haber estado discutiendo del tiempo.

Si la suelto, caeré, Darius. Hizo lo que pudo por no sonar histérica, pero si había habido un momento en su vida en el que el pánico hubiera estado garantizado, se figuraba que era este.

Confía en mi, cielo, no permitiré que mueras. El pájaro te llevará a la seguridad.

No es lo suficientemente fuerte. Peso unas cien libras.

Yo ayudaré. Haz lo que digo, Tempest. Lánzate ahora.

Sintió más que la mezmerizante e hipnótica persuación de su voz; estaba empujándola mentalmente. Sentía la necesidad, la compulsión de obedecerle. Era implacable en su resolución. Nadie desafiaba a DArius.

Tempest oyó el largo e inteligente chillido mientras el ave de rapiña caía en picado hacia ella. Podía sentir su corazón golpeando con alarmante fuerza contra su pecho. Aunque sonaba peligroso, estaba haciendo lo que Darius había ordenado. No podía detenerse a sí misma. En realidad la necesida de obeder estaba por encima de ella, soltó su garra mortal sobre la raiz que nunca podría haber soltado si Darius no le hubiera ordenado que lo hiciera.

El pájaro corrió hacia ella, con las garrase extendidos. Con un grito inarticulado, Tempest saltó. Instantáneamente estaba cayendo a través del espacio. El ave era una visión aterradora que venía hacia ella, sus plumas se movían con las ráfagas de aire mientras descendía, a una velocidad increíble. En el último momento Tempest cerró los ojos. Las garras afiladas la cogieron en miedo del aire, enterrándose a través de la ropa en la suave piel, pinchando dolorosamente. Entonces descendieron juntos, las enormes alas del pájaro aleteaban con fuerza para mantenerlos en alto, para compensar el peso extra de su carga. Los zapatos le colgaban del cuello y casi la ahogaron, tuvo que supetarlos para evitar ser estrangulada por los cordones

El dolor quemaba a través de ella, su cuepo, las costillas ardían. Gotas de sangre se deslizaban hacia abajo por el costado hacia las caderas. El águila la aferraba con fuerza con las garras mientras luchaba por ponerla a salvo. Fue incapaz, ni siquiera con la ayuda de Darius, de elevarla sobre el acantilado, así que se abrió paso hacia la cima más cercana, tirándola sobre el suelo. Pero sus garras estaban atrapadas en sus costillas, y sus alas aletearon con fuerza en un esfuerzo de liberarlas. Tempest intentó ayudar, extrayendo las afiladas garras que desgarraban sus músculos. Después se desmayó en un ovillo sobre una pila de agujas de pino, tierra y rocas mientras el enorme pájaro se elevaba alto y volaba lejos.

Tempest se presionó la mano contra el costado, y la palma se empapó de sangre. Tosió varias veces para aliviar la presión de su garganta. Aún así, no había dudas en su mente de que este era mejor destino que que le disparaban o caer para morir sobre las rocas de abajo. Luchó por sentarse e intentó evaluar el daño hecho a su cuerpo y donce podía estar. A pesar de lo que había dicho a Darius, tenía un terrible sentido de la dirección.

Lo sé. Quédate donde estás.

Tempest parpadeó, insegura de si realmente había oído su voz y simplemente deseaba oirla. Estaba tan lejos de ella. Intentó levantarse, concentrándose en el sonido del agua. ¿Dónde estaba Matt Brodrick? Tan débil como estaba, no podía afrontar tener que huir de él, pero necesitaba llegar hasta el agua.

Espérame, Tempest. La voz fue fuerte esta vez, una orden, si es que alguna vez había oído alguna.

Suponía que tenía derecho a sonar imperioso cuando siempre tenía que salvarla, pero la irritaba de todas formas. Tempest se tambaleó hacia la corriente, ignorando sus músculos doloridos, el sonido del pájaro que acudió a la llamada de Darius, y el temor de que Brodrick

pudiera caer sobre ella en cualquier momento. La única cosa que le importaba era alcanzar el agua.

El arroyo estaba helado, y yació en él, totalmente estirada, deseando que el agua aliviara los cortes ardientes de su piel, que la embotara lo suficiente como para que pudiera pensar de nuevo. Levantó la mirada hacia el cielo azul y sólo vio al pájaro agitada. Se sentó enderezándose lentamente y se empujó hacia lo orilla. El viento combinado con el agua helado empezó a inundala, y empezó a temblar.

Deberías haber permanecido dentro del perímetro que coloqué para ti, dijo Darius tranquilamente, sólo con el más liguero borde en su voz.

Cierra la boca con tus estúpidos perímetros, soltó ella. Aunque pensó que lo esperaba, no podía soportar ser aleccionada sobre algún reportero idiota que pensaba que estaba sobre un nido de vampiros. Al infierno con eso.

- ¿Qué estás diciendo? - Se preguntó a sí misma en voz alta.

- Hay un nido de vampiros. O quizás lo llamaríamos un aquelarre de Cárpatos. No, los aquelarres son de brujas. Pero sea lo que sea, no es culpa mía que algún pirado quiera disparar a todo el mundo.

Su cuello y costado palpitaban. Al igual que las plantas de sus pies. Se examinó una, hizo una mueca, y los puso otra vez en el agua.

No hay nada seguro a tu alrededor, Darius. Las cosas simplemente ocurren. Cosas raras.

Es muy seguro estar a mi alrededor, pero no conoces tus límites, y pareces tener problemas para atender a razones. Si te hubieras quedado donde se suponía que deberías estar, nada de este habría ocurrido.

- Oh, vete al diablo. - Murmuró en voz alta, seguro que posiblemente no podía oirla. ¿Tenía que ser tan condenadamente superior todo el tiempo? Le dolía todo; la última cosa que quería hacer era escuchar a un hombre irritante. No es que no le agradeciera su ayuda. Podía decir por su voz, por el hecho de que estaba demasiado lejos, que su intervención había sido complicada. Aún así, eso no le daba derecho a castigarla, ¿verdad?

Tengo derecho porque me perteneces y no puedo hacer otra cosa que cuidar de tu seguridad y felicidad. La voz fue tranquila y muy masculina, manteniendo una oscura promesa en la que no quería pensar.

- No puedes hacer otra cosa que cerrar la boca. -Murmuró resentida. Apretando los dientes por el dolor, se sacó los zapatos de alrededor del cuello. No quería que Matt Brodrick irrumpiera en el campamento y disparara a Desari o Darius desde algún arbusto.

No puedo, dijo Darius tranquilizador. Esta vez había un golpe de risa en la voz ante su rebelión.

Ve a dormir o lo que sea que hagas, le soltó ella. Me aseguraré de que nadie pueda hacerte daño.

Añadió lo último entre dientes.

Inmediatamente recibió la impresión de dientes relucientes, esa sonrisa depredadora, sus ojos negros ardían con la promesa de represalias. Tempest empujó su mente lejos de la de él, en su mayor parte porque la podía intimidar incluso desde la distancia, lo que no era justo. Haciendo muecas, se puso los zapatos sobras las húmedas y dañadas plantas de los pies y se puso en pie cautelosamente.

Se tambaleó, cada músculo retorcido y pinchado protestando, por soportar su propio peso. Con un suspiro, siguió el arroyo, esperando encontrar el camino de vuelta al campamento. No fue fácil, el terreno era difícil en algunos lugares mientras ascendía firmemente por el lecho del arroyo. Dos veces se sentó a descansar, pero finalmente alcanzó los árboles donde había divisado por primera vez a Brodrick.

Tempest miró alrededor cautelosamente, ciertamente estaba en el punto correcto, pero el hombre no estaba a la vista. Una pluma negra cayó flotando desde el cielo, con un lento remolino de brisa lo que dirigió su atención al cielo. Varios pájaros enormes volaban en

círculos sobre los árboles, reuníendose incluso más mientras observaba. Su corazón casi se detuvo. Buitres.

Se sentó bruscamente sobre una roca, su corazón latía ruidosamente. ¿Darius? Incluso en su propia mente, su voz tembló, vaciló, sonando desamparada y perdida.

Aquí estoy, cielo. Él sonaba fuerte y reconfortante.

¿Está muerto? No quiero encontrar su cuerpo. Le has matado, ¿verdad? Estaba suplicándole, esperando que no lo hubiera hecho, pero súbitamente se le ocurrió porque le había asegurado que Brodrick no les habría daño y por qué, antes, no había necesidad de acudir a la policia e informar sobre el ataque de Harry. Por qué había sugerido que ninguno de sus asaltantes molestaría a nadie de nuevo. ¿Lo había sabido siempre? ¿Simplemente había fingido frente a sí misma que Darius siempre era dulce y amable, aunque un poco demasiado imperioso? Había sabido todo el tiempo que era un depredador peligroso, había contado mucho de sí mismo. Y cuando dijo que ella estaba bajo su protección, lo decía en serio. Darius no era humano. Tenía su propio código y vivía de acuerdo a él. ¿Le has matado, Darius?

Hubo un corto silencio. Murió por su propia mano, Tempest, replicó finalmente.

Se cubrió la cara con las manos. ¿Podía haberlo obligado Darius de algún modo a hacer tal cosa? No lo sabía. ¿Cómo de poderoso era? Podía cambiar de forma. Convencer a un ave de presa de que la rescatara de un acantilado. ¿Qué más podía hacer? ¿Y quería saberlo? Eres muy peligroso, ¿verdad?

No para ti, cielo. Nunca para ti. Ahora ve al campamento, y permiteme descansar.

Pero su cuerpo. Alguien tiene que llamar a la policia. Tenemos que llevar su cuerpo a las autoridades.

No podemos, Tempest. Es miembro de una sociedad de asesinos. Los así llamados cazadores de vampiros acudirían a la primera palabra sobre su muerte prematura, y todos estarémos en peligro. Déjale para que algún excursionista le encuentre más tarde, una vez nos hayamos ido. Ha estado inestable últimamente, y decretarán suicidio, como debe ser.

¿Lo hizo él mismo? Buscaba tranquilidad.

Cualquiera que venga tras de mi o lo que es mío es un suicida, respondió enigmáticamente.

No iba a tocar ese tema. ¿Y el otro hombre que me atacó? ¿Está vivo?

¿Por qué piensas que un hombre semejante debería vivir, Tempest? Hacía presa de las mujeres. Lo había hecho durante años. ¿Para qué necesita el mundo a tal persona?

Oh, Dios, no podía pensar en esto. ¿Por qué no había considerado las consecuencias de permanecer con una criatura como Darius? Está mal matar.

Es la ley de la naturaleza. Nunca he matado injustificada o indiscriminadamente. Esto es agotador, Tempest. No puedo sostener esta comunicación mucho más. Vuelve al campamenteo, y continuaremos esta discusión cuando me levante.

Reconocía una orden cuando la oía.

8

Tempest se había ido. Bajo la tierra, los ojos negros se abrieron de golpe, ardientes de furia. La tierra se movió ligeramente, un amenazador ondeo a través de la superficie del parque. Entonces Darius se levantó, explotando en medio del aire, la tierra vomitó como un geiser a su alrededor. Sintió el curioso y desorientado tirón, después la abrumadora pérdida de sentido, la mancha negra extendiéndose a través de su alma.

Su aliento llegaba en dolorosas y difíciles bocanadas. Llamas rojas titilaban y danzaban en sus ojos. Había un latido en sus sienes, un lo más profundo de su interior, la bestia rugía y rabiaba, exigiendo ser desatada.

Darius intentó recobrar una apariencia de autocontrol. Tempest no entendía su mundo, le necesidad de matar. En el mundo al que pertenecía ella, se apegaba a la creencia de que aquel que mataba era malo. Luchó con su propia dura arrogancia, se había atrevida a desafiarle, se había atrevido a dejarle. Pero sobre todo luchó con la bestia interior, fuerte ahora y exigiendo que reclamara aquello a lo que tenía derecho.

Levantaos. Todos, levantaos y venid a mí ahora. Impartió la orden a su familia, sabíendo que obedecerían.

Se reunieron a su alrededor, con caras serias. Sólo unas pocas veces la lo largo de los siglos les había llamado Darius de esta forma. La furia de Darius había tallado líneas duras en su cara. Habúa un borde cruel en la belleza de su boca.

- La traeremos de vuelta. Antes que nada, regresará.

Desari miró ansiosa a su compañero.

- Quizás no deberíamos, Darius. Si Rusti ha huido por segunda vez, es que no desea quedarse con nosotros. No podemos obligarla. Va contra nuestras leyes.

- Siento su desolación golpeándome. - Declaró Darius, su furia se acumulaba. Era más peligroso en ese momento de lo que había sido nunca antes. - Me teme, teme nuestra vida juntos. Es consciente de lo que somos.

Hubo un jadeo colectivo. Los miembros de su familia se miraron fijamente los unos a los otros. Barack rompió el asombrado silencio.

- Cierto, hay cosas poco normales en ella, pero no puedo ser que lo sepa todo, Darius.

Darius los evaluó impacientemente.

- Lo ha sabido desde el primer día. No es una amenaza para nosotros.

- Cualquier humano que no pueda ser controlado es una amenaza para nosotros. - Dijo Barack cautelosamente. Se movió sutilmente para colocar su cuerpo delante de Syndil.

- Rusti no es una amenaza. - Castigó Syndil suavemente. - Estaba bastante ansioso por utilizarla para alimentarte, apesar del hecho de que viajaba bajo nuestra protección.

- Aaahhh, Syndil, no empieces de nuevo. - Suplicó Barack. - Simplemente empieza a hablarme de nuevo. No te exaltes otra vez.

Darius ondeó una mano impacientemente, descartando la discursión.

- No puedo sobrevivir sin ella. Debe ser encontrada. Sin ella estoy perdido, me convertiré en el no-muerto. Ella esto lo que importa en mi mundo, y debemos recuperarla.

- No. - Jadeó Desari, incapaz de creer que su hermano pudiera estar tan cerca de convertirse.

Fue Julian quien se encogió de hombros casualmente.

- Entonces no podemos hacer otra cosa que devolverla a nuestra familia. Es joven, Darius, y humana. Es natural que tema lo que somos, que tema tu fuerza y poder. No eres un hombre fácil de llevar. Necesitas paciencia.

Los ardientes ojos negros se establecieron sobre la cara de Julian durante un momento; entonces algo de la tensión se alivió de los hombros de Darius.

- Está herida y sola. No entiende que necesita fundir su mente con la mía. Lucha continuamente consigo misma. Estoy preocupado por su salud. - Darius suspiró suavemente. - Y parece ser un imán para los problemas siempre que la dejo a su aire.

- Eso, me temo, es cosa de muejres. - Declaró Julian con una sonrisa sardónica.

Desari aporreó el pecho de Julian.

- ¿Dónde está, Darius?

Tempest acurrucada en el asiento de la ventanilla, escudriñaba con ojos ciegos hacia el paisaje campestre que pasaba rápidamente. Había tenido la suerte de parar un autobús , esta vez pudo abrirse paso hasta la carretera principal, aún más afortunada de que el conductor le hubiera permitido subir a bordo. Pero cuando más la alejaba el autobús de Darius, más pesado se volvía su corazón. Ahora era como un peso plomizo en su pecho. La pena presionaba sobre ella. Pesar. Como si por haberle dejado, Darius hubiera muerto. Intelectualmente sabía que no era así, pero en su resolución de partir, se había obligado firmemente a permanecer lejos del vínculo con la mente de él. Y eso la dejaba más sola y solitaria.

Podía oir pequeños retazos de conversación flotando a su alrededor. Un hombre, dos filas atrás, roncaba ruidosamente. Varios jóvenes reían juntos, intercambiando historias de viajes. Al menos había cuatro soldados en el autobús, volviendo a sus casas de permiso. Todo parecía flotar a su alrededor como si no estuviera allí, como si *ella* ya no estuviera viva.

Tempest sabía que la sangre rezumaba de las heridas de su torso y más que probablemente de los arañazos de su espalda. Alguien iba a notarlo si no se detenía pronto. Trató de inventar una historia creible , pero no podía mantener su mente en cualquier cosa que no fuera Darius. Le llevó cada esfuerzo, cada pedazo de concentración y control no llamarle, no extenderse hacia él cuando le necesitaba tan desesperadamente. Sus zapatos estaba empapados con su propia sangre. Si alguien la miraba realmente, probablemente la entregarían a las autoridades. Se acurrucó todavía más en el asiento. Sólo deseaba desaparecer, hacerse invisible. Incluso sus ropas estaba húmedas por su zambullida en el arroyo. No había vuelto al campamento, así que no tenía dinero, ni herramientos, ni plan. Más que nada deseaba sentir a Darius a su lado.

Las millas que se acumulaban entre ella y Darius aumentaban más y más la tensión. Podía sentir las lágrimas ardiendo tras sus ojos. Se estaba haciendo difícil respirar. Incluso su piel estaba sensible, necesitando sentir la de él. Tempest cerró los ojos firmemente contra el latido de su corazón, la constante tensión de evitar que su mente se extendiera hacia la de él.

- Parece que estamos adentrandonos en una extraña tormenta. - Anunció el conductor, escudriñando a través del parabrisas hacia el cielo.

El tiempo ciertamente cambiaba rápidamente. Levantándose directamente ante ellos estaba una enorma nube con la forma de un oscuro y anticuado yunque de herrero. Casi instantáneamente el autobús golpeó una cortina de lluvia, tan espesa y fuerte, que era casi imposible ver. Maldiciendo, el conductor redujo la velocidad significativamente. La lluvia se volvió en una amenaza blanca. El conductor se agachó instintívamente cuando el granizo golpeó el techo y el parabrisas. El sonido era alarmante, como el estallido de una ametralladora.

El granizo pronto redujo la visibilidad del conductor a cero, y frenó incluso más, intentando alcanzar el costado de la carretera. La única advertencia que tuvieron los pasajeros fue que el pelo de sus nucas se puso de punta antes de que el estallido del relámpago golpeara

directamente delante del autobús. El trueno estalló sacudiendo el gigantesco autobús, haciendo temblar las ventanillas. Hubo un silencio de quizás diez segundo, después varias chicas gritaron y un niño empezó a llorar. Tan súbitamente como había comenzado, el granizo se detuvo.

El conductor atisbó fuera, intentando ver donde aparcaba el autobús, esperando no salirse de la carretera. Un relámpago se arqueó de nube en nube, y el trueno estalló de nuevo. Mirando fijamente hacia afuera por el parabrisas, se encontró agachándose mientras un enorme buho volaba directamente saliendo de la cortina de lluvia.

- ¿Qué demonios? - Exigió, incluso cuando la criatura viró en el último momento posible. Pensando que era seguro, el conductor se inclinó hacia adelante para comprobar la visibilidad. Instantáneamente un segundo pájaro, después un tercero, volaron directamente hacia el parabrisas. Los pájaros eran enormes y parecían malcarados. Chilló y su cubrió la cara con los brazos.

Hubo otro extraño silencio, roto sólo por la lluvia. Entonces el conductor se encontró extendiendo la mano para abrir la puerta. Juraría que vio un destello de un enorme gato de la jungla en medio de la lluvia, un sorprendente terror hacía ya latir su corazón pero aún así su mano continuaba abriendo la puerta. No podía detenerse a sí misma, no importaba lo mucho que lo intentara. Su mano temblaba cuando agarró la manilla. Fuera podía oir el aleteo, fuerte y amenazador. Podía oir susurros, susurros insidiosos, urgiéndole a abrir la puerta. Aunque sentía que cuando lo hiciera, estaría dejando entrar al diablo en persona.

La sólida forma de un hombre llenaba la entrada. Era alto, musculoso, su cara estaba entre las sombras. Por mucho que lo intentaba, el conductor no podía ver sus rasgos. Sólo tuvo la impresión de enorme fuerza y gran poder. El oscuro extraño vestía un largo abrigo negro que se arremolinaba a su alrededor y se añadía a su misterio. Sólo sus ojos, ardiendo con fuego y rabia reprimida, brillaban con la mirada de un depredador desde la cara ensombrecida. El hombre ignoró al conductor y volvió su negra e implacable mirada a los pasajeros.

Esta vez el silencio fue completo. El viento y la lluvia cesaron, como si la naturaleza misma estuviera conteniendo el aliento. Tempest espió a la imponente figura a través de los dedos. Apesar de su elegancia del Viejo Mundo, daba todo la impresión de ser un ganster de hoy en día. Nadie en el autobús se atrevería a desafiar a esa impresionante figura que rezumaba poder. Se acurrucó, intentando convertirse en una pequeña bola, incluso aunque su traicionero corazón se regocijaba y su cuerpo traidor instantánemanete ardió en llamas ante la visión de él. Era tan increíblemente sexy. Tempest deseó no pensarlo, pero ahí estaba. Los ardientes ojos negros se fijaron infaliblemente sobre su cara.

- Podemos hacer esto de cualquiera de las dos formas, cielo. Puedes salir, tranquilamente, por tu propio pie, o puedo llevarte, gritando y pataleando, sobre mi hombro y sacarte fuera. - Su voz fue baja, un ronroneo amenazador, una mezcla de hierro y negro terciopelo. Hechicero. Oscura persuasión.

Todas las cabezas del autobús se volvieron hacia ella. Todos los ojos estaban sobre ella, todos los oídos esperando su respuesta. Tempest se sentó durante un momento en silencio antes de moverse. Quería fingir que podía resistirse a él, pero la verdad era, que deseaba estar con él. Sólo estaba reuniendo fuerzas.

Levantándose con un suspiro exagerado, sólo para demostrarse que la molestaba, se abrió paso por el estrecho pasillo hasta la parte delantera del autobús, intentando no hacer muecas a cada paso cuando los cortes de las plantas de sus pies ardían.

Cuando Tempest se acercó al conductor, el hombre se agitó. Parecía muy pequeña y frágil para él, con las ropas rasgadas y embarradas con sangre.

- ¿Está seguro de que estará bien, señorita? - Cuidadosamente evitó mirar al hombre que se elevaba junto a ella.

Los ojos negros súbitamente abandonaron la cara de Tempest y taladraron la del conductor. Ojos fríos como el hielo, de ultratumba. Tempest empujó el amplio pecho de Darius, echándole hacia atrás, lejos del conductor.

- Estaré bien. - Aseguró al hombre. - Gracias por preguntar.

Darius la arrastró bajo la protección de su hombro, su brazo rodeó la esbelta cintura. Parecía como si fuera a caerse si le permitío mantenerse por su propio pie demasiado tiempo.

El conductor los observó descender los dos escalones. Tras ellos las puertas se cerraron de golpe. Una cortina de lluvia cayó del cielo, oscureciendo su visión. Parpadeando con fuerza, atisbó por el parabrisas, pero no pudo ver a nadie. El misterioso ganster y la mujer se habían ido como si nunca hubieran estado allí. No había nada parecido a un coche por allí.

Sin una palabra, Darius recogió a Tempest en sus brazos y cubrió la distancia hasta su familia que esperaba, usando su velocidad preternatural, emborronando sus imágenes mientras lo hacía.

Tempest recostada contra la sólida pared del pecho de él, acunada entre sus brazos, escudrió hacia el grupo que súbitamente se apiñaba a su alrededor.

- ¿Estás bien? - Preguntó Desari amablemente.

- Está bien. - Respondió Darius antes de que Tempest pudiera hablar. - Nos reuniremos con vosotros en el próximo alzamiento.

- No tenemos muchos días más antes de nuestro próximo concierto. - Recordó Dayan. - Te necesitaremos allí.

Los ojos negros llamearon.

- ¿Alguna vez he dejado de estar allí cuando se me necesitaba? - Era una clara reprimenda.

Tempest apretó los dedos alrededor de las solapas del abrigo de Darius.

- Estás enfadado conmigo, Darius, no con ellos. - Susurró las palabras, olvidando que todos ellos tenían la misma increíble audición.

No dijas nada más, Tempest. Estoy más que enfadado contigo. Estoy furioso.

- Menuda sorpresa. - Masculló Tempest resentida por lo bajo.

No estás ni de cerca tan asustada como deberías estar justo ahora, la reprendió Darius, con voz suave aunque intimidante.

Tempest no estaba impresionada por su postura. Intuitivamente sabía que nunca le haría daño. Probablemente era en realidad la persona más segura sobre la tierra. Simplemente se colocó más cerca de él, rodeándole el cuello con los brazos confiadamente. Podía mantenerla cautiva, pero no podía arreglarselas para tenerle miedo. No a él. Quizás a su posesión sobre ella. De sus intenciones, quizás. Pero no de Darius como hombre. Él nunca le haría daño.

No estés tan segura, podría no tolerar tu desafío infatil, dijo severamente, sonando rudo. Se dio media vuelta y la llevó al interior de la oscura noche.

- Me he hecho daño. - Anunció ella tranquilamente contra su garganta.

- ¿Crees que no siento tu dolor golpeándome? - Exigió él. - ¿Empeorado por no poder ayudarte como debería?

- No estoy muerta. - Apuntó ella.

El maldijo elocuentemente, alternando el inglés con un idioma antiguo.

- Has estado cerca, cielo. Brodrick tenía intención de matarte. ¿Por qué insistes en dejar las áreas seguras que preparo para ti?

- Te lo dije. - Dijo honestamene. - Tengo problemas con las figuras de autoridad.

- Supéralo. - Ordenó Darius firmemente, en serio esta vez. Estaba conduciéndolo al borde de la locura. - ¿Tienes alguna idea de lo que es despertarte cuando estoy confinado en la tierra, lleno de tu miedo, sabiendo que mi fuerza está en su punto más bajo y soy incapaz de ayudarte?

Caminaba a zancadas por un campo lleno de flores aplastadas por la andanada de granizo. La lluvia los empapaba. Sobre sus cabezas, los relámpagos brillaban de nube en nube, y el trueno rugía amenazadoramente.

- Viniste en mi ayuda. - Le recordó ella fealmente.

- Tuve que usar a un animal que sin querer te hizo daño en el proceso, aunque agradezco a Dios que estuviera allí para utilizarlo. ¿Por qué haces esas cosas?

- No es como si fuera y me lo buscara, Darius. - Objetó ella. - No tenía ni idea de que Brodrick estuviera por los alrededores. - Alzó la mirada hasta los rasgos de él, después tocó con la punta de un dedo la dura línea de su perfecta boca en un intento de apaciguarle. Estaba captando un vistazo de la mente de él, en el interior de la niebla roja de miedo y rabia.

- Esto no puede continuar, Tempest. Es peligroso, no sólo para nosotros dos sino para todos los mortales e inmortales por igual. No puedes dejarme. ¿Qué te hizo hacer semejante estupidez?

¿Había una nota de dolor mezclada con la belleza del severo tono de su voz? No había querido hacerle daño.

- Somos demasiado diferentes, Darius. No entiendo tu mundo. Ni siquiera sé que quieres decir con estar confiando en la tierra, ¡y nunca me explicaste ese asunto! No sé todo lo que eres capaz de hacer o no, es decir, puedes matar en realidad a alguien a distancia. Todo es tan... enervante, por decirlo suavemente.

Tempest temblaba entre sus brazos, atrayendo su atención hacia la lluvia. Darius inhaló profundamente para centrarse y calmar la furia de la tormenta que había utilizado para retrasarla. Al momento la lluvia se redujo a una liguera llovizna. En lo alto las nubes empezaron a apartarse. El viento se elevó para ayudar a empujar lejos la neblina.

- Estás herida, Tempest. En vez de esperar por mi... y sabía que iría a por ti en el instante en que me alzara... huiste de mi. - Dio un salto en el aire sin esfuerzo, cambiando de forma mientras lo hacía.

Tempest jadeó y se aferró a su cuerpo. Cerró los ojos contra la tierra que se alejaba de ella, contra el viento que soplaba a su alrededor. Se sentía a salvo y protegida entre sus brazos, por extraños que esos dos apéndices parecieran ahora. Era asombroso que pudiera cambiar de forma, volar a través del aire, y esperara que ello lo aceptara como cosa de todos los días.

Darius los llevó a prisa a través del cielo estrellado, necesitando sentirla cerca de él. La llevó sobre una montaña y de vuelta a un terreno elevado cerca de una cascada. Parecía como si sobrevolaran solos el techo del mundo. Abajo, la niebla se elevó para encontrarlos, los vapores de la cascada se elevabaron para abarcarlos, para rodearlos en una nube.

Cuando las enormes garras del dragon tocaron tierra, Darius cambió de forma de nuevo. En un momento Tempest estaba mirando fijamente la cabeza cuneiforme inclinada hacia ella, reconociendo sólo el hambre familiar que ardía en esos ojos negros. Entonces, mientras la cabeza se acercaba, el dragón se convirtió en Darius, su perfecta boca revoloteando a pulgadas de la suya. Se le atascó la respiración en la gargante, y su corazón golpeó alarmado.

- No puedes. - Respiró contra sus labios.

- Tengo que hacerlo. - Contrarrestó él, diciéndolo en serio. No había otra elección para él. Tenía que saborearla, poseerla completamente. Había temido tanto esto, en su excitación, su mente y su cuerpo no podían aceptar otra cosa más que la culminación del ritual, hacerla irrevocablmente suya. Ya no le importaba que fuera contra su ley, contra todo aquello en lo que creía. Tenía que tener el derecho de mantenerla a salvo siempre.

Sus labios se movieron sobre los de ella, gentilmente al principio, una dulce persuación que rápidamente cambió mientras apresuraba su boca sobre la de ella ávidamente.

Tempest sintió las llamas apresurándose a través de su cuerpo. Él había empezado un fuego que no había forma de extinguir. Un fuego que los consumiría a mabos. Aunque a Tempest no le importaba. Su corazón podía latir con una mezcla de miedo y excitación, pero nada combiaría lo que sería. Y sabía lo que sería. Pertenecería a Darius para siempre. Una vez la poseyera, nunca la dejaría marchar.

- Nunca te dejaría marchar de cualquier modo, cielo. - Murmuró él contra su garganta. - Nunca.

La estaba llevando con su casual fuerza por el débil camino que conducía a lo alto de la cascada

- ¿Estás planeando tirarme desde allá arriba? - Preguntó ella, divertida por la intensidad de las profundidades de sus ojos, por el fuego que corría a través de sus cuerpos.

- Si tuviera algo de sentido común, lo haría. - Replicó él gruñón.

Había una cueva bajo la cascada, y le llevó justo entre la niebla y la humedad. La cueva era estrecha, inclinándose hacia abajo hacia el interior de su propia montaña.

- ¿Te he mencionado que tengo un problema con los espacios pequeños? - Preguntó ella, intentando no estrangularle el cuello.

- ¿Te he mencionado que tengo un problema con la gente que me desobedece? - Contratacó él, deteniéndose en el túnel para encontrar su boca de nuevo.

Quizás pretendió que el duro beso fuera un castigo, o una distracción, pero la tierra se estaba moviendo realmente bajo sus pies, el mundo se tambaló y dio vueltas enloquecidamente en el momento en que tocó sus labios. El deseo fue un anhelo que alimentaban mutuamente. Cuando levantó la cabeza, sus ojos oscuros llameaban hacia ella.

- Si no te tengo pronto, pequeña, el propio mundo arderá en llamas.

- No es culpa mía. - Tempest se absolvió a sí misma, tocándose la boca con un dedo con temor. - Eres tú. Eres letal, Darius.

Él se encontró sonriendo entonces. A pesar de la urgencia, de las dolorosas demandas de su cuerpo y el temor que ella le había contagiado, incluso de su furia porque hubiera intentado dejarla, podía hacerle sonreir. Podía fundir su corazón. Aquí estaba él, el lider de su gente, un antiguo, uno de enorme fuerza y tremendo conocimiento, su palabra era ley, sus órdenes se obedecían sin cuestión. Ella era una pequeña y frágil mujer humana, y él era masilla en sus manos.

El túnel conducía a los profundas entrañas de la misma tierra. Era cálido y húmedo, el sonido del agua siempre presente. Rezumaba en los laterales del tunel y goteaba del techo curvado sobre sus cabezas. Tempest inspeccionó lo que la rodeaba cautelosamente, no le gustaba el hecho de estar en una cadena de montañas volcánicas y que estaban decididamente en activo.

- ¿Has estado aquí antes?

Él oyó la nota de nerviosismo en su voz.

- Por supuesto, muchas veces. Pasamos gran cantidad de tiempo bajo tierra. La tierra nos habla de sus lugares secretos y comparte su fuerza sanadora y gran belleza con nosotros.

- ¿Se le ha ocurrido mencionar que esto era un volcán mientras te susurraba? - Preguntó ella, sus ojos verdes recorrían el túnel frenéticamente buscando signos de lava. Podía oler el sulfuro.

- Tienes una gran bocaza mujer, mujer. - Observó Darius, tomando a la derecha en la bifurcación que conducía a lo más profundo de la montaña.

En seguida la débil luz que llegaba de la entrada de la caverna desapareció, dejándoles en completa oscuridad.

- Pensaba que te gustaba mi boca. - Replicó Tempest, haciendo todo lo posible para no gritar histéricamente por estar en este oscuro y sulfúrico agujero bajo tierra. - En caso de que no lo hayas notado, Darius, da la sensación de que estemos entrando en el infierno. Aunque ya tengo la ligera impresión de que tú podrías ser el demonio tentándome, este no está en la mejor selección de hoteles. - La humedad era espesa, casi la ahogaba, y se sentía como si no pudiera respirar. El negro profundo del interior la aplastaba, sofocándola.

- Es tu temor el que te ahoga. - Dijo suavemente. - El aire es perfectamente respirable aquí abajo. La montaña no te aplastará. Tu temor a lo que haré una vez que estemos juntos. - Su pulgar rozó ligueramente el pulso de la muñeca de ella, delante y atrás, una gentil caricia tierna pero elocuente.

Los ojos verdes eran enormes en su pálida cara.

- ¿Qué *harás*, Darius? - Su corazón estaba latiendo en el confinado espacio, a un ritmo frenético.

Inclinó la cabeza hacia ella, sus ojos negros ardieron con posesión, con un hambre intenso, con un deseo agudo.

- Pondré tu vida y tu felicidad sobre la mía propia. No tienes necesidad de temer tu vida conmigo. - Su voz era negro terciopelo, haciendo que le diera un vuelco el corazón con su ternura.

Tempest apretó su agarre alrededor del cuello de él, apoyándose más cerca de él, insegura de si por la necesidad o el miedo. Estaba atándose a una criatura cuyos poderes no conocía realmente. ¿De acuerdo con qué código vivía?

La respuesta de Darius fue deslizarse hacia abajo por un estrecho túnel y emerger hacia lo que parecía ser un sólido callejón sin salida. Ella sabía que era sólido porque extendió la mano y lo tocó con la palma de la mano. Pero Darius ondeó su mano, y la barrera simplemente se apartó. Un simple sonido estrangulado escapó de la garganta de Tempest. ¿Había algo que no puediera hacer? ¿Cómo podía atarse a una criatura que esgrimía tal poder?

- Es fácil, Tempest. - Dijo suavemente, leyendo su mente, sus dudas. - Así, simplemente así. - Su boca tomó la de ella, dura y exigente, tentando y incitando, llevándola dando vueltas y vueltas fuera de la oscura caverna hasta un mundo de colores y luz. Le robó la propia cordura antes que sólo estuvo él. Solo Darius, con sus ojos resplandecientes y su perfecta boca y voz hipnotizadora. Su cuerpo firme y fuertes brazos. Levantó la cabeza y una vez más ondeó una mano. Al momento saltaron cientos de llamas, encendiendo velas alrededor de la enorme cámara subterránea.

- En estos últimos siglos, todos hemos encontrado nuestros propios retiros. Este es el mío. Las velas están hecho de su mayor parte de elementos sanadores de la naturaleza. Aquí la tierra es particularmente acogedora para nuestra raza.

Tempest miró alrededor a la belleza de la cámara. Y era hermosa, una habitación donde cada pared era una elaborado obra de arte natural. Charcos de agua brillaban a la luz de las velas. Colgaban cristales del techo, y los diamantes incrustados en las paredes relucían, reflejando las llamas danzantes.

Tempest empezó a luchar en busca de aire. Darius era demasiado poderoso, capaz de crear y dominar fuerzas de las que ella no tenía ningún conocimiento. El terror tomó el lugar de la oscura sensualidad.

Darius simplemente apretó su abrazo y le dio una pequeña y gentil sacudida.

- Todavía no lo ves, ¿verdad? Intenta imaginar la vida sin ningún sentimiento, Tempest. Nada más que la cruda y horrible hambre royéndote constantemente. Un hambre que nunca puede ser saciada. Sólo la vida en la sangre de tu presa murmurándote sobre el poder. Ningún color brilla en tu vida, todo es en negro, blanco o sombras de gris. Ni texturas o riquezas. - Sus largos dedos le acariciaron la piel, ligueros sobre la satinada suavidad. - No he pedido nada en esta vida para mí mismo. Tú eres la luz de mi mundo de oscuridad. Riqueza cuando no tenía nada. Alegría donde hubo vacío. Y no te dejaré porque no puedas sobreponerte a tu miedo. ¿Habríamos acabado juntos por primera vez en medio de una lucha, de la violenta? Confía en mi como tu corazón te dice que debes hacer.

Entre sus brazos el esbelto cuerpo temblaba incontrolablemente.

Ella enterró la cara en el hueco de su hombro.

- Lo siento soy tan cobarde, Darius. No quiero serlo. Todo es tan sobrecogedor. La intensidad de tus sentimientos es sobrecogedor. Cuando vivo sola, conocía las reglas, y me gustaba así.

El la llevó más allá dentro del corazón de la cámara hacia las brillantes charcas.

- No, no es cierto, Tempest. Conozco tu mente; he viajado en ella con frecuencia. Me deseas.

- El sexo no lo es todo, Darius.

Él la colocó en una roca lisa y plana cerca de una charca humeante.

- Me deseas, Tempest, y tiene poco que ver con el sexo.

- Eso crees tú. - Murmuró ella, mientras el fuego corría hacia arriba por sus piernas cuando se quito los zapatos para inspecionas las plantas de sus pies. Los dedos de le sujetaron los tobillos, firmes y fuertes, aunque inevitamente gentiles. Sintió ese curioso retortijón cerca del corazón. Darius fruncía el ceño mientras examinaba las laceraciones.

- Deberías tener más cuidado, Tempest. - Su voz fue oscura y átona, sus ojos negros súbitamente se elevaron para encontrar los verdes de ella.

La lengua de Tempest encontró su labio inferior seco, y el pulso se le aceleró. Con esas manos tan gentiles sobre ella, su mirada hambrienta y ardiente de agudo deseo, ¿Cómo sabía que estaba furioso? Una vez más el conocimiento se derramó sobre ella, más piezas del puzzle empezaron a encajar. La terrible furia de la tormenta había sido su rabio, una rabia volcánica que bullía justo bajo la superficie que parecía estar perfectamente tranquila. La dislumbró cuando se mente buscó en la de él, inadvertidamente tocando sin intención o sin que el fuera consciente

Tempest soltó el aliento. *Ella* había hecho esto. Donde nada durante siglos de vida se las había arreglado para sacudir su calma absoluta, lo había hecho ella.

- Darius. - Susurró su nombre en la belleza de la cueva, su voz dolorida por la pena. - Nunca quise hacerte daño.

Al momento las manos de él enmarcaron su cara.

- Ya lo sé. Ahora estoy aquí. Puedo sanar estas heridas. Pero no descuides otra vez tu salud, pequeña. No estoy muy seguro de que mi corazón puediera resistirlo. - Las manos cayeran hacia el borde del top de algodón.

Al primer roce de los dedos contra la piel desnuda de su estómago, el aliento se le atascó en la gargante , y su cuerpo se quedó inmóvil. Darius tiró de la camisa sacándosela por la cabeza con un solo movimiento fluido, dejándola vulnerable y expuesta. El sujetador de encaje apenas aguantó un momento, usando una uña afilada se deshizo de él. Su atención estaba en las heridas punzantes del costado, en los arañazos de la espalda.

Maldijo. Ella sabía que era eso lo que estaba mascullando aunque no entrendía el idioma. Y entonces él inclinó la cabeza hacia abajo, su espesa melena de pelo negro como la medianoche le rozó las costillas, enviando dardos de fuego danzando sobre su piel. Al primer toque de la lengua, cerró los ojos, incapaz de creer la exquisita belleza del momento. Sintió el salto de él, suave terciopelo antes de áspero roce sobre la piel dañada, una mezcla de tranquilizadora sensualidad.

Incluso mientras se tomaba su tiempo y con gran cuidado examinaba las heridas del cuerpo de ella, las ropas que le cubrían se volvieron insoportables, confinando sus músculos, empapándole en calor y sudor. Se libró de ellas facimente, como lo hacía todo, con un solo pensamiento se deshizo de la incomodidad. Su cuerpo se movió contra el de ella, ardiente y agresivo mientras se inclinaba hacia su tarea. Sus manos atraparon las caderas, inclinándola hacia atrás para conseguir un mejor acceso a las heridas de las costillas.

Su pelo rozaja la parte baja de los pechos, y ella saltó como si la hubiera atrasado. El momento él alzó su ardiente mirada para encontrar la de ella. Quedó abrumada por su hambre, su deseo. Estaba allí, en sus ojos.

Él observó la garganta de ella moverse compulsivamente mientras tragaba un apretado nudo de miedo. Muy gentilmente, con infinita ternura, la mano de él se extendió a lo largo de la garganta hasta que el pulso de ella latió en la calidez de su palma.

- Entrégate a mí, Tempest. - Susurró suavemente, su voz tan hermosa que se le enroscaba alrededor del corazón. - Esta noche, ven a mi como mi auténtica pareja. Se conmigo de la forma que ansío. Entregame este regalo sin el que he vivido durante vidas enteras.

Su boca estaba a sólo centímetros de la de ella, y cada célula de su cuerpo exigía que recorriera esa diminuta distancia. ¿Cómo podía negarle nada cuando su necesidad era tan grande? Se movió hasta que sus labios estuvieron contra los de él.

- Yo quiero lo que sea que tú quieres, Darius. - Incluso mientras el consentimiento se introducía en su mente, formaba las palabras, respirándolas dentro de él, su corazón saltó, preguntándose que se había comprometido a hacer. ¿Realmente confiaba tanto en él? ¿O era su necesidad lo que alimentaba la de ella, el hambre urgente que palpitaba en él, abrumándola cuando tocaba su mente con la de ella?

Los besos de él eran gentiles, tiernos, una reverente exploración que sólo aumentaba su gran deseo por él.

- Quiero que el algua te sane, cielo. - Dijo suavemente. - No quiero nada más que placer para tí esta noche. - Sus manos encontrarón los botones de los vaqueros de ella. Su mirada sostuvo la de ella mientras lentamente arrastrabo la tela sobre sus caderas, llevando las braguitas de encaje blanco con ellos.

Entonces la levantó entre sus brazos.

- El agua está caliente, pequeña, pero ayudará a la curación. - La estaba sujetando sobre el agua humeante. - Creo que esta vez comprendes que no seré desafiado nunca más. Estás bajo mi proteción, Tempest. Cada vez que duermo, me metes en problemas. No permitiré que esto continúe.

Su arrogancia la hacía apretar los dientes, pero por el momento estaba más que preocupada sólo por cómo de caliente estaba en realidad el agua. Él estaba bajando sus pies cerca de la superficie. Olía a sulfuro. Tempest se aferró a los hombros desnudos de él, las uñas se enterraron en su carne.

- Sabes, Darius, tengo adversión al agua mineral. - El cuerpo de él era poderoso y masculino, su ardorosa plenitud le presionó agresivamente contra la piel desnuda cuando la inclinó hacia la charca.

- Creo que necesitas confiar más en mí, Tempest. - Darius le zumbulló los pies en el agua. Ella jadeó ante los alfilerazos, sus dedos de cerraron alrededor de los biceps, sujetándose a él en busca de seguridad. El problema fue que tuvo que levantar las piernas alrededor de él para evitar tocar el agua. Instantáneamente eso colocó el caliente corazón de su femineidad, líquido y deseoso, presionando completamente contra la gruesa y feroz erección de él.

Darius gimió en voz alta, todo pensamiento cuerdo, toda buena intención, salió volando de su cabeza. En su luegar quedó una necesidad tan fuerte y urgente que apresuró su boca ferozmente sobre la de ella. En una primitiva, tempestuosa, casi violenta posesión. Su boca se alimentó de la de ella. La deslizó lejos de la aplastante montaña, del dolor de sus heridas, y del agua humeante. Podía sentir las manos de él deslizándose posesivamente sobre su piel, lenta y deliberadamente, como si estuviera grabando cada curva y hueco en la memoria. Podía sentir la suave tierra persionandola cuando la atrapó bajo él, su cuerpo, tan grande y fuerte, cubriéndola. Su boca nunca dejó de trazar un largo rastro de besos que parecían robarle la voluntad y llevarle a él más allá de los límites humanos del deseo.

Tempest encontró que sus manos aferraban la salvaje melena de él, sujetándose para salvar la vida mientras la tormenta rabiaba alrededor de los dos, a través de ellos. Las manos de el acunaban sus pechos llenos, deslizándose a lo largo de las costillas hasta el estómago, encontrando el triángulo de rizos abajo, y acariciendo sus muslos. En cada lugar que tocaba dejaba llamas tras de sí, sobre su piel, dentro de su cuerpo, hasta que deseeo gritar buscando alivio.

Pensó que tendría miedo de us enorme fuerza, pero en vez de eso quedó devastado por una gigantesca oleada de pasión cuando la palma de la mano de él presionó en su calor. Sólo dejó escapar un ruido, un gemido bajo en su garganta que encendió el fuco de llamas en él. La boca de Darius dejó la suya por primera vez, trazando un camino de fuego hacia abajo por el cuello y dirando de la punta de su seno.

Gritó, arqueándose hacia él, casi explotando cuando los dedos encontraron la ardiente y apretada vaina y la boca tiró con fuerza, sus dientes raspando y arañando la plenitud de sus pechos. La rodilla presionando para abrirse paso mientras la lengua recorría el valle entre sus senos. Estaba sobre ella, su cara dura aunque sensual, sus ojos negros, ardientes, quemando como carbones encendidos.

Estaba ocurriendo demasiado rápido. Fuera de control. Tempest le sintió, grueso y agresivo, presionando dentro de ella. Parecía demasiado grande para que lo acogiera. Atrapada bajo el cuerpo de él, no podía moverse, casi no podía respirar. Los dientes de Darius raspaban la plenitud de su seno derecho, una erótica tencación que la hizo arquearse hacia su boca. Pero el miedo la golpeó cuando él empujó hacia adelante, su cuerpo clavándose en el de ella, invadiéndolo, tomando posesión como si hubiera todo el derecho a ella. Se sentía como si hubiera invadido su alma, introduciéndose tan profundamente en su interior que nunca conseguiría sacarle. Instantáneamente se puso rígido, lloriqueando en el hombro de él. Sintió los dientes perforando su pecho, extendiendo un calor ardiendo, hundiéndose posesivamente en su piel mientras el cuerpo de él se enterrama en el de ella.

Su mente empujó para entrar en la de ella, rompiendo toda barrera hasta que fueron completamente uno. Ella sintió el calor de su propia piel, el exquisito éxtasis de su apretada, ardiente, aterciopelada vaina aferrándole, liberándole, deslizándose sobre él, su sangre, caliente de vida y luz, fluyendo en él, la alegría y las llamas que chamuscaban, su insaciable hambre y terrible necesidad. Vio las imágenes eróticas en la cabeza de él, las cosas que le haría, las cosas que quería que ella le hiciese. Vio su voluntad de hierro, su implacable resolución, su crueldad, su naturaleza depredadora. Él vio su miedo, su modestia, su fe ciega en él, su necesidad de huir. Sintién la leve incomodidad de su cuerpo ante su gruzos e instantáneamente cambió de posición para acomodarla. Alimentó su pasión con la propia, construyendo el fuego entre ellos hasta que rabió fuera de control. Darius estaba en cada lugar en el que estaba ella. En su cuerpo, en su mente, en su corazón y alma. Compartían la misma sangre. Y que Dios la ayudara, no podía negarle nada. No cuando estaba sobre ella, enterrándose apasionadamente en ella, su cuerpo resbaladizo por el sudos, su boca en un frenesí de hambre y deseo. Era la cosa más erótica que hubiera encontrado nunca. A Tempest no le importaba si nunca volvía a ser ella misma. Estaba volando, remontándose, saciando el terrible hambre de él por primera vez en todos sus siglos de vida.

La sensación de poder que le daba era increíble. Estaba en la mente de él, sabía que le estaba dando una dulce agonía, fundiéndolo. Conocía la rabia de su interior como si estuviera en ella. Se rindió a él completamente, no reservándose nada, sus uñas en la espalda de él, sus suaves gritos, suplicandole más al oido. Quería compartir esto con él, deseaba darle este esquisito tormento.

Sus pestañas revolotearon, y acunó la cabeza de él, su cuerpo se movió con el de él, más rápido y más duro hasta que se estremeció de placer, explotando, fragmentándose hasta que él la cogió seguramente entre sus brazas.

Lamió con la lengua las puntadas de su piel, cerrando las diminutas heridas que sus colmillos habían dejado. Su cuerpo tenso y rabiando en busca de alivio, ardiendo con una terrible necesidad que sólo ella podía llenar. Estaba en su mente, y tomó el control, ordenándole que hiciera su voluntad, sin permitirle que pensara o supiera lo que le estaba pidiendo.

Al primer toca de su boca sobre el pecho, su cuerpo se estremeció por el esfuerzo de mantener su autocontrol. Tenía que hacerlo. Ella tenía que completar el ritual, entregarse a su custodia para siempre. La legua de ella saboreó su piel, el toque fue tan erótico, con las manos le alzó las caderas para poder enterrarse más profundamente, incluso con más dureza que antes. Los dientes arañaban, rapaban, y pudo ori su propio grito ronco. Mil años de deseo. Esta vez tenía que su suya.

Darius alargó una uña para cortarse el pecho, después capturó la nuca de ella y la presionó contra él. La boca de ella se movió como él había ordenado; su ardiente vaina, suave

terciopelo se apretaba exigiendo, apretando hasta que el cuerpo de él se tensó y empujó imprecablemente, descuidadamente, agresivamente en ella, esparciendo su semilla profundamente dentro de ella, reclamándola para siempre .

Pronunció las palabras rituales. Necesitaba decirlas en voz alta. Necesitaba atarla a él, hacerlos uno. Su necesida de cantar las palabras era tan urgente como había sido la de tomar su cuerpo. Igual de primitivo e instintivo que el hambre por que tomar la fuerza vital de ella en su cuerpo y darle la suya a cambio.

- Te reclamo como mi compañera. Te pertenezco. Te ofrezco mi vida. TE doy mi protección, mi lealtad, mi corazón, mi alma y mi cuerpo. Toma los tuyos en mí para guardarlos. Tu vida, tu felicidad y bienestad serán apreciados y colocados sobre las mías propias todo el tiempo. Eres mi compañera, unida a mi para toda la eternidad y siempre a mi cuidado. - Murmuró las palabras sobre la cabeza de ella mientras la acunaba contra él, mientras su sangre poderosa y ancestral fluía en el cuerpo de ella, mientras su semilla explotaba en ella. El poder de las palabras ancestrales la rodearon, vertiéndose en ella para sellar su alma, su mente, y su corazón con las de él, uniendola a él irrevocablemente.

9

Tempest abrió los ojos lentamente, adormiladamente, sexy. Darius le sonrió, tocando sus labios magullados gentilmente con un dedo, capturando una gota rubí de su propia sangre con la yema, y llevándosela a la boca. Ella parpadeó para enfocarle. Su cuerpo estaba unido al de él; podía sentirle, grueso y pesado, enterrado profundamente en el centro. Su sonrisa era perezosa y satisfecha, sus ojos negros repletos de satisfacción masculina por haber hecho mucho más que simplemente complacerla. Parecía como si pudiera empezar a fanfarronear sobre sus proezas.

Tempest encontró su sonrisa sobrevolando demasiado cerca de la superficie. Él se movía con lentas y lánguidas estocadas que mantenían el calor abrasando su cuerpo, mantenían sus pezones presionados con los músculos del pecho de él. Las luces ondearon desde centenares de velas iluminando la fina capa de sudor sobre la piel de él. Su pelo largo estaba húmedo, cayendo alrededor de su cara, dándole la apariencia de un pirata. Ella levantó la mano y gentilmente trazó la dura línea de su mandíbula.

Darius le cogió la mano, llevándosela a la boca para besarla, después entrelazó los dedos con los de ella. Estiró los brazos por encima de la cabeza y los sostuvo allí, dejando su cuerpo libre y vulnerable para que continuara su invasión. Ya no tenía miedo de él. Él había sido salvaje e insaciable, incluso rudo a veces, pero había asegurado el placer de ella antes que el suyo propio. Podía leer la satisfacción en los ojos de él, la luz en su alma, y agradecía ser capaz de aliviar su interminable y vacía existencia.

Darius saboreó la cálida humedad de ella, la perfección de su piel satinada, su sedosa melena. La fiereza inherente en su naturaleza corrían profundamente en ella. Su pasión igualaba la de él. Estaba hecha para él, y en lo más profundo de su corazón, de su misma alma, lo sabía absolutamente. Inclinó la cabeza para dejar un beso en el tentador hueco del hombro de ella. Era increíble que estuviera aquí con ella, y que no fuera algún sueño que se mente había creado para apaciguar su alma moribunda.

Donde antes había habiado fiereza y agresividad, ahora era lento y gentil, moviéndose en largas y bochornosas estocadas, su mirada enganchada a la de ella para poder ver el placer que le daba en su expresiva mirada. Los ojos de ella estaban nublados por la pasión; los labios separados mientras respiraba en pequeños jadeos de sorpresa. Era tan hermosa, destruía su tranquilidad, esa calma absoluta que había adquirido hacía tanto tiempo, y le dejaba indefenso y fuera de control como un jovencito. La deseaba todo el tiempo. No durante los cortos años que tendrían, sino para toda una eternidad. Lo quería todo.

Darius cerró su mente a esa posibilidad, esa tentación, y se inclinó para tomar la boca de ella con la suya, su lengua luchá con la de ella, deslizándose sobre los dientes, explorando el húmedo interior, exigiendo que ella hiciera lo mismo. Se estremecía por los más diminutos detalles. El brillo de su pelo, la longitud de sus pestaña, la curva de su mejilla... toda una abundacia de riquezas que seguían a la sensación de su cuerpo rodeándole. Ardiente terciopelo aferrándole, arañándole.

La sintió apretarse a su alrededor, sus músculos ondeando con la intensidad de su placer, y permitió que las sensaciones de la merte y el cuerpo de ella se convirtieran en propias. Sintió los profundas ondas empezando como un terremoto, creciendo y creciendo hasta que se liberaron. Ella estaba haciendo pequeños sonidos con la garganta, sus brazos tensos mientras se contorsionaba bajo él, intentando liberarse de su agarre, pero él la sostuvo y observó y experimentó la fuerza y el poder de su cuerpo unido al de ella, la gigantesca oleada atravesándola, fragmentando su mente mientras llevaba aprisa. Sólo entonces, todavía sostemiendo la mente de ella firmemente con la suya, se permitió reconstruir su propia conflagración, a fin de que ella pudiera sentir el placer que le daba.

Su cuerpo se hundió con más fuerza en el de ella, cada estocada más dura y más larga, profundizando hasta que fueron completamente uno. Quería que ella supiera lo que era para él, la belleza de un don de incalculable valor. La prisa le arremetió, consumiendo su mente,

consumiendo su cuerpo, hasta que cada músculo estallaba de deseo. Aunque le sostenía la mirada para que ella pudiera ver la tensión de su cara, el salvajismo de sus ojos, al hambre y el éxtasis, la dulce agonía y el extasis que su cuerpo le daba. Erupcionó en ella, una y otra vez, un volcan en erupción, un fuego ardiente, y la terrible oscuridad de su alma fantasmal. Estaba arrastrándole de vuelta a la luz, y sentía la pureza mientras sus gritos de alegría resonaban roncamente a través de la caverna.

Las piernas de Tempest le abrazaron con fuerza, casi tan posesiva como él. Sus corazónes latían al mismo ritmo salvaje, sus respiraciones dificultosas emparejadas. Finalmente él soltó sus muñezas y yació con la cabeza sobre su pecho, aunque sus codos sostenían su peso para no aplastarla. Ella podía sentir su lengua lamiendo las pequeñas gotas de sudor que quedaban en su pecho, y cada fijera caricia enviaba un temblor secundario a través de ella. Bajó las manos para enredarlas en la despeinada melena de él, para simplemente sostenerle. Tendidos así, su silencio hablaba más que cualquier palabra.

DArius tomó sus esencias conbinadas en el interior de su cuerpo, la sensación de la piel ardiente de ella, el pecho bajo su mejilla, los sedosos mechones de pelo contra su piel sensibilizada. Cada sensación parecía intensificada, perecía hacer eco a través de su cuerpo y demorarse allí. El sabor de ella, rico y lleno de vida, estaba en su boca y su corazón, y por primera vez que pudiera recordar, su terrible anhelo de sangre estaba momentaneamente saciada. Nunca estaría de nuevo a matar para sentir la ráfaga de poder, como alguien que estaba cerca de convertirse sentía con frecuencia, cuando sostenía la satisfacción última entre sus brazos.

Cambió de posición entonces, un liguero fruncimiento mostraba su boca.

- No te he curado apropiadamente.

Al instante estaba fuera de ella, dejandola privada de algo. Tambien se sentía perezosa y adormecida, el asfixiante calor de la caberna y su deshinibido acto de amor la había agotado.

- No me importa. Quiero dormir. Puedes curarme luego. - Sus heridas no dolían, cuando antes habían estado ardiendo y latiendo. Él había introducido su cuerpo exitosamente a otras muchas agradables sensaciones.

Darius ignoró su orden somnolienta y la levantó fácilmente entre sus brazos.

- He sido más que egoísta. Debería haber atendido tu incomodidad primero, antes que la mía.

Tempest rio suavemente antes su expresión seria. La punta de uno de sus dedos alisó la dura línea de la boca con una gentil caricia.

- ¿Eso es lo que sientes? Incomodidad. Ummmm. Quizás debería hacerte sentir así con más frecuencia.

El gruñó... una advertencia o asentimiento, no estaba segura... pero se rió de él de todas formas.

- Si siento algo más por ti, pequeña, arderé en llamas. - Admitió él y paseó descalzo hasta la charca humeante.

Ella se cogió a su cuello, frunciéndole el ceño.

- En realidad no me gusta ser sumergida en agua hirviendo, Darius.

- No está hirviendo. Está a la misma temperatura que un jacuzzi. - Regañó él.

Ella sostenía una garra mortal sobre su cuerpo.

- A mi me parece hirviendo. No quiero entrar. Y de todas formas, nunca me han gustado los jacuzzi. Todo el mundo quiere siempre desnudarse, y no conozco tan bien a nadie.

- Ahora no llevamos nada de ropa. - Señaló él, metiéndose de lleno en la charca. Estaba intentando no reir mientras ella gateaba más alto entre sus brazos.

- Está demasiado caliente. ¿Como puedes respirar aquí? Sabes, Darius. - Añadió seriamente. - Este es honestamente un volcan como Dios manda. La lava podría llenar esta caverna en cualquier momento. - Escudriño en el interior de la charca. - Probablmente está emergiendo a través del suelo ahora misma. ¿Ves esas burbujas? Lava.

- Que bebé. Pon los pies en el agua. - Instruyó él, la diversión escaló de su voz hasta sus ojos.

Las ojos de ella empezaron a lanzar chispas, su genio se mostraba.

- No quiero entrar, Darius.

- Muy mal, pequeña. Esto es bueno para ti. - Rudamente la puso sobre sus pies en el interior del agua humeante.

Tempest intentó sacudir los pies lejos del agua mineral caliente, pero él la hundió aún más, hasta las pantorrillas, después hasta los muslos, sumergiéndola. Jadeó.

- Está caliente, ¡bruto! ¡Déjame salir! - Pero el agua estaba ya haciendo su trabajo, aliviando las laceraciones de sus pies, calmando los músculos agarrotados, aunque no iba a darle la satisfacción de oirselo decir.

La mirada de él estaba sobre las gotas de transpiración que corrían entre sus pechos hasta el estómago y desaparecían bajo la superficie del agua. La bajó hasta que sus pies tocaron fondo y el agua le alcanzó la cintura, así sus manos pudieron encontrar las caderas y mantenerla inmóvil para su inspección. Inclinó la cabeza hacia la parte inferior de un pecho satinado y capturó una gota con la boca.

- ¿Tienes que ser tan condenadamente hermosa? - Murmuró suavemente.

Los dedos de ella se entredaron entre su pelo y arrastraron su cabeza hasta su pecho para poder arquearse ante la cálida humedad de su boca. El agua lamió su piel. Burbujeaba alrededor de ella. El vapor se elevaba.

- ¿Tú tienes que ser tan condenadamente sexy? - Contratacó ella, deseando la sensación de su boca alimentándose eróticamente sobre ella.

Las manos de Darius recorrieron las caderas de ella en una ligera y posesiva caricia. Deseaba saber que podía tocarla de esta forma, que era suya. Deseaba que ella le tocara. Por primera vez en todos sus siglos de existencia, estaba realmente vivo. Su suave piel, tan satinada, rozando contra su cuerpo. Su pelo, tan sedoso, rozándole el hombro, enviando oleadas de calor a través de su cuerpo.

Su boca vagó más abajo para encontrar el lugar donde las garras del pájaro habían perforado su piel. Haciendo una mueca, recordó la sensación de estar tendido bajo tierra, inútil, mientras ella luchaba por su vida.

- Me diste un susto de muerte. - Le dijo suavemente, su lengua bañó las heridas punzantes.

Tempest se presionó más cerca de sus cuidados tranquilizadores.

- ¿Tienes un agente curativo en la saliva, verdad? - Preguntó, comprendiéndolo súbitamente. Lo tenía. Así era como cerraba las heridas que sus colmillos le hacían en el cuello, sin dejar nunca evidencia a menos que quisiera marcarla. Así era como sus magulladoras se habían curado tan rápido. Darius. Tan tierno y gentil, sanando cuidadosamente cada laceracíon, cada moretón. - Y debes tener un anticoagulante en tus dientes. - Era una suposición, pero una medianamente segura.

Él alzó la cabeza, sus ojos oscuros ilegibles y sin expresión.

- Puedo curarte completamente, pero debes estar muy quieta y aceptar lo que hago.

Ella asintió solemnemente. Eran hermoso, de una forma puramente masculina. Adoraba los duros huesos de su cara, la profundidad y pureza de su voz, el ondeo de poder bajo su piel. Su hermosa cara ahora mostraba una intensa concentración. Se había retirado dentro de sí mismo. Tempest encontró apetitosamente fascinante la forma en que se movían sus caderas. Era tan físicamente perfecto. Sus manos, por propia voluntad, se extendieron para tocar esas extensiones lisas.

La sensación de su piel bajos los dedos enviaba llamas danzando a su estómago. Exploró más allá, las palmas de sus manos se deslizaron sobre sus musculosas nalgas. Un sonido escapó de su garganta, un suave gruñido de advertencia, y sus manos le engrilletaron las muñecas, sujetándole las palmas contra él.

- ¿Qué estás haciendo?

Los grandes ojos verdes levantaron la mirada inocentemente hasta los insondables negros.

- Tocándote. - Sus palmas presionaron más cerca. - Me gusta tocarte.

- Posiblemente no pueda concentrarme si continúas, Tempest. - La reprendió en serio, pero una de las manos de ella se había liberado y exploraba las duras columnas de su piel, una erótica fantasía empezó a formarse en la mende de Darius. Sus necesidades sexuales eran mucho más grandes que las de ella.

Era un hombre de los Cárpatos con una necesidad elemental como el tiempo de tomar a su pareja. Se había prometido a sí mismo que recordaría que ella era humana y le daría tanto espacio como su naturaleza le permitiera, pero ella no estaba ayudándole en ese momento.

Su cuerpo se endureció con una salvaje y dolorosa ráfaga de fuego que se añadió al calor de la cueva y la charca. Su camino rozó contra él bajo el agua, deslizándose por toda su longitud, estableciéndose en él como un guante. Se empujó contra ella, deseando la ardiente sensación de ella rodeándole.

- Esto no ayudará a mi concentración. - Se las arregló para señalar.

- ¿De veras? Y yo creo que eres bastante bueno bloqueando todo tipo de cosas, Darius. - Se burló ella, explorándole más completamente, más atrevidamente.

Él inclinó la cabeza hacia el hueco del hombro de ella, sus dientres rasparon rudamente. Bajo el agua humeante, su mano se deslizó hacia la unión entre los muslos. Tempest le acomodó, empujando contra la palma de la mano. Los dedos se deslizaron dentro de ella, urgiéndola a que subiera con él.

- Quiero que me necesites como yo te necesito a tí. - Susurró contra su garganta.

- ¿Cómo es eso? - Preguntó ella a través de los dientes apretados. En su mano él creció incluso más duro y grueso, terciopelo sobre hierro. Los dedos la estaban volviendo loca, llevándola más y más cerca del borde del acantilado. El agua se arremolinó alrededor de ellos, revolviéndose y burbujeando contra sus pieles.

Darius la levantó en brazos.

- Pon las piernas alrededor de mi cintura, Tempest. - Ordenó roncamente, apenas arreglándoselas para expresar las palabras. Su cuerpo clamaba por el de ella. Ella le complació, y lentamente la bajó sobre su ansiosa erección. Ante su ardiente y húmeda entrada, se detuvo, observando la expresión de la cara de ella. Él parecía enorme e intimidante para ella, pero su vaina era apretada y suave terciopelo, aferrando y envolviéndole. El éxtasis la rodeó, aceptando lentamente su invasión, era casi más de lo que podía soportar.

El calor de la cueva hacía casi imposible para Tempest respirar. O quizás era la forma en que Darius la bajaba con tan extremada lentitud sobre él. Apoyó la frente contra el pecho de él, jadeando mientras su cuerpo la invadía, más profundo, el vapor los rodeaba como humo del fuego que estaban creando sus cuerpos.

Los dedos de él se enterraron en su cintura mientras ella se acomodaba a su alrededor, tomándole completamente en ella. Ella se movió entonces. Fue ella, no él, quien se movió. Podía sentir el placer de la mente de él, en ella, tan intenso que estaba cerca del dolor. Le montó lentamente, la belleza del momento quedaría para siempre grabada en su mente. La belleza de la cara de él mientras ella le engullía, se retiraba, volvía. Era erótico incluso ver el placer que le proporcionaba. Sabía precisamente que hacer para realzar el placer de la mente de él fundida con la suya. Extrajo imágenes de su mente y les hizo algunos ligueros ajustes, arqueándose hacia atrás para que sus pechos se deslizaron sobre la piel húmeda de él, dejando que su pelo cayera sobre los hombros, sensaciones que él encontraba insoportablemente sensual. Deliberadamente prolongó el momento del alivio, moviéndose lentamente, después más rápido, lentamente, después rápido, sus músculos se apretaron alrededor de él, reluctantemente le soltó, capturándole luego una vez más.

Incluso mientras le sentía hincharse dentro de ella, le oía luchar por respirar, su corazón latiendo contra el de ella, sintió su propio cuerpo empezando a subir hasta las estrellas. No podía concentrarse en el placer de él cuando se sentía ella misma empezar a fragmentarse. Al

momento Darius tomó el control, sus manos condujeron las caderas de ella, empujándose en su interior con seguras y duras estocadas, empujándola más y más alto llevándola con él. Remontaron el vuelo juntos, liberándose, sus gritos llenaron la caverna. El vapor los envolvió juntos como un cuerpo, una mente, una piel.

Al final Tempest estaba totalmente exhausta. Cerró los ojos y descansó la cabeza sobre el hombro de él.

- No puedo moverme, Darius. No me pidas que me mueva de nuevo.

- No lo haré, pequeña. - Murmuró él tiernamente, levantando el pelo húmedo de su hombro para dejar un beso sobre la piel desnuda. La llevó desde el agua caliente a la siguiente charca, que estaba varios grados más fría, surgía del exterior de la montaña en vez del interior. Se hundió en el agua, llevándola con él.

Ella sintió el instantáneo alivio y relajó la garra sobre el cuerpo de Darius, perezosamente flotó lejos de él. Si mantenía los ojos cerrados, podía fingir que estaba a campo abierto, con el cielo sobre ella y los árboles cerca. La opresiva capa de tierra y roca simplemente desapareció de su mente. Peor no podía mentener los ojos cerrados para siempre. Intentó concentrarse en como Darius la hacía sentir, en la belleza de la caverna, en los brillantes diamantes que el volcán había producido tras largos siglos.

- ¿Qué pasa? - Preguntó él suavemente.

- Estar en esta cueva me hace sentir como un murciélago. Es hermoso, Darius...no me malinterpretes. - Añadió ella apresuradamente, no deseando herir sus sentimientos. - Pero estamos bajo tierra, y hay mucha húmedad.

Darius nadó hacia ella, su cuerpo ondeaba de poder, su largo pelo húmedo y negro como la medianoche.

- Te acostumbrarás, cielo.

Ella sintió el corazón saltar. ¿Qué significaba eso? No quería permanecer bajo tierra lo suficiente como para acostumbrarse. Mordiéndose el labio inferior obligó a su mente a alejarse del tema y nadar unas pocas brazadas, disfrutando del placer de simplemente observar nadar a Darius, la forma fluída en que se movía su cuerpo. Bostezó, con movimientos lentos, el cansancio acomodándose en su cuerpo. Era imposible tener una sensación real de tiempo en su mente

- Has tenido un día duro. - Dijo Darius mientras salía a la superficie muy cerca de ella. Sus mano le capturaron la cintura y la arrastró hasta él.

- Quiero que descanses mientros efectúo el ritual sanador contigo.

- ¿Qué es eso? - Era cautelosa, pero la fatiga le había más condescendiente con las demandas de él.

Darius le estudió la cara, las sombras bajo sus ojos. Estaba encorvada por el cansancio. No le pidió su consentimiento; simplemente la levantó en brazos y la llevó a una pequeña alcoba donde la rica tierra era suave y les daba la bienvenida. Ondeó una mano para que una sábana de algodón flotara hasta cubrir el suelo, después la tendió con gran cuidado.

- Acabas de hacer esta sábana, ¿verdad? - Murmuró ella, levantando la mirada hacia él.

Le echó hacia atrás el pelo húmedo de su frente.

- Te sorprenderías de las cosas que puedo hacer. - Dijo él suavemente.

- No creo que pueda. - Contrarrestó ella.

- No me distraerás de mi tarea esta vez, Tempest. Me libraré a mí mismo de este cuerpo, y mi energía entrará en el tuyo. Puedo sanar tus heridas de dentro a fuera. El proceso sanador es mucho más rápido, y si se presenta cualquier infección, puedo librar a tu cuerpo de ella. Pero no puedo ser consciente de mi propio cuerpo durate ese tiempo. Mi concentración debe permanecer en lo que estoy haciendo. ¿Entiendes? No puedo volver a entrar en mi propio cuerpo abruptamente cuando estoy ya en el tuyo. Así que no me distraigas de ningún modo.

Se quedó tendida muy quieta, observando la cara de él. Estaba apartándose de ella... podía verlo. Apartándose del mundo en el que estaban, volvió toda su atención hacia adentro. Quiso tocarle la mente con la suya.

Se estaba volviendo más fácil hacerlo, pero no quería arriesgarse a distraerle, lo que precisamente había dicho que no hiciera.

Tempest le sintió entonces. Le sintió entrar en su cuerpo, pura energía moviéndose a través de ella, como una luz interna, examinándola, cálida y reconfortante. En su mente oyó una voz. Suave y tranquilizadora, susurraba como alas de mariposa en su mente. Las palabras no se parecían a ninguna que conociera. Aun así, sabía que las había oído antes. Un cántico. Intentó distinguir los sonidos individuales, pero fue imposible. Recibió sólo impresiones, como campanillas plateadas, como agua saltando sobre rocas en un arroyo, como una gentil brisa flotando a través de las hojas de los árboles.

Su piel era cálida. Sus entrañas eran cálidas. Las plantas de sus pies cesaron de picar y ya se sentía bien. Fuera lo que fuera que Dairus estaba haciendo obviamente funcionaba, y se preguntaba cómo era capaz de sanar como lo hacía. En ese momento él le parecía un perfecto milagro.

Darius volvió a su propio cuerpo y bajó la mirada hacia la hermosa cara de Tempest. Parecía muy joven, y se sintió como un criminal, sabía que ella no tenía forma de luchar con él, ni forma de luchar contra su reclamo sobre ella. Había hecho justamente eso. Ella no tenía ni idea de que lo que el ritual encerraba, y quizás la verdad era, que él tampoco. Pero Darius sentía la diferencia, en sí mismo, la diferencia que suponían las palabras que había pronunciado, uniéndoles juntos.

Darius le tocó la cara con la punta de los dedos gentilmente.

- ¿Te sientes mejor, Tempest? - Sabía que sí. Su mente se estaba acostumbrando a deslizarse dentro y fuera de la de ella, y podía sentir el alivio de su cuerpo. Había incluso aliviado su escozor femenino, de forma que su salvaje y bastante primitivo modo de hacerle el amor no dejara marca.

Ella asintió solemnemente.

- Es increíble que puedas hacer tal cosa. ¿Puedes imaginar lo que significaría para el mundo si los humanos pudieran aprender a curar así? Quizás realmente podríamos curar el cáncer. Piensa en el bien que podría hacerse. No necesitaríamos drogas, Darius.

- No es una forma humana de curar, Tempest.

- Pero me has curado, así que puede hacerse a humanos. Quizás deberías ser médico en vez de guardaespaldas. Podrías ayudar a mucha gente que sufre.

Lo decía en serio. Su compasión sobrepasaba a su sentido común. Darius se recostó sobre ella, y extendió la mano por su garganta posesivamente.

- No soy humano, amorcito. Si esa gente a la que quieres que cure me conociera como soy, me atravesarían el corazón con una estaca. Sabes que es así. No puedo tener contacto íntimo con humanos. Ni encuentros cercanos. Desari entretiene humanos porque tiene la voz de un angel y no puede hacer otra cosa. Dejar de hacerlo la haría infeliz, así que debo protegerla, pero no tengo tratos con ese gente.

La mano de ella se deslizó sobre la de él, y una pequeña sonrisa curvó su suave boca, formando un hoyuelo en su mejilla derecha.

- Yo soy humana, Darius, y te las arreglas bastante bien conmigo.

- Tú eres diferente.

- No, no lo soy. - Protestó ella. - Soy exactamente como todos los demás.

- En primer lugar viste a la bestia en mí, Tempest. Tratas con los animales. Instintivamente aceptas mi naturaleza primitiva. Sabes que soy un depredador, más animal que hombre. Nosotros los hombres de los Cárpatos somos una combinación de los dos. Sólo tú entre los humanos entenderías y aceptarías eso.

- Tú piensas y razonas como un humano. - Dijo ella, sentándose y echándose el pelo hacia atrás, que colgaba pesado por la humedad de la caverna. Estaba sudando de nuevo, como gotas punteando su piel. Miró alrededor buscando su ropa, tan cansada que no podía recordar qué había hecho con ellas. - Eres más parecido a un humano de lo que crees, Darius.

Darius la acercó más a él y la abrazó con suavidad.

- Deseas que sea humano porque sería más fácil para ti tratar con esa idea. - Una nota de censura matizó su voz.

Tempest empujó la pared de su pecho, después le aporeó con bastante fuerza con el puño.

- No me vengas con esa actitud. Sabes que me importaría un pito que fueras alguna rara criatura de esta cámara subterránea del infierno. Sé que lo sabes. Has estado en mi mente del mismo modo que yo he estado en la tuya. Sabes lo que pienso de ti. Te encuentro intrigante. Y, en realidad, no eres tan malo.

- Me encuentras sexy. - Corrigió él y le besó la nariz.

Ella le empujó lejos y se puso en pie, tambaleándose un poco por la debilidad.

- No dejes que se te suba a la cabeza. También me pareces un grano en el culo. - Estaba vagando por los alrededores de la cueva, aparentemente inspeccionando el suelo.

Darius se levantó con un suspiro y la siguió.

- ¿Qué estás haciendo?

- Buscando mi ropa.

- No necesitas la ropa. - Dijo muy decidido.

- Darius, si me haces el amor una vez más, creo que simplemente tendría que morirme. Ya que no podemos hacer eso, es mucho más seguro encontrar mi ropa.

Él le cogió la mano y la condujo de vuelta a la pequeña alcoba.

- Ni siquiera sabes que estas diciendo o haciendo ya. - Otro ondeo de su mano produjo dos almohadas.

Tempest bostezó.

- En realidad estoy cansada, Darius. Adoro hablar contigo, pero los dos necesitamos dormir para enfrentar los hechos. Incluso si tú no eres humano, yo si. No tengo ni idea de que hora es, pero necesito dormir.

Él le sonrió, un burlón relámpago de dientes.

- ¿Para qué crees que he hecho esta cama? Este es uno de mis refugios, yo duermo aquí.

- Eso me parece bien. Pero tienes que llevarme de vuelta.

- ¿De vuelta a dónde?

Algo en su voz la advirtió. Sus ojos verdes se fijaron sobre la cara de él. Había allí una inmovilidad que no le gustó. Podía oir el latido de su corazón.

- Quiero salir de aquí. Tú puedes dormir aquí, y yo dormiré en el campamento, en cualquiera de los vehículos que nos hayan dejado. No me importa. Puedo dormir bajo un árbol.

- No hay opción, cielo, no te dejaré dormir lejos de mí. - Lo dijo casualmente, como si no fuera para tanto dormir en el interior de una montaña... un volcán... aplastándola. Él extendió la mano y la sujetó por la muñeca. No con fuerza. Ligueramente. Un brazalete suelto de dedos, no más, pero fue una advertencia de todos modos.

- No puedes querer en serio que duerma aqui. - Protestó Tempest, tirando para alejarse de él. - ¿Quedarme bajo tierra todo el día mientras tú duermes? No puedo hacerlo, Darius. Ni siquiera por ti.

- Dormirás junto a mí donde sepa que estás a salvo, Tempest. - Dijo él a su suave e implacable forma.

Ella retrocedió alejándose de él, visiblemente pálida.

- No puedo, Darius. Cuando me estás distrayendo, no siento como si me asfixiara, pero nunca podría tenderme aquí en la más absoluta oscuridad e intentar dormir. No puedo ver como tú. Si las velas se consumen o un soplo de aire las apaga, me volveré loca. Me sentiría como enterrada viva. Yo no soy como tú. Soy humana.

- No te llevaré a la superficie y de dejaré por tu cuenta. Cada vez que te permito libertad, algo te ocurre. - Su miedo le estaba golpeando. Tocó su mente, encontró desesperación, pánico.

- No estarás consciente, Tempest. ¿Crees que no puedo asegurarme de eso? Puedo ordenar a la propia tierra si así quierao. Puedo crear tormentas, olas gigantescas, lava hirviendo. ¿Por qué sería incapaz de cuidar de que descanses junto a mí sin ser perturbada?

La punta de la lengua de ella tocó su labio inferior. Sus ojos se veían salvajes por el miedo.

- Necesitamos encontrarnos con los otros, Darius. Puedo conducir todo el día. Tú puedes dormir y encontrarme donde sea que esté el campamento. Estaré allí, lo prometo.

Él se levantó lentamente, su cuerpo implacablemente masculino. Se movió con fluída gracia, el ondeo el poder de un depredador, hacia ella. Ella ya retrocedía alejándose de él, su mano se alzó entre ellos como protección. Darius se detuvo inmediatamente, su mirada negra sobre esa pequeña y frágil mano. Estaba temblando.

Suspiró lentamente.

- No puedo permitir que esto continue, Tempest. He intentado permitirte tanta libertad como necesitas, pero tenemos que establecer un equilibrio entre nosotros. No puedo arriesgar tu vida, aunque cuando te pido permiso, te doy explicaciones, tu temor solo crece. Si te hubiera controlado como debería, no sentirías miedo, ni aprensión. ¿Ves que no me estás dando otra elección?

Se movió entonces, su velocidad tan cegadora que estuvo sobre ella antes de que parpadeara, antes de ser consciente del peligro inminente.

- ¿Cómo puedes hacer esto después de lo que hemos compartido? - Exigió ella, su voz tan espantada que el sintió que su corazón se derretía.

Detestaba asustarla, incluso aunque sabía que era por su propia protección. Nada le ocurriría allí. La montaña no la aplastaría. Podría respirar aire sin problema. Sus golpes frenéticos no eran para él más que el batir de alas de mariposa, aunque cada golpe alcanzaba su corazón.

- Dijiste que no me harías daño. - Continuó ella incluso mientras él la envolvía entre sus fuertes brazos y la confortó. - Dijiste que siempre mirarías por mi felicidad. Me mentiste, Darius. La única cosa que creí, fue que podría confiar siempre en ti, confiar en tu palabra.

Las palabras de ella eran como pequeños golpes contra su alma. ¿Creía eso de él, que mentiría para salirse con la suya con ella? Odiaba que ella estuviera asustada, pero ¿qué otra elección tenía?

- No te he mentido. Es mi deber cuidar de tu salud, cuidar de tu protección. No puedo hacer otra cosa que asegurar tu seguridad.

- Darius, no me importa qué eres, la clase de poder que esgrimes. Lucharé contigo con mi último aliento por mi libertad. No tienes derecho a darme órdenes, incluso en cuestiones de seguridad. No tú. No puedes "permitirme" hacer nada. Es mi libre elección. No te dejaré.

Darius examinó su cara enfadada, serenamente. Él simplemente mantuvo sus muñecas sujetadas con alfileres, aparentemente ecuánime por su acceso. " Estate tranquila, cariño, y respira profundamente. Tu miedo de estar bajo la montaña vence tu razón ""

" No me quedaré aquí cotigo, Darius, lo digo en serio. Me iré, a un lugar donde nunca me encontrarás, " ella lo amenazó, sus ojos esmeraldas nadando en lágrimas, chispeando como gemas.

Su cara perceptiblemente endurecida, su boca perfecta, al mismo tiempo afilada con crueldad. " Eso nunca ocurrirá, Tempest. No hay ningún lugar donde puedas esconderte y que no te pueda encontrar. Vendría por ti, y nunca me detendría hasta que te recuperase. Eres el mismo aire que respiro. Eres mi luz. Los colores en mi mundo. No hay vida sin ti. Nunca me remontaré a la oscuridad. Tu y yo estamos atados, así es que no tenemos alternativa sino encontrar la manera de hacer operar esto. ¿Estoy hablando claro?

" Perfectamente. Tienes la intención de ser un dictador, y esperas que yo sea un títere. No va a ocurrir, Darius. Yo no voy a estar a tu cargo como todos los demas; y tu no eres de los tipos que pegan a una mujer porque esta le desafia""

Su mano libre se deslizó por la nuca de su cuello, una caricia, un suave toque que envio un temblor abajo de su columna vertebral y empezó a andar un fuego en su abdomen. La enojó que él podría hacer eso con un simple toque , envolver su cuerpo en llamas, al mismo tiempo, que él le negaba sus derechos. Ella no podia dejarle hacer esto, ella no podia hacerse debil.

" No tengo que golpear a una mujer para hacerla hacer lo que es menester para su protección"" Él lo dijo suavemente, su voz era suave terciopelo, hipnótico. " No eres mi títere, y nunca querria que lo fueras. ¿No te das cuenta de que admiro tu coraje? Pero no puedo dejar que te coloques en peligro "" Sus manos se resbalaron alrededor de ella desde atrás, rodeado su cuerpo delgado, y la mantuvo apretadacontra él. " Se hace tarde, Tempest. Necesito dormir. Quiero que te acuestes a mi lado y duermas. Ninguna cosa te despertará. Ninguna cosa te dañará ""

" No puedo respirar aquí abajo,"dijo Tempest desesperadamente,con lágrimas resbalándo y bajando corriendo por su cara. " Darius, déjeme ir. Por favor déjeme ir ""

Él levantó su cuerpo pugnante como si ella no fuera mas que un niño y sepultando su cara en su cuello por un momento, saboreándo a ella su perfume, la percepción de su piel. " No hay necesidad para temer este lugar, esta miel. Es un lugar de cicatrización "" Su voz descendió una octava, cobrando un ritmo urgente, hipnótico. "Tu dormiras en mis brazos, dormirás hasta que diga tu nombre y te despierte"

Darius levantó su cabeza, a fin de que sus ojos morados pudieran quedarse con la mirada fija, directamente en en los ojos verdes de ella, a fin de que él podría entrampar su mirada fija en su hielo negro. Fascinando. Implacable. Ella no podría dejar su mirada fija fuera no importa cuán fuertemente su voluntad. Él sintió su resistencia y la admiró por ella, pero él fue inquebrantable. Esta vez no podia dejar que se saliese con la suya. Él tendría que confrontarla en el siguiente afloramiento, pero en este mismo día ella estaría a salvo.

10

-Esto es todo lo que tenemos. - La fotografía cayó sobre la mesa. Mostraba a una joven esbelta de pelo rojo de pie en medio de un arroyo con los brazos estendidos. Estaba riendo, con la cara vuelta hacia el sol, mientras cientos de mariposas revoloteaban a su alrededor.

-Matthew Brodrick está muerto. La policía dice que no hay duda de que fue un suicidio. Pero yo no lo creo. Matt era uno de nosotros. Sabia que estaba en la pista. No habría tomado fotografías de cualquiera. - Brady Grand acarició con los dedos el lateral de la foto, después la

Librodot

golpeó dos veces. - Esta mujer sabe algo. Este arroyo es el mismo arroyo donde el cuerpo de Matt fue encontrado.

- Vamos, Brady. - Protestó Cullen Tucker. - Mira esa foto. Está a pleno sol. A plena luz del día. No hay forma de que esa mujer sea un vampiro.

Los ojos fríos de Grand viajaron alrededor del círculo de hombres.

- No he dicho que lo sea, sólo que sabe algo. Por lo que sé, podía estar ayudando a Matt. Encontrémosla, y sabremos la verdad.

- La "verdad" es que no tenemos nada. -Soltó Cullen- Dices que esta banda es un grupo de vampiros. La única prueba que nos has ofrecido hasta ahora es una oscura referencia basado en la palabra persa Dara, referiendose a la cantante del grupo, Desari.

Un murmullo bajo de aprobación recorrió la habitación. Después los otros cambiaron de posición nerviosamente. Nadie quería enfrentarse directamente a Brady Grand; él no tenía término medio. Pero habían perdido seis hombres en el primer intento contra la banda, excelentes tiradores, y ahora habían perdido a Matt Brodrick.

Brady los miró a todos.

- ¿Eso es lo que pensáis? ¿Que estoy equivocado sobre estas criaturas? ¿Qué hay del hecho de que enviamos a seis asesinos militarmente entrenados para matar a civiles supuestamente indefensos, y todos nuestros soldados terminaron muertos, mientras las criaturas todavía están sanas y salvas? Dime como ocurrió eso, Cullen. Dime como un simple guardia de seguridad desarmado acabó con seis de nuestros hombre y sus restos. Tenían una ruta de escape a toda prueba pero desaparecieron. Barrieron el escenario de balas, aunque los miembros de la banda quedaron relativamente ilesos. Explícame eso, Cullen, porque yo no veo como es posible.

- La banda tiene suerte. Quizás su guardaespaldas es mejor de lo que crees, un paramilitar. ¿Qué sabes sobre ese tipo? No demasiado. ¿Es posible que el equipo dispusiera de una información pobre? ¿Tal vez fuiste tú el que apuntó muy arriba?

El puño de Brady se apretó firmemente hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Un músculo tembló en su mandíbula.

- Estoy seguro de que la cantante es un vampiro. Lo sé, Cullen. El equipo lo sabía también, o nunca habría acedido a dar el golpe. Queríamos desangrarla lo máximo posible, debilitarla, y cogerla viva. Nuestra gente ha deseado un especimen vivo para estuidarlo durante años. Pero si la única cosa que podemos conseguir es uno muerto, que así sea.

- Todo lo que hemos conseguido por ahora es hacer que el mundo crea que somos una panda de locos fanáticos. - Objeto Cullen. - Dijo que deberíamos fijarnos en otra persona, alguien no tan endemoniadamente popular. Los polis adoran a Desari. Los comerciantes de cada ciudad la adoran. La audiencia la adora. Si la matamos, nos cazarán como a perros.

-Ese es tu problema, Cullen... no tienes sentido del compromiso. Esto es una guerra. Nosotros contra ellos. ¿Crees que ellos existen? Con todas las pruebas que te he dado, ¿realmente no lo crees? - Exigió Brady- ¿Después de que lo viste con tus propios ojos? ¿O fue sólo una historia para conseguir entrar en nuestro grupo?

-Demonios, si, creo que los vampiros existen. - Dijo Cullen. - Pero no esta cantante. Sólo es una mujer con una hermosa voz y un guardaespaldas tan letal como nadie que haya visto jamás. Así que duerme durante el día. ¿Qué esperas? Trabaja toda la noche. Así que no podemos encontrar sus campamentos ni siquiera cuando los perseguimos todo el tiempo. Son muy cuidadosos, muy reservados. Pero nadie muere nunca. Ningún niño asesinado. Nunca dejan una pista de cadáveres secos detrás. Si son vampiros que se alimentan de la gente, ¿dónde están los cuerpos? Todo los vampiros de los que he oido hablar dejan muertos. La razón por la que no podemos encontrar a esta gente cuando acampa es porque su guardaespaldas es bueno. *Por eso* es por lo que no hay fotos, no porque no salgan en la película. Este tipo hace su trabajo y lo hace bien. Es decir, nada de fotos no autorizadas.

- ¿Y los leopardos? - Exigió Brady.

- Parte del show, de la mística. Están en el negocio del espectáculo, Brady. Todo el mundo tiene alguna clase de truco. Ellos tienen leopardos. Genial. A los vampiros les gustan los lobos y murciélagos ¿no es eso lo que decimos? - Cullen hizo prevalecer su punto de vista.

El hombre que estaba más cerca de Cullen se aclaró la garganta. Era un poco más viejo que los otros y generlamente muy callado.

- Es posible que Cullen tenga razón en este caso, Brady. - Dijo suavemente. - No hay evidencia de que nadie de este grupo haya estado alguna vez en las Montañas de los Cárpatos o sea siquiera originario de esa zona.

- Wallace. - Protestó Brady. - Sé que tengo razón con respecto a esta cantante. Lo sé.

El hombre mayor sacudió la cabeza.

- No ayuda que los vampiros parezcan ser tan pendientes de sus mujeres. Poseyéndolas completamente. Aunque esta cantante recientemente se ha emparejado con alguien del mudo exterior.

- Eso prueba mi punto de vista. - Dijo Brady triunfantemente. - Se unió a Julian Savage. Él es de la región donde hace mucho sospechamos se producen vampiros. Y ha estado bajo sospecha desde hace mucho tiempo. ¿Súbitamente aparece y la cantante se enamora? A mi me parece demasiada coincidencia. - Brady lo dejó caer, sabiendo que se había anotado un tanto. Julian Savage definitivamente estaba alto en la lista de sospechosos de la sociedad y lo había estado durante largo tiempo, aunque había eludido a sus cazadores a cada paso.

Hubo un corto silencio. Todo el mundo miraba al hombre mayor y de hablar suave, William Wallace. Había sido miembro de la sociedad cazadora de vampiros desde hacía muchos más años que los otros. Habia perdido a todos los miembros de su familia a manos de los vampiros. Los había cazado en Europa, y cuando hablaba, todo el mundo, incluido Brady, hacía lo que él decía.

- Es verdad. - Musitó Wallace suavemente. - a donde quiera que vaya Julian Savage, lo muerte le sigue, aunque nunca ha estado bajo sospecha de la policía. Tiene una casa en el Barrio Francés de Nueva Orleans, y varios miembros de nuestra sociedad se desvanecieron allí, nunca fueron encontrados. No podemos probar que estaba residiendo allí aquella vez... parece haber vendido su casa familiar... pero incluso los vampiros pueden generar falso papeleo y credenciales. Viaja con frecuencia de país en país, un hombre muy rico. - Continuó Wallace. -Ahora viaje por este país con un grupo de cantantes. Ciertamente sospechoso. - Se inclinó para mirar la foto. - ¿Estás seguro de que fue tomada en el mismo lugar en el que murio Brodrick?

Brady asintió.

- Yo personalmente inspeccioné el lugar. Es el mismo sitio, seguro. Matt tomó una serie de fotos de esta mujer.

- ¿La habéis visto antes? - Preguntó Wallace.

Todos sacudieron la cabeza.

- Matt no tenía novia tampoco. - Intervino un joven con la cara cubierta de granos. Era el voluntario más reciente de la sociedad y deseaba hacerse notar; ponerse a prueba. - Así que si conoció recientemente a una mujer y tomó todas estos fotos en la zona donde los Trobadores se rumorea que acampan, ella debe tener alguna conexión con el grupo.

- ¿Alguna de las otras fotos muestra su cara más de cerca? - Preguntó Wallace.

- Esta es la mejor. Está mirando directamente hacia la cámara. Diría que si encontramos a esta chica conseguiremos algunas respuestas. - Replicó Brady.

- Quizás. - Dijo Wallace. - Debemos investigar un poco más. Si esta chica sabe algo, no debería ser muy difícil sacarselo. Encontradla y traedla aquí a nuestro cuartel general para interrogarla.

Cullen Tucker parecía nervioso.

- ¿Supón que no sabe nada? Quizás es sólo una chica que Matt encontró fotogénica. Si la traemos aquí y nos ve a todos, y averigua lo que buscamos, estaremos expuestos al mundo.

Wallace se encogió de hombros casualmente.

Librodot

- Algunas veces son necesarios pequeños sacrificios. Con gran pesar la joven dama tendrá que ser sacrificada para proteger nuestras identidades.

Cullen miró fijamente alrededor de la habitación, estudiando las caras, buscando a alguien que protestara con él. Pero las caras estaban vacías, caras de fanáticos. La prudencia dictaba que mantuviera la boca cerrada.

- ¿Tienes algún problema con eso? - Gruñó Brady, sus ojos fríos súbitamente volvieron a la vida con el fervor de la sangre.

Cullen se encogió de hombros.

- No más que cualquier otro. - Contemporizó. - No tiene que gustarme, Brady, sólo porque sea necesrio. Empezaré a buscarla en el próximo concierto de la banda. Es en el norte de California. Estoy seguro de que ahora están en camino. No debería ser difícil de localizar, pero sólo por si estoy equivocado, enviaré a alguien de vuelta al parque. Quizás es una chica local o una campista. Los guardabosques deben hacerla visto.

Brady Grand quedó en silencio durante un rato, aquietada el ansia de luchar. Asintió.

- Llévate a Murray contigo. Es mas seguro si sois dos. - Señaló al joven, sabiendo que el chico estaba ansioso por algo de violencia, por probarse ante el grupo.

- Siempre trabajo sólo... lo sabes. - Protestó Cullen. - Dos de nosotros atraerán la atención del guardaespaldas. No podemos subestimarle, sabes. Apostaría a que fue él solito el que acabó con nuestro equipo.

- Quizás - Musitó Wallace. - pero más probablemente fue Savage. Apareció justo al mismo tiempo. Encuentro difícil creer que el guardaespaldas de Desari sea una amenaza para nosotros... a menos, por supuesto, que sea uno de ellos.

Cullen refrenó su aguda réplica. ¿De que serviría? Brady Grand se había vuelto tan fanático como Willian Wallace estos últimos años. Llevaban armas constantemente y entrenaban un pequeño ejercito. Ambos parecían creer que estaba luchadno en una guerra. Cullen simplemente creía que si algo tan malvado como un vampiro existía, debía ser exterminado. Lo creía por lo que había visto en San Francisco unos pocos años atrás cuando un asesino en serie anduvo suelto. Sólo que no era un asesino en serie. La criatura había asesinado a la novia de Cullen justo delante de él, drenando su sangre y riendo mientras lo hacía. La policía no le creyó... nadie lo hizo. Hasta que Brady Grand lo encontró. Ahora Cullen no estaba seguro de si alguien estaba más sediento de sangre que Grand y Wallace o de que fueran muy diferentes de los vampiros.

Una vez más Cullen miró fijamente la foto de la risueña pelirroja. Era hermosa, con calidez y alegría en su sonrisa, compasión en su cara, una dulce inocencia en su postura. Más allá del cuerpo esbelto y el rico pelo rojo, vió a alguien con algo que valía la pena. Vió a una mujer con la misma bondad natural que su novia había poseído. Suspiró y se guardó la foto en el bolsillo. Le asombraba que los otros no pudieran ver la inocencia en su cara. Ella no tenía nada que ver con vampiros.

- Saldré ahora. - Dijo gruñon. - Llamaré si ver si alguien consigue cualquier pista, asi que alguien esté pendiente de los teléfonos.

Brady le evaluó extrañamente. Su asentimiento fue lento, y sus fríos ojos de serpiente siguieron a Cullen mientras salía hacia la puerta. Cullen inhaló el fresco y fresco aire nocturno profundamente, deseando librarse del hedor del fanatismo. Había seguido a los miembros de la sociedad por una necesidad de vengar la horrorosa muerte de su novia. Ahora la necesidad no parecía tan grande. Deseaba librarse de la rabia y el odio y empezar su vida de nuevo. La foto parecía arder abriendo un agujero en su bolsillo. Lo más inteligente que podía hacer sería desaparecer. Largarse. Ocultarse. Pero conocía a Brady Grand. A ese hombre le gustaba matar y en la sociedad había encontrado una salida legítima para sus tendencias psicóticas. Incluso el ejército de Estados Unidos le había echado a patadas, desenganchándole por su repetitivo vicio de atacar a los nuevos reclutas y civiles. Había habido dos incidentes anotados en su ficha, dos muertes sospechosas que nada pudo probar que fueran asesinatos. Cullen sabía todo eso; tenía un amigo con acceso a los archivos

militares. Brady Grand no era la clase de enemigo que quería que le persiguiera el resto de su vida.

El Jeep de Cullen arrancó fácilmente, pero la foto continuaba ardiendo a través de su ropa hasta su piel. De repente maldijo. No podía dejar simplemente a la pelirroja para que se las arreglara. Tenía que encontarla y advertirla. A la cantante también. Podía tener el mejor guardaespaldas del mundo, pero si Brady Grand era lo bastante persistente, antes o después la sociedad la alcanzaría.

Golpeando el volante de pura frustración, Cullen giró el vehículo hacia el norte.

Muy lejos, profundamente dentro de las entrañas de la tierra, Darius sostenía a Tempest contra él.

Algo se estaba moviendo a través de su mente, una señal de advertencia, una que le había mantenido en el buen camino durante muchos siglos. Era lo suficientemente fuerte como para traer a la vida a la bestia rugiente. En la boca sintió el alargamiento amenazador de sus colmillos. Alzó la cabeza, su mirada helada recorrió el interior de la cámara. Lentamente volvió la cabeza hacia el sur, hacia el peligro. Algo amenazaba a Tempest, algo que venía de esa dirección. Nada haría daño a esta mujer que sujetaba entre sus brazos. Nada, juró.

Bajó la mirada hacia su cara, tan joven y vulnerable en su sueño. La luz de las velas acariciaba su piel amorosamente, lanzando sombras tentadoras a través de ella, invitando su toque. Darius sintió surgir el deseo a través de su cuerpo y permitió que ocurriera. Llevaría siglos saciar su apetito de ella. Siglos. Pero él había elegido otra cosa. Había elegido mantenerla humana y morir con ella cuando le llegara el momento. Así que tendría que ser más cuidadose cuando la poseyera, no podía afrontar seguir tomando su sangre durante su emparejamiento.

Estaba fuera de control cuando su cuerpo demandaba el de ella, peligroso para ambos. Pero la deseaba. Nunca dejaría de desearla. Una sensación salvaje y primitiva, aunque tierna y gentil. Pero él no era un hombre gentil. Los largos siglos se habían ocupado de eso, horneando su lado rudo, su naturaleza depredadora. Aunque encontró que cuando la miraba, él era diferente. Algo en su interior se fundía, se suavizaba.

Durante siglos de existencia había sabido el momento exacto en el que el sol se elevaba y hundía, la noche envolvía la tierra sobre ellos. Su momento. Su mundo. Darius se estiró perezosamente y volvió a recorrer con una mano, posesivamente, la piel satinada de Tempest. No había dormido en la tierra amorosa, no había dormido el sueño rejuvenecedor de su gente, porque si algo iba mal, no quería que Tempest despertara sola bajo la montaña con lo que parecería ser su cuerpo muerto junto a ella.

En el sueño de los Cárpatos detenían su corazón y pulmones... una cosa útil, un proceso rejuvenecedor, algo que sus cuerpos requerían para mantenerlos en plena fuerza, pero que aterrorizaba a los humanos.

Sin completar el proceso acostumbrado, el sueño de Darius había sido inconstante e inquieto. Pero Tempest era joven y estaba acostumbrada a salirse con la suya, así que había sacrificado su descanso restaurador para asegurar la cooperación y seguridad de ella. Ahora pasó los dedos a través de los mechones rojos. Pelo rojo. Ojos verdes. Temperamente ardiente. Voluntad fuerte. Su piel era cálida y atractiva. En su sueño inducido su corazón latía fuerte y su respiración hacía subir y bajar sus cremosos pechos.

Darius inclinó la cabeza para saborear su piel incluso mientras le impartía la orden de despertar. Su mente captó la de ella mientras accedía adormecida, alimentándo su urgente hambre de ella, construyendo imágenes eróticas de deseo en la cabeza de ella. Movió la boca lentamente, lánguidamente sus dientes rasparon ocasionalmente, reclamando cada parte de ella. Podía sentir el ritmo de su corazón cambiando para acompasar con el suyo. El cuerpo se le endureció, exigiendo; la sangre apresurándose con ardiente deseo. Sintió como respondía el cuerpo de ella mientras la sangre caliente surgía a través de las venas, cargada de llamas, cargada deseo.

Antes de que estuviera completamente despierta, totalmente consciente de lo que la rodeaba, la envolvió en una fantasía erótica de Darius saboreando la calidez de su garganta, su mano se movió para acunar un pecho posesivamente. Aunque era de pequeña estatura, de huesos delicados, los pechos estaban llenaos, encajaban en la palma de su mano como si hubieran sido hechos para él. Encontraba una alegría casi salvaje en la forma en que su cuerpo se endurecida en una agresiva respuesta masculina.

Movió la boca sobre su hombro, deteniéndose para morar en el pequeño hueco que se encontraba allí. La lengua lamió gentilmente, insistentemente, trazando el valle entre sus pechos, prestando especial atención a cada pezón, una tarea que envió fuego corriendo a través de su propia sangre. Cerró los ojos durante un breve momento saboreando la textura de su piel, el fuego que se extendía a través de su propio cuerpo. Pero pronto se volvió necesario trazar cada línea a lo largo de sus costillas, inspeccionar su estómago con la lengua.

Las manos se movieron todavía más abajo, la esbelta curva de sus caderas, acariciando la satinada piel de allí. Bajo las palmas de sus manos, ella se movió inquietamente, todavía adormilada, sólo parcialmente consciente de lo que estaba haciendo. Pero su cuerpo estaba vivo de deseo por él. Compartí eso, conectando con su mente mientras lo hacía. Darius sonrió para sí mismo, disfrutando de saber que en cada acometida ella estaría con él, su cuerpo suave y dándole la bienvenida.

Las piernas de ella se movían y empezó con las manos una lenta caricia en sus muslos. Un suave y pequeño sonido escapó de su garganta mientras intentaba decidir si era alguna fantasía erótica o era real. Ella no era consciente de donde estaba, sólo de la boca que se movía perezosa pero concienzudamente sobre cada centímetro de su cuerpo.

Darius empujó la mano al nido de apretados rizos, sintiéndo su calor pulsante. Cuando ella se presionó más cerca, simplemente bajó la cabeza para saborearla. Tempest gritó, en algún lugar entre la alarma y el placer, aferrando en sus puños el pelo de él, atrayéndole más cerca. Ardor blanco, relámpago azul atravesándola y entrando en él. La sensación era sorprendente, Darius sintió la forma en que el cuerpo de ella se retorcía de placer.

Su propio cuerpo estaba brutalmente inquieto, tan lleno y pesado que temía que pudiera romperla si se movía demasiado ferozmente. Mientras compartían el tembloroso alivio de ella, las manos de Tempest se movieron sobre los músculos definidos de la espalda de Darius para descansar sobre sus caderas. Darius alzó la cabeza, sus ojos ardían hacia ella.

Normalmente modesta, Tempest debería haberse sentido tímida. En vez de eso captó imagenes de la mente de él, su hambriento deseo, y sintió una tentadora lujuria... que le gustó. Le empujó hacia atrás para que quedara tendido de espaldas. Su manos inspeccionaron el pecho. Sonriendo un poco, inclinó la cabeza para lamer gentilmente la ardiente piel. Incluso sabía masculino. Con la mente de él firmemente atrincherada en la propia, podía sentir el fuego que corría por su sangre, sentir el inquieto y doloroso deseo de su cuerpo. Deliberadamente permitió que su sedoso pelo callera sobre la sensible piel de él, incrementado la sensación incluso más.

Darius susurró su nombre, los dientes blancos se juntaron impotentemente. Se estaba tomando su dulce tiempo, volviéndole loco de ansia, la boca viajando lentamente hacia abajo por el estómago plano buscando las líneas de sus caderas. Su mano le rozó, y el cuerpo se le tensó incluso más. Escuplió su nombre una vez más, esta vez una orden, pero Tempest se negó a escuchar. La lengua le saboreó en una larga y lenta caricia que hizo que sus manos se alzaron para aferrarla del pelo, obligándola a acercar su cabeza.

Tuvo la audacia de reirse de él, su cálido aliento se añadió a la conflagración que aumentaba en su cuerpo. Se mano se movió arriba y abajo sobre él, probando su peso. Entonces dejó escapar un grito ronco. La sedosa sensación de su boca sobre él era increíble. Cálidamente apretada, húmeda. Ella sabía lo que le gustaba por las imágenes de su propia mente, y Darius estaba perdido para el mundo. Perdido en la belleza de lo que compartían.

Se burlaba de él. Le torturaba. Deleitándose en su poder sobre él. Aguantó tanto como fue capaz físicamente; después la arrastró hacia arriba aferrándola por un puñado de pelo rojo.

No importaba si era brutal, era la única cosa que era capaz de hacer en ese momento. Encontró con las manos su cintura y la empujó sobre él.

Tempest encontraba asombroso saber exactamente lo que él deseaba. Empezó a montarle lentamente, pero rápidamente se convirtió en un movimiento frenético, sus músculos se tensaron alrededor de él, tomándole más profundamente en su interior. Las manos de él se movieron sobre su cuerpo, inspeccionando la pequeña cintura, el estrecho torso, y los pechos llenos. Entonces se alzó hacia ella, un lento e inexorable movimiento que casi le detuvo el corazón. Podía sentir el deseo en él, la necesidad de tomar su sangre... más una urgencia sexual que un hambre física. Lo había hecho muchas veces, pero alla nunca había visto sus dientes tan bien. Ahora él no intentó esconder el alargamiento de sus incisivos de ella mientras inclinaba la cabeza hacia su garganta.

Se lanzó hacia adelante, enterrándose profundamente en su interior mientras los dientes de hundían en la suave ganganta. Compartió la sensación última con ella, sus cuerpos y mentes unidas, compartiendo la misma esencia de la vida juntos. Su cuerpo ardía, la conflagración aumentaba más y más hasta que ya no pudo controlarlo. La arrastró con él hasta que ambos explotaron salvajemente, la misma tierra tembló bajo ellos.

Se obligó a detenerse no tomando más sangre simplemente para satisfacer su insaciable anhelo de ella. Ya había notado diferencias en ella, su abilidad para oir y ver era mucha más aguda. Inadvertidamente estaba realzando sus sentidos. Alterando la humanidad que había jurado preservar. Darius deslizó los brazos protectoramente a su alrededor. Nada iba a hacerle daño. Nunca. Ni siquiera él.

Tempest se contentaba con estar tendida sobre la dura longitud del cuerpo de él, sintiéndose protegida y profundamente amada. Era un amante perfecto, cuidadoso con ella incluso en sus momentos más rudos. Podía oir sus corazones latiendo en perfecto ritmo, y se quedó tendida allí durante un rato recuperando el aliento. Mientras inhalaba lentamente para respirar, sintió el opresivo calor. Sus dientes se hundieron en el labio inferior mientras miraba a su alrededor.

Todavía estaban en la cueva. La humillación la inundó. La había distraido haciendo el amor, no había considerado siquiera donde estaban. Dudaba que lo hubiera notado de estar en medio de la calle. ¿Dónde estaba su orgullo? Este hombre prácticamente la había secuestrado, manteniéndola en el centro de la tierra sin el más liguero remordimiento, y después se había tomado vergonzosas libertades con ella.

Tempest alzó la cabeza, las largas pestañas velaron sus ojos antes de que él pudiera leer su expresión. Pero Darius se había convertido en una sombra en su mente, sintiendo su culpa y rabia con sí misma, su humillación por haber permitido esto cuando estaba tan enfadada con él.

Inmediatamente rodó para ponerla debajo, atrapando el cuerpo esbelto con su forma mucho mayor. Enredó un mechón del pelo brillante y sedoso y tiró de él hacia su boca.

- Debo disculparme por aprovecharme de ti mientras dormías. Estuvo mal por mi parte cuando había asuntos sin resolver entre nosotros. Pero eres tan hermosa, Tempest, que perdí el control.

Las largas pestañas se deslizaron hacia arriba, revelando unos ojos verdes que ardían de furia hacia él. Realmente le empujó, con la palma de la mano golpeando con fuerza contra su pecho. Estaba tan sorprendido por su reacción que olvigó moverse, fingir que sentía el empujón. El calor se arremolinó en él, una oleada de deseo tan fuerte que casi besó la boca enfadada de ella.

- Eres tan modesto, Darius. Ni siquiera pienses que puedes engañarme con una historia como esa. Tú no pierdes el control. Sabes exactamente lo que estás haciendo. Quieres tener sexo, así que lo haces. Y yo soy tan tonta que me dejo, como una de esas estúpidas heroínas de las novelas rosa. - Notó que no le había movido con su empujón, y eso levantó su genio otro punto.

- Quería hacerte el amor. - Corrigió el, su voz negro terciopelo.

Sólo el sonido de su voz enviaba una ráfaga de calor cruzando su riego sanguíneo. Requirió un tremendo esfuerzo apartar la mirdada de la ardiente intensidad de los ojos de él. Y Dios tendría que salvarla si miraba ese boca perfecta. Todo ello añadió combustible al fuego.

- Crees que puedes salirte con la tuya seduciéndome, Darius, pero no funcionará. No me gusto mucho a mí misma en estos momentos, y sé que todo todo fue culpa tuya, pero déjame decirte antes de que se infle demasiado tu ego, que no te respeto ni de cerca tanto como te respetaba ayer. - Hizo una pausa. - Si es que fue ayer.

- Puedes bañarte en la charca. - Intentó no convertirlo en una orden. Su cuerpo parecía responder al más mínimo toque de ella. No se atrevía a empezar nada con esos ojos verdes ardiendo con fuego y el pelo rojo chispeando en llamas.

-¿Me estás dando tu permiso? - Preguntó ella sarcásticamente.

Inclinó la cabeza hacia ella porque había hecho esa pequeña mueca con los labios que nunca podía pasar por alto. Su boca encontró la de ella y saboreó la cálida miel de ella incluso en medio de su enfado, que le atraba siempre el corazón.

- Ni me sorprende que siempre te metas en problemas. - Murmuró, su beso se deslizó sobre la comisura de la boca hasta el hoyuelo, todavía más abajo hasta encontrar la barbilla, después la garganta. El pulso latía bajo su boca, encendiendo su hambre. Llegó de ninguna parte, abrumándole con la misma rapidez e intensidad mientras su cuerpo se endurecía, urgiéndole a tomarla una y otra vez.

Tempest se alejó, sus ojos esmeralda cautelosos una vez más. Él era tan fuerte, su poder sobrecogía, mientras ella no tenía ningún control en absoluto sobre la situación. Era su cautiva, escondida bajo tierra, donde la mantendría todo el tiempo que quisiera. La idea no se le había ocurrido hasta ese momento, y le robó el color de la cara instantáneamente.

- ¿Darius? - El nombre surgió estrangulado, una súplica para que la tranquilizara.

Él le tocó la mente, encontrando el miedo fácilmente. Su brazo la rodeó, arrastrándola cerca de su protección.

- Tan pronto como tomes tu baño, iremos a la superficie. Necesito alimentarme. Tú necesitas comida.

El alivio fue tremendo, y creyó en la pureza de la voz de él. Apesar de estar furiosa con él, se agarró a él sólo un momento, esperando que su corazón dejara de martillear tan violentamente.

- Darius. - Le confió. - Realmente me da miedo estar aquí abajo.

Darius apretó su abrazo, aplastanto el cuerpo esbelto contra el suyo. No conocía el significado real de "miedo" hasta que ella había entrado en su yerma existencia. Ella había traído esa definición a la vida para él. Temía perderla, temía que alguien o algo pudiera hacerla daño. El temor la ponía al límite y le hacía peligroso, como los felinos un su más inpredecible estado de ánimo.

- Todas estas son diferencias menores en las que podemos trabajar, Tempest, - Le aseguró. - Ningún obstáculo entre nosotros es insuperable.

Ella tomó un profundo aliente reafirmante.

- De acuerdo, Darius. Estoy totalmente a favor de eso. Pero no me controles. Me gusta mi libertad. Yo soy así.

- Lo que eres es mi otra mitad, como yo la tuya. - Dijo él.

Ella se arrancó de sus brazos y le volvió la espalda, alejándose de él para no sucumbir al deseo de patearle la espinilla. Era tan arrogante, escupiendo sus tonterías del Viejo Mundo, que deseaba tirarlo a la charca y verle perder su magnificencia y esa frialdad tan irritante.

Darius ocultó su sonrisa. No podía evitar decir cosas *sólo* para meterse con ella. Le gustaba observar esos ojos verdes brillando como gemas, el resplandor de fuego que inadvertidamente dejaba expuesta su naturaleza profundamente apasionada al igual que su genio.

Tempest entró en la charca y encontró el agua clara sobre su piel más erótica de lo que le hubiera gustado. Sabía que los ojos negros ardían sobre ella mientras nadaba, y algo femenino y salvaje pareció adueñarse de ella. Se enjuagó el pelo lentamente, volviéndose para proporcionarle una buena vista, y que el agua acariciara la cintura y corriera hacia abajo sobre los senos expuestos. Le hizo señas. Burlándose de él.

Con la agudeza auditiva incrementada, captó el juramento amortiguado de él. Una sonrisa curvó la suavidad de su boca, toda furia desapareció cuando echó un vistazo al cuerpo masculino que exigía, su erección imposible de esconder a ninguno de ellos. Deliverandamente se inclinó, enguajándose el pelo por segunda vez, dándole una buena vista de la curva de las sus caderas y nalgas. Se merecía sufrir un poco. Y ella se lo estaba pasando en grande.

Pequeña bruja pelirroja. Le estaba volviendo loco deliberadamente. Lo sabía. También sabía que se estaba divirtiendo, recuperando la sensación de control y poder. Darius dejó escapar un gemido bajo y ronco de frustración. La respuesta de ella fue una risa ahogada, apresuradamente apagada por la salpicadura de agua. Pequeña liante. Todo hombre tenía un límite. En cualquier caso, el hambre estaba enturbiaba el buen juicio, y nada sabía como lo que conseguía de sus eróticos encuentros. Aún así, no podía afrontar tomar mucha sangre de ella. Reemplazarla con la de él era un pasatiempo peligroso, la alteraba de forma de las que no estaba seguro. Las pocas veces a través de los siglos en las que había encontrado a mujeres humanas convertidas, se habían convertido en vampiros y perdido el juicio, alimentándose de niños. Se había visto forzado a destruirlas.

La idea lo aterrorizaba. ¿Qué pasaba si de alguna forma llevaba a Tempest al mismo límite? Sus mentes estaba ya continuamente buscando el contacto del otro. ¿Podía haberla puesto en peligro? ¿Tendría Julian respuesta a esto? Orgulloso como era, tendría que preguntar al compañero de Desari sobre su conocimiento en este asunto. El orgullo no significaba nada si Tempest podía estar en peligro.

Volvió a mirarla de nuevo. Era exquisita. Todo en ella le afectaba, sacando a la luz sentimientos intensos, ya fueran protectores, sexuales o emocionales. Se encontró fascinado por la línea de su garganta, el intervalo de su cintura, las curvas de sus pechos, torso y trasero.

Tempest se retorció el pelo cuidadosamente y salió trabajosamente de la charca. Estaba a un par de pies de Darius antes de que olfateara la ronca llamada del cuerpo de él, de que sintiero el calor que emanaba de su piel. Le sonrió, un burlón desafío, una débil y burlona mueca de sus labios ante su obvia incomodidad.

- ¿Tienes algún problema? - Se burló en voz alta.

Era magnífico. No le dirigió ninguna otra palabra. Y la asombró poderle provocar tal reacción, una criatura tan poderosa y controlada como era Darius casi siempre. Eso de poder hacerle perder el control la desconcertaba aunque la excitaba. Era hilarante, como saltar sobre la espalda de un tigre con su vida pendiente de un hilo.

Darius esperó hasta que pasó a su lado antes de extenderse para reclamar lo que era suyo. Simplemente le atrapó los brazos atrás, después las movió hacia adelante colocandole las manos sobre la superficie plana de una roca cómoda. Al momento su cuerpo atrapó el de ella, empujando agresivamente contra el trasero de ella mientras sus dedos curiosos se aseguraban de que estaba cremosa por su propio deseo de él. Le atrapó las caderas firmemente y se introdujo en su apretada y húmeda vaina. Era resbaladiza y caliente, esperándole. Darius se permitió el natural instinto dominante de los hombres de su raza. Sus dientes encontraron el hombre y la inmovilizaron mientras se enterraba una y otro vez con fuertes y largas estocadas.

Tempest sintó la dulce ráfaga de fuego consumiéndola, la fuerza de las manos que agarraban sus cadera, el duro grosor entrando en ella, sólo retirándose y volviéndo a entrar. La sensación de la boca de él sobre la piel, el calor blanco cuando sus dientes se enterraron profundo y la sujetó en posición sumisa. Una parte de ella se sentía intensamente vulnerable, pero él ajustó su posición para acomodar la estrechez de su funda femenina, y todo el tiempo

el fuego aumentaba más y más alto. Tempest podía sentir su cuerpo tensándosa, aferrándole, empezando a subir en espiral. No deseaba que acabara demasiado pronto, demasiado rápido. Deseaba este momento con él, temiendo que nunca ocurriera de nuevo una vez que volvieran a su mundo, el mundo que conocía y al que pertenecía. Esto era demasiado. Demasiado de todo. Demasiado fuego y demasiados sentimientos.

- Darius. - Gimió su nombre con un suspiro, en alguna parte entre la agonía y el éxtasis.

- Solo Darius. - Gruñó él contra su piel. - Eres mía. - En algún lugar profundo en su corazón sabía que ella todavía pensaba en ellos por separado. Que no se quedaría con ella, que ella podría dar media vuelta y marcharse, que se marcharía en cualquier momento. Le deseaba aunque la aterrorizaba necesitarle, ser parte de él, que no hubiera Darius sin Tempest, ni Tempest sin Darius. Él, por otro lado, había aceptado eso casi desde el primer momento que posó sus ojos en ella. Su cuerpo se hinchó, ardiente y resbaladizo, acero aterciopelado, y se quedó inmóvil, deseando prolongar el momento, deseando llevarla al punto máximo.

Él deseaba oir esos ruidito suaves que hacía ella con la garganta, esos que le fundían el corazón y enviaba flechas que atravesaban su alma. Esos ruiditos que le volvían loco. En su boca estaba el delicioso sabor de ella, y contra su piel estaba la sensación de la de ella, desnuda, suave y tan vulnerable, todo para él. Saboreó el momento, prolongándolo, alzándose más y más alto hasta que el cuerpo de ella se apretó y tensó a su alrededor, exprimiéndole su misma esencia, extrayendo una explosión de calor y llama, una tormenta de fuego de placer estático que los consumió a ambos..

La respiración de ella llegaba en pequeños jadeos, y tuvo que sujetarla para prevenir que sus piernas temblorosas cedieran terreno. Volvió la cabeza para mirarle, sus ojos rojos brillaban como joyas.

- No tenía ni idea de que todo pudiera ser así, Darius. Eres increíble. - Lo dijo sinceramente. Había leído libros... ¿quién no? Había vivido en las calles, crecido rodeada de prostitutas. Naturalmente había hecho unas pocas preguntas. Nadie le había descrito nada como las sensaciones que Darius le producía. La mecánica, quizás, pero no la belleza y pasión que conseguían juntos.

- Somos nosotros juntos. - Explicó él pacientemente, deseando que comprendiera. Tempest estaba tan programada para estar sola, para vivir una vida solitaria, que su mente se negaba a comprender el verdadero significado de su unión.

- ¿No te sientes de esta forma cuando haces el amor con otras mujeres? - Preguntó, luchando por creer que un hombre tan viril, un hombre que hacia el amor con tanta frecuencia y tan vigorosamente como lo hacía Darius, no había necesitado cientos de amantes en el pasado. ¿Cómo podía alguna mujer hacer frente a sus demandas, satisfacerle? No tenía ninguna experiencia real. ¿Cómo podía mantenerle contento?

Él se encontró frunciendo el ceño mientras leía los pensamientos de ella. Darius la deslizó entre sus brazos y se dirigió de vuelta a la charca para enjuagarla una vez más.

- Tú satisfaces cada una de mis necesidades. - Señaló. - Y me satisfaces perfectamente. No puede haber ninguna otra mujer, Tempest. Puedes tocar mi mente con la tuya. No puedo mentirte. Lee mis pensamientos. Digo la verdad. Sólo estás tú en mi corazón. Tu cuerpo es el único que mi cuerpo aceptará. Nunca habrá otra. Es para siempre.

- Yo me haré mayor y moriré, Darius. - Señaló ella. – En otro centenar de años encontrarás a alguien más. - Rió suavemente ante su propio ego. - Pon atención en que te he dado abundante tiempo para lamentarte por mí.

- Pon los brazos alrededor de mi cuello. Mírame. - Ordenó él, deseando su completa atención. - Te amo, Tempest, a ninguna otra mujer. No es el amor de los humanos, es más envolvente y violento, aunque más puro y apreciado.

Ella sacudió la cabeza.

- No me conoces lo suficiente como para amarme realmente. Se sientes atraído sexualmente por mí, eso es todo. - Sonaba desesperada incluso a sus propios oídos.

- He estado en el interior de tu mente incontables veces, Tempest. Lo sé todo de ti. Cada recuerdo de tu niñez, bueno y malo. Conozco tus pensamientos secretos, pensamientos que los humanos nunca comparten con nadie. Sé las cosas que te gustan de ti misma. Conozco tus fuerzas y las cosas que consideras tus debilidades. Sé más de ti en el tiempo que hemos pasado juntos de lo que cualquier hombre podría saber en toda una vida. Te amo. A tu yo completo.

Sus manos se movía para lavar la evidencia del acto de amor compartido entre sus piernas, sus dedos consoladores, gentiles.

- Sé que crees que soy el hombre más sexy que has conocido. Crees que soy guapo. Adoras el sonido de mi voz. Particularmente te gustan mi boca y mis ojos y la forma en que te miro. - Su mirada negra se movió sobre la cara de ella, su débil humor vaciló mientras continuaba. - Temes mis poderes, aunque los aceptas así como mis diferencias con sorprendente facilidad. Te hago sentir a salvo y protegida, y temes esa sensación porque no confias en semejante concepto. No quieres atarte a mi completamente porque no confias en poder sujetar mucho a un hombre tan poderoso como yo, y no puedes permitirte el dolor de perderme.

Ella estaba intentado liberar los brazos, pero la sostenía firmemente, así que en vez de eso le miró fijamente.

- Mientras inspeccionabas el interior de mi cabeza, ¿descubriste lo que deseo hacerte la mitad del tiempo?

La boca de él se suavizó con burlona diversión masculina.

- ¿Quieres decir cuando no estás deseando mi cuerpo dentro del tuyo?

Furiosa, ella asintió.

- Como ahora, por ejemplo.

La palma de la mano de él le apartó mechones húmedos de pelo de la frente. Sus ojos ardían en los de ella.

- Tienes una asombrosa inclinación a la violencia de tipo femenina. - Comentó él.

- Estoy empezando a pensar que la violencia es la única forma de manejarte. - Tempest insertó una mano entre sí misma y la pared del pecho de él y firmemente incrementó la presión hasta que perdió las fuerzas. Si él no notaba los sutiles indicios para dejarla ir pronto, *recurriría* a la violencia, y entonces lo iba a lamentar. Una lucha en serio sólo podría inflar su ego masculino aún más. Le miró fijamente de nuevo, esperando congelarle en el sitio.

- No creo en el amor. Es un mito. La gente lo usa para salirse con la suya. No existe tal cosa. Es simplemente atracción física.

Darius prácticamente la tiró fuera de la charca.

- ¿Realmente crees la tontería que escupes? Yo soy la oscuridad. Tú la luz. Soy un depredador. Tu guardas compasión y bondad en tu interior. ¿Y aún así *yo* debo enseñarte lo que es el amor?

- Tu ego se muestra de nuevo. - Declaró ella, con una débil arrogancia en la voz. - Sabes, Darius, no es necesario que pensemos o creamos igual todo el tiempo. No tengo que verlo todo a tu modo.

Algo profundo, oscuro y aterrador llameó en las profundidades de los ojos de él, y Tempest contuvo el aliento. Él parpadeó, y la ilusión se fue, dejándola preguntándose si había visto sólo las llamas de las velas reflejadas en esos ojos.

- Tienes ropas ahí. Vístete, Tempest. Debo alimentarme.

En el momento en que él pronunció las palabras, ella fue consciente de que el corazón le latía con fuerza. Sonaba excesivamente fuerte a sus oídos, como el retumbar de un tambor. Peor aún, podía oír los latidos del corazón de él. El agua goteaba de las paredes también, casi ensordecía, considerando que la noche antes dificilmente lo había notado. Y oía algo más... un sonido amenazador lejano y agudo que imaginaba era el que un gran número de murciélagos podría hacer.

Tempest tomó un profundo aliento, sus dientes mordieron nerviosamente el labio inferior. No le justaba que Darius utilizara la palabra alimentar. No la gustaba el hecho de que súbitamente se hubiera vuelto tan extrañamente aguda de oído. ¿Qué significaba todo eso? La había mordido varias veces. ¿Podía infectarla con lo que fuera que le hiciera ser una criatura semejante a la que era? Lentamente se puso las ropas como él había pedido... algo que tampoco quería examinar demasiado de cerca. No era su ropa. ¿De dónde habían venido?

- Estás profundizando demasiado esta vez, Rusti. - Murmuró en voz alta.

Darius estaba a su lado, inmaculado, elegante, poderoso.

Le revolvió el pelo afectuosamente.

- Deja de hablar contigo misma.

- Yo siempre hablo conmigo misma.

- Ya no estás sola. Me tienes a mí, así que no hay necesidad de continuar con este hábito. ¿Estás preparada? - Sus ojos negros vagaron por la pálida cara de ella, instalándose por un momento sobre la temblorosa boca. Le divertía que periódicamente se asustara a sí misma sus ideas y ansiedades. Le asombraba que no estuviera siempre aterrorizada de él, que aceptara sus diferencias: de la misma forma en que aceptaba las diferencias de piel, color o religión. De la misma forma en que aceptaba a los animales.

Tempest alargó la mano inesperadamente y tomó la de él.

- Aunque seas el ser más arrogante que me he encontrado nunca, gracias por la última noche. Fue hermoso, Darius.

Era la última cosa que hubiera esperado, y le conmovió como nada más podía haberlo hecho. Volvió la cabeza lejos de ella para que no puediera ver el brillo de las lágrimas que súbitamente tocó sus ojos. Eso en sí mismo era un pequeño milagro. No se creía capaz de llorar aunque deseaba llorar por el agradecimiento de ella. A pesar de estar enfadada con él, de temer sus poderes y este lugar, su noche juntos había significado lo suficiente para ella como para que hubiera pensado en agradecérselo.

Mientras la llevaba de vuelta a la superficie de la montaña comprendió que era la primera vez que alguien le agradecía algo. Su rol como proveedor y protector de la familia había quedado establecido hacía mucho y ya se daba por supuesto. Esta mujercita, tan delicada aunque tan valiente, le hacía recordar la razón por la que había escogido el papel de proveedor y protector.

11

La noche era casi la cosa más increíble que Tempest hubiera visto nunca. Estaba despejada y ligeramente fresca, y sobre sus cabezas miles de diminutas estrellas intentaban competir en brillo las unas con las otras. Inhaló la esencia de pino. Una ligera brisa llevó hasta ella un ramo de flores silvestres. La neblina de la cascada limpiaba el aire a su alrededor. Quiso correr descalza a través del bosque y celebrar la belleza de la naturaleza. Durante un momento incluso olvidó a Darius mientras levantaba los brazos hacia la luna, una silenciosa ofrenda de alegría.

Darius observó su cara, sintió la felicidad que la consumía. Tempest se concentraba en cualquier cosa que hiciera en cada momento, tomandolo en mente y cuerpo y disfrutándolo

Librodot

con plenitud. Parecía saber como vivir realmente. ¿Era porque había tenido tan poca alegría en su vida? ¿Era porque había tenido que luchar tan duro simplemente para sobrevivir? Tocó su mente, una sombra silenciosa y vigilante agazapada en la retaguardia, así podría compartir la intensidad del momento con ella.

Y lo hizo. Lo vio todo. Cada detalle único y vívido de admiración. La exquisita belleza de las hojas bañadas por la luz plateada. Las gotas individuales de humedad centelleando como diamantes en el aire alrededor de la cascada. El prisma de color fluyendo de la espumosa cascada. Los murciélagos giraban y se lanzaban hacia innumerables insectos. Darius podía incluso verse a sí mismo alto y poderoso, intimidante, masculino. Su pelo largo flotaba sobre los amplios hombros, y su boca era... Se detuvo a sí mismo, una sonrisa revoloteó en su boca. Definitivamente a ella le gustaba su boca.

Tempest le golpeó con fuerza en el pecho.

- Saca esa sonrisa presumida de tu cara. Sé exactamente lo que estás pensando.

La mano se posó sobre las de ellas y atrapó los pequeños puños apretados contra su propio pecho.

- Veo que no intentas negarlo.

Los ojos verdes chispearon con un desafío burlón.

- ¿Por qué debería hacerlo? Tengo buen gusto. Casi todo el tiempo. - Agregó con mordacidad.

Él gruñó bajo en su garganta, un sonido que pretendía intimidarla, pero en vez de eso se rió.

- Calma, chico. Cualquiera con tu arrogancia puede aguantar una bromita.

Él se llevó la mano de ella a la boca y mordisqueó los nudillos amenazadoramente, ella rio cambiando luego a un brusco chillido de alarma.

- No cuentes con ello. - Advirtió él, sus dientes blancos brillaron como los de un depredador. - Soy como cualquier hombre. Espero que la mujer que amo me adore y crea que soy perfecto.

Ella soltó un bufido nada elegante.

- Tendrás que esmerarte mucho para eso.

Los ojos negros de él, tan exigentes, ardían sobre su cara.

- No creo que sea para tanto, cielo.

- Buscate algo de comida. Tenemos que encontrarnos con los otros. - Dijo Tempest un poco deseperadamente. No podía mirarla de esa forma. Simplemente no podía.

- Y si me voy, ¿qué harás tú por mí? - Propuso él, frotando los nudillos de ella contra su mandíbula oscurecida. La sensación envió un fuego oscuro a través de su sangre.

- Seré una buena chica y esperaré por ti aquí mismo. - Se enfrentó a él. - No te preocupes tanto, Darius. En realidad no soy del tipo aventurero.

Él gimió ante tan flagrante mentira.

- Mi corazón no podría soportarlo si fueras algo más aventurera. - Sus ojos negros la atravesaron. - Obedéceme en esto, Tempest. No quiero volver y encontrarte encaramada en otro acantilado.

Ella puso los ojos en blanco.

- ¿En qué problema puedo meterme aquí? No hay nadie en varias millas a la redonda. De verdad, Darius, te estás volvieron completamente paranoico. - Avanzó a grandes zancadas hacia una enorme roca con un canto plano en lo alto. - Me sentaré aquí y contemplaré la naturaleza hasta que vuelvas.

- La otra alternativa que tengo es atarte a un árbol. - Consideró él con cara seria.

- Inténtalo. - Le desafió ella, sus ojos verdes escupían fuego.

- No me tientes. - Devolvió él, diciéndolo en serio. Examinó piedra por piedra por sí mismo. Con Tempest, cualquier cosa era posible. Una serpiente bajo la roca, un cartucho de dinamita explotando.

Tempest se rió de él.

- Lárgate. ¿No tienes ni idea de lo pálido que estás? Temo que en cualquier momento decidirás que soy tu aperitivo de medianoche. - Balanceando una pierna cruzada hacia adelante y atrás, fingiendo indiferencia, deseando poder retirar las palabras. No quería darle ninguna idea. - ¿Tienes idea de lo realmente extravagante que resulta todo esto?

Él se cernió sobre ella, alto y enormemente fuerte.

- Sólo sé que será mejor que estes sentada justo aquí cuando vuelva. - Lo convirtió en una orden. Nada de hierro cubierto de terciopelo esta vez. Sólo puro hierro. Lo dijo entre dientes para mostrarle que hablaba en serio.

Tempest le sonrió, toda inocencia.

- No puedo pensar que más podría hacer.

La besó porque era tan endiabladamente tentadora que pensó que podría incinerarse si no lo hacía. Su boca era increíblemente suave y complaciente, tal mezcla de dulce fuego y miel ardiente que tuvo problemas para apartarse. El hambre latía en su interior extendiéndose lo que le hacía difícil frotarse contra la ganganta de ella y buscar el su sabor, rico y cálido, fluyendo hasta su propio cuerpo. Sintió como sus colmillos se alargaban ante la idea y rápidamente se apartó. Un sueño inquieto y una larga noche de actividades sexuales habían agotado su control. Necesitaba alimentarse.

Un momento antes Darius estaba besándola como si nunca la fuera dejar marcha, y al siguiente se había ido, simplemente desapareció. En su lugar quedó un rastro de vaporosa niebla, alejándose de ella hacia las profundidades de los bosques. Observó fenómeno similar a la cola de un cometa casi ociosamente, sin estar segura de se era realmente Darius o algún efecto extraño creado por la atmósfera sublime y la cascada. Era hermoso, un prisma de colores y luces ondeando como incontables luciérnagas a través de los árboles. Se preguntó si él había olido a su presa, y se estremeció ante la elección de palabras que habían acudido a su mente.

Inhaló entonces, tomando las esencias de la noche en sus pulmones. Eran asombrosas las historias que los olores varios podían proporcionar. Darius tenía razón; era solo una cuestión de mantenerse absolutamente inmóvil y escuchar como un sólo ser. Encontrándose. Era casi sobrecojedor. Los árboles, el agua, los murciélagos, los animales. Palmeó la roca, satisfecha por sentirla tan sólida. Se sentía como si Darius la hubiera despertado a llevado a las mismas entrañas de la tierra para redescubrir la belleza de la naturaleza.

Algo desentonaba ligeramente insertándose en su mundo mágico, pero fue tan lento, tan insidioso, que apenas lo notó. Todo a su alrededor era tan excitante, viendo con nuevos ojos, un auténtico despertar. El color del agua particularmente captó su fascinación, la forma en que el viento jugaba con la superficie, empujando y dando forma a la espuma. Pero la fastidiosa intrusión era persistente, una nota triste, un altercado, como si algo no encajara con la corrección de todo lo que estaba viendo.

Tempest frunció el ceño y se frotó la frente. Empezó a doler, latiendo, empeorando si se quedaba quieta. Se puso en pie, cambiando su peso de un pie a otro, y muy cuidadosamente evaluó los alrededores, intentando ver sin los vívidos colores y detalles, percebir la realidad a su alrededor.

Los pies empezaron a dolerle, y se quitó los zapatos y se arrodilló en el suelo. Pero el dolor no procedía de una herida. Estaba profundo en sus músculos, y sabía que no era su dolor; estaba sintiendo el eco de algo o alguien herido. Una súbita inmovilidad pareció caer sobre el bosque, aquientando todo la fauna salvaje. Oyó el roce de alas y pensó que entendía el súbito silencio. Una lechuza de caza mantendría a ratones y pequeños animales escondidos en sus madrigueras. Aunque los murciélagos permanecían ocupados con los insectos sobre su cabeza. Pensativamente se volvió a poner los zapatos y se enderezó. Un pequeño rastro de huellas de venado la condujeron al interior de una zona de troncos dispersos. Vagó entre ellos, algo la empujaba en esa dirección. No iría lejos, sólo quería encontrar la nota discordante que se entremetía en la belleza de la naturaleza. La sensación persistió incluso mientras siguía el débil rastro. Algunas veces desembocaba en matorrales y arbustos. Sintió la

presencia de conejos agazapados bajo los espinos. Permanecían inmóviles, sólo sacudiendo los bigotes.

La nueva intensiad de los colores de la naturaleza y los detalles empezaron a sobreponerse a la necesidad de encontrar el sonido amortiguado que se penetraba en su cerebro. Se encontró lanzando miradas al cielo iluminado y volviéndose ocasionalmente para admirar el bosque. Los helechos se volvíeron más altos cuando se internó más en el interior. El musgo cubría los troncos de los árboles que se elevaban hacia el cielo. Tocó la corteza de uno con respeto ante la compleja mezcla de texturas.

Se le ocurrió que su sensaciones se veían aumentadas por alguna droga que alteraba la mente como nada. Se apartó del rastro durante un momento para poder estudiar una formación rocosa inusual. Las piedras estaba cubiertas por un lado con un liquen y diminutas formas de vida, minúsculos insectos creando su propio mundo. Tempest levantó la mirada al cielo de nuevo, asombrada de poder ver tan claramente incluso entre las profundas sombras de los árboles.

Se estaba internando en la espesura del bosque, donde estaba mucho más oscuro, aunque podía ver bastante bien, su visión era tan intensa como su audición. Se volvió a concentrar en su recién encontrado sentido interior. Su estómago estaba ligueramente alterado. Se sentía llena; la idea de la comida la había sentir levemente enferma, aunque estaba sedienta. Fue consciente del sonido del arroyo burbujeando alegremente hacia la cascada. Se inclinó hacia el agua, abriéndose paso a través de los arbustos.

Cuando se arrodilló en el borde del arroyo, fue consciente de la nota discordante de nuevo. Se oía más alto esta vez, sacudiéndola, haciendo que le doliera la cabeza. En algún lugar cerca había algo que no estaba bien. Algo que sentía dolor.

Sumergió la mano en el agua y la llevó a su boca deshidratada. Se mente se volvió hacia la de Darius, buscándole automáticamente. Necesitaba el contacto. Tempest no sabía por qué, pero si no le alcanzaba, no le encontraba, sólo por un momento, sabía que estaría aterrorizada. Le necesitaba.

La idea de necesitarle la alarmaba, pero, infaliblemente, su mente le había encontrado ya. Fue el más liguero de los toques, no fue más que una pálida sombra deslizándose dentro, buscando el confort de saber que estaba vivo y bien, de que estaba saciando su hambre voraz. Le latió el corazón salvajemente durante un momento. Se retiró inmediatamente, molesta consigo misma por necesitarle, molesta porque su primer pensamiento hubiera sido preguntarse si había estado buscando sustento de una mujer. Debería estar preocupada por su presa, no celosa de ella, por lo menos momentáneamente.

Tempest parpadeó y se volvió a concentrar. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado allí? Nada parecía familiar. ¿Dónde estaba el rastro de los venados? Lo seguiría de vuelta a la piedra donde había prometido esperar.

- Lo has vuelto a hacer, Rusti. - Se regañó a sí misma por lo bajo, preocupada por que Darius pudiera poder tocar su mente y sentir su confusión. Lentamente se enderezó y echó una buena mirada alrededor.

No veía el rastro por ninguna parte.

- ¿Por qué no tienes ningún sentido de la dirección? - Murmuró para sí mima, sin desear que Darius recogiera sus pensamientos no expresados. No iba a salir viva de esta a menos que encontrara el camino de vuelta antes de que él regresara. Decidió seguir la corriente. Sabía que terminaba en la cascada a varios pies sobre el pequeño claro que dominaba los acantilados. Si salía sobre la cascada, podría bajar al claro. Todo tenía perfecto sentido.

Soltando un suspiro de alivio, empezó a andar enérgicamente por la orilla del arrollo que corría rápidamente. El problema se hizo patente en seguida. La corriente volvía atrás en varios lugares, parecía correr sin rumbo a traves de las partes más espesas del bosque. Los matorrales rasgaron sus vaqueros y la vegetación que la rodeaba pareció surgir amenazadoramente con la proporciones de una jungla.

Mientras avanzaba firmemente hacia adelante, la nota discordante que la había conducido lejos en primer lugar pareció incrementarse. Sabía que estaba cerca de lo que fuera que fuese aquello.

Un animal que sufría. Lo supo con súbita claridad. Un animal grande, y estaba sufriendo terriblemente. Estaba herido, la laceración infectada, y la pata le dolia cuando presionaba sobre la tierra al intentar caminar. Bramó ruidosamente, las vibraciones en el aire nocturos encontraron en ella un receptor preparado.

No era como si el animal estuviera haciendo algún sonido real; era más el que Tempest hubiera sido siempre capaz de comunicarse con los animales, y podía oir, en su cabeza, un silencioso grito de dolor. Intentó ignorarlo, incluso dio varios pasos más a lo largo del banco de arena del arroyo, pero el nivel de angustia del animal era sobrecogedor.

- Simplemente no puedo dejar así la maldita cosa. - Argumentó. - Puede estar atrapado en una trampa. Uno de aquellas horribles cosas de acero que machacaban la pata del animal y le hacían sufrir una muerte horrendo. Sería tan culpable como quien fuera que colocara la estúpida trampa en primer lugar. - Ya estaba volviendo atrás, siguiendo decididamente las vibraciones de su cabeza.

No tuvo advertencia real de estar prácticamente sobre el animal hasta que apartó algunos arbusto y vio a un enorme gato montés sobre ella en una cornisa rocosa. Sus ojos amarillos miraban abajo hacia ella con malevolencia. El gato era muy musculoso, un poco delgado en los costados, y tan sobrecogido por el hambre como por el dolor. ¿Por qué no lo había notado antes?

Tempest hundió los dientes en el labio inferior con agitación. De acuerdo. Ahí estaba. Era el colmo. Iba a estar en muchos más problemas cuando Darius se entera de esto. El gato montés la miraba fijamente, congelado en su sitio, sólo la punto de su cola ondeaba adelante y atrás. Tempest pensó en huir, pero sabía que el animal definitivamente la atacaría si era tan estúpida. Se entendió hacia la mente del felino.

Hambre. Furia. El gato montés estaba dolorido y de humor caprichoso. Tenía algo en la pata, algo que se enterraba y dolía cada vez que intentaba cazar. El felino había tratado de morderlo y sacarlo pero no había tenido éxito. No había comido en varios días, y el hambre estaba cobrándole factura. Y ahora estaba mirando a una presa fácil con obvia satisfacción.

Tempest intentó apaciguar al gato montés, intentó enviar la impresión de que le ayudaría. Podría quitar la dolorosa espina; podría proporcionarle carne fresca. Los ojos amarillos continuaron mirándo hacia ella, un extraño presagio de muerte. Tempest obligó a su mente a alejarse de la posibilidad de un ataque y continuar enviando impresiones de ayuda al felino. Mantuvo el miedo lejos de su mente para que el animal no saltara sobre ella.

El gato montés sacudió la cabeza, desconcertado. Tempest sintió la confusión, una necesidad de alimentarse, aunque el animal la encontraba extraña, poco familiar, desconcertante. Necesitaba sacarse la espina, y Tempest se concentró en eso. Imagenes de la espina sacada, la pata sanada. Si no ayudaba a la criatura, seguiría siendo incapaz de cazar, y perecería. El gato montés era joven, una hembra; podría reproducirse. Tempest sabía que el felino era extremadamente peligroso; hambre y dolor podrían forzar al animal a tomar una resolución. Se las había arreglado para controlar a perros grandes. Una vez un tigre en un zoo se había unido a ella.

Se quedó en pie tranquilamente, observando al animal de cerca buscando signos de aceptación. Tenía una paciencia infinita. El suyo era un don divino, y creía en él implícitamente. Los otros podían llamarla mostruo, pero sabía que podía ayudar a los animales, realmente ayudarlos en ocasiones como esta. Habló tranquilamente, confortando en su mente, enviando imágenes de la espina sacada, la pata sintiéndose mucho mejor. Inundó al gata con las imágenes, manteniendo al animal distraído.

La mayor parte de los gatos eran curiosos por naturaleza, y este grande no era diferente. Gruñó silenciosamente, pero la resolución en su cabeza de matar y alimentarse instantáneamente estaba decayendo. Deseaba que saliera la espina, que se fuera el dolor.

Tempest aprovechó la ventaja, buscó expendir las imágenes y vibraciones mentales de buena voluntad. El felino se relajó más, los ojos amarillos se entrecerrado, no tan fijar e implacbles.

Tempest se permitió a sí misma respirar más profundamente y acercarse cautelosamente, su mirada se fijó sobre la pata herida. Estaba bastante magullada e infectada.

- Pobre pequeña. - Canturreó suavemente. - Necesitamos sacar esa cosa de ahí. - Todo mientras formaba imágnenes del gato aceptando que ella extrayera la espina. - Podría doler, así que creo que deberíamos decidir ya mismo que no perderás la cabeza y me comerás. A largo plazo, será mejor para ti que simplemente me dejes sacarla. - Estaba bastante cerca ahora, lo bastante como para tocar al animal.

La herida era peor de lo que parecía a primera vista; la infección ya se había instalado. Era posible que no pudiera ayudar . Tempest suspiró. No quiso rendirse. Siempre había una posibilidad si podía sacar el objeto extraño tan profundamente incrustado en la pata, el felino podría sobrevivir. Era más aceptable para ella, curioso que pudiera comunicarse, entender el dolor y el hambre, sobrecogedor, por el momento, que el deseo y la necesidad de alimentarse.

Deliberamente Tempest cambió su enfoque, instintívamente sabía que cuando el gato montés sintiera el inteso dolor al mover el objeto, querría desgarrar a quien fuera que tuviera más cerca. Implificó la sensación de curiosidad.

- Desafortunamente, pequeña, esa soy yo. ¿No crees que soy bastante interesante? No has visto a demasiadas como yo por los alrededores, ¿verdad? - Canturreó Tempest suavemente. Tomando un profundo aliento, inclinó la cabeza para examinar la cruel herida, la primera vez que tentaba a la suerte apartando los ojos de la cara del felino.

Terror. Puro y sin adulterar. No había ninguna otra palabra para describir la emoción de él. Darius podía sentir su corazón martilleando tan fuerte que estaba en peligro de que explotara fuera de su pecho. Había dejado a Tempest sentada pacíficamente sobre una piedra en la cascada. ¿Por qué había esperado que se quedara allí quieta? En medio del terror yacía la comprensión de que no lo había esperado realmente. La conocía demasiado bien. Los problemas la seguían a todas partes. No, era más que eso. Los buscaba.

Furia. Negra y terrible. Una feroz oleada de rabia que amenazaba con consumirle. Luchó por sofocarla y permanecío muy quieto, convirtiéndose en parte de la noche misma, como sólo él podía hacer. Su ardiente y fija mirada nunca abandonó el gato montés, vigilando en busca del primer signo de agresión. Sabía lo rápido que se podía mover un gato montés. Herido, este era incluso más peligroso. Podría matarlo desde donde estaba. Podía hacerse con el control del animal, mantenerle indefenso mientras ella trabajaba. Tenía opciones. Era incluso lo suficientemente rápido como para poder sacar a Tempest del peligro antes de que ella o el felino supieran siquiera que estaba cerca. No hizo ninguna de esas cosas. Darius escuchó la voz de ella. Suave. Apaciguadora. El estilo traía reminiscencias del canto sanador. Realmente estaba hablando al gato montés para que le permitiera ayudarle.

Orgullo. Fluyó hacia él llegado de ninguna parte. Puro orgullo. Ella estaba aterrorizada por la situación, al igual que se asustaba de su poder, de su salvaje e indomable naturaleza. Aunque estaba decidida a salvar a la bestia. Darius estaba en su mente, una sombra oscura inmóvil y quieta para no distraerla, aunque estaba allí, y la concentración de ella era absoluta. Estaba decidida a dar al felino una oportunidad de sobrevivir.

Algo en él que no sabía que existía, algo largamente sepultado u olvidado, fluyó hacia arriba, fuerte y sobrecogedor. La emoción fue tan intensa que le sacudió con la revelación. Amor. Si no la había amado antes, ahora sabía que lo hacía.

Había paseado a través de su existencia árida sin sentir realmente otra cosa que obligación de proteger y preservar su pequeña familia. Ella le había dado una vida y un propósito más profundo, una alegre razón para recorrer el mundo, para existir. Admiraba su coraje incluso mientras juraba silenciosamente que nunca volvería a desobedecerle, que nunca se colocaría otra vez en peligro de esta manera.

La admiraba. La rebelación le sorprendió. Admiró la forma en que pasaba a través de la vida aceptando a la gente como era sin juzgarlos, sin espectativas. Admiraba su tremendo

coraje, su sentido del humor. ¿Cuál era la mejor forma de ayudarla? Darius estudió la situación cuidadosamente. El puma era definitivamente impredecible, asustado, dolorido, y hambriento. Inmediatamente Darius empezó a sumar su fuerza mental a la de Tempest. Le dio un control adicional sobre la bestia.

¡Cuando saque la espina, Darius, puedes librar a la pobre de la infección! A pesar del hecho de que estaba sosteniendo un rígido control sobre el animal, su voz era suave pero firme en la mente de él.

Debería haber sabido que ella sentiría su presencia inmediatamente. El más liguero de su toque atraía su atención. Estaba sintonizada con él ahora, en mente y cuerpo, corazón y alma. Él los había unido. Ella podía encontrarle mucho más fácilmente que antes. Y era sensible, mucho más que la mayor parte de los humanos que habían entrado en contacto con él. Aún así, mantenía la concentración sobre el animal herido. Era asombrosa.

¿A un animal? Lo haría porque ella se lo pedía, porque sabía que si no lo hacía, intentaría encontrar otra forma de curar al puma. No me necesitas para esto, murmuró suavemente, comprendiendo que era verdad. Era capaz de controlar a la dolorida criatura mientras trabajaba en ello. Podía sentir su fuerza, la determinación, y era suya propia.

Tempest no miró alrededor para ver a Darius; sabía instintivamente que estaba allí. Una pequeña sonrisa tocó su boca, revelando el pequeño hoyuelo intrigante que siempre le volvía loco. Podía sentir la fuerza de su voluntad entrando a raudales en ella, doblando su control. Debería haberla hecho sentir menos confianza en sí misma, pero Tempest siempre sabía cuando tenía a un animal en la palma de su mano. Este puma era receptivo y apoyó una mano sobre la pata para dejar que se acostumbrada a su percepción.

Derramó su tranquilidad en el interior del gato montés mientras examinaba la cruel herida. El felino tembló bajo sus cuidados, su pelaje se ensombreció a un color marrón oscuro. Respiró por el animal, por ambos, mientras excababa en busca de la ofensiva espina. Estaba profundamente enterrada, todo el área estaba magullada y con mal aspecto. Era más difícil mantener su dominio sobre el puma atrapaba el extremo de la espina y empezó a extraerla.

Darius vigiló al felino de cerca, su expresión facial y las imágenes de su mente. Quería salir, que terminara el terrible dolor, pero Tempest estaba al mando. Tiró de la gruesa espina, de una buena pulgada de largo y dejando un horroroso agujero, saliendo de la pata.

El puma sacudió, aulló, pero permaneció inmóvil. Darius no pudo ayudarle. Aunque sabía que Tempest lo controlaba todo completamente, inmovilizó a la bestia, capturando su mente y sujetándola indefensa con su control implacable.

Tempest le miró en seguida, pero no protestó. Podía sentir la necesidad incontrolable de Darius de protegerla. Habría sido lo mismo que pedirle que la apuntara con un arma a la cabeza y la dejara que se las arreglara sóla. Estuvo agradecida cuando él se concentró en la pata del puma y usó su energía para extraer el veneno hasta que hirvió hacia afuera y explotó saliendo de la horrenda herida. Tempest lo vio correr hacia abajo por el pelaje del felino hacia la la tierra.

Ahora retrocede, Tempest, exigió Darius firmemente. Esto era todo de lo que su corazón podía soportar.

Está muy hambrienta. ¿Puedes encontrarle alguna presa?

Retrocede, Tempest. Escupió las palabras, una orden imperiosa y crispada.

Tempest puso los ojos en blanco con exasperación. Este hombre la iba a volver loca. Se alejó retrocediendo a regañadientes del animal, muy lentamente, cuidando de no provocar el instinto del felino. Intenta no sonar tanto como el rey del castillo. Es muy molesto.

Se deslizó hacia el interior del arbusto y empezó a caminar lentamente a lo largo de su rastro hacia la parte alta de la cascada. Darius estaba convocando a una vieja gama para el puma. El animal estaba herido, su boca estaba llena de llagas, haciéndola incapaz de comer. Se alegraba de que él hubiera encontrado a uno que estaba sufriendo en vez de a un animal joven y sano.

- ¿A dónde vas? - Darius se materializó a su lado, su zancadas se ralentizaron para acompasar su paso al más corto de ella. Su cuerpo a penas la rozaba, auqneu inmediatamente fue agudamente consciente de él.

- De vuelta a la cascada. ¿A dónde creías que iba?

Darius sacudió la cabeza.

- Creo que voy conseguirte una brújula.

Tempest se detuvo bruscamente, con una sonrisa traviesa.

- Nunca me las arreglé para leer una. Es decir, sé que la aguja apunta al norte y todo eso, pero ¿eso a dónde te lleva? Yo nunca sé dónde está el norte.

Él arqueó las cejas.

- ¿Un mapa? - Ella estaba ya sacudiendo la cabeza, con una amplia sonrisa que le paraba el corazón. - ¿No puedes leer un mapa? - Gimió. - Por supuesto que no puedes leer un mapa. ¿En qué estaba pensando? - Su mano encontró el codo de ella. - Estás alejándote de la cascada, Tempest.

- No puede ser. Estoy siguiendo el arroyo. - Señaló con un aire débilmente arrogante.

Una vez más se arqueó una ceja. El miró a su alrededor.

- ¿El arroyo?

Ella se encogió de hombros.

- Está por aquí en alguna parte.

Darius estalló en carcajadas, su brazo le rodeó los hombros.

- Es muy buena cosa que me tengas para cuidar de ti.

Los ojos verdes centellearon hacia él. Las estrellas de la noche parecían estar atrapadas allí, chispeando y reluciendo.

- Eso dices tú.

Su boca encontró la de ella, un poco rudo, un poco tierno, en algún lugar entre la risa y una marca patente. Ella se fundió en el interior de él, aceptando sus emociones encontradas. Se rodeó el cuello con los brazos, su cuerpo, suave y flexible, se presionó contra el de él.

Darius simplemente la levantó, su boca prendida a la de ella.

- Debo llevarte con los otros esta noche. Necesitas comida.

Las palabras fueron murmuradas en la boca de ella, la sensación fue cálida y sensual, aunque Tempest no estaba menos hambrienta.

Pero ya podía sentir el cambio sobrecogiéndole. Empezó primero en su mente. Vió la vívida imagen. Robaba el aliento, real, cada pequeño detalle perfecto. Darius levantó la cabeza, rompiendo el beso a regañadientes mientras su cuerpo empezaba a cambiar de forma. Le observó con respeto reverencial, todavía asombrada de que pudiera hacer realmente tal cosa. Aunque toda su mente se fundía con la de él para que ella pudiera examinar sus emociones.

La sensación de libertad era sobrecogedora. Las poderosas alas se extendieron unos buenos seis pies. Sube a mi espalda.

Tempest sacudió la cabeza, temiendo de repente hacerle daño.

- Darius, eres un pájaro. Soy demasiado pesada para que me lleves.

Me niego a discutir contigo. Ella captó una amenaza no expresada. Estaba en su mente. La obligaría a obedecer. A pesar del hecho de que fuera un pájaro, Darius era tan poderoso como siempre.

- Me recuerdas a un niño mimado, siempre tienes que salirte con la tuya. - Disparó indignada. Pero estaba obedeciéndole, sin atreverse a darle oportunidad de que impusiera su voluntad sobre ella. Ciertas cosas no podía aceptarlas. La conformidad forzada era definitivamente una de ellas.

La lechuza era tremendamente fuerte. Podía sentir su fuerza bajo las piernas. El moviendo de las alas era grácil y poderoso, las ráfagas de viento casi la hacían caer hacia atrás. El suelo se alejó rápido cuando la lechuza aceleró. Tempest jadeó, el aliento se le

estancó en los pulmones, su corazón casi se paró. Las plumas eran suaves, el silencio completo. Estaba en otro mundo completamente distinto.

Tempest miró hacia abajo, vió las copas de los árboles, y rapidamente cerró los ojos con fuerza mientras la lechuza subía más y más alto. Le llevó unos pocos minutos recordar que necesitaba respirar. Varias respiraciones profundas la calmaron lo suficiente como para que fuera capaz de mirar alrededor.

- Todo va bien, Rusti. - Murmuró en voz alta para sí misma. - No es real. Sabes que no lo es. Es alguna clase de extraña fantasía que el rey del castillo te ha metido en la cabeza. Sólo eso. Nada más. Todo el mundo quiere volar. Disfruta la alucinación.

No podía oir sus propias palabras. El viento se las llevaba lejos de forma que caían en el silencio tras ellos.

Todavía encuentras necesario hablar contigo misma. Estoy aquí mismo. Puedes hablar conmigo.

Tú no eres real. Yo te he creado.

Su risa burlona le rozó las paredes de la mente, enviando remolinos de calor como lava fundida a través de su abdomen.

¿Por qué crees eso? Preguntó.

Porque ningún hombre real tendría tus ojos. O tu boca. Y posiblemente nada pueda ser tan arrogante y seguro de sí mismo como tú.

Tengo toda la razón para estar seguro de mí mismo, pequeña, se burló, la mofa masculina la hacía apretar los dientes.

¿Alguna vez te han desplumado? Fue la mejor amenaza que pudo ocurrirsele en tan poco tiempo. Apuesto a que es extraordinariamente doloroso.

Su risa la hizo sonreir. Sabía que no reía con frecuencia. Era el hombre más serio que se hubiera encontrado nunca, aunque parecía estar descubriendo su sentido del humor. Al menos con ella.

Encontró, pasado un tiempo, que disfrutaba de la sensación de volar. La noche la envolvía, las estrellas atestaban el cielo sobre sus cabezas. La luna teñía el paisaje de abajo con aguda definición. La sensación de libertad era increíble. Se relajó incluso más, notando que se volvía ligera, parte de la lechuza, parte de Darius.

Cubrieron cientos de millas, la fuerza de la lechuza era enorme. El aire era fresco contra su piel, la noche tachonada de joyas, una paisaje perfecto para la cabalgada de su vida. Se sentía como si le hubieran entregado en grandioso regalo. Darius. Dejó escapar su nombre en la noche, tomándolo en su corazón. Él era mágico. Sólo por un momento se permitió desear que su unión durara para siempre. Que fuera real. El cuento de hadas. Él la hacía creer que podía ser posible.

Darius nunca abandonó realmente su mente. Al parecer era mucho más seguro así. Tempest, fuera de su vista, era más peligroso. Sabía que podía convencerse de la realidad de su relación de un momento a otro. Dentro del cuerpo de la lechuza, sonrió, una pequeña, secreta y masculina sonrisa. Ella no tenía ni idea de su poder. Esa era su Tempest. Aceptaba su naturaleza, sus talentos especiales, pero no estaba en su naturaleza cuestionar mucho las cosas que no entendía. Eso significaba nunca pasaría por su mente la idea de que él estuviera hablando en serio. No podia concevir que la deseara de la forma en que afirmaba. Que la necesitara.

Bajo ellos, los viñedos de Napa Valley empezaron a tomar forma. Tempest podía divisar las montañas elevándose majestuosamente bajo el rico valle verde. Un lago relucía en la distancia, reflejando el brillo plateado de la luna. La lechuza pareció tomar rumba hacia esa extensión de agua, bajando en círculos, cayendo hacia la protección de una arboleda de pinos. Parecía estar mucho más oscuro bajo los árboles, aunque Tempest era capaz de ver más claramente de lo que había sido posible la noche anterior.

Divisó el campamento del grupo agazapado pulcramente en el interior de los árboles. Aparcados allí estaban la enorme caravana, el camión, y el coche deportivo rojo. Su corazón

cayó de forma inesperada. Pensó que era bastante tonto sentirse triste cuando acababa de volar por el cielo sobre la grupa de una lechuza; unas pocas personas no deberían desanimarla lo más mínimo.

No, cielo, ellos no deberían molestarte. Te he dicho repetidas veces que estás bajo mi protección. ¿No entiendes que te protegería con mi vida?

La voz de Darius era suave y tranquilizadora en su mente.

La lechuza tomó tierra, las alas se extendieron ampliamente, dio un pequeño brinco, y esperó a que ella se deslizara abajo. Tempest tocó las plumas ligeramente, con pesar, una última vez mientras empezaban a desaparecer. Al momento aparecieron músculos y tendones bajo la piel. Sintió la familiar oleada de calor cuando el brazo de Darius le rodeó los hombros y su espesa melena de pelo negro le acarició la cara.

- Esta gente es mi familia, Tempest. - Su voz era suave, hipnotizadora, mandona. - Eso les hace tu familia.

Volvió la cara lejos de él, cerrando la mente a esa posibilidad. Sus enormes ojos buscanron rastros automáticamente, como si buscara una vía de escape. Darius tensó los brazos, guiándola hacia el campamento. La suave risa de Desari flotó hacia ellos. No hizo nada por calmar la salvaje latido del corazón de Tempest.

Mientras entraban en el círculo, Desari sonrió en bienvenida. Tempest notó que Julian estaba cerca, su postura protectora de un compañero.

- Rusti, estoy tan contenta de que estés aquí. No te creerás lo que ha ocurrido. Alguien ha saboteado el camión. Creo que la idea era retrasarnos. Probablemente fue uno de esos aborrecibles reporteros que siempre fisgonean alrededor o inventan historias descabelladas sobre nosotros.

El alivio de Tempest fue sobrecojedor. "Rusti" podía encajar en el grupo mucho más fácilmente como su mecánico que como la novia de Darius.

¿Novia? Las cejas de él se arquearon. ¿Eso es lo que crees que eres? La burlona risa masculina se mofó de ella.

Ella le miró fijamente. No, eso es lo que tú te crees que soy. Yo me conozco mejor. Su voz fue deliberadamente arrogante.

Darius estalló en carcajadas. Su familia se volvió hacia él, sobresaltados por el extraño sonido. Él los ignoró para inclinarse, su cálido aliento contra la oreja de Tempest, hablando suavemente aunque era bien consciente de que los otros, con sus agudos sentidos, podían oirle perfectamente.

- Quiero que comas antes de que hagas nada. Puedes echar un vistazo al camión después.

Los ojos de Tempest escupieron fuego hacia él.

- Tú puedes golpear tu pequeña cabeza de lechuza en el árbol más cercano también. - Siseó furiosa. - ¿Por qué crees que puedes salirte con la tuya siempre dándome órdenes?

El le sonrió abiertamente, para nada arrepentido.

- Porque soy bueno en eso. - Sus ojos se posaron en Syndil. Ayúdame aquí. Debe comer.

Dayan parecía estar teniendo un acceso de tos. Desari y Julian reían abiertamente. Syndil empujó a Barack fuera de su camino, mirándole de forma que le hizo gemir en voz alta.

- Vamos, Rusti. No prestes la más mínima atención a estos hombres. Piensan que pueden darnos órdenes, pero en realidad, es todo lo contrario. - Mientras hablaba, mirando mordazmente hacia Barack.

- Vamos, Syndil. - Suplicó él. - No puedes reprocharme un único error para siempre. Se supone que eres compasiba.

- Si que puedo. - Dijo ella dulcemente mientras guiaba a Tempest hacia el autobús.

Barack maldijo, agachándose, recogiendo una piedra, y lanzándola de pura frustración. Se incrustó hasta la mitad en el tronco de un pino.

- Esa mujer es la criatura más orgullosa del mundo. - Dijo a nadie en particular.

Darius avanzó hacia Julian.

- Solicito tu ayuda. - Dijo formalmente, aplastando su disgusto a hacer tal cosa. Todo lo que importaba era la seguridad de Tempest.

Julian asintió y se puso en pie junto a su cuñado.

- Por supuesto, Darius. - Replicó, igualmente formal. - Somos familia.

- He encontrado mujeres humanas convertidas por vampiros. Habían perdido el juicio, alimentándose de los niños de los humanos. Me vi obligado a destruir a esas abominaciones. Ahora temo estar colocando a Tempest en semejante peligro. ¿Cómo cambiaron esas mujeres? Sé que ella ya está cambiando. Su audición y vista son más agudas, y está teniendo problemas para comer comida humana.

- Requiere tres intercambios de sangre convertir a una mujer humana. Obviamente no has completado el ritual; es un proceso muy doloroso. Si tal cosa ocurriera, tendrías que enviarla a dormir en seguida, es lo más seguro para que su cuerpo se convierta sin padecer mucho dolor.

- ¿Perdería el juicio? - Darius estaba preocupado. Ya la había puesto en peligro, intercambiando sangre dos veces con ella. - ¿Ha habido alguna vez en que una mujer humano sobreviviera intacta a tan dura experiencia? - No tenía la intención de arriesgarse, pero necesitaba la información en caso de un desafortunado accidente.

- El Príncipe Mikhail, el líder de nuestra gente, convirtió con éxito a su compañera. Su hija es la compañera de tu hermano mayor, Gregori. Mi propio hermano, mi gemelo, accidentalmente completó una conversión comenzada por un vampiro. Alexandria es su compañera. Si una humana tiene habilidades psíquicas, parece ser capaz de atravesar la conversión por su compañero Cárpato. Y Tempest innegablemente es tu compañera.

- Cuando usas la frase "parece ser" - Dijo Darius. - me preocupa. Nunca querría arriesgarme a hacer daño a Tempest.

- ¿Cuál es la alternativa, Darius? - Preguntó Julian amablemente. - Ella te ha devuelto a la luz. Si la pierdes, sería tu perdición. Saber que nunca sobrevivirías. Te convertirían en vampiro, el no-muerto. Perderías tu alma.

- He elegido envejecer y morir cuando ella lo haga. - Anunció Darius.

Julian captó el eco del jadeo de su compañera. Desari estaba atontada y entristecida por la conmoción. A Julian le llevó un momento luchar por contener su propia protesta ante tal decisión.

- Conoces el peligro en el que se encuentra nuestra raza. Somos demasiados pocos para asegurar la continuación de nuestra gente. No podemos afrontar la pérdida de siquiera una pareja. Y ciertamente no a una que involucre a una mujer joven y sana capaz de tener niños.

Darius sacudió la cabeza.

- Sé tan poco de nuestra raza, Julian.

- Es necesario que cada hombre de los Cárpatos encuentre a su compañera. Si no puede hacerlo, debe elegir enfrentar el amanecer y terminar con su vida antes de que sea demasiado tarde y pierda su alma, convirtiéndose en el no-muerto. Somos depredadores, Darius. Sin una compañera que de significado y luz a nuestra oscuridad, que nos complete, nos convertiremos en vampiros. Pero son tan pocas las mujeres que sobreviven a la niñez que la mayor parte de nuestros hombres se está convirtiendo y deben ser destruídos. Antes de encontrar a Desari, yo ya me había hecho a la idea de terminar con mi vida. El Príncipe Mikhail, a través de Gregori, me envió a advertirla de que estaba en peligro a causa de la sociedad humana de cazadores de vampiros. Por supuesto, no teníamos ni idea de que vosotros estabais aún vivos tras la masacre de nuestra tierra natal. Pensamos que Desari era humana y la sociedad humana se había equivocado. Pero cuando vi colores en su presencia, supe que era mi compañera, y que debía estar conmigo.

- Así que Dayan y Barack deben encontrar a sus compañeras pronto, o estarán en peligro de convertirse, como estaba yo. - Señaló Darius pensativamente, preocupado.

Julain asintió sobriamente.

- No hay duda, Darius. Por eso aquellos de nosotros que podamos debemos intentar tener niñas. Es la única forma de que nuestra raza tenga una oportunidad de sobrevivir. Incluso así, puede ser demasiado tarde. Casi todas las mujeres de los Cárpatos dan a luz niños. Si nace una niña, debe luchar por sobrevivir a su primer, más peligroso, y difícil año.

Darius estaba recordando lo dificil que había sido mantener con vida a las dos frágiles pequeñas Desari y Syndil hacía tantos siglos.

- Es necesario intentar proporcionar compañeras a nuestra raza, a nuestros hermanos y amigos. - Siguió Julian tranquila, persuasivamente. - Sin embargo, también debes considerar que si te unes a Tempest sin convertirla, como todo compañero, ninguno de vosotros será capaz de soportar cualquier separación físico o mental. Tú, un Cárpato, debes dormir profundamente en la tierra. Ella necesitará aire. Cuando duermas el auténtico sueño de nuestra gente, ella será incapaz de alcanzarte. Ningún compañero puede soportar eso durante un tiempo prolongado. No funcionará.

- Tempest ya está unida a mi, y no puedo soportar ningún tipo de separación de ella. Esto es algo que ella no entiende, aún. Ella piensa en términos humanos. - Admitió Darius con un suspiro.

- Eso no puedo continuar. - Dijo Julian. - Estamos siendo cazados. Aunque hemos sido cazados durante siglos. No somos invulnerables, a pesar de nuestros muchos dones. Ella debe ser protegida como uno de los nuestros.

Darius sacudió la cabeza.

- Le he dado muchas vueltas estos últimos días. No le pediría esto... esta conversión... también.

- Antes de que cierres la puerta a la alternativa, Darius, considéralo. Las otras mujeres con las que he hablado están felices con sus vidas. Requiere algunos ajustes, y no diré que no sufren, pero al final aceptan lo inevitable.

- Porque no tuvieron elección. - Señaló Darius suavemente. - La última cosa que quiero causar a Tempest es más sufrimiento. Ya ha tenido bastante en su joven vida.

12

Tempest suspiró y bajó la llave inglesa que había usado en sus comprobaciones. No quería cometer ningún error y dejar de comprobar algo que pudiera necesitar después. Parecía haber un calor inusual. Se limpió el sudor de la cara, y pensó en la noche antes. Syndil había sido tan dulce. Mientras hablaban, había preparado un caldo de verduras para Tempest. El estómago de Tempest pareció rebelarse contra el caldo, pero no quería herir los sentimientos de Syndil, así que intentó comer. Incluso así, sin Darius ayudándola probablemente no habría podido lograrlo.

Librodot

Darius había estado tan callado cuando se unió a ella. La observó trabajar en el camión, claramente descontento cuando hizo una lista de las cosas que necesitaría y que no tenían ya. Eso quería decir que tendría que hacer un viajecito al pueblo más cercano durante las horas diurnas. Él no había discutido, pero le dijo que dormiría el sueño de los humanos, no el de los Cárpatos, así sería disponible si ella le necesitaba.

Tempest se limpió cuidadosamente mientras consideraba lo que podía haber querido decir Darius. ¿Cuál era la diferencia? ¿Eso haría algún daño? Sabía que ninguno de los miembros de su familia estaba de acuerdo con la decisión, a ninguno de ellos le gustaba, aunque nadie discutió con él o hizo la más mínima protesta. Su desasosiego la inquietó. Podía decir que ninguno de ellos la culpaba por la decisión de Darius, aunque sabía que estaban preocupados por Darius y lo que estaba haciendo.

El dinero que le habían dado tan casualmente era bastante sustancial. Lo doblé, metiéndoselo en el bolsillo, y resueltamente subió al pequeño coche deportivo. Tenía un mal presentimiento, como si algo fuera a hacer daño a Darius, así que no iba a arriesgarse de ninguna forma a perderse. La noche pasada había recorrido la ruta hasta la ciudad dos veces con Darius a su lado, solo para asegurarle de que sería capaz de hacer el camino de ida y vuelta sin problemas. Aún así, la sensación de temor persistía. Simplemente parecía atraer los problemas en cualquier lugar a donde fuera.

Tempest disfrutó de la solidad de conducir, la carretera serpenteaba bajando la montaña, las curvas cerradas, la velocidad y suavidad del vehículo, pero había un peso en su corazón, creciendo y haciendose mucho más difícil de ignorar. Se encontró necesitando tocar la mente de Darius. En realidad sentía pena en su interior, pensamientos agobiantes. Algo le había ocurrido a Darius. Estaba herido, tendido en alguna parte. Estaba en peligro. Era una estupidez, su cerebro se lo decía, pero no obstante se encontró deseando llorar incontrolablemente.

Calistoga era una ciudad coqueta, bastante famosa por sus baños minerales y de barro. Encontró el almacen de autorepuestos sin incidentes, compró las piezas que necesitaba, y salió. Pensando en Darius en vez de mirara a donde iba, casi tropezó con el hombre que estaba apoyado en el pequeño coche rojo aparcado en la cuneta. El hombre la ayudó a recuperar el equilibrio incluso mientras simplemente le quitaba los paquetes de los brazos y los metía en el coche. Tempest parpadeó hacia él. La estaba mirando como si la conociera. No era particularmente algo, pero era guapo y rubio, del tipo surfista.

- ¿Le conozco? - Preguntó, incapaz de ubicarle.

- Mi nombre es Cullen Tucker, señorita. - Arrastraba el más liguero acento sureño. Sacó una fotografía.

Mordiéndose el labio, comprendió que este era el problema que había estado esperando. Tempest la miró, una fotografía de ella misma.

- ¿Dónde demonios consiguió esto? - Tenía un gran parecido con ella, con las mariposas llenaban el aire, posándose sobre su cabeza y hombros. Tenía los brazos extendidos, y estaba riendo. El sol estaba a su espalda y tenía los pies en el arroyo.

Cullen examinó su expersión.

- ¿Conoce al hombre que tomó esta fotografía?

- No. Ciertamente no posé para ella. - Tempest le rodeó, disponiéndose a hundirse en el asiento del conductor. Era una conductora excelente, y más que después de su juventud malgastada en la que había conducido escapando de la policía. Tenía confianza en el coche también. Si podía ponerse tras el volante, lo perdería.

- No se asuste. - Dijo suavemente. - En realidad estoy intentado ayudarla. ¿Podemos ir a alguna parte a hablar?

- Estoy en medio de un gran trabajo. - Dudó.

- Por favor, es importante. Unos pocos minutos. Iremos a algún sitio público, así que no tendría miedo de mi. No quiero sonar dramático, o estúpido, pero es una cuestión de vida o muerte. - Insistió él.

Tempest cerró los ojos durante un momento, suspirando con resignación. Por supuesto que era una cuestión de vida o muerte. ¿De qué otro modo podría ser, cuando ella estaba envuelta? Finalmente se presentó, ofreciéndole la mano.

- Soy Tempest Trine. - Había algo en Cullen Tucker que no podía definir, pero creía que era inherentemente sincero. Simultáneamente deseó gemir en voz alta ante su propia presentación; Darius la había hecho pensar en sí misma como Tempest en vez de Rusti. Era penoso que no pudiera zafarse de su hechizo ni siquiera por un momento.

Cullen le sacudió la mano gentilmente.

- ¿Te importa si pedimos algo de comer? He estado viajando desde hace un par de días y no he tenido mucho tiempo libre.

Tempest caminó a su lado, aliviada de que hubiera tanta gente en la calle. Cullen no le provocaba las malas vibraciones que le había producido Matt Brodrick, pero aún así prefería no quedarse a solas con él.

Cullen esperó hasta que pidió su comida en un café que habían encontrado antes de empezar su explicación.

- Voy a contarte algunas cosas bastante extravagantes. Quiero que me escuches antes de decidir que estoy loco. - Dio un golpecito a la fotografía de ella con la punta del dedo. - Hace algún tiempo me uní a una sociedad secreta que cree que los vampiros existen realmente.

Tempest sintió que el color abandonaba su cara, y se recostró hacia atrás en la silla, necesitando apoyo. Antes de que pudiera responder, Cullen levantó una mano para detenerla.

- Solo escucha. Me creas o no el que haya vampiros entre nosotros no es la cuestión más importante. Lo que importa es que esa gente a la que me uní lo cree, y están decididos a capturar, diseccionar, y destruir a cualquiera que puedan encontrar. Algunos de ellos han perdido totalmente la cabeza, me temo. La cantante con la que viajas... y no niegues que estás con ella; he hecho mis deberes dirigido por la sociedad. Ya han intentado atentar contra su vida, y creeme, lo harán de nuevo.

Tempest tamborileó con los dedos nerviosamente sobre la mesa.

- ¿Por qué no vas a la policía? ¿Por qué me lo cuentas?

- La policía no me creerá... ya lo sabes. Pero puedo intentar ayudarte y quizás incluso a tu amiga la cantante. Esta foto fue tomada en el mismo lugar en el que encontraron el cuerpo de Matt Brodrick. Él formaba parte de la sociedad, y, desafortunadamente para ti, esta foto te condena a sus ojos. Me enviaron a seguirte y llevarte con ellos para ver que pueden aprender de tu grupo antes de... disponer de ti. Y estoy seguro de que no soy el único al que enviarán. Quiero sacarte de aquí, llevarte a algún lugar seguro, donde pueda esconderte hasta que pierdan el interés en ti.

Tempest sacudió la cabeza.

- ¿Así simplemente? ¿Se supone debo creerte y marcharme contigo? Si todo esto es verdad, la única cosa que puedo hacer sería advertir a Desari y la banda, ir a la policía, y esperar que cojan a esos tipos.

- No seas tan malditamente orgullosa. - Siseó Cullen, inclinándose a través de la mesa, su cara a centímetros de la de ella. - Estoy intentando salvarte la vida. Esa gente es peligrosa. Creen que Desari era un vampiro, y probablemente su nuevo novio también. Están a punto de capturarla y destruirla. Matarla sería hacerle un favor, dado lo que tienen en mente como alternativa. Pero tú estás la primera en la lista, porque te ven como una fuente de información sobre ella y su grupo. Tienes que esconderte, poner un infierno entre tú y la banda. Es tu única elección, Tempest.

- ¿Creen que soy un vampiro? Por amor de Dios, tienen una foto de mi a campo abierto a plena luz del sol, exasperada pero un poco asustada. Darius iba a matarla cuando comprendiera que estaba comiendo a solas con un hombre envuelto con cazadores de vampiros humanos y Matt Brodrick. Quizás no debería volver con la banda. Quizás conduciría al enemigo directamente hacia ellos.

- Tú no eres un vampiro. - Dijo Cullen antipático. - Yo he visto un vampiro, uno auténtico. Estos idiotas de la sociedad no tienen ni idea de lo que uno de esos no-muertos son verdaderamente capaces de hacer. Desari no es un vampiro tampoco. Pero ya sospechan de mí, así que voy a tener que esconderme también. Probablemente enviarán a sus soldados tras de mí porque lo sé todo sobre ellos, sus identidades. He visto sus caras y estado en sus reuniones secretas. Tienes que venir conmigo, Tempest.

Tempest inclinó la cabeza a un lado. No era un vampiro, pero había algo definitivamente diferente en ella. Podía oir el latido del corazón de Cullen Tucker. Un ruidoso, fuerte y saludable latido que resonaba a través de su propio riego sanguíneo. Podía oír el correr del agua en la cocina, el tintineo de cada plato, el murmullo bajo de conversación entre el cocinero y un camarero. Al otro lado de la habitación una pareja tenía una discusión susurrada. Distingió el olor de la comida, varios perfumes y colonias, todo mezclado, sobreponiéndose los unos a los otros hasta que su estómago se revolvió.

Los colores eran vívidos y brillantes, casi como cuando estaba con Darius. Advirtió las diminutas venas de las hojas de la margarita que había en el jarrón de cristal sobre la mesa, los extraordinarios pétalos rodeando el centro de polen. Fijó la mirada allí, entrada en la inusual belleza de la flor, la precisa creación de la naturaleza.

- ¡Tempest! - Siseó Cullen a través de la mesa hacia ella. - ¿Me estás escuchando? Por amor de Dios, tienes que creer lo que te digo. No soy un chiflado. Estamos siendo cazados. Déjame al menos llevarte a un lugar seguro. Intentaré protegerte, aunque probablemente estes a salvo sin mi. Puede que quieran cojerte pero cuando sepan que les he traicionado, nunca de detendrán hasta atraparme. Sólo tienes que esconderte durante unos pocos meses. Y es imperativo que te distancies de este grupo.

- ¿Y qué paso con Desari? Ella no ha hecho nada malo. Si me voy contigo, esos locos peligrosos todavía estarán tras ella. Quizás esta vez la maten. - Tempest sacudió la cabeza. - No puedo huir y dejarla a merced de ellos.

Cullen quería extenderse a través de la mesa y sacudirla, agarrarla, y sacar su pequeño trasero fuera de allí. Había visto morir a otra mujer, una a la que amaba, una con la misma inocencia en los ojos.

- Demonios, eres tan orgullosa, tan irrazonable. Te atraparán, Tempest. Si todavía estuviera con ellos, en realidad ya estarías de camino a su escondite. - Frustrado, miró fuera por la ventana, intentando pensar en algo que pudiera convencerla de salir con él. Si no iba, tendría que quedarse e intentar protegerla. Y eso significaba que iba a morir. No tendría ninguna posibilidad en absoluto.

Tempest permaneció en silencio mientras el camarero colocaba sus platos delante de ellos.

Inmediatamente su estómago se rebeló ante el olor abrumador de la comida. Ya no era capaz de comer sin la ayuda de Darius. Su interior había cambiado de algún modo. No sabía como lo sabía, pero lo sabía. Era lo mismo que incrementaba su vista y audición.

- No se por qué pero noto que no estás sorprendida y horrorizada por la idea de tener cazadores de vampiros tras de tí. ¿Por qué? - Los ojos azules de Cullen eran serios, casi acusadores. - ¿Por qué no te estás riendo de la misma idea de la existencia de vampiros? - Exigió.

Tempest señaló la foto.

- Brodrick siempre intentaba intimidar con la idea de que Desari era un vampiro. Pensaba que era un lunático aislado, pero ahora veo que era parte de una organización más grande. ¿Por qué demonios se fijaron en Desari? Es tan dulce con todo el mundo. ¿Por qué creer una cosa tan rara sobre ella?

- Sus hábitos nocturnos. Su voz hipnotizadora. Y cuando enviaron a un escuadrón de paramilitares organizado tras ella, de algún modo se las arregló para escapar, mientras los "soldados" murieron o desaparecieron. Esas gente eran asesinos profesionales. Barrieron el escenario con armas automáticas, aunque ella escapó a la muerte.

- ¿Y qué? ¿Por eso es un vampiro? - Quería creer que él formaba parte de todo el asunto, pero sabía, en lo más profundo de su corazón, que no era así.

- Está levantada toda la noche, nadie la ha visto nunca durante el día.

- Yo la he visto durante el día. - Mintió Tempest valientemente. Se estaba poniendo nerviosa. No podía permitirse ponerse nerviosa. Darius estaba tan sintonizado con ella, sabía que perturbaría su sueño, y estaba preocupada por su salud desde que había observado la preocupación de su familia.

Cullen cambió de posición en la silla de respaldo recto y la evaluó con firmeza. Sacudió la cabeza y suspiró mientras cogía su tenedor.

- Vas a morir, Tempest. Y no será una muerte fácil. Demonios, ¿Por qué no me escuchas? Te lo juro, estoy diciendo la verdad.

- Te creo. No sé por qué te creo, es tan absurdo, pero te creo. Estoy incluso medianamente segura de que no estás intentando engañarme para ponerme en sus manos.

Tempest vació su vaso de agua. Estaba empezando a sudar. Le dolía la cabeza. Necesitaba tocar a Darius. Sólo un momento, sólo para asegurarse de que estaba realmente vivo y bien.

- ¿Por qué no me permites esconderte entonces? Podemos advertir a Desari si crees que ayudará, pero no volver allí. Quédate lejos de ellos. - Le suplicó Cullen.

- ¿Por qué haces esto? - Preguntó Tempest. - Si me estás contando la verdad, tu gente nunca te perdonará por esto. ¿Por qué arriesgas tu vida por mí?

Cullen se quedó mirando la comida en su plato.

- Hace mucho estaba comprometido con la mujer más maravillosa de la tierra. Era amorosa y gentil... no había nadie como ella. Estabamos en San Francisco, haciendo turismo juntos. Fue asesinada.

Tempest sintió su pena como un cuchillo.

- Lo siento tanto, Señor Tucker. - Se le llenaron los ojos de lágrimas, enredándose en sus largas pestañas. - Qué horrible para ti.

- La policia pensó que el asesino era un psicópata que había estado aterrorizando a la ciudad, pero yo vi como ocurrió. La criatura hundió sus dientes en el cuello de ella y drenó su sangre. Después tiró su cuerpo como si no fuera más que basura. Su sangre le manchaba los dientes y la barbilla. Me miró directamente y rió. Sabía que iba a matarme a continuación.

- Pero no lo hizo. - Le tocó la mano, deseando confortarle.

Cullen sacudió la cabeza. Cuando la miró, sus ojos reflejaban un profundo y lacerante dolor.

- Durante mucho tiempo deseé que lo hubiera hecho. Pero algo o algo lo asustó antes de que puediera intentarlo. Una luz, como un cometa, llegó cruzando velozmente el cielo hacia nosotros. El vampiro siseó y volvió la cabeza hacia ella. Fue como ver como observar el movimiento del más repulstivo de los reptiles, ese lento y ondulante movimiento de las serpientes. Después literalmente se disolvió ante mis ojos y se esfumó lejos de la luz que venía hacia nosotros. Observé la persecución cruzando el cielo hacia el océano. Era la cosa más fría y cruel que he visto nunca. quería venganza. Quería cazarle, cazar a cualquier cosa que se asemejara a él.

- Puedo entender eso. - Murmuró Tempest amablemente.

Cullen sacudió la cabeza.

- No, no puedes, y esa es la cuestión. Me recuerdas a ella. Tenía una gran compasión, al igual que tú. Ella nunca habría buscado venganza; habría intentado buscar una forma de perdonarle. Creo que eso es lo que harías tú. - Suspiró y removió la comida en el plato. - Van a torturarte para sacarte información. Incluso si se la das, te matarán. Por Dios, Tempest, ¿no lo ves? No puedo vivir con eso.

Tempest sacudió la cabeza.

- Darius no permitirá que me cojan.

Las cejas de Cullen se arquearon.

- ¿Darius? Debe ser el guardaespaldas. Admitiré que el hombre es bueno, pero no importa lo bueno que sea. Te atraparán. Te encontrarán y te raptarán. No entiendes... esa gente va en serio.

Ella se inclinó hacia adelante para mirarle directamente a los ojos, así sabría que hablaba absolutamente en serio.

- No, Cullen, eres tú el que no entiende. Ellos no entiende. Darius vendría a por mí. Nadie podría detenerle. Nada en este mundo podría detenerle. Es completemente implacable. Despiadado. Tan silencioso como un leopardo y se mueve como el viento. No le verían, no le olerían, mientras se apresurara a través del tiempo y el espacio. Y nunca le detendrían, no hasta que me tuviera de vuelta y hubiera terminado con cualquier amenaza para mi para siempre. Ese es el tipo de persona con el que están tratando.

Cullen se hundió hacia atrás como si le hubiera golpeado. Su cara palideció visiblemente.

- ¿No es humano? ¿Me estás diciendo que este guardaespaldas es un vampiro?

- Señor Tucker, tienes metido entre ceja y ceja a los vampiros. Por supuesto que Darius no es un vampiro. ¿Parezco la clase de mujer que saldría con un vampiro?

- ¿El guardaespaldas es tu novio? - Preguntó Cullen, incrédulo. - Él... - Se obligó a detenerse bruscamente. - ¿Estás segura de lo que estás haciendo? Suena como si fuera un tipo peligroso, Tempest. Muy peligroso. Pensé que quizás tenía algo que ver con la cantante.

- Lo tiene. Darius es el hermano mayor de Desari. - Tempest se echó el pelo hacia atrás, preguntándose de repente que aspecto tenía. Había estado trabajando toda la mañana y no había pensado en lavarse antes de bajar a la ciudad. También estaba cansada. Había estado despierta toda la noche con la banda y Darius, y ahora el Sol estaba pasándole factura. Incluso se sentía como si le ardieran los ojos y la piel. Las quemaduras solares no eran raras pero una pelirroja, pero este ardor era diferente. Profundo. Intentó no alarmarse.

- El guardaespaldas no es invencible, Tempest. - Dijo Cullen. - Incluso si es tan asombroso como tú y la sociedad de cazadores de vampiros creen.

- Quiero agradecerte por arriesgarte tanto por advertirnos. - Dijo Tempest suavemente, y posó gentilmente su mano sobre la de Cullen. - Lamento terriblemente tu pérdida, pero por favor no te preocupes por mí. Darius cuidará de todos nosotros.

¡Aparta la mano de ese hombre ahora, Tempest! Si valoras su vida, haz lo que digo.

Tempest apartó la mano de un tirón y agachó la cabeza para esconder el fuego de sus ojos. No tienes derecho a darme órdenes. No tienes ni idea de lo que está pasando aquí, Darius.

Sé que estás con un hombre.

Bien, yupi, menudo crimen. El sarcarmo goteó en su voz.

- ¿Tempest? - Cullen atrajo su atención de vuelta a él. - ¿Algo va mal? - No sabía porque pero notaba que ella se había estremecido, su boca se había apretado como si estuviera molesta.

Ella se encogió de hombros.

- No mucho. Solo tengo una extravagante organización de cazadores de vampiros deseando raptarme, torturarme, y matarme. No está demasiado mal. Puedo manejarlo. Lo que más me preocupa es Desari. Ella no se merece otro trauma más.

- Desearía que me escucharas. ¿Y si voy contigo y hablo yo mismo con el guardaespaldas? Si es tan bueno como dices, podría utilizar la información que pueda darle. - Aventuró Cullen, sin estar seguro de por qué se ofrecía. Sabía que seguiría a Tempest, intentaría protegerla lo mejor que pudiera. Incluso si iba en realidad al campamento, intentaría evitar que los otros fueran tras ella.

Tempest estaba ya sacudiendo la cabeza.

Traele de vuelta contigo, llegó la orden de Darius.

No lo haré, Darius. No tengo ni idea de lo que le harás. Este hombre ya ha sufrido bastante.

Debes confiar en tu compañero.

Si tuviera uno, contraatacó. Todo lo que tengo es un hombre mandón que cree que puede darme órdenes. Vuelve a dormir.

Eres muy valiente cuando crees que no puedo tocarte, cielo. Toda furia había desaparecido de su voz, reemplazada por diversión. Sintió el roce de sus dedos rodeandole la garganta. Su toque envió la familiar ola de calor arremolinándose a través de su riego sanguíneo y mariposas aleteando a su estómago. Nadie más podría hacer esto, tocarla físicamente sin estar presente. Sabía que Darius estaba lejos; sentía la distancia entre ellos.

- ¿Tempest? - Cullen tuvo miendo de estar perdiéndola. Estaba ensimismada, concentrada en algo más que el peligro en el que se encontraba.

Tempest alzó la barbilla.

- ¿Por qué quieres ponerte en un peligro aún mayor, Señor Tucker? ¿Estás corriendo un gran riesgo al unirte a nosotros? Tu gente podría no notar que me has advertido hoy, pero si de verdad vienes al campamento, pensarás que te has cambiado de bando.

- Lo sé. - Admitió Cullen, súbitamente hundido. - Siento que le debo algo a la cantante. No sabía que había ordenado dispararle hasta que fue demasiado tarde, pero formé parte de ese grupo de locos durante un tiempo, y me siento culpable. - Sus ojos saltaron hacia la ventana, la puerta, comprobando continuamente por si acaso Brady Grand había enviado a alguien tras él.

- La culpabilidad no es una buena razón para jugarte la vida. - Señaló Tempest.

Deja de discutir con el hombre y tráele de vuelta.

No quiero que resulte herido.

Si está diciendo la verdad, nadie le hará daño, le aseguró Darius.

- No puedo dejar que esa gente te mate, Tempest. - Discutió Cullen. - Matt Brodrick tenía tu foto en su cámara cuando murió siguiendo a la banda. Saben que aspecto tienes y vendrás tras de ti. - Cullen Tucker se detuvo. - ¿Cómo murió él, de todas formas? Al parecer se disparó a sí mismo, ¿pero tú no estaba allí? - Cullen golpeó la foto una vez más. - Este es el punto exacto donde su cuerpo fue encontrado.

- No tengo ni idea. No tenía ni idea de que había tomado esta foto. Debía estar escondido entre los arbusto cercanos. Es una área de espesa arboleda. - Tempest intentó alejar a Cullen de su improvisada explicación.

- Eso no establece la razón, Tempest. - Dijo Cullen tranquilamente. - de que Matt te hubiera sacado la foto para volarse luego la cabeza. La policía lo aceptó porque no había evidencias de que nadie más hubiera estado en los alrededores, pero conocía a Matt. Era un hijo de puta sádico. Nunca se habría suicidado.

Durante un momento no pudo respirar, recordando la forma en que el reportero la había mirado con ojos fríos y calculadores.

Aquí estoy, cielo, la confortó Darius. Este hombre hace demasiadas preguntas, pero no presiento una trampa.

Tomó un profundo aliento y empezó a contar a Cullen Tucker la verdad.

- No le vi suicidarse. Estaba a punto de dispararme, pero caí hacia atrás por un acantilado y rodé por un barranco. Oí el disparo, pero no tengo ni idea de lo que pasó en realidad.

- ¿No había nadie más allí? - Puntualizó Cullen.

- No vi a nadie más. - Repitió Tempest honestamente.

Cullen suspiró suavemente.

- Salgamos de aquí. Cuando más nos quedemos por los alrededores, más probablemente seremos divisados. ¿Por qué tienes que conducir un coche tan llamativo?

- Tienes razón. - Estuvo de acuerdo ella. - Nadie se habría fijado en un autobús con las enormes letras de molde a los lados.

Él le sonrió ampliamente, y Tempest notó que era la primera vez que le veía sonreir.

- Apuesto a que das más problemas a ese guardaespaldas que todo la banda junta, ¿verdad? - Se burló.

Ella levantó la barbilla, ignorando la silenciosa risa de Darius.

- ¿Por qué demonios dices eso?

- Porque conozco a los que son de ese tipo. Y este es claramente poderoso, quizás incluso mortal. Diría que es domiante, agresivo, y extremadamente celoso, del tipo posesivo si se enamora de una mujer.

- Que interesante valoración. - Chúpate esa, Darius, añadió alegremente. Ni siquiera te conoce aún, y sabe exactamente como eres. Una descripción bastante interesante, ¿no crees?

Lo que creo, es que será mejor que traigas su adorable trasero a casa rápido, cielo, o podría estar tentado a zurrartelo.

Serás bienvenido a intentarlo, dijo ella arrogantemente, sabiendo que estaba perfectamente a salvo.

Cullen se puso en pie, tiró algo de dinero sobre la mesa, y después la ayudó con la silla. Ella suspiró. Su agradable y solitaria existencia solía ser tan simple, tan tranquila. Oyó el bajo y agresivo gruñido de Darius cuando Cullen la guió hacia la puerta con la palma de la mano en su espalda, y suspiró de nuevo. Las palabras resonaron en su mente en otra lengua, una con la que no estaba familiarizada, pero el tono abrasador le dijo que Darius estaba maldiciendo.

Aléjate de él. No tiene por qué poner sus manos sobre ti.

Simplemente está siendo cortés.

Cullen chilló, apartando la mano de ella para llevársela a la boca.

- Algo me ha picado.

- ¿De veras? No he visto ninguna abeja. - Tempest pareció tan simpática como podía bajo la circunstancias, pero sentía una inesperada urgencia de reir. Mimado reyecito del castillo.

Aprende algo de respeto, cielo, ordenó Darius.

Cullen le abrió la puerta del coche, después gritó por segunda vez cuando le sostuvo el codo para servirle de apoyo. Frunció el ceño.

- ¿Qué demonios está pasando?

Tempest buscaba a tiendas unas gafas de sol. El Sol parecía estar lanzando trozos de vidrio a sus ojos. Casi al momento estaban hinchados y rojos, ardiendo en respuesta al ardor de la luz.

- No me imagino qué quieres decir. - Dijo a Cullen.

Condujo de vuelta al campamento a un paso mucho más sedante del que había usado para llegar a la ciudad. Consciente de que Cullen la seguía, puso cuidado en respetar el límite de seguridad, aunque molesta. La carretera estaba hecha para coches deportivos... serpenteante, estrecha, cuesta arriba, caidas escarpadas a un lado, la montaña elevándose al otro. Tenía que luchar con la inclición dar rienda suelta y disfrutar de lo que el coche podía hacer realmente.

Una vez en el interior del bosque, se abrió paso a través de la red de carreteras de tierra como una profesional. Cullen no necesitaba saber que había practicado recorriendo la ruta para no perderse. Maniobró a través del laberinto de estrechos caminos, seleccionando un camino a la derecha. En segura sintó una curiosa y extraña sensación, la oscura opresión al entrar en una zona maligna... los perímetros que Darius había colocado alrededor del campamento para mantener a otros fuera. Ella era más sensible a ellos de lo que había sido antes. No era tan malo que no pudiera conducir a través de la barricada, pero temió que Cullen pudiera tener un problema.

Él se detuvo tras ella, sin pasar completamente la barricada.

- ¿Cuál es el problema? - Llamó.

Ella adelantó su coche, esperando por él para ver que ocurría. Cullien condujo hacia ella durante unos pocos metros, entonces se detuvo bruscamente, quedándose sin aliento. Tempest

miró por el retrovisor y notó que él estaba temblando, gotas de transpiración goteaban por su frente. ¿Puede traspasar las salvaguardas? ¿Se pone peor?

Durante una milla o así. Puede lograrlo.

¿Puedes deshacerlas?

Condúcele a través de ellas. Darius era implacable. No bajaría la barricada cuando sabía que estaban siendo cazados, cuando era consciente de que Tempest podía estar en peligro inminente.

Murmurando sobre hombres estúpidos, Tempest salió del coche deportivo y retrocedió hasta Cullen. Su respiración de era trabajosa, se apretaba el pecho con la mano.

- Creo que estoy teniendo un ataque al corazón. - Se las arregló para soltar.

- Muévete. - Dijo ella. - Yo conduciré. Es sólo una especie de medida de seguridad que Darius se ha inventado. Es un genio, ya sabes. - Dijo enérgicamente. - Mantiene a la gente lejos de la zona.

- Da una sensación de maldad, como si algo estuviera esperando para arrastrasnos al infierno. - Dijo Cullen, pero obedientemente se movió.

- Si, bueno, después de que conozcas a Darius, puede que pienses que es eso lo que ha ocurrido. - Replicó desagradablemente. - Que Dios te ayude, Cullen, si no eres totalmente sincero. Darius no es alguien a que desearías intentar mentir.

- Si ha diseñado este sistema de seguridad tan particular. - Dijo Cullen con un cierto grado de admiración y respeto. - te creo.

- ¿Eso es un cumplido? - Preguntó esperanzada. No quería dejar el coche deportivo donde cualquiera pudiera encontrarle y delatar su posición, y había demasiado calor para conducirlo hasta el campamento y caminar de regreso para recuperar el coche.

- Ya es suficiente, sé que no estoy teniendo un ataque al corazón. Puedo seguirte. Sólo sácanos de esto tan rápido como puedas. - Suplicó.

Tempest le palmeó el hombro y se deslizó fuera del vehículo para volver al suyo propio. Les llevó bastante tiempo ondeando dentro y fuera de los caminos, Cullen prácticamente iba a sus talones.

El campamento estaba desierto cuando llegaron. Tempest sabía que la banda y Darius estaban durmiendo en algún lugar, a salvo. Los felinos, oliendo a un extraño, inmediatamente empezaron a rugir su oposición ante tal invasión. Cullen se negó a salir del coche, oyendo lo que sonaba como una manada de leopardos hambrientos y decididos a tomarle de almuerzo. Tempest pasó unos pocos minutos silenciando a los gatos, exasperada porque Darius había elegido ese momento para dejar de entrometerse y dejarla por su cuenta.

- ¿Dónde está todo el mundo? - Exigió Cullen, finalmente emergiendo de su coche y mirando cautelosamente alrededor del campamento desierto. Siguió a Tempest hasta el camión.

- Darius está en algún lugar en el bosque. Le gusta colgar una hamaca entre dos árboles, alejarse de todos nosotros y tener lo que el llama cariñosamente un rato tranquilo.

Muy divertido, cielo. Era la peor mentirosa que he conocido nunca. Y deja de tocar a ese hombre. Si me pongo más celoso, seré yo el que tenga un ataque al corazón.

Vuelve a dormir. Estás molestándome, dijo Tempest severamente. Sonrió suavemente a Cullen.

- Es tan caprichoso, ya sabes.

- ¿Y Desari? ¿Dónde está? - Recorrió la caravana con una mirada ansiosa.

Tempest captó su mirada y estalló en carcajadas.

- Está en un ataud en el autobús. ¿Te gustaría verlo? Puedo dejar que salgan los felinos mientras echas un vistazo.

Cullen pareció tímido.

- Supongo que estoy siendo bastante tonto. Pero esos gatos son otra razón por la que Desari es blanco de la sociedad. - Ausentemente extendió a Tempest una herramienta que ella

señaló. - Se supone que los vampiros tienen algún animal del infierno que vigila por ellos durante el día. Esos felinos encajan en la descripción.

Tempest rio con él.

- En realidad, el autobús está vacío excepto por los gatos. Yo lo uso más que los otros. Ellos están levantados toda la noche, ya sea ensayando, actuando o conduciendo a su próximo destino. Yo cuido de los vehículos, así que voy a la ciudad, hago las compras y me ocupo de los recados. Desari y Julian probablemente están ya levantados. - Improvisó. - Les gusta darse largas caminatas. Personalmente, creo que esa es su excusa para ponerse ojitos tiernos el uno al otro sin nadie alrededor.

- ¿Julian Savage? Está alto en la lista de blancos de la sociedad. Tiene bastante reputación. Algunos de ellos creen que él es la razón de que Desari escapara a los disparos. - Confesó Cullen.

Tempest apretó ruidosamente los nudillos, murmurando unas pocas palabras escogidas, y se inclinó de vuelta a su tarea.

- Por lo que he oído, él le salvó la vida.

- ¿Mató a todo el escuadrón? - Preguntó Cullen, curioso.

- No lo sé. Cuando los conocía ya estaban muertos. Y a penas leo los periódicos. - Dijo casi ausentemente, como si casi no estuviera escuchando.

- No creo que fuera Julian. - Dijo Cullen cuidadosamente, estudiándola atentamente. - Creo que el guardaespalda los mató.

Ella no solo apretó los nudillos esta vez sino también la frente. Se volvió para mirarle.

- Tengo trabajo que hacer. Sal de mi vista un rato, ¿quieres? Ve a recorrer el bosque buscando a la banda. Dayan tiene una de esas pequeñas tiendas de campaña. Sin embargo no le despiertes si está durmiendo; se pone gruñón si le molestas antes de que haya conseguido dormir sus ocho horas. Syndil podría estar en el autobús con los felinos si quieres mirar. - Ofreció, sabiendo perfectamente que no le tomaría la palabra.

Cullen sacudió la cabeza.

- Eso no será necesario. No quiero molestar a nadie. Simplemente me daré una vuelta para ver si puedo ver lo buena que es la seguridad por los alrededores.

- Oh, si, eso es lo que necesitabamos, otro hombre mandón más diciéndonos lo que tenemos que hacer. - Murmuró Tempest por lo bajo.

Estoy impresionado por tu habilidad para crear la ilusión de que todos estamos vagando por ahí bajo el Sol.

¿Ves? Puedo ser una mentirosa convincente cuando hace falta, dijo ella. Supongo que por la clase de vida que tuve cuando era niña. Podría venir bien si esos maníacos ponen sus garras sobre mí.

Darius pudo oir el eco de miedo en su voz. Estaba intentando fingir valientemente que las cosas que Cullen le había revelado no la asustaban, pero él moraba en su mente, y sabía que estaba asustada. *Torturar y matar*. Esas eran las palabras que Cullen Tucker había usado, y Tempest tenía una vívida imaginación. Estás bajo mi protección, la reconfortó amablemente.

Tempest sonrió ante su arrogancia. Sabía que se comentario se suponía que la haría sentirse mejor instantáneamente, pero acostumbraba a confiar en sí misma, no en la protección de algún hombre.

¿Algún hombre? repitió Darius.

Podía oir su suave risa, la burla amable que siempre se las arreglaba para fundirle el corazón.

Estoy intentando trabajar, Darius. Vete.

De verdad tienes problemas con las figuras de autoridad.

Y tú tienes problemas con cualquiera que te dija que no, ¿verdad? contrarrestó y rápidamente cerró los nudillos otra vez. Demonios, Darius, me estás distrayendo. ¿Ves lo que me has hecho hacer?

Pon atención a tu trabajo, y deja de mirar a ese hombre.

No le estoy mirando, negó ella ardorosamente, levantando la mirada para ver dónde estaba Cullen. No quería que fisgoneara alrededor de autobús y se lo comienran los dos leopardos, podía incluso ocurrir que lo hicieran por orden de Darius.

Una risa suave y burlona resonó en su cabeza. Ahí lo tienes, mirando de nuevo. Pon atención en lo que haces o podríamos tener que despedirte.

Desari no te dejaría. Vuelve a dormir mientras el Sol está todavía alto.

13

Syndil emergió del remolque, confirmando la creencia de Rusti de que Darius era capaz de comunicarse en privado con cada miembro de su familia como hacía con ella. Debía haberles puesto al tanto de lo que había pasado durante su sueño y las coartadas que Tempest había dado para cada uno de ellos.

Cullen casi cayó hacia atrás mientras observaba la aproximación de Syndil. Su boca realmente se abrió de par en par, su mirada se deslizó por las caderas y el brillo de su pelo azabache. Syndil sonrió a Cullen con su estilo dulce y tímido cuando Rusti los presentó. Parecía inusualmente hermosa, una belleza exótica que podía dejar a un hombre sin aliento. Ciertamente, Cullen tenía el aspecto de alguien al que habían golpeado en la cabeza con un dos-por-cuatro, mientras tartamudeaba un saldo a la música morena.

- Que agradable por su parte unirse a nosotros, Señor Tucker. - Dijo Syndil suavemente, su voz tan vuave y gentil como la brisa que los rodeaba. - Espero que Rusti se haya ocupado de todas sus necesidades. Tenemos bastantes refrigerios en el autobús.

Cullen se pasó una mano por el pelo rubio, despeinándolo incluso más de lo que había hecho su largo paseo.

- Oh, si, seguro. Ha estado genial.

- ¿Y el camión está arreglado, Rusti? - Preguntó Syndil cortés, intentando no sonreir ante la reacción de Cullen hacia ella. Había pasado bastante tiempo desde que alguien la había hecho sentirse hermosa y deseable. Sabía que eso era culpa suya, por haberse estado escondiendo del mundo, pero ahora, con Cullen Tucker haciéndola sentir viva de nuevo, estaba súbitamente feliz.

- Sin problemas. - Replicó Tempest.

Syndil extendió una mano y capturó la derecha de Tempest, volviéndola para examinar los nudillos raspados. - Estás sangrando. Te has hecho daño. - Había una tremenda preocupación en su voz, en su expresiva cara. Levantó la mirada hacia Cullen, con una sonrisa sexy y traviesa en los labios mientras cubría con la palma de la mano los nudillos de Tempest, aliviando los arañazos. - ¿Sabe Darius que tienes una visita?

Tempest sintió que el color abandonaba su cara. Syndil sabía muy bien por qué estaba allí Cullen Tucker. Sólo estaba burlándose sútilmente de ella. Syndil sonrió a Cullen.

- Darius está loco por Rusti, y es un hombre muy celoso. Quizás deberías pegarte a mi para que pueda ofrecerte mi protección.

Cullen parecía contento con esa idea.

- ¿Crees que necesito protección?

- Oh, absolutamente. - Le aseguró Syndil, flirteando descaradamente. - Darius nunca permite que nadie se acerque a Rusti.

- Eso no es verdad, Cullen. - Al menos Tempest esperaba estar diciendo la verdad. Darius permitía a otras mujeres a su alrededor. Al parecer sólo ponía objeciones a los hombres.

- ¿Esto es una fiesta? - Dayan salió a zancadas del bosque, con una mochila sobre los hombros y una pequeña tienda pulcramente plegada en un saco entre las manos. - ¿Por qué no he sido invitado?

- Porque te pones muy gruñón cuando intentamos despertarte. - Le saludó Syndil, guiñando un ojo hacia Tempest. Se puso de puntillas y rozó la barbilla de Dayan con un beso. - Está bien. Te perdonamos. Puedes unirte a nosotros si quieres. Rusti ha invitado a amigo.

Dayan instantáneamente ofreció su mano libre a Cullen, con una sonrisa de bienvenida en la cara.

- Mi nombre es Dayan. Cualquier amigo de Rusti es amigo nuestro. - Su frotó la barbilla pensativamente, sus ojos vagaron de Cullen a Tempest y de nuevo de vuelta. - ¿Sabe Darius que estás aquí? ¿Le has conocido?

Cullen miró intranquilo a Tempest.

- Empiezo a pensar que venir aquí no ha sido tan buena idea. ¿Cómo de celoso es este guardaespaldas?

Dayan rio suavemente.

- Darius tiene sus manias con su pequeño amorcito.

- ¡No soy su "pequeño amorcito"! - Negó Tempest ardientemente. - No soy nada suyo.

Sé que puedes oir cada palabra que se está diciendo. Estás haciendo sufrir a Cullen deliberadamente. ¡Ven aquí ahora mismo! se quejó a Darius.

No es sólo Cullen Tucker el que parece estar nervioso. Respondió Darius complacientemente. Y eres mía, toda mía.

Realmente necesitas abandonar la tierra de la fantasía, Darius.

Dayan tuvo la audacia de despeinar el pelo de Tempest como si fueran viejos amigos.

- Definitivamente eres el único amor de Darius, y él no es muy bueno compartiendo.

Syndil asintió solemnemente.

- Es cierto. No creo que haya aprendido cuando era niño. - Sus ojos oscuros estaba iluminados con travesura, algo que todos los que la rodeaban estaban agradecidos de ver. - En realidad, Señor Tucker... ¿o puedo llamarte Cullen?... yo te protegeré.

Cullen volvió a pasarse la mano por el pelo.

- Ningún hombre está dispuesto a compartir a la mujer que ama, Syndil. Pero Tempest y yo nos conocimos hace sólo unas pocas horas en la ciudad. Le traje algunas noticias que todos vosotros deberíais oir. Pero el guardaespaldas no tiene nada de que preocuparse. No estaba cortejándola.

Los ojos de Dayan se volvieron súbitamente duros y fríos.

- Espero que no te hayamos dado una falsa impresión de Darius. Nunca se *preocuparía*. No es su estilo. - La voz, incluso más que las palabras, cargaban una amenaza.

Tempest gimió en voz alta, deseando conocer lo suficiente a Dayan como para golpearle en la cabeza. Extendió la mano para tranquilizar a Cullen, que parecía como si hubiera tropezado con un nido de víboras. Dayan se movió de repente, colocando deliberadamente su cuerpo sólido entre Tempest y el humano. Syndil tomó el brazo de Cullen y le condujo hacia algunas sillas colocadas bajo los árboles.

La oscuridad caía rápido. Los murciélagos empezaron sus rituales de cada noche, asaltando a los insectos, haciendo acrobacios en el cielo. Se había levantado una brisa fresca, haciendo susurrar amablemente las hojas en los árboles. Desari y Julian, completamente ataviados con botas de de excursionista y mochilas, se acercaron de la mano al interior del círculo. Ambos parecieron sorprenderse de ver a un visitante, pero Tempest sabía que su sorpresa era fingida. Julian colocó su cuerpo protectoramente delante de Desari incluso mientras ofrecía la mano a Cullen al ser presentados. Cullen parecía nervioso mientras murmuraba un saludo.

Este era el hombre que la sociedad creía absolutamente que era un vampiro. Cullen le estudió atentamente, recibiendo la impresión inmediata de puro poder. Julian Savage era enormemente fuerte, casi cuidadoso para no aplastar los huesos de Cullen cuando se estrecharon la mano. Era imposible decir su edad; su cara parecía intemporal. Físicamente era casi hermoso, de una forma puramente masculina, como las estatuas griegas de los Dioses.

- ¿Eres un fan del talento de mi mujer? - Aventuró Julian.

- Vino aquí con Rusti. - Ofreció Dayan con una sonrisa.

Las cejas de Julian se arquearon.

- ¿Con Rusti? Entonces no tiene que conocer todavía a Darius, Señor Tucker.

- No empieces. - Dijo Tempest. - Lo digo en serio, Julian. Vamos a dejarlo ya. Darius no es en realidad el ogro que todo vosotros os pensais. No podría importarle menos si tengo a una docena de hombres aquí de visita.

Ni siquiera te arriesgues con este, mi amor, dijo Darius suavemente en su mente, el crujido de sus dientes blancos era audible.

- ¿Quieres que tenga lugar una matanza? - Bromeó Dayan.

Tempest levantó la barbilla con desafio.

- Darius no es así en absoluto.

Darius llegó saliendo a zancadas del bosque, alto, elegante, el poder personificado. Cullen en realidad ya se estaba poniendo en pie. El guardaespaldas era el hombre más impresionante que hubiera visto nunca. Su cuerpo ondeaba con fuerza contenida. El poder rezumaba de cada poro. Su pelo negro como la medianoche estaba echado hacia atrás y atado en la nuca con una cinta. Los planos duros y ángulos de su cara parecían tallados en granito. Su boca sostenía una latente sensualidad y un golpe de crueldad. Sus ojos negros lo cogían todo, los detalles más pequeños, aunque nunca dejaban la cara de Tempest.

Darius avanzó silenciosamente, como una pantera al acecho, directamente junto a Tempest, su brazo la rodeó posesivamente, arrastrándola bajo su hombro. Inclinó la cabeza para encontrar su boca suave y temblorosa con la dura de él.

- Pareces cansada, pequeña. Quizás deberías echarte y descansar antes de que nos pongamos en marcha esta noche. Has estado trabajando todo el día.

En ese momento su perfecta boca tocó la de ella, Tempest olvidó sus burlas y se abandonó a la química que chispeaba entre ellos. Su brazo se deslizó a medio camino rodeándole la cintura, sus dedos se enterraron en su camisa.

- Estoy bien, Darius. Ese camión está listo, así que podemos salir tan pronto como necesitemos. Traje aquí a este hombre para hablar contigo.

Los ojos negros enseguida descansaron sobre la cara de Cullen Tucker. Involuntariamente Cullen se estremeció bajo la mirada helada. Era como mirar a una tumba, los ojos de la misma muerte.

Cullen sentía como si el guardaespaldas pudiera leer todos sus pensamientos y le estuviera juzgando digno o indigno.... y era su vida misma lo que estaba pendiendo de un hilo. Vio como el guardaespaldas cuidadosamente, deliberadamente se llevaba la mano derecha de Tempest a la boca, su lengua se movía lentamente, casi eróticamente sobre los nudillos arañados, esos ojos negros y ardientes nunca dejaron la cara de Cullen. Cullen podía sentir a Syndil a su derecha, cerca aunque sin tocarle. Era consciente de que ella estaba conteniendo el aliento.

- Soy Cullen Tucker. - Se presentó a sí mismo, agradecido de tener todavía voz. Tempest había estado diciendo la verdad sobre este hombre. Iría tras cualquiera que intentara apartarla de él, y nunca se detendría. El guardaespaldas, como había supuesto antes, era el tipo de hombre que era más que implacable, que no tenía misericordia.

-Darius. - Replicó el guardaespaldas brevemente. Sus manos cayeron sobre los hombros de Tempest y la empujaron hacia su cuñado. - Julian, quizás deberías llevarte a las tres mujeres mientras hablo con este caballero. Desari, por favor cuida de las necesidades de los felinos, y asegúrate de que Tempest come antes de que se vaya a la cama.

Librodot

Syndil se acercó más a Cullen, desafiando por primera vez en su vida a Darius. Me quedaré aquí y escucharé. Levantó la barbilla beligerantemente.

Sin advertir que Barack estaba allí, su apuesta cara era una retorcida máscara de furia. Literalemnte apartó a los otros hombres y aferró el brazo de Syndil, tirándo de ella bruscamente para alejarla del humano. Sus ojos ardían de rabia.

- ¿En qué estás pensando, Darius, para permitir que este hombre venga a nuestro campamente mientras nuestras mujeres están desprotegidas? - Exigió, obligando a Syndil a retroceder a pesar de su resistencia. Su cuerpo era una sólida muralla de músculo, presionando el más suave de ella lejos del grupo.

- ¡Cómo te atreves a tratarme de este modo! - Siseó Syndil, ultrajada.

Barack volvió la cabeza, su negra mirada ardía.

- Harás lo que ordeno en esta cuestión. Tienes bastante sentido común como para no ponerte en una posición vulnerable.

- Barack, ¿has perdido la cabeza? - Exigió Syndil.

Él gruñó, una baja advertencia que retumbó en el aire, sus dientes blancos se apretaban como los de un depredador.

Me niego a discutir contigo. Si no quieres soportar la vergüenza, Syndil, harás lo que digo ahora mismo. ¿Crees que no sé que buscaste activamente la compañía de este hombre?

Syndil retrocedió hacia la protección de los árboles, en parte porque Barack no le estaba dando elección y en parte porque esta atónita. Barack era el más informal de todos los hombres. Tendía a encontrarlo todo divertido, y flirteaba vergonzosamente con todas las humanas, disfrutando de su imagne de playboy de la banda.

No tienes derecho a decirme que hacer, Barack. Si deseo buscar a mil hombres, es mi derecho.

Al infierno con eso. Barack literalmente la alzó por la cintura y la llevó a lo más profundo del bosque.

- ¿Quién es este hombre, que de repente deseas estar con él? Nunca antes has mostrado interés por los hombres humanos.

La barbilla de Syndil se elevó.

- Bien, quizás eso ha cambiado.

- ¿Qué ha cambiado? ¿Que ha hecho este hombre, embrujarte? Te lo advierto, Syndil, no estoy de humor para esta tontería. Le tocaste. Pusiste la mano en su brazo, flirteaste con él. - Sus ojos ardían.

- ¿Y eso es un crimen? ¿Debo recordarte todas las veces que he sabido que estabas con humanas? No te atrevas a juzgar mi comportamiento. Este hombre me hace sentirme hermosa, deseable, como una mujer, no como una sombra ignorada. Me mira, y me siento viva de nuevo. - Se defendió Syndil.

- ¿Esa es la razón? ¿Te hace sentir viva? Cualquier hombre puede hacer eso, Syndil. - Soltó Barack.

- Bien, él es el que quiero. - Dijo ella desafiante.

La mano de él se cerró sobre su garganta, sus ojos oscuros furiosos.

- He esperado pacientemente a que te recobraras, he sido tan amable como sabía que debía ser. Pero esto no te lo permitiré. Si te atreves a acercarte a ese hombre, le haré pedazos con mis manos desnudas. Ahora entra en el trailer, donde sé que estás a salvo, y quédate lejos de él.

Syndil parpadeó, sorprendida y abría los ojos de par en par ante su extraña explosión.

- Me voy, pero no porque me lo ordenes. No quiero hacer una escena delante de un extraño.

Barack la empujó hacia el autobús.

- No me importa por qué estúpida razón hagas lo que te *ordeno*. Sólo hazlo. Ahora. En serio.

- ¿De dónde has sacado la idea de que eres mi amo y señor? - Le lanzó indignada sobre el hombre mientras se dirigía a la caravana.

- Simplemente recuerda que lo soy, Syndil. - Soltó él y vigiló para asegurarse de que ella hacía lo que ordenaba antes de volver a unirse a los hombres, que interrogaban a Cullen.

Rusti y Desari encontraron a Syndil en la puerta del autobús. Desari pasó un brazo alrededor de los hombros de Syndil.

- ¿Barack estaba muy enfadado?

- No le conoces. - Dijo Syndil. - como yo. ¿En qué estaba pensando para amenazarme de ese modo? Como si fue su hija, su pequeña hermanita. ¿Tenéis idea de con cuantas mujeres ha estado él? Es asqueroso, eso es lo que es. Me pone enferma, la forma en que los hombres tienen semejante doble estandart... uno para su propio comportamiento y otro para el nuestro. La única razón por la que le he echo caso es porque este asunto concierne a tu seguridad, Desari. De otro modo le hubiera dicho que se fuera derechito al infierno. Puede que aún lo hago. De hecho, puede que simplemente me largue después de vuestro próximo concierto. Necesito unas vacaciones de ese idiota.

- Quizás debería irme contigo. - Aventuró Tempest. - Darius es incluso peor que Barack. ¿Qué les pasa a estos hombres?

Desari rio suavemente.

- Son mandones y dominantes y con frecuencia un grano en el trasero. Julian siempre está intentando imponerme su ley. La cuestión es, que tienes que plantarles cara.

Syndil se pasó una mano por el pelo con agitación.

- Rusti y tú, quizás, pero yo no pertenezco a nadie. Debería poder hacer lo que deseara.

Tempest se hundió en una profunda silla acolchada. Ambos leopardos se le enredaron inmediatamente alrededor de las piernes.

- Yo no pertenezco a Darius. ¿De dónde saca todo el mundo la idea de que soy su novia? E incluso si así fuera, no tendría porque hacer una maldita cosa que el dijera.

- Rusti. - Dijo Desari gentilmente. - no puedes desafiar a Darius. Nadie puede, ni siquiera uno de nosotros, y somos muy poderosos. Encontrar a tu compañero no es como un matrimonio humano. Los instintos más poderosos se ponen en marcha. Cada uno de nosotros tiene un único auténtico compañero, así como tú eres la de Darius. Debes ser la otra mitad de su alma. La luz de su oscuridad. No puedes cambiar eso simplemente porque lo temes.

Syndil asintió mostrando su acuerdo. Cogiendo un cepillo, se movió para recoger el pelo de Tempest y poder deshacer la gruesa trenza roja.

- Darius es siempre tan gentil contigo, pero hay una gran oscuridad en él. Debes entender lo que es él. No puedes pensar en él como humano; no es humano. Es bastante capaz de imponerte su voluntad en cuestiones que afecten a su salud y seguridad. Los hombres siempre proteger a las mujeres.

- ¿Por qué? ¿Por qué son tan dominantes? Me pone de los nervios.

Desari suspiró suavemente.

- Darius a salvado nuestras vidas una y otra vez. La primera vez sólo tenía seis años. Ha hecho cosas milagrosas, pero las hizo, tuvo que creer implicitamente en su propio juicio, y con eso llega una cierta arrogancia.

Tempest soltó un bufido poco elegante, pero una parte de ella era consciente de que Desari estaba deciendo la verdad. Había visto retazos de la vida de Darius en sus recuerdos, había oido algunas de sus historias, y la dejaban atónita, su implacable resolución por mantener con vida a su familia.

- Julian me contó que la raza de los Cárpatos se extingue. - Continuó Desari. - Hay pocas mujeres... poco menos de veinte, contando a Syndil y a mí misma. Nosotras somos el futuro de nuestra raza. Sin nosotras, los hombres no tienen ninguna posibilidad de sobrevivir. Solía ocurrir que una mujer esperaba un siglo antes de establecerse con su pareja e incluso más para tener niños. Pero ahora los hombres no tienen más elección que reclamar a sus

compañeras cuando son simples principiantes. Debes ver por qué es de vital importancia para todos ellos que estamos protegidas. - Dijo Desari.

Tempes sintió que su corazón se saltaba un latido. Era más fácil no pensar demasiado en lo que se había metido. Cuando Desari pronunció las palabras en voz alta, conoció el terror que estaba esperando a un latido de corazón para reclamarla. Se mordió con fuerza el labio inferior. Ambas mujeres oyeron su repentino latido de corazón. Era humana, no una Cárpato, y no se sentía a salva en su mundo.

Desari se hundió de rodillas delante de Tempest.

- Por favor no nos temas. - Dijo suavemtne, persuasivamente. - Eres nuestra hermana, una de nosotros. Nadie de nuestra familia te haría daño. Es más, Darius daría su vida por ti. Está dando su vida por ti. - Sus ojos oscuros se llenaron de lágrimas.

Los ojos verdes de Tempest se abrieron de par en par ante el obvio desasosiego de Desari, ante su elección de palabras.

- ¿Qué quieres decir con que está dando su vida por mí?

- Los Cárpatos tenemos gran longevidad, Rusti; es a la vez nuestra bendición y nuestra maldición. Debido a que eres su compañera, aunque mortal, Darius elegirá la forma humana de hacer las cosas. Envejecerá y morirá contigo en vez de permanecer inmortal. - Explicó Desari gentilmente.

- Ya muestra signos de cansancio. - Añadió Syndil. - Se niega a ir a la tierra para dormir apropiadamente.

- ¿Qué quieres decir? - Preguntó Tempest, curiosa. Darius utilizaba con frecuencia esa frase, pero todavía no estaba segura de lo que significaba.

- La tierra es sanadora para nuestra gente. - Dijo Desari. - Nuestros cuerpos necesitan dormir de un modo diferente al vuestro. Debemos detener nuestro corazón y pulmones para rejuvenecer. Sin hacerlo, no mantenemos toda nuestra fuerza. Darius es nuestro protector. Es uno de los que deben enfrentar a los asesinos humanos y cazar al no-muerto que nos amenaza. Al menos que vaya a la tierra como debe, perderá su gran poder.

Tempest sintió que el aliento se le atascaba en los pulmones. La idea de Darius en problemas era atemorizando.

- ¿Por qué no se va simplemente a dormir como se supone que tiene que hacer? Se pasa horas enteras volviéndome loca, hablándome siempre, y añadiendo una amenaza o dos sólo para mantener las cosas interesantes.

- Darius nunca te dejaría desprotegida. No puede. Eres su compañera. No puede separarse de ti.

Tempest suspiró, disfrutando la forma en que las dos mujeres la hacían sentir, como si perteneciera al círculo familiar.

- Bien, tendrá que superarlo ya. Insistiré en que vaya a dormir de la forma en que debe. Si no lo hace, no tendré más elección que abandonarle.

Desari sacudió la cabeza.

- Todavía no lo entiendes. Darius no puede estar nunca lejos de ti. Le destruiría. No creas que cambiará nada si intentas dejarle. Sólo te apretará más las riendas, Rusti. Ni una sola vez, en todos los siglos de su existencia, deseó algo para sí mismo. Pero te quiere a tí. Te necesita.

- Quizás yo no le quiera a él. - Dijo Tempest. - ¿Yo no tengo derechos?

Syndil y Desari rieron, las notas sonaron como campanas de plata, como agua tropezando sobre las rocas.

- Darius no puede hacer nada más que hacerte feliz. Él mora en tu mente. Si no le quisieras, él lo sabría. ¿No puedes entenderlo, Rusti? - Le preguntó Desari. - No puedes estar sin él ya y él no puede estar lejos de ti. ¿No lo sientes cuando estáis separados? ¿Cuando él duerme el sueño de los mortales?

Tempest agachó la cabeza, el recuerdo de esa incomodidad en concreto estaba firmemente grabado en su mente. Durante un momento se sintió cerca de las lágrimas. En seguida él estaba en su mente.

¿Tempest? Estoy aquí. La inundió con calidez, con confianza.

Estoy bien, sólo estoy portándome como una tonta.

Acudiré a ti si lo necesitas.

Tu toque es suficiente. Y lo era. Las dos mujeres tenían razón. Le necesitaba tanto si tenía o no la voluntad de admitirlo a alguien que no fuera ella misma. Sintió el roce de dedos, una tierna caricia que pasó por su mejilla y bajó a su boca. Pudo sentir la instantánea respuesta de su cuerpo, la calidez, el ardor, el desasosiego cuando el contanto disminuyó gradualmente a regañadientes.

- ¿Rusti? - Preguntó Desari suavemente. - ¿Estás bien? - Dio la vuelta a la mano de Tempest para examinar los nudillos despellejados. - ¿Cómo te hiciste esto? ¿Lo ha visto Darius? - Cerró la palma de la mano sobre los raspones de la misma forma que había hecho Syndil. Al momento Tempest pudo sentirl el cálido alivio.

- Por supuesto. - Admitió Tempest, ruborizándose ligeramente mientras recordaba la sensación de la boca sobre su piel. - No se pierde nada. ¿Qué es exactamente el no-muerto? Dijiste que Darius cazaba al no-muerto. ¿Estás hablando de vampiros?

- Si nuestros hombres no encuentran una compañera, con el tiempo tarde o temprano pierden su alma ante la oscuridad de su interior. Se convierten en vampiros, cazando a nuestra gente al igual que a los humanos. Deben ser destruidos. - Respondió Desari.

Syndil tocó el hombro de Tempest para atraer su atención.

- El que me atacó, el que creció como mi hermano, mi familia, mi protector... se convirtió en vampiro. Casi mató a Darius. Si Darius no hubiera sido tan poderoso, podría haber tenido éxito. Aún asi, Darius estaba severamente herido. Yo, también, habría muerto, y quizás Desari también. ¿Quién sabe?

- Cullen me contó que había visto un vampiro en San Francisco. Que la mujer con la que tenía intención de casarse fue asesinada por uno. - Dijo Tempest. Se extendió para cojer la mano de Sindyl con su mano libre, para que todas estuvieran conectadas. - ¿Podría convertirse Darius aún? - Había una nota de miedo en su voz.

- No a menos que te ocurra algo a ti. - Desari examinó los nudillos de Tempest de nuevo. - Hay que limpiar estos arañazos.

- ¿Existe la posibilidad de un niño? ¿Podemos tener niños juntos? - Ahora hubo un temblor distinguible en la voz de Tempest.

Desari intercambió una larga mirada con Syndil.

- No lo sé con certeza, Rusti. - Respondió Desari honestamente. - Julian me contó algo sobre una mujer que nació de una madre humana y un padre Cárpato. No creció entre nosotros y lo pasó mal para sobrevivir. No hubo nadie que le enseñara, que la amara, que la ayudara a crecer apropiadamente porque su madre se suicidó y su padre se convirtió en vampiro. La niña sobrevivió, sin embargo, y eventualmente discubrió a su verdadero compañero.

Tempest cerró los ojos cansada, frotándose la frente súbitamente latente.

- Así que supongo que si me quedo con Darius.. y no parece que tenga mucha más opción... podría o no podría tener nunca un hijo. Nunca consideré realmente que tendría todo el cuento de hadas.

- Darius está entregando su vida por ti. - Señaló Syndil gentilmente. - Cuando el sol está alto, los miembros de nuestra raza son vulnerables. Incluso Darius. En la tierra, pocos podrían hacernos años, pero mientras él duermo el sueño de los mortales, no puede ir a la tierra. Cualquiera que encuentre su lugar de descanso podría matarle fácilmente. A medida que pase el tiempo, y pierda más y más el sueño rejuvenecedor, su gran fuerza se debilitará sustancialmente.

- ¿Qué puedo hacer para remediar la situación? Yo no quiero esto. Nunca le pedí esto. No podría soportar que le ocurriera algo porque está intentando cuidar de mí. Es una locura que descuide sus necesidades por velar por mí.

Tempest no pensaba más que en eso. Todo esto era demasiado abrumador. - ¿Una mujer humana ha sido alguna vez antes compañera de uno de vuestra raza? Seguramente no puedo ser la única. Debe haber alguien que sepa que hacer. No puedo dejar que Darius se ponga en peligro. - La idea de algún asesino o vampiro tropezando accidentalmente con Darius cuando fuera vulnerable era aterradora.

Desari apretó su garra sobre la mano de Tempest.

- Julian me contó que la compañera de su hermano era humana.

Tempest apartó la mano de un tirón, no queriendo que Desari sintiera su elevado pulso. Desari había usado el tiempo pasado.

- ¿Está muerta?

- ¡No! Oh, no, ahora es una de nosotros. Es como nosotros. - Desari miró fijamente a Syndil, bien consciente de que Darius no les agradecería que impartieran esta información y preocuparan a Tempest.

Syndil abrazó a Tempest gentilmente.

- Voy a prepararte más caldo de verduras. Estás bastante pálida.

Tempest sacudió la cabeza, respondiendo casi ausentemente, claramente su mente estaba en otra parte.

- No tengo hambre. Aunque gracias, Syndil. ¿Qué significa que ahora es una de vosotros? ¿Cómo es posible eso?

- Darius puede convertirte. - Admitió Desari cuidadosamente. - Ha dicho que no lo hará, que nunca correría el riesgo de que algo fuera mal. Se ha hecho a la idea de vivir como un humano hasta tu muerte. Entonces se marchará contigo.

Tempest se puso en pie, apartando a los leopardos, paseando inquieta.

- ¿Cómo se hace? ¿Cómo me convertiría?

- Debe completar tres intercambios de sangre contigo. Es obvio que ha completado al menos uno, quizás dos. - Desari la observó pasear, nerviosa por haber dicho cosas que Darius se había guardado a propósito para sí mismo. - Pero Darius ni siquiera ha considerado la idea. Siente que es demasiado arriesgado, y sólo un par de mujeres han sobrevivido a semejante conversión... intactas.

Tempest se tensó.

- Intercambio de sangre. Él ha tomado mi sangre. ¿Qué es un intercambio?

Hubo un pequeño silencio revelador. Y de repente no quiso que nadie dijera nada; el conocimiento estaba ya supurando lentamente a través de sus poros, de su cerebro. Tempest se apretó la mano contra la boca. La idea era tan aterradora, que la empujó fuera de su cabeza en un intento de entender lo que las mujeres le estaban diciendo.

- Por eso veo y oigo las cosas de forma tan diferente. - pensó en voz alta, mirando a las otras en busca de confirmación.

- Y por eso estás teniendo problemas para comer comida humana.

Hubo otro silencio mientras Tempest digería lo que habían dicho. Su mente trabajaba a toda máquina.

- Así que si me convierte, tendría que beber sangre.

Syndil le pasó una mano liguera y consoladora por el pelo.

- Si, Rusti, serías como nosotros en todos los sentidos. Tendrías que dormir nuestro sueño, mantenerte lejos del sol. Serías tan vulnerable y tan poderosa como nosotros. Pero Darius se niega a tomar esa elección. Se ha echo a la idea de guardarse el riesgo para sí mismo.- Lo dijo suavemente, gentilmente, su voz una hermosa mezcla de notas consoladoras, aunque no ayudó.

Los laterales del trailer se estaban cerrando súbitamente sobre Tempest, sofocándola, aplastándola como había hecho la montaña. Tempes se alejó de las dos mujeres y tropezó

hacia la puerta. Tenía que respirar; necesitaba aire. Se lanzó fuera del autobús, deseando correr al interior de la noche, correr en libertad.

Darius capto su pequeña figura cuando saltó hacia abajo los escalones, y se empujó a la seguridad de sus brazos.

- ¿Qué pasa, pequeña? - Murmuró suavemente contra su cuello. - ¿Qué te ha asustado? - No invadió su mente, porque quería que confiara en él lo suficiente como para contárselo por sí misma. Si se negaba a contárselo, siempre podía fundir sus mentes.

Tempest enterró la cara en el cuello de él.

- Sácame de aquí, Darius, por favor. Sólo llévame a campo abierto.

Él levantó los ojos, negros y furiosos, para encontrar la mirada culpable de su hermana antes de volverse y alejarse del campamento. Una vez fuera de la vista de ojos curiosos, aumentó la velocidad, corriendo tan rápido que los árboles de alrededor se convirtieron en borrones. Cuando se detuvo, estaban un el claro totalmente talado en una ladera rodeada de una arboleda.

- Ahora cuéntame, cielo. - Todavía pensaba permitirle pronunciar las palabras en vez de leer su mente. Quería su confianza. Quería que le dijera voluntariamente que había causado su miedo. - Estaba bajo el cielo abierto. Sólo con las estrellas mirando abajo hacia nosotros. - Con su mano le acarició la mejilla, la garganta, la deslizó hacia abajo por su brazo para encontrar la palma de la mano. Muy gentilmente se llevó los nudillos a la calidez de su boca, al alivio y la sanación que proveía su lengua aterciopelada.

Ella cerró los ojos firmemente, saboreando la sensación. Le había echado de menos en estas pocas horas pasadas. Le había echado tanto de menos que ni siquiera se sentía viva a menos que él estuviera fastidiándola.

- No sé como ser parte de algo, Darius, parte de ti. - Presionó la frente contra su hombro, temerosa de mirarle. - He estado sola toda mi vida. No conozco otra vida.

Darius la mantuvo cerca, calentándola.

- Tenemos todo el tiempo del mundo, cielo. Aprenderás a estar cómoda con una familia, y si es demasiado en este momento, te llevaré lejos de los otros hasta que aprendas a ser parte de mi. No tienes que hacer frente a todo el grupo a la vez si lo encuentras abrumador.

- ¿Qué pasa si no puedo hacerlo, Darius? ¿Qué pasa si simplemente no puedo?

La mano de él encontró su nuca, los dedos se movieron en un lento masaje, aliviando su tensión.

- Pequeña. - Dijo con su voz negro aterciopelada, esa que podía dar órdenes al viento y a las mismas fuerzas de la naturaleza. La que le aceleraba el pulso y hacía arder cada terminación nerviosa en su cuerpo. - No hay nada que temer. No puedo hacer otra cosa que asegurar tu felicidad. Confía en mí.

- Podría perderte, Darius. Sé que podría. Es mucho más fácil estar sola que perder a alguien. - Su voz fue baja y temblorosa, haciendo que el corazón de él diera un vuelco. - Ya estás descuidándote. Te aprovechas de mi ignorancia en tus necesidates, en tus costumbres. Algo podría ocurrirte por mi culpa. ¿No lo vez? No lo soportaría.

Silenciosamente Darius maldijo a su hermana. Sentió el miedo y la fatiga de Tempest latiendo en ella, en él. Su cuerpo necesitaba nutrición, aunque no podía comer. Era culpa suya. Él le había hecho esto.

- ¿Qué tontería ha estado soltando mi hermana? Tú no eres responsable de mis elecciones. Quiero estar contigo. Vivir contigo, amarte, formar una familia contigo.

Tempest sacudió la cabeza, después se echó hacia atrás para mirarle a los ojos.

- Sabes que nunca podría ser. No te permitiré esto, Darius... desperdiciar tu vida, hacerte vulnerable, quizás enfermar. Sé que dormir sobre la tierra de la forma en que duermo yo con el tiempo te debilitará. No lo permitiré. ¿Por qué hacer algo? No necesito protección constante. He cuidado de mí misma desde hace mucho.

Él le respondió de la única forma que sabía, apresurando su boca hacia la de ella. La ráfaga estaba allí, arqueándose instantáneamente entre ellos, humeando y chispeando mientras

el hambre se elevaba agudamente y las llamas empezaron a lamer su piel. Darius vertió todo lo que sentía por ella en ese beso de fuego, el hambre y la necesidad, su compromiso absoluto para con ella. Después le enmarcó la cara con las manos manteniéndola inmóvil para su mirada escrutadora.

- Mírame, cielo. Quiero que me creas. Une tu mente a la mía y así sabrás que lo que digo es cierto. Deseo esto. No tengo reservas, ninguna en absoluto. Quiero pasar mi vida contigo, envejecer y morir contigo. Sería un maravilloso milagro tener siglos juntos, pero acepto que no puede ser, y no deseo otra cosa. - Se inclinó hacia abajo para besar la comisura de la boca. - No temas nuestra unión. Es lo que quiero con cada célula de mi cuerpo. Es la única cosa que deseo. Seré feliz con nuestra vida juntos.

Tempest se alzó para rodearle el cuello con los brazos, empujándole la cabeza hacia abajo desesperadamente para besarle, moviéndose contra su cuerpo inquieta, necesitándole casi con un hambre de los Cárpatos.

Pudo sentir las lágrimas sobre la cara de ella, y supo que estaba llorando por él, supo que tenía miedo de causarle daño, supo que de un momento a otro podría estar tan abrumada por la idea de compartir su vida que podría escapar.

- ¿Por que no me contaste lo que estaba haciendo tú mismo, Darius? - Murmuró ella contra su garganta. Los dedos de él se movieron bajo la camisa de ella, levantando los bordes hasta que encontró la piel sedosa, las palmas de sus manos ardiente e invitadoras, acariciando el pecho. Ella apenas podía pensar con el fuego que corría a través de ella y el hambre de él rabiando en su alma. - Tienes que prometerme que nunca volverás a hacerlo. Puedo cuidar de mí misma mientrás tú estás en la tierra. Me quedaré en cualquier lugar que me pidas que me quede. Prometo que lo haré, Darius.

Su boca estaba ahora sobre el pecho y acunó su cabeza contra ella, sus dedos se enredaron a través de el espeso pelo de él mientras el calor recorría su cuerpo.

Ella era seda y saten, cálida miel, y la limpia y fresca esencia de la noche que él tanto amaba. Era todo lo bueno y hermoso del mundo, todo lo que podía desear jamás. Tirón de los vaqueros para conseguir más de ella.

Darius estaba consumido por el hambre de ella, con una feroz necesidad de enterrarse en la perfección de su cuerpo. Necesitaba su ardiente y tensa vaina aferrándole par alejar el terrible temor por su seguridad que no podía sacudirse del todo. Apartó los vaqueros lejos de las esbeltas caderas, acariciándola, moldeando su cuerpo con las manos, acunando su trasero con las palmas de sus manos para poder aplastarla contra él, presionándola contra su dura y gruesa erección.

Gimió ante la sensación de ella, húmeda y caliente, llamándola, la salvaje esencia de su cuerpo le reclamaba.

Parecía tan frágil que tenía miedo de aplastarla, de perder tanto el control que se olvidaría de su enorme fuerza y le haría daño. Intentó ser gentil con ella, ocuparse de su satisfacción antes de la propia, pero el olor y la sensación de ella era tan exicitante que sus instintos animales amenazaban con tomar el control.

- ¿Qué voy a hacer contigo, Darius? - Murmuró suavemente contra el pecho desnudo de él. Su boca se movía sobre él, saboreando la piel tan ávidamente como él savoreaba la suya. Había un dolor en su voz.

La boca de él inmediatamente se apresuró a cubrir la de ella en un beso largo y embriagador que alimentó las llamas incluso más.

- Amame a cambio, Tempest. Necesitame de la misma forma en que yo te necesito a ti.

Él estaba en todas partes, sus amplios hombros bloqueaban el cielo nocturno, su respiración robaba la de ella, su cuerpo se amoldaba alrededor del de ella, empujándola a su propio mundo donde nada más se entrometía. - Sabes lo que me haces pasar con tu flaglante desobediencia. - Su boca estaba sobre la gargante, los pechos, una hambre frenética que parecía no conocer límites. - Debes aprender a obedecerme. - Su mano se introdujo entre los muslus, encontrando su ardiente y húmeda aceptación. Oyó su propio gemido cuando su

cuerpo se endureció incluso más, una dulce agonía que sólo ella podía aliviar. - Por Dios, pequeña, voy a explotar si no te tomo ahora mismo. - Sus dedos encontraron la vaina femenina, explorando, tentando, volviéndola loca por él.

Tempest estaba besándole el hombro, pequeños mordiscos suaves que no podía evitar, su cuerpo se movía inquietamente con exitación, exigiendo.

- Darius, por favor, deja de dar órdenes por una vez y simplemente hazme el amor.

Él la empujó hacia atrás contra un árbol caído, dándole la vuelta entre sus brazos para que pudiera apoyar las manos contra el enorme tronco. Le acarició el trasero, trazando los ángulos, la hendidura, los dos pequeño hoyuelos en la parte baja su la espalda. Impacientemente, Tempest empujó contra él, e instantáneamente se endureció con deseo. Sus manos volaron a las caderas para sostenerla inmóvil, y cuando presionó su punta aterciopelada en la ardiente entrada, el aliento abandonó sus pulmones.

- ¡Darius! - Gimió ella, intentando empujar hacia atrás, para tomar toda su longitud profundamente en ella.

- Prométemelo. - Gruñó él suavemente, sus manos acariciaban las caderas, deslizándose sobre el trasero para deliberadamente inflamarla más. La vista de ella, tan pequeña y perfecta, enviaba relámpagos latiendo en su interior.

- Lo prometo. - Excupió bruscamente, incapaz de pensar claramente.

Darius extendió los brazos rodeándola para acunar sus pechos con las palmas de las manos posesivamente. Empujó para entrar en su mente incluso mientras sus caderas empujaban hacia adelante para enterrarse profundo en ella. Era incluso más ardiente, suave y apretada de lo que recordaba. Frotó la nariz contra su cuello, los dientes rasparon eróticamenten. Sintió el cuerpo de ella aferrándole más duramente con anticipación, y, a penar de todas sus buenas intenciones, la fiereza en su interior tomó el control; sus colmillos se alargaron y se hundieron en el cuello de ella.

La tomó con fuerza y rápido, empujando profundamente, su cuerpo rodeando el de ellla como el suyo rodeaba el de él. Estaba en su mente, alimentando sus imágenes eróticas, su naturaleza salvaje, primitiva y bestial surgió, un lobo reclamando a su compañera, un leopardo sujetando a la hembra en posición sumisa.

Al mismo tiempo era Darius, llevándola más y más alto, empujando su placer compartido más allá del éxtasis humano. El cuerpo de ella se estremeció con la liberación, conduciéndole sobre el límite de forma que su cálida semilla erupcionó una y otra vez en las profundidades de ella.

La mantuvo inmóvil, aferrado a ella, no deseando abandonar su conexión física, el sabor de ella. Reluctantemente se obligó a cerrar las heridas de su cuello. Se había alimentado bien antes de aproximarse al campamento, sabiendo que la tomaría antes de que terminara la noche, sabiendo que todavía podría, aunque reluctantemente, tener que matar a Cullen Tucker. No deseaba arriesgarse inadvertidamente a convertir a Tempest, a que algo pudiera ir mal.

Acarició su cuerpo, explorando cada curva. Su boca siguió la línea de la espina dorsal, besando la longitud de su espalda.

- ¿Tienes alguna idea de lo que siento por ti, pequeña, alguna idea en absoluto? - Gruñó él.

Las piernas de Tempest parecían de goma. Quería tenderse en algún sitio. Habían estado levantados toda la noche antes, y no había tenido ni un momento para echarse una siesta. De repente, con todo la intriga, el trabajo, y el salvaje acto de amor compartido, estaba exhausta.

Darius lo supo instantáneamente. Lentamente se retiró de su cuerpo, sintiéndose ligueramente despojado. Le avergonzaba que pudiera necesitarla tanto, ansiar su sangre, el sabor de su cuerpo, la sensación de tenerla rodeándole. Tenía que encontrar la forma de mantener un equilibrio entre lo suficientemente amable como para evitar asustarla e imponerle su voluntad para poder mantenerla siempre a salvo a su lado.

Darius tiernamente la empujó contra su dura forma, donde Tempest cayó rendida, sonrojándose salvajemente por lo desenfrenada que había sido, suplicándole que la tomara. Se pasó las manos por el pelo, y al momento las manos de él cubrieron su pechos erguidos, enviando fuego chispeando a los pezones sensible y de nuevo de vuelta a él. Enterró la cara contra su pecho, demasiado cansado para mantenerse en pie por sí misma, y Darius instantánemante recogió en sus brazos. Cerró los ojos mientras viajaban en un borrón a través del tiempo y el espacio.

Fuera lo que fuera lo que él hubiera dicho a los otros, cualquier cosa que hubiera hecho que ocurriera, estaba agradecida de que el campamento estuviera vacío, excepto por el autobús cuando volvieron, ambos totalmente desnudos. Cuando hacía el amor con Darius, se sentía totalmente libre, totalmente deshinibida. Pero una vez estaban de vuelta en el mundo real, su naturaleza reservada se reacomodaba y se sentía dolorosamente tímida.

Dairus la llevó hasta el sofá cama de trailer, colocándola entre los cojines

- Ahora descansarás, Tempest. - Fue un decreto, una órden entregada con una voz que exigía ser obedecida.

Ella le atrapó mientras se movía para alejarse de ella, arrastrándole de vuelta a la cama, a su lado. Su mano acarició los duros ángulos y planos de la cara de él, una gentil caricia que le desarmó totalmente. Darius quedó instantáneamente perdido en la satisfacción, el puro placer de tenerla a su lado. Se tendió junto a ella, sólo por unos pocos minutos y la empujó hasta el interior de sus brazos.

14

- ¿Qué vamos a hacer con esa gente que acecha a Desari? - Preguntó Tempest mientras se acomodaba en la curva del brazo de Darius.

Él bajó la mirada hacia ella, su boca le rozó la frente tiernamente.

- ¿Nosotros? ¿Qué significa eso de "nosotros"? Por lo que he entendido, el primer objetivo de la sociedad es conseguirte a ti. Vas a hacer exactamente lo que has prometido y obedecerme al pie de la letra.

- En realidad, - Dijo Tempest tranquilamente, ignorando el tono grosero de él. - Creo que Cullen Tucker dijo que la sociedad consideraba que Julian eran un vampiro a ciencia cierta. Yo diría que él es su primer objetivo.

- La seguridad es un asunto de hombres, Tempest, no tuyo. De ahora en adelante, harás lo que yo diga y te mantendrás lejos de los problemas.

Tempest estaba adormilado, feliz de estar tendida entre sus brazos y sonrió hacia arriba a la furia negra que se acumulaba en los ojos de él. Juguetonamente le tocó la boca, una liguera caricia emplumada que trazaba la perfección de sus labios.

- Adoro tu boca. - Admitió antes de poder censurar las palabras.

Darius se encontró instantánemente distraído de su furia. Una toque de ella y no podía recordar su proio nombre, mucho menos su sermón. La besó con fuerza, posesivamente, tomándose su tiempo para explorar su dulzura, para mostrarle exactamente adónde pertenecía. Cuando levantó la cabeza, los ojos esmeralda de ella estaban aturdidos, hermosos y tan sexys que se encontró gimiendo en voz alta.

- Descansa mientro te preparo algo de comer. - Ordenó.

Las largas pestañas de ella cayeron, su suaves labios de terciopelo sólo pedían ser besados de nuevo. Darius tenía que apartar la mirada de ella o no tendría fuerzas para dejarla.

Ella le cogió la mano.

- En realidad no tengo hambre, Darius. No te molestes en preparar nada. Sólo será una pérdida de tiempo. En realidad, me siento ligeramente enferma.

La culpa lo barrió. Era culpa suya que estuviera teniendo problemas para comer. Le tocó la cara, su corazón se fundió.

- Comerás lo que prepare, cielo. Me aseguraré de que se quede en el estómago. - Pero estaba hablando consigo misma, ya estaba dormida.

Darius pasó algunos minutos mirándola, absorbiendo el ritmo de su respiración en su propio cuerpo. Su vida. Se reducía a eso. Esta delicada y frágil criatura era su vida entera, su mundo entero. Necesitaba cuidar mejor de ella, poner gran atención a su salud y seguridad. Tempest parecía pasar de una crisis a la siguiente. Tendría que pararle los pies, conseguir sobre ella alguna semblanza de control. Empezaría tomandose una siesta por las tardes para recuperar fuerzas.

Ausentemente Darius fabricó un par de vaqueros y se los puso, abotonándolos descuidadamente mientras paseaba descalzo hasta la puerta del autobús. Los leopardos estaban en el bosque, y advirtió a los animales que volvieran a la seguridad del campamento. Mientras abría la puerta, la brisa nocturna ondeó sobre él, llevándole las esencias y sonidos de varias millas alrededor.

Al momento sus ojos negros se volvieron fríos y despiadados. Un bajo siseo escapó mientras exhalaba bruscamente. El enemigo los había encontrado. No uno sino dos, si su agudo sentido del olfato no le fallaba, virtualmente un ejército les rodeaba. Los hombres se movían lentamente a través del bosque, rodeando el campamento. Olió su temor, su adrenalina, su sudor. Olió su excitación. Leyó sus intenciones, su ansia de matar.

Un gruñido bajo retumbó en su gargante en respuesta a la amenaza. Estaba dividido entre el trailer y Tempest, incapaz de actuar como habría hecho de estar sólo. Una mueca retorció sus labios, revelando los caninos alargados. La verdad era simple. Daba la bienvenida a la pelea. Había soportado suficientes amenazas contra su familia, y siempre había sido un hombre de acción. Envió el fantasmal llamado del leopardo, advirtió a los otros del pelgbro, y se volvió para despertar a Tempest.

Ella le sorprendió, escuchando su explicación y vistiendo las ropas que le había dado sin preguntar.

- ¿Tienes algún arma por aquí? - Preguntó finalmente.

Las cejas de él se elevaron.

- ¿Cómo que armas? - Sóltó él.

Ella rió.

- Me he criado en las calles, Darius. No permitas que el heho de que me hayan atacado un par de veces te confunda, estaba distraida. Si no lo ves venir, es un poco difícil defenderte a ti misma.

- Las armas están en el cajón justo dentro del armario. Pero úsalas solo si es absolutamente necesario para protegerte. Déja que yo me ocupe de estos idiotas. - Advirtió cautelosamente. Tempest con un arma en la mano era una propuesta espeluznante.

- ¿Dónde están los otros?

- Van hacia nuestra siguiente parada, llevando a Cullen Tucker con ellos. Él no tiene nada que ver con esto por lo que puedo detectar. - Dijo Darius tranquilamente.

Se envió a sí mismo a buscar en la noche mientras ella apresuradamente preparaba al autobús para una rápida huida. Encontró a un hombre aproximándose por el norte, con un largo rifle en sus capaces manos. Un francotirador camuflado. Darius dirigió al leopardo macho en la caza. La hembra había sido enviado tras el hombre más cercano al francotirador, unos pocos pasos a su izquierda. Estaban entre unos espesos arbustos, objetivos fáciles para los felinos, y Darius sabía que sus muertes serían rápidas y silenciosas. Se sentía desgarrado entre permanecer en su presenta forma y proteger a Tempest e internarse en el bosque, donde podría hacerlo mejor.

- Vete. - Dijo ella suavmenete, cargando el arma que había sacado. - Sé que no estarás lejos si te necesito.

Darius se inclinó para besar su suave boca. Había sombras en los ojos de ella, y estaba temblando ligeramente, pero le miraba directamente a los ojos, y podía sentir la resolución en su mente.

Librodot

- No permitiré que te ocurra nada, Tempest. Por el bien de todos los mortales, cuida ante todo de tu seguridad. - Miró fijamente el arsenal que ella estaba preparando. - No me dispares cuando vuelva.

- Resistiré la tentación. - Su mano le acarició el cuello. - Ocupate de volver a mí. - El dolor de su corazón era real y fuerte. Miedo. Lo saboreó en su boca.

Él desapareció. En un momento era real y sólido, en pie ante ella, y al siguiente se había ido. Tempest no tenía ni idea de si se había disuelto en vapor o movido tan rápidamente que no le había visto. Fuera en la oscuridad, el viento empezó a aumentar, emuliendo un bajo y fantasmal gemido. Hablaba de muerto. Tempest se estremeció, preguntándose como lo sabía pero lo sabía de todas formas. El viento era muerte. Darius era el viento.

Se vió a si misma en el espejo. Pálida, despeinada, con los ojos abiertos de par en par por el miedo. Se vio absurda, una mujercita con vaqueros azules y camiseta cargando con un arma enorme, pero había una sombría determinación estampada en su boca. Estaba descalza, y lo remedió rápidamente, segura de que tendría que dejar la ilusión de seguridad que proporcionaba el trailer. Se sentó en el suelo, con un arma en el regazo, otras dos junto a ella fáciles de alcanzar, y esperó.

Darius cruzó velozmente el cielo, anotando la posición de cada atacante. Había diecisiete hombres, todos armados. El campamento estaba rodeado, camiones pesados colocados en medio del camino que conducía a la autopista principal para evitar que el autobús saliera. Forest arrastraba el cuerpo del decimo octavo hombre a través del espeso arbusto. El leopardo macho se movía silenciosamente, su poderoso cuerpo enérgico y mortal, indetectable para los cazadores que se arrastraban hacia adelante a pocos pasos de él.

Darius se materializó tras un hombre enorme armado hasta los dientes desde granadas de manos a un machete. Simplemnte le rompió el cuello como si fuera una cerilla. No hubo tiempo de que escapara ningún sonido, sólo la ráfaga de viendo que llevaba a Darius al siguiente asaltante de la fila. Este estaba agachado, espiando entre los árboles, intentando captar un vistazo del autobús plateado. El viento le atrapó en una garra mortal, como una enorme mano en su gargante, y lentamente le estranguló acabando con su vida mientras el cuerpo colgaba impotentemente a un pie del suelo, después cayó sin ceremonias al suelo del bosque.

- ¿Murphy? - Una voz siseó a la derecha de Darius. - No puedo ver nada. ¿Dónde está Craig? Se suponía que debía quedarse cerca.

Darius se irguió, más grande que la vida, sus rasgos duros e implacables, sus ojos negros ardientes carbones de furia. Largos caninos blancos se rebelaron cuando sonrió.

- Ambos se han perdido. - Sus palabras fueron suaves e hipnotizadoras. El hombre se congeló con horror, incapaz de hacer mucho más que levantar su arma cuando la aparición se movió hacia él con cegadora velocidad. El cazador cazado sintió el impacto en su cavidad toráfica y bajó la mirada con horror al agujero abierto allí. Quería gritar, pero no surgió ningún sonido. Murió de pie, mirando a Darius, con la cara convertida en una máscara de sorpresa.

Tan implacable como el propio viento, Darius se movió hacia el siguiente atacante. Este era joven, de mejillas suaves, bigote y pintura de camuflaje en la cara. Respiraba trabajosamente, la adrenalina bombeaba a través de su cuerpo. Sus dedos acariciaban continuamente el gatillo de su arma automática. Darius le pasó, un ondeo de músculo y tendón, garras afiladas que le desgarraron la garganta mientras pasaba.

A alguna distancia estalló un arma, escupiendo llamas rojas en la oscuridad. El agudo chillido de un hombre se entremezcló con el inconfundible lamento del leopardo hembra. Darius se volvió hacia el sonido. Varias armas dispararon salvajemente, barriendo el área de donde había llegado el sonido, hasta que una voz autoritaria a varias yardas a su izquierda lanzó una orden.

Tempest se puso en pie, su primer pensamiento para Darius. Automáticamente se entendió hacia él, haciendo una mueca cuando sentió la neblina roja de furia asesina en su

mente. Rompiendo el contacto, buscó la causa del lamento. Instantánemente supo que el leopardo hembra estaba en peligro. Maldiciéndose por lo bajo, intentó calmarse lo suficiente como para decidir que hacer. Sasha estaba herida; podía sentir el dolor y la furia del felino como si ella misma se estuviera arrastrando a través del follaje de vuelta al autobús y a su compañera humana.

Tempest dudó sólo un segundo antes de meterse una pistola en la cinturilla de los vaqueros, agarrar la automática, y correr hacia los árboles. Envía a Sashá la rápida seguridad de que estaba en camino, ayudaría al felino a ponerse a salvo y detendría el dolor.

Hubo otro grito, mucho más cerca de lo que le hubiera gustado, seguido por una ráfaga de disparos. De nuevo Tempest se extendió para tocar la mente de Darius, aterrorizada de que pudiera estar herido. Él estaba en medio de un cambio de forma, su cuerpo acomodándose en la forma musculosa de una pantera incluso mientras saltaba de la rama bajo de un árbol. Se lanzó sobre un tirador apostado que reptaba sobre la barriga a través de la vegetación. El arma del tirador apuntaba a Forest mientras el leopardo se aproximaba hacia otro intruso, que estaba disparando a Sasha mientras la hembra se retiraba.

Tempest jadeó en voz alta mientras compartía la mente de Darius. Estaba más allá de la piedad, de cualquier emoció, calmada y fría, implacable en su persecución de aquellos que amenazabn a su familia. Saltó sobre el francotirados, silenciosa, implacable y mortalmente. Mientras sus implacable caninos se hundían profundamente en la garganta del hombre, ella huyó,no queriendo presenciar como Darius mataba a su adversario.

Tempest se agachó bajo el dosel de ramas bajas que se balanceaban, intentando con fuerza estar tranquila y sin mover ningún arbusto. Al ser pequeña, era capaz de moverse fácilmente por el estreño camino abierto por los animales pequeños, aún así casi cayó sobre la silenciosa y herida pantera. Sasha estaba agachada inmóvil entre los grandes helechos que crecían bajo los árboles. Tempest tendío una mano consoladora sobre la espalda del felino y envió oleadas de tranquilidad mientras se arrodillaba para inspeccionar la herida.

La pata trasera derecha del leopardo estaba cubierta de sangre. Tempest masculló por lo bajo maldiciones impropias de una dama. El felino era demasiado grande para que ella lo levantara por sí misma. Envolvió un brazo alrededor de la barriga y levantó sólo lo suficiente como para permitir que Sasha se arrastrara hacia adelante. El terreno era accidentado, y la panterra sufría un tremendo dolor, inclinando más y más peso sobre Tempest mientras cojeaba hacia el autobús.

Súbitamente Sasha volvió la cabeza a la derecha, retorciendo los labios en una mueca de advertencia, después se congeló inmóvil. Tempest se dejó caer al suelo, sus ojos inspeccionaban el área a su derecha. Un hombre surgió amenazadoramente, con la cabeza vuelta lejos de ella, un arma entre sus brazos, otra colgada al hombro. Estaba vestido con ropa negra, y la cara embadurnada con rayas negras. Parecía un gorila saliendo de la niebla.

Mientras la noche se aclaraba, la niebla ahora corría rápido, arremolinándose con un vapor blanco y extraño sobre el suelo del bosque. Tempest se tendió contra la pantera herida, temblando de miedo, débil por la falta de comida, y ya exhausta. Incluso el arma se sentía pesada entre sus manos. Parecía una tarea imposible conseguir llevar al leopardo de vuelta a la comparativa seguridad del autobús.

El hombre desapareció entre los árboles, la niebla los rodeó. Tempest se puso en pie, sus rodillas parecían de goma, tenía la boca seca. Sasha se arrastró hacia adelante con la ayuda de Tempest. Avanzaron poco a poco y con dificultad sobre el suelo... un lento y doloroso proceso que parecía interminable. La pesada niebla fue su única protección una vez emergieron de la zona arbolada a el propio campamento. Tempest envió una silenciosa plegaria al espeso vapor que evitaba que su presencia fuera detectada.

Darius sintió la perturbación delánte. Se abrió paso a través de la línea de intrusos, el leopardo macho llegó del lado opuesto para encontrase con él en el campamento. Dos veces había usado Darius la pesada niebla para envolver a un francotirados en su garra mortal, estrangulando la vida del intruso. No había dejado atrás a ningún enemigo vivo y sabía que

Librodot

Forest había hecho lo mismo. El número de contrincantes había sido reducido significativamente, Sasha se anotó dos antes de que le dispararan.

Darius era muy consciente de donde estaba Tempest en cada momento y lo que estaba haciendo. No había intentado evitar que fuera hacia el felino porque habría tenido que obligar su obediencia. De todas frmas, estaba aterrorizado por ella, y el miedo casi estaba paralizándole. Sintió al hombre salir precipitadamente de la niebla hacia ella, su arma apuntada a la cabeza de ella. Sasha intentó tirarse sobre Tempest, protegiéndola por orden de Darius, incluso mientras él tomaba el control del arma, usando su mente y los ojos del leopardo hembra para obligar al cañón a retroceder hacia el asesino.

El hombre gritó horriblemente cuando el arma que sujetaba, al parecer por voluntad propia, se giraba lenta y inexorablemente hacia su propia cabeza. Incluso mientras intentado decir a su cerebro que se detuviera, sintió sus propios dedos apretar el gatillo. Darius se había estado moviendo con velocidad preternatural y llegó a la escena justo cuando el hombre caía. Saltó hacia Tempest, empujándola a tierra. Una bala le golpeó en la parte alta de la espalda, en el hombro, ardiendo y rasgando a través de su cuerpo, robándole el aliento.

Darius quería tenderse un momento y descansar, pero el hombre que había tenido éxito al dispararle se estaba moviendo en busca de la muerte. Echando a un lado el dolor, concentró su voluntad sobre el enemigo. Sin embargo ya estaba dirigiendo al leopardo macho, avivando el viento, y creando la densa niebla, ahora que estaba débil, su gran fuerza mermada por la pérdida de la sangre de su vida que se derramaba sobre el suelo.

Aún así, se levantó como una parición, su cuerpo se contorsionó, su cara se alargó en un largo hocico, los colmillos explotaron en su boca mientras el lobo surgía hacia adelante y rasgada el pecho del hombre. El enemigo estaba tan congelado por el terror de la visión de algo que era medio hombre y medio lobo, que sólo pudo jadear con horror.

Tempest había caido al suelo con tanta fuerza, que se le escapó el aliento. Durante un momento sólo pudo quedarse tendida allí, intentando recomponer sus sentidos. No estaba segura de quien la había empujado. Había sido Sasha la que la había lanzado a la acción, con sus lamentos y doloridos chillidos, la rudas imágenes de carne desgarrada. Tempest rodó para ver a Darius tirar un cuerpo al suelo. Gritó una advertencia, e instantánemente él se volvió y encontró a un enorme atacante lanzándose hacia él con un machete.

Agarró el brazo alzado del hombre con su fuerza y le miró durante un momento, sus ojos se mantuvieron sobre el cautivo. Lentamente inclinó la cabeza y bebió, necesitaba reemplazar su propia pérdida, necesitaba la nutrición y el poder de la sangre cargada de adrenalina. El ansia le golpeó con fuerza en su débil estado, y bebió vorazmente.

¡Darius! Le murmuró Tempest con urgencia. Algo en su interior sabía que tenía que detenerle. No entendía por qué; sabía que ya había matado, pero no de esta forma, nunca de esta forma. Darius, te necesito ahora.

Su suave y hermosa voz penetró en la mente de él, subyugando la rabia, la bestia, apaciguando la salvaje ansia de muerte y sangre. Obligó a sus dientes a alejarse de su presa y dejó caer al hombre al suelo mientras todavía estaba vivo. Sin mirar a los bosques, envió un mensaje al leopardo macho. El hombre debía ser destruído, sin dejar testigos de lo que había pasado allí. Era necesario para la supervivencia de su raza.

- Yo llevaré a Sasha. - Dijo Darius gruñonamente, la bestia todavía era fuerte en él, rojas llamas ardían ferozmente en sus ojos.

Tempest jadeó cuando vio la sangre, negra en la oscuridad, corriendo por la espalda de Darius.

- Ve. Yo te cubro.

- Vienen por la derecha. - Dijo él, empujándola delante de él, inclinándose para levantar al enorme felino.

Ella caminó tras él y lanzó una ráfaga de disparos con la automática, las balas silbaban cruelmente, dándole tiempo para llevar a Sasha al autobús. Tempest retrocedía hacia él cuando la capturó entre sus brazos, sacándole el arma de las manos. Darius era bien

Librodot

consciente de que no estaba disparándole a nadie, sólo manteniéndoles lejos. Tempest no tenía ni un sólo intinto asesino en su cuerpo. Coraje, lealtad, si... nunca le abandonaría a él o a los felinos, y haría todo lo que pudiera para protegerlos, pero pasaría un mal rato si llegaba a matar a otro ser humano.

Con rudeza él le quitó la decisión de las manos.

- Cuida de Sasha. Usa las hierbas del armario. Te lo permitirá. - Literalmente la lanzó al interior del autobús, alejándola antes de que tuviera tiempo de protestar.

En seguida empezó a llover. No ligueramente, sino cascadas y cascadas diluviando desde el cielo, empapando el bosque y el campamento, como si los cielos se hubieran abierto y derramado un océano entero sobre ellos. Tempet se concentró en su propia tarea. Sasha meneaba la cola hacia delante y atrás con agitación, un bajo y amenazador retumbar salía de su garganta.

Darius protegía el autobús, escudándolo de los cazadores escondidos que ahora se habían convertido en su presa. Su forma, real y sólida, relució tenuemente entre la hierba brevemente, después simplemente se evaporó. Entre la cascada plateada del aguacero, gotas rojas caían ocasionalmente sobre el suelo.

El viento se elevó hasta un punto frenético, chillando a través de los árboles, tan afilado como cualquier cuchillo. El leopardo macho era un vergitinoso borrón de garras y colmillos, un instrumento de venganza. Durante un breve momento el bosque estuvo vivo con gemidos y gritos y el horror y el hedor de la muerte. Cuando al fin teminó, sólo el sonido del viendo y la lluvia permanecían.

Darius se arrodilló un momento entre la lluvia, débil, herido, convulsionado por la necesidad de este abismo manando de él. Dejó caer la cabeza mientras el agua empezaba a fluir en pequeños ríos a su alrededor. Los cuerpos tenían el aspecto de haber sido atacados animales salvajes, aunque si eran estudiados, se levantaría un rugido de interés por medio mundo. No podía permitir eso.

Pasó considerable tiempo arreglando el área de forma que los humanos lo aceptaran sin demasiadas preguntas. Había estallado una batalle entre faciones de fanáticos de las guerrillas de fin de semana y se habían matado los unos a los otros, luego sus cuerpos habían sido perturbados por una multitud de animales carroñeros. Puso buen cuidado en eliminar cualquier rastro de la presencia de su familia en la zona. No podría permitirse dejar siquiera marcas de neumáticos en el campamento. El agua acumulado se ocuparía de eso por él. Podía esconder el autobús, nublarlo entre a ojos curiosos hasta que estuvieran en una autopista principal.

Exhausto, finalmente llamó a Forest, y hombre y felino volvieron al autobús juntos. Sasha estaba tendida tranquilamente, y el enome leopardo macho acudió a su lado y la tocó varias veces, examinando la herida, cosida y vendada. Tempest se volvió para mirar a Darius, con el corazón en los ojos. Él se sintió como se hubiera llegado a casa, su debilidad se alejó, el hedor de la muerte fue reemplazado por su luz acogedora.

- Estás sangrando. - Dijo ella suavemente.

- Viviré. - Respondió. Su raza detenía el corazón y pulmones para preservar su sangre, pero Tempest no estaba a salvo todavía. Todavía tenían que huir del cerco de camiones que bloqueaban todas las carreteras hasta la autopista, y Darius sabía que habría otros en esos caminos esperándoles.

- Dime que necesitas. - Dijo ella, consciente de que su cuerpo sanaba de formas diferentes al de ella.

- Las hierbas y la tierra que necesito están en el armario sobre el sofá.

Sonaba cansado, y eso la aterrorizaba. Apartó la mirada, cuidando de evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas. La visión de Darius, mojado, débil, embadurnado de sangre y barro, su pelo negro aplastado contra la cabeza, casi le rompió el corazón.

Se ocupó de él rápidamente. Fue más fácil de lo que hubiera imaginado, la bala salía de su cuerpo y él empezaba a cerrar las heridas de dentro hacia afuera. Pero requería tremenda

Librodot

energía de su parte sanar su interior sin el beneficio de la tierra y el sueño rejuvenecedor. Tempest cubrió sus heridas con la mezcla de la saliva sanadora de él, tierra y hierbas. Fue extraño seguir las directrices de él para mezclar tierra con su salida, pero aceptó su explicación de que los Cárpatos eran de la tierra y aprovechaban la ventaja de sus propiedades sanadoras. Su mano le acarició el cuello, la punta de sus dedos comunicaron su creciente amor cuando todavía no podía decirlo en voz alta.

Darius capturó su mano y se la llevó a la boca.

- Lo siento, Tempest. Nunca te habría expuesto voluntariamente a este aspecto de nuestra vida. Con frecuencia somos cazados por los mortales. A través de los siglos muchos de nosotros hemos sido masacrados. Desearía haber podido ahorrarte esto.

- No languideceré al Sol, Darius, o me derretiré bajo la lluvia. Soy dura, ya sabes. Ahora dejame conducir fuera de aquí. Ve a dormir. A dormir de verdad. Sé que no puedes ir a la tierra, pero puedes dormir como debes y confiar en que yo cuidaré de ti. - Sus ojos verdes capturaron la mirada negra de él y la mantuvieron un rato tan fácilmente como podía haberlo hecho él. - Confías en mí, ¿verdad, Darius?

Él se encontró sonriendo. Entre la neblina de sangre y muerte, dolor y debilidad, ella le hacía sonreir.

- Con mi propio vida, pequeña. - Respondió, su voz suave terciopelo, rozando las entrañas de ella como el toque de unos dedos. Le atrapó la barbilla con la palma de su mano. - Te lo prometo, descansaré cuando sepa que estamos a salvo.

La resignación se arrastró hasta los ojos de ella. No servía de nada discutir con Darius cuando ya había tomado una decisión.

- Dime que hacer.

- Tendrás que conducir el autobús. La tormenta está en su punto álgido. Debemos aprovechar esa ventaja. El agua fluirá a raudales en arroyos porque la tierra no puede retenerla, así habrá inundaciones. Tenemos que llegar a tiempo para cruzar el puente antes de que la pared de agua lo golpee. No podemos usar las carreteras, mientras ellos las bloquean. - Explicó él.

Ella se mordío con fuerza el labio inferior, pero ese fue su única señal de aprensión. Cuadró los hombros y se volvió resueltamente para caminar hasta el asiento del conductor.

Darius le rodeó con un brazo la pequeña cintura y buscó apresuradamente su boca. Saboreó su miedo, su dulzura, su compasión. Saboreó su amor por él, creciendo inevitablemente con cada momento que compartían. Se tomó su tiempo, besando ferozmente, posesivamente, saboreando su cercanía. Alzó la cabeza a regañadientes.

- Deberíamos ponernos en marcha, cielo. - Los ojos se le oscurecieron incluso más mientras estudiaba su expresión ligueramente aturdida. Era tan hermosa para él. El color había vuelto a su cara, y sus labios estaban ligueramente separados, una invitación que no podía obligarse a resistir. La besó de nuevo, esta vez con fuerza y brevedad.

Tempest se sentó tras el volante del autobús. La lluvio golpeaba el parabrisas, reduciendo al mínimo su visibilidad. Lanzó una mirada hacia atrás a Darius, insegura de sí misma durante un momento, pero él escudriñaba a través de la ventana, dirigiendo la violencia de la tormenta. Leyó la seguridad que tenia él en ella y que podía hacer lo que le pedía. Creía en ella absolutamente.

- Hay un camino débil, Darius. - Llamó hacia atrás a él. - Desaparece bajo el agua, pero creo que puedo seguirlo. - El autobús se movió perezosamente por la senda enlodada, ramas de árboles podridos flotaban en el agua, golpeando contra los laterales.

- No use las luces. - Advirtió Darius suavemente.

- Las necesito. No puedo ver bien en la oscuridad. - Objetó ella. - Si el agua está demasiado alta, nos hundiremos .

- Puedes ver. Veo a través de tus ojos. Es tu mente humana lo que se niega a confiar en tus propios sentidos. - Corrigió él ausentemente, como si sus pensamientos estuvieran en otro lado.

Tempest exhaló lentamente. Al momento se sintió tranquila y controlada, movió el enorme vehículo cuidadosamente a través del agua que se arremolinaba. Su mente le jugaba malas pasadas; pensó que había visto remolinos de sangre roja en la profunda corriente. Pero la lluvio golpeaba tan fuerte, que a penas podía ver. Los limpiaparabrisas no tenían esperanzas de triunfar contra el diluvio que caía del cielo.

Tempest sintió a Darius de pie tras ella, la calidez de su cuerpo derramándose sobre el frío del de ella. Él se extendió a su alrededor para enmarcar su cara con las palmas de sus manos, la punta de sus dedos apartaron las lágrimas.

- Lloras por la muerte de esos asesinos. - Estableció un hecho, ni bueno ni malo. Podía sentir la intensidad de su pena palpitando en él.

- Lo siento, Darius. - Su voz era baja, estrangulada, como si se atrangantara con su angustia. - Tenían familias, madres, esposas. Hermanos y hermanas. Hijos.

- Te habrían matado, cielo. Pude leer la intención en sus mentes. Algunos de ellos habrían disfrutado de ti antes de concederte la muerte. Habrían matado a *mi* hermana y destruido a su compañero elegido. No podía permitir semejante atrocidad. - Dijo tranquilamente.

- Lo sé. - Estuvo de acuerdo ella suavemente. - y no te culpo por lo que has hecho. Comprendo la posición en la que te han colocado, pero todavía siento tristeza por sus familias y el desperdicio de sus vidas. Quizás algunos de ellos sintieran que estaban haciendo lo correcto. Eso no lo hace correcto, pero eran seres vivos.

Darius apartó al espesa melena de la nuca de ella y se inclinó para besar la piel expuesta.

- No tienes que explicarme lo que ya sé, mi amor. Moro en ti como tú puedes hacer en mi en el momento en que eligas hacerlo. - Sus manos descansaron brevemente sobre los hombros de ella, la intensidad de su amor por ella le estremeció. Se elevó, un flujo de emoción que amenazaba con tragarle allí donde estaba por mucho que hiciera. Tuvo que volverle la espalda antes de que la necesidad de arrastrala hacia él, de sentir su piel contra la de él, lo sobrecogiera. Aspiró profundamente para controlarse y deliberadamente puso distancia entres sus cuerpos.

Tempest condujo a través del agua embarrada mientras esta continuaba creciendo. Dos veces cruzó una carretera pavimentada y encontró otro camino de tierra. Una vez estuvo muy cerca de un enorme camión aparcado en medio de la carretera, unos de sus ocupantes fumaba un cigarrillo. Se mordisqueó el labio preocupada pero consiguió pasar al camión sin incidentes. Miró hacia atrás a Darius, notando su color. Estaba gris y apagado, las líneas talladas profundamente en su cara. La tensión de enmascararlos con una ilusión un objeto tan grande como el autobús era enorme. En su débil estado, estaba ya temblando.

Tempest apresuradamente evitó sus ojos, su corazón bombeaba como si pudiera explotarle en el pecho en cualquier momento. La idea de que algo le ocurriera a Darius era aterradora. Condujo tan rápido como se atrevió sobre un terreno poco familiar, avanzando a tientas con cuidado, concentrando su mente en los peligros que presentaba el volumen de agua. Al momento eligió un camino tan estrecho que las ramas de los árboles raspaban los laterales del trailer con un chirriante sonido metálico que pensó podría obsesionarla para siempre.

Cuando el puente surgió ante ellos, Tempest se limpió la cara, esperando apartar el velo que le hacía tan difícil ver. Entre la lluvia y la niebla, sentía como si condujera a ciegas.Sintió el puente balanceándose bajo el autobús, e instintivamente levantó el pie del acelerador, casi cediendo al pánico.

Al momento Darius estaba allí, su pie cubrió el de ella, presionando el acelerador haciendo que el autobús culebreara antes de que los neumáticos encontraran tracción.

- Continua, pequeña. - Dijo suavemente.

No le dio elección, su pie cubrió firmemente el de ella. Tempest sostuvo una garra firme sobre el volante, con el corazón en la garganta. El agua golpeaba la estructura, empujando el

autobús con suficiente fuerza como para que tuviera que luchar para mantenerlo sobre el punte. El agua queria levantar el trailer y llevarlo con la corriente. Se permitió respirar sólo cuando el vehículo pasó el puente. Entonces empujó la pierna de Darius, haciendo que la levantara del acelerador. Estaba temblando tan violantamente, que le castañeaban los dientes.

- Lo estás haciendo genial, cielo. - Susurró Darius, su mano acarició hacia abajo el brillante pelo de ella. - Estamos casi fuera de esto.

- ¿Casi? - Volvió la cabeza para mirarle. - ¿Hay más? Me estoy cansando, Darius. - Se sintió tonta diciéndole eso cuando él estaba herido y más necesitado de descanso que ella. - Creo que ya he tenido suficiente aventura por una noche.

El le revolvió el pelo con afecto. Para un hombre parte bestia y todo depredador, encontraba ahora que tenía un lado tierno totalmente inesperado. Tempest le hacía ablandarse por dentro.

- Mantenlo ahí, cielo. Enfrentaremos una barrera más, y después alcanzaremos la carretera abierta.

Ella oyó un rugido amortiguado y se percató de que una pared de agua surgía corriente arriba, empujando todo a su paso. Inmediatamente empezó a mover el vehículo hacia adelante, abriéndose camino centímetro a centímetro a través del pesado vapor y la lluvia. Sin advertencia un camión surgió amenazadoramente a escasos pies de ellos, directamente en su camino. Un hombre estaba inclinado contra la ventanillas, las gafas de visión nocturna presionadas sobre sus ojos.

Un relámpago estalló, golpe tras golpe, iluminando la noche como si fuera de día. El hombre dejo caer las gafas en el barro, con las manos sobre los ojos mientras ella viraba para salir del camino, a penas esquivando un enorme árbol. Apretando los dientes, luchó por controlar el pesado autobús, llevándolo de vuelta a la carretera más allá del camión aparcado.

Darius se dejó caer en el asiento a su lado, su cara estaba tan gris y pálida que casi pisó de golpe los frenos.

- Ve a acostarte, Darius. - Ordenó ella, temiendo su pérdida de color. - Conseguiré que lleguemos a donde se supone que está Desari. Konocti Harbor Inn and Spa. Está en algún sitio cerca de Clearlake. Puedo encontrarlo. - La ruta estaba bien marcada, era fácil de seguir, esperaba. Era mala con las direcciones, pero seguramente podría seguir las señales de la carretera.

Darius se tambaleó hacia la parte trasera del autobús sin discutir y se tendió sobre el sofá, el leopardo herido estaba sobre el suelo a corta distancia.

- Sé que conseguirás que nos perdamos sin un guía, amorcito.

Le dio un vuelco el corazón ante la nota de ternura en su voz. Quería que él durmiera el sueño rejuvenecedor de su gente, para sanarse en la tierra y así estar en plena forma de nuevo. El dolor de sus heridas continuaba en él, el ansia por la pérdida de sangre le golpeaba, aunque cuando tocó su mente, encontró sólo pensamientos para ella, por su seguridad.

- Simplemente piensas que eres indispensable. - Le regañó, deliberadamente sarcástica. - Soy perfectamente capaz de encontrar el camino hasta el hotel y el campamento donde planean acampar esta noche. Ahora vete a dormir, y te despertaré si necesito un guerrero herido.

- Ni se te ocurra intentar dejarme de nuevo, Tempest. - Murmuró tan suavemente que ella a penas captó las palabras. Había un dolor en su voz que le llevó un río de lágrimas frescas a los ojos.

En toda su vida, nadia la había querido nunca. Nadie la había necesitado nunca. Ciertamente nadie la había amado y cuidado tanto de ella. A pesar de sus modales arrogantes y dominantes, no podía decir que no la pusiera a ella lo primero. No podía decir que su corazón no estuviera totalmente cautivado. Había lanzado en hechizo sobre ella tan fuerte, que no creía que el nudo puediera romperse nunca.

Mientras conducía por la autopista, la lluvia empezó a disminuir hasta una llovizno. Hizo todo lo pudo por mantener su mente lejos de lo que había ocurrido. La idea de todos

Librodot

aquellos hombres desperdiciando sus vidas, atacando a gente de la que en realidad no sabían nada, era devastadora para ella. Ni siquiera tenía idea de cuantos adversarios habían sido, pero sabía que los felinos se has habían arreglado para despedazar a dos humanos. Había captado imágenes en sus mentes. Darius había matado a los otros, pero no tenía ni idea de cuantos, y no quería saberlo. Era mejor no saberlo, no permitirse pensar demasiado en la locura de lo que estaba ocurriendo en su vida.

Cárpatos. Vampiros. Cazadores de vampiros. Era todo demasiado extravagante.

Librodot

15

Tempest condujo el autobús hacia el andén de la carretera, aparcó, y descansó la cabeza contra el volante. Se sentía como si hubiera estado conduciendo desde siempre, pero fueron las condiciones de la carretera y conducir bajo la lluvia lo que finalmente había derrotado su menguante fuerza, no las horas nocturnas. Exhausta, luchó por mantener los ojos abierto. En cualquier caso, se había mantenido sobre la autopista hasta que encontró una confusa bifurcación en la carretera. Había tomado a la derecha en el cruce, esperando que no se supusiera que debía tomar la carretera de la izquierda. Le picaban los ojos, se sentía desfallecer.

Su corazón casi se detuvo cuando una nube de vapor pasó a través de la ventana que había abierto un poco, esperando que el aire frío la reavivara. Julian Savage aparecio de repente en estado sólido a su lado, después siguió en seguida hacia Darius, con la preocupación tallada en su apuesta cara. Tempest apoyó la cabeza hacia atrás contra el asiento, demasiado cansado para cuestionarle.

- ¿Cuándo hace que está así? - Exigió Julian.

- Le han disparado. - Dijo Tempest sin abrir los ojos. - Le dije que durmiera, que yo os encontraría.

Julian se inclinó cerca de Darius, rasgandose su propia muñeca con los dientes, y presionando la herida firmemente sobre la boca de Darius.

- Toma lo que libremente te ofrezco par que podáis vivir ambos, tú y tu compañera. - Fue inesperadamente gentil, su voz una mezcla de preocupación e hipnótica compulsión.

Dairus se movió entonces, por primera vez en horas, su mano se elevó débilmente para sujetar la muñeca de Julian y mantenerla en su boca. Julian empezó el ritual del canto sanador y desde varias millas de distancia, el resto de los Cárpatos, enlazados como estaban con su telepatía única, se unieron a él. Todos ellos sentían la debilidad y el dolor de Darius. Todos ellos sabían que no iría a la tierra como necesitaba.

Tempest se empujó a sí misma fuera del asiento del conductor y se tambaleó por el trailer hasta que pudo caer de rodillas junto a Darius.

- ¿Va a estar bien, Julian?

- Está débil. Acudió a la batalla ya con su fuerza mermada. Utilizó su energía mental para encontrar la tormenta y ocultar el autobús. - Julian parecía preocupado, sus ojos llenos de preocupación. - Debe ir a la tierra y sanar. Necesita dormir el sueño de nuestra gente.

Darius se alzó, la sangre de sus ancestros fluía fuerte en sus venas.

- Estaba perdida de nuevo, ¿verdad?

- No estaba perdida. - Protestó Tempest, con voz adormilada. - Simplemente buscaba un buen lugar de descanso.

Julian se encogió de hombros.

- Tomó un desvío equivocada hace unas pocas millas. Os conduciré hasta los otros. Debes dormir, Darius.

- Debo proteger a Tempest. - Fue una declaración implacable, una orden dada por alguien que acostumbraba a ser obedecido.

Tempest apoyó la cabeza contra la pierna de él.

- Ahora mismo puedes ofrecer tanta protección como un fideo mojado, Darius. Yo te protejo a *ti*. - Tendría que haberle mirado, pero no tenía la energía necesaria para levantar la cabeza. - ¿Lo ves? Por una vez yo soy la responsable.

Julian sacudió la cabeza hacia ellos.

- Teneis los dos un aspecto lamentable. No tengo más elección que ofrecer mi protección. Yo conduciré. Vosotros dos descansad.

- Buena idea. - Dijeron Darius y Tempest simultáneamente.

Darius bajó la mano hasta encontrar la de Tempest y entrelazó los dedos con los de ella, conectándolos. Se contentaron con quedarse en silencio durante un rato, el balanceo del autobús era curiosamente reconfortante. Entonces el pulgar de Darius empezó a moverse, un roce gentil ligero como una pluma hacia adelante y atrás por los nudillos de ella.

- Necesito sentir tu cuerpo junto al mío. - Murmuró por lo bajo.

Tempest oyó la urgencia de su necesidad en su voz. Él nunca intentaba escondersela, nunca le preocupaba sentirse vulnerable. Estaba exhausta, tanto que fue un esfuerzo levantarse hasta el otro lado del sofá. Se deslizó junto a él, encajando su cuerpo con el de él. Darius instantáneamente enredó un brazo alrededor de ella. Ella se sintió como si estuviera en casa, a salvo y protegida, donde pertenecía. Cerró los ojos y durmió, sin notar que Darius le había dado un leve empujón mental para ayudarla a caer en el sueño pacíficamente.

Tempest se despertó sólo una hora más tarde mientras Julian aparcaba el trailer en el lugar elegido y abría la puerta a los otros. Desari entró rápidamente, un suave grito de alarma escapó cuando vio a su hermano y a Tempest. Su mano fue a la garganta.

- ¿Julian? - Su etérea voz vaciló durante un momento mientras buscaba ser tranquilizada por su compañero.

- Necesita más sangre y la tierra para sanar. - Ofreció Julian.

Darius se empujó hasta una posición sentada, sus ojos negros se movían sobre su familia reunida a su alrededor.

- No parezcais tan preocupados. No es como si nunca hubiera resultado herido antes. No es nada. - Se volvió para bajar la mirada hacia Tempest.

Ella simplemente no tenía energías para moverse. Tendida, con el cuerpo pesado como plomo, sólo miró amorosamente hacia la cara de él. La mano de él le acariciaba la mejilla, después se colocó alrededor de su cuello. Darius la estaba mirando como si ella fuera su mundo entero.

Desari carició hacia atrás el pelo de Tempest.

- Eres maravillosa, Rusti, tan valiente. Puedo sentir la terrible debilidad de tu cuerpo.

Tempest se las arregló para mostrar una sonrisa macilenta.

- No me digas que Darius estaba difundiendo un informe detallado mientras ocurría todo.

- Por supuesto. Necesitabamos saber por si acaso algo iba mal y teníamos que volver para ayudar. - Explicó Desari. - Para ayudar con la ilusión, creamos en las mentes de los que nos vieron viajando por la autopista el recuerdo del trailer viajando con nosotros. Si las autoridades preguntan a cualquiera, dirán que todos los vehículos viajaron juntos la noche pasada, mucho antes de la horrible batalla que ocurrió donde habíamos acampado.

- Un comentarista deportivo habitual, ¿eh, Darius? - Preguntó Tempest, molesta porque él hubiera gastado incluso más energía de lo que había pensado ella en principio. Ni la asombraba que pareciera tan gris y cansado. - Llevadle a donde sea que se supone que tenga que ir y enviadle a dormir y dejadme descansar.

La mano de Darius se apretó alrededor de su nuca.

- No podemos separarnos. Tienes que comer algo antes de dormir, Tempest. No has tomado nada en veinticuatro horas.

Las cejas de ella se arquearon.

- Oh, entiendo. Tú no tienes que cuidar correctamente de tí mismo, pero yo sí. Así no va a funcionar, Darius. Puedes gruñirme todo lo que quieras, pero si insistes en imponerme esta relación a la fuerza, puedes cuidarte bien de ocuparte de ti mismo para que no haya posibilidad de que me dejes sola.

Darius sintió el curioso derretimiento en la región de su corazón que siempre causaba ella. Tempst estaba intentando de veras sermonearlo, ser dura, pero su voz vacilaba, el temor por su bienestar era claramente evidente. Se inclinó para rozar un suave beso en su boca.

- Harás lo que digo, cielo, como prometiste.

Los ojos de Tempest llamearon con fuego.

- Con que esas tenemos. Uno de vosotros traedme un martillo. Uno bien grande. Este claramente necesita que alguien le golpee la cabeza para que recupere el sentido común. Debe haberlo perdido en alguna parte del bosque. Idiota, no soy tu hija para que me des órdenes. Soy una mujer adulta perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones. Ahora por una vez en tu vida, has lo que se supone que debes hacer y ir a la tierra o como sea que llames a eso.

Julian cometió el error de permitir que se le escapara un risa, después apresuradamente intentó cubrirla con una tos. Darius levantó la mirada hacia él, notando que los ojos le sonreían abiertamente.

- Estoy seguro de que todos tenéis cosas que hacer. - Señaló con mordacidad.

- En realidad no. - Respondió Barack.

Dayan sacudió la cabeza.

- Esto es mucho más entretenido, Darius. Ya sabes, todavía estoy trabajando en esta cosa de las relaciones, así que es necesario que observe muy de cerca.

Syndil eligió un acercamiento más inocente.

- Naturalmente nuestra preocupación es por ti y por Rusti, Darius. Nada es más importante que ayudaros.

Julian sonrió burlonamente hacia él.

- Esto es iluminador. Soy nuevo en esto, Darius, y no me importa aprender como manejar a las mujeres apropiadamente cuando se niegan a ser obedientes.

Las cejas de Desari se elevaron.

- Ya te mostraré yo obediente. - Amenazó.

Darius gimió.

- Largáos, todos.

- Lárgate tú también. - Ordenó Tempest, acomodando su cuerpo entre los cojines. - Necesito dormir.

Él podía oir más allá de la debilidad de su voz.

- No es seguro, pequeña. No podemos quedarnos aquí. Estamos siendo cazados, y ninguno de *nosotros* puede permanecer sobre la tierra en nuestras horas de debilidad. Hay cuevas cerca. Estarás cómoda allí, lo prometo.

Las pestañas de ella revolotearon por un momento, el latido de su corazón fue audible a todos ellos.

- Es esa cosa de murciélagos de nuevo, ¿no? - Forzó el humor en su voz. - Creo que voy a tener que ir a terapia si vamos a seguir haciendo esa cosa. Los lugares cerrados no son de mi agrado.

- Le haré dormir. - Dijo Darius gentilmente.

- Hazlo entonces. - Elevó los párpados lo suficiente como para captar la preocupada expresión de Desari. Cuando miró a los ojos, pudo leer la preocupación de sus caras. - ¿Qué pasa? ¿Qué va mal?

Los ojos negros de Darius súbitamente volvieron a la vida, ardiendo con una fiera protección. Su mirada se deslizó sobre su familia.

Tempest suspiró pesadamente y se sentó, empujando su salvaje masa de pelo, que estaba enredada por todas partes.

- Darius, estoy demasiado cansado para imaginarmelo. ¿Por qué está preocupado todo el mundo? Es injusto mantenerme en la ignorancia sólo porque no estoy familiarizada con vuestras necesidades.

- Él debe dormir nuestro sueño en la tierra. - Farfulló Syndil, sin atraverse a mirar a Darius.

- ¿No es eso lo que vamos a hacer? Voy a ir a esa caverna. Dormiré mientras él está en la tierra. - Dijo Tempest. - Ese es el plan.

Syndil sacudió la cabeza, ignorando el gruñido de advertencia de Darius.

Tempest puso una mano sobre la boca de Darius para silenciarle.

- Cuéntame.

- No irá a la tierra. Dormirá como un mortal contigo sobre la tierra porque teme dejarte vulnerable a un ataque.

Hubo un silencio mientras Tempest digería la información. Estaba claro que Darius no estaba complacido con la interferencia de Syndil. Muy gentilmente Tempest le acarició el cuello con dedos amorosos, aliviándole mientras pensaba en todo esto. Finalmente se encogió de hombros.

- Entonces ponme a dormir, y los dos podemos ir a la tierra. - La idea le revolvía el estómago; sonaba como un entierro. Pero si estaba completamente incosciente, era una pequeño inconveniente si eso ayudaba a Darius.

Su calmada declaración arrancó un jadeo colectivo de admiración.

- ¿Haría semejante cosa voluntariamente por Darius? - Preguntó Desari, apretando la muñeca de Tempest. - Sufres mucho en los espacios confinados. Darius nos lo contó.

Tempest se encongió de hombreo.

- No sufriré si estoy dormida. - Señaló. - Hazlo ya, Darius, estoy cansada.

Y lo estaba. Su cuerpo se sentía pesado e incómodo. No le miró, no quería que él viera la repulsión y el horror que la idea de ser enterrada viva reflejaba en sus ojos.

Los brazos de Darius se deslizaron alrededor de ella y llevaron su pequeño cuerpo al cobijo del suyo, su corazón se hinchó de orgullo por ella. No necesitaba ver su expresión para leer sus verdaderos pensamientos. Una parte de él moraba en su mente como una sombra. El terror que el enterramiento y las cuevas suponían para ella estaba claro, aunque estaba dispuesta ha hacer el sacrificio por el bien de su salud.

- Es un grandioso regalo el que me ofreces, Tempest, pero es imposible. Mi cuerpo puede detener el latido de mi corazón y pulmones. El tuyo no. Te asfixiarías en la tierra. Puede que tarde un poco más, pero mi cuerpo finalmente sanará. - Le aseguró.

Sobre su cabeza, los ojos negros de Darius llamearon hacia su familia. Nadie se atrevió a desafiar esa mirada, excepto Julian, que le sonrió. Desari mantuvo una garra mortal sobre la mano de Julian para impedir que su compañero irritase aún más a su hermano.

- Por favor prepara a Tempest una sopa de verduras. - Instruyó Darius a su hermana.

Tempest sacudió la cabeza con decisión.

- Ya no puedo comer nada, Desari, pero gracias. Sólo quiero dormir una semana o así.

Darius miró fijamente a su hermana, una rápida y firme mirada que ella pudo interpretar fácilmente.

Asintió casi imperceptiblemente.

- Vamos, dejemos que se arreglen un poco.

Barack dejó escapar un gruñido bajo con la garganta.

- Syndil, Sasha necesita tus poderes sanadores. Yo la llevaré, y tú trae las hierbas.

Las cejas de Syndil se elevaron.

- ¿Olvidas que tenemos un huesped al que entretener? Iba a prepararle la cena y después pasear con él.

Barack la cogió por el brazo justo sobre el codo.

- No me provoques, Syndil. No tengo mucho paciencia.

Ella le lanzó una mirada arrogante.

- No tengo que responder ante ti, bárbaro. Ni ahora, ni nunca.

- Dayan puede pasear con tu precioso invitado por los bosques. Enviaré a Forest a cazarle. - Soltó Barack. - Tú te quedarás conmigo.

- Creo que te has pasado. - Syndil le miró fijamente. - Me marcho por un tiempo, me tomo unas pequeñas vacaciones.

Hubo un silencio momentáneo. La cabeza de Darius se alzó, sus ojos negros ardían, pero refrenó la violante protesta que fluía de él. Dayan se detuvo en el acto de dirigirse al autobús, su cara al mismo tiempo se volvió de piedra. Incluso Julian se congeló cuando Syndil dejó caer la bomba.

- ¿Con ese humano? - Siseó Barack suavemente, amenazadoramente, entre dientes.

Syndil levantó la barbilla beligerantemente.

- No es asunto tuyo.

La mano de Barack se deslizó hacia arrbia por el brazo de ella hasta la nuca. Le cogió la barbilla en con la mano, manteniéndola inmóvil mientras inclinaba la cabeza hacia ella. Su boca se lanzó sobre la de ella allí mismo, delante de todos. Caliente. Ardiente. Barriendo todo lo que había habido antes y reemplazándolo con calor, con fuego al rojo vivo. Barack levantó la cabeza reluctantemente.

- Eres mía, Syndil. Nadie más te tendrá.

- Tú no puedes decidir eso. - Susurró ella, se presionó la boca con la mano, sus ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

- ¿No? - Le colocó ambas manos sobre los hombros. - En presencia de nuestra familia, te reclamo. Te reclamo como mi compañera. Te pertenezco. Te ofrezco mi vida. Te doy mi protección, mi lealtad, mi corazón, mi alma, y mi cuerpo. Tomo en mi los todos para protegerlos. Tu vida, felicidad y bienestar serán apreciados y colocados sobre los mios propios siempre. Eres mi compañera, unida a mi por toda la eternidad y siempre a mi cuidado. - Pronunció las palabras en voz alta, con decisión, furioso con ella por que no pudiera verlo, que negara el conocimiento de su derecho sobre ella.

- ¿Qué has hecho? - Gimió Syndil. Miró a Darius. - No puede hacer esto. Nos ha unido sin mi consentimiento. No puede hacerlo. Díselo, Darius. Tiene que obedecerte. - Sonaba al borde de la histeria.

- ¿Nunca te has preguntado por qué Barack no perdió sus sentimientos como Dayan y yo? - Le preguntó Darius amablemente. - Reía cuando nosotros no podíamos. Sentía deseo cuando nosotros no podíamos.

- Con toda groupie humana a la que echaba el ojo. No quiero semejante compañero. - Dijo Syndil firmemente. - Retíralo, Barack, ahora mismo. Retíralo.

- Bueno, esto ya es demasiado. - Soltó Barack. - Soy tu compañero, y lo sé desde hace ya algún tiempo. Simplemente te niegas a verlo.

- No quiero un compañero. - Protestó Syndil. - No tendré a ningún hombre pomposo dirigiendo mi vida.

Las duras facciones de Barack se suavizaron hasta una sensual belleza masculina.

- Afortunadamente para ti, Syndil, no soy pomposo. Necesito discutir esto contigo a solas. Ven conmigo.

Ella estaba sacudiendo la cabeza incluso mientrás el la arrastraba hacia el autobús.

Cuando se fueron, Desari se volvió hacia su hermano.

- ¿Lo sabías? Todo este tiempo, ¿lo sabías?

- Lo sospechaba. - Respondió Darius. - Barack veía colores. Los retuvo mucho tiempo después de que Dayan y yo los perdimos. Cuando Savon atacó a Syndil, Barack se convirtió en un monstruo como ningún otro que yo haya intentado controlar. Estuvo enfurecido durante semanas, tanto que Dayan tuvo que prestarme sus fuerzas para mantenerle bajo control.

- No lo noté. - Dijo Desari suavemente.

- Le mantuvimos lejos de ti porque estaba tan violento y enfadado, nos preocupaba su cordura. Después de perder a Savon, no queríamos preocuparte con la posibilidad de perder a Barack también. Comprendí que estaba experimentando no sólo la necesidad masculina de proteger sino también la culpa y la rabiala violación y traición que sentía Syndil.

- Fue a a tierra durante algún tiempo. - Recordó Desari.

- Le envié a dormir para mantener a salvo a mortales e inmortales por igual. Estaba tan perturbado, sentía tanto dolor, no pude hacer otra cosa. Syndil necesitaba tiempo para permitir que la horrible experiencia se debilitara lo suficiente para que Barack pudiera hacer frente a su dolor.

- Es por eso por lo que está tan callado, tan a disgusto consigo mismo estas últimas semanas. - Desari dio un codazo a Julian. - ¿Por qué ha esperado tanto para reclamarla?

Julian se encongió de hombros con su gracia elegante y casual.

- Hace mucho que no hemos tenido mujeres que nacieran cerca de su compañeros. No conozco ningún caso como eso, así que no puedo responder. Quizás la proximidad permita al hombre muchos más años de libertad.

- ¿Libertad? - Desari le miró fijamente. - No me hables de libertad masculina, compañero. Tú robaste mi libertad del mismo modo que Barack ha robado la de Syndil.

Tempest conmovida, intervino en la conversación.

- Ella no puede rechazarle, ¿verdad? Quiero decir, estos son tiempos modernos. Los hombres no pueden llevarse a la fuerza a las mujeres contra su voluntad, ¿verdad?

- Una vez un hombre de los Cárpatos recita las palabras rituales a su auténtica compañera, están unidos, alma con alma. Ella no puede escapar de él. - Dijo Julian suavemente.

- ¿Por qué? - Preguntó Tempest, volviendo la cabeza para ofrecer a Darius el pleno beneficio de sus censuradores ojos verdes.

Darius no dio el más mínimo respingo o siquiera pareció arrepentido. Ni tan siquiera se dignó a contestarle. Tuvo la audacia de parecer divertido.

- Un auténtico compañero es la otra mitad perdida de nuestra alma. Las palabras rituales unen ambas partes del alma de nuevo. Uno no puedo existir sin el otro. Es muy... - Julian buscó por un momento la palabra correcta. - .... incómodo estar alejado de tu compañero.

- ¿Y el hombre puede elegir unir a él a la mujer sin importar si ella lo quiere o no?

Tempest se sentía ultrajada. No estaba enteramente segura de si le creía, pero si así fuera era bárbaro. Totalmente bárbaro.

Darius le rodeó los hombros con su brazo bueno.

- Sólo en la práctica, cielo. Las mujeres rara vez conocen sus propias mentes. Pero una mujer no puede escapar de la necesidad de su propio compañero tampoco. Él es *su* otra mitad, también, ya ves.

Sin prestar atención a la herida de él, Tempest le empujó lejos de ella. No se movió ni un centímetro. Sabía que estaba burlándose de ella, riéndose de ella, aunque su cara permanecía perfectamente inexpresiva.

- Bueno, no creo que de cualquier manera yo sea Cárpato, así que conmigo no funciona. Y voy a hablar con Syndil sobre todas estas tonterías.

Darius le besó un lado del cuello. No fue un beso breve y elusivo sino uno que se demoró, de esos que enviaban pequeños escalofrías hacia abajo por su columna vertebral, enviando fuego danzando a través de su riego sanguíneo. Le miró fijamente.

- Creo que estábamos de acuerdo, ¿No hemos tenido una larga discusión sobre esto?

Los dientes de él le rasparon la clavícula, su barbilla se frotó junto al escote de su camino buscando la piel desnuda.

- ¿De veras? No puedo recordarlo.

- Recuerdas todo lo demás. - Tempest hizo todo lo que pudo por sonar severa, pero era dificil cuando la electricidad se arqueaba atrás y adelante entre ellos. - Darius, estás herido. Actúa como tal, ¿quieres? Necesitamos una ambulancia y camillas y quizás una docena de pildoras de esas que te dejan KO.

Él se movió entonces, con su fácil y familiar gracia, sustentado por la fuerza que de la sangre de un antigüo que fluía en sus venas. Sus brazos eran roca dura alrededor de la cintura de ella, llevándole con él hacia el baño.

- Necesito limpiar el hedor de la muerte en mi, Tempest, antes de poder tocarte apropiadamente.

Llegó inesperadamente, una confesión. Tempest tocó su mente, atónita ante la facilidad con que podía lograr la azaña. Él sentía pena. No los los que había despachado en la batalla. Era pragmático sobre eso; había hecho lo que era necesario por su gente y volvería a hacerlo de nuevo. Protegería a Tempest sin sentir remordimientos o tristeza por aquellos que eran lo suficientemente malvados como para amenazarla. Pero sentía pena por su falta de habilidad

para acudir a ella como un hombre inocente. No quería que ella le viera como una bestia, un asesino indisciplinado. Quería que ella entendiera que era un dispensador de justicia, muy necesario para su gente.

La metió en la bañera con él, y el agua se sintió fría sobre su piel ardiente, llevando algo de vida de nuevo a su cuerpo agotado. Muy cuidadosamente ella lavó la sangre de los hombros y la espalda de él, haciendo una mueca ante la visión de las horrendas heridas. Dió champú a su espesa melena, masajeando el cuero cabelludo con dedos gentiles. Darius inclinó la cabeza hacia atrás para ponerselo más fácil.

A pesar de estar exhausta, encontrarse desnuda y presionada contra él hacía que su pulso se acelerara como un cohete. El cuerpo de él volvió a la vida, empujando duro y grueso contra ella.

- No podemos. - Susurró ella. Pero su lengua jugueteó y captó las gotas de agua que corrían hacia abajo por su estómago. Trazó el camino todavía más abajo, sintiendo el cuerpo de él tensarse. Sus manos, por voluntad propio, se deslizaron sobre las caderas, masajeando, acariciando, trazando los firmes músculos de sus nalgas.

Adoraba la sensación de su piel velluda contra la suave de ella. La hacía sentirse hermosa y femenina. Ardiente y erótica. Hambrienta y sexy. La hacía sentirse a salvo, como si nunca fuera a estar sola de nuevo. Se aferró a él, presionándose cerca de la protección de su cuerpo.

Darius obligó a su mente a alejarse de la tentadora boca. Estaba agotada. Podía tenerla... ella nunca se negaría, y sabía que podía asegurarle placer... pero su cuerpo reclamaba descanso y nutrición. Ante todo estaba la necesidad de cuidar de su salud y protección.

La apartó para poder besarla gentil y tiernamente.

- Tienes razón, pequeña. - Dijo suavemente. - No podemos hasta que hayas descansado. Quiero que duermas.

La sostuvo contra él con el brazo bueno mientras el agua caía en cascada sobre ellos, lavando el hedor a sangre y muerte.

- Hazme como tú. - Las palabras de ella fueron tan bajas, apenas discernibles incluso para su agudo oído, no estaba seguro de haberla oido correctamente. Quizás su mente simplemente le estaba jungando una mala pasada.

- ¿Tempest? - Pronunció su nombre contra el cuello de ella, su corazón martilleaba ante la tentación. Cerró los ojos, orando por fuerzas para resisitr la aterciopelada seducción de las palabras de ella.

Ella levantó la cabeza para que sus ojos esmeraldas pudieran alcanzar la cara de él.

- Puedes hacerlo. Hazme como tú. Después podrás descansar sin preocuparte. Dormir de la forma en que se supone que debes dormir. Hazlo simplemente, Darius. Toma mi sangre, y dame la tuya. Quiero que vivas.

Había resolución en su voz, en su mente, aunque su cuerpo esbelto estaba temblando ante la enormidad de lo que iba a hacer. Sus pensamientos estaba centrados solo en él, en su bienestar. Darius gruñó, luchando contra la bestia egoista, la que lo quería todo.. su compañera, los fuegos del éxtasis ardiendo entre ellos para toda la eternidad. Ella no comprendía el coste para ella. El Sol. La sangre. Los cazadores. La humanidad aborrecía aquello en lo que se convertiría. Incluso el peligro de tal experimento.

Sus dedos aplastaron el pelo de ella entre las manos.

- No podemos, Tempest. Ni siquiera podemos considerar una acción semejante. No lo menciones de nuevo, no sé si tendría la fuerza de rechazar semejante tentación.

La mano de ella carició su cara, enviando llamas vivas que perforaron su cuerpo hasta que no podía pensar en nada más que poseerla.

- He pensado mucho en ello, Darius, y es la única forma. Si yo fuera como tú, no habría necesidad de que te preocuparas por mi seguridad. Podría estar contigo en la tierra.

Él sintió el duro golpe del corazón de ella cuando lo dijo, vio la imagen mental de la tierra cerrándose sobre su cabeza, de ser enterrada viva. Empujó lejos la idea, pero su pulso continuaba acelerado.

Él capturó su mano para inmovilizar sus dedos acariciadores antes de que le hiciera perder todo el sentido común. Su esencia estaba llamándole; su cuerpo estaba duro y lleno de deseo. Su boca podía ya saborearla, la ardiente y tentadora especia de su sangre. Nunca había deseado algo más.

- Ni siquiera consideraré tal cosa, Tempest. El peligro para ti es grande. He tomado la decisión de vivir según las costumbres humanas tanto como me sea posible. Voluntariamente envejeceré como tú, y moriré cuando tú mueras. Convertirte es un riesgo que no correré voluntariamente.

- Ver como tu salud y fuerza menguan lentamente no es algo que esté dispuesta presenciar, Darius. - Protestó, enredando los brazós alrededor de su cintura. Su dedos se colocaron sobre las nalgas de él y empezó lentamente un erótico movimiento que amenazó volverle del revés.

- No estoy tomando una decisión impulsiva sin pensar. Ya le he dedicado una buena cantidad de consideración. Es la única respuesta para nosotros. La única cosa que podemos hacer que tiene sentido. - Su boca se deslizó sobre el pecho, su lengua lamió los pezones, perezosamente trazando una gota de agua hasta su estómago plano, arremolinándose alrededor del ombligo hasta que cada músculo de su cuerpo clamó por ella.

- No lo has pensado detenidamente. - La voz de él fue un ronco gemido de necesidad. Incapaz de detenerse, su mano se deslizó sobre la piel satinada, moviéndose hacia arriba para acunar el suave peso del pecho, su pulgar acarició el pezón erecto hasta que ella tembló y se presionó contra él. - No puedes soportar los espacios cerrados. La idea de ser enterrada en la tierra es repulsiva para ti. Tu mente no puede soportar la idea de beber sangre.

A Darius se le había ocurrido sobresaltarla con esa imagen deliberadamente gráfica, pero parecía preocupada por atrapar una gota de agua que se deslizaba por la punta de su palpitante erecci´n. La lengua envió una tormenta de fuego surgiendo de su interior, como un viento salvaje fuera de control. Su boca era apretada y ardiente y tan exquisita, que apretó puñados del pelo de ella entre sus manos, manteniendola allí durante un largo momento, en algún lugar entre la agonía y el éxtasis.

Él sintió su hambre elevanse, la necesidad de dominar, de tomar lo que era suyo, de alimentarse de ella vorazmente, de sentir su boca tomándole en su cuerpo como debía hacerlo una verdadera compañera. Sus colmillos se alargaron peligrosamente, y la bestia luchó por liberarse. Se había ofrecido a él. Había sido idea suya. Podía tomarla sin culpa, atraerla a su mundo y tenerla para siempre. La tentación era tan grande, se obligó a levantar la cabeza, sus manos la agarraron del pelo, su suave garganta vulnerable y abierta a su asalto.

Ella acudió a él voluntariamente, sin el más liguero temor, alzando la barbilla para darle un mejor acceso. Al momento Darius la volvió para que quedara de espaldas a él. Atrapándola con un brazo fuerte, enterró la cara en su hombro, respirando con dificultad, alejando la tentación que le golpeaba tan ferozmente. Por segunda vez que pudiera recordar, las lágrimas se deslizaron hacia abajo por su cara y se mezclaron con el agua que corría por los hombros de ella. Le dolía posearla, saborearla, enseñarle sus costumbres. Pero más que nada, se sentía humillado por que ella hubiera hecho tal oferta. Que pudiera amarle lo suficiene como para entregar voluntariamente su vida.

No era como si ella aceptara o admitiera ante sí misma que le amaba. Ni siquiera compartí su mente lo suficiente como para conocerle como él la conocía a ella. Eso era lo que había su regalo tan increíble para él. Su completa aceptación, su voluntad para poner su vida, su seguridad, antes que la propia. Él conocía cada uno de sus temores. Moraba en su mente. Aun así estaba dispuesta a abandonar todo lo que conocía para que él viviera seguro como se suponía que debía ser. Nadia había pensado nunca en protegerle o poner sus necesidades ante todo, no en todos sus largos siglos de existencia. Dudaba de que alguien hubiera pensado

alguna vez en sus deseos. Era su obligación proveer a los otros, cazar, proteger, guiar, controlar. Simplemente lo era.

Tempest le estaba ofreciendo amor incondicional. Ella no lo reconocía como lo que era; no pensaba en ello. Él necesitaba algo, y ella estaba decicida a mover cielo y tierra para proporcionárselo. Leía su determinación fácilmente. Y era lo bastante capaz de seducirle para convencerle. Él lo deseaba. Lo necesitaba. Se moría por ello.

- Pequeña. - Susurró suavemente, sus dientes mordisqueaban adelante y atrás sobre la suave tentación de su pulso. - No te pondré en peligro. No puedo arriesgar tu vida. Si lo hiciera y algo fuera mal, ambos estaríamos perdidos. Agradezco tu intención de entregarme tan enorme regalo, pero no puedo aceptarlo. No puedo. - Se sentía humillado por ella, humillado por su propio amor abrumador hacia ella.

- Ya se ha hecho antes, Darius. Si temes mi reacción, entonces se me han ocurrido soluciones a algunos de los problemas. Podrías ponerba a dormir antes de que acudamos a la tierra, al menos hasta que mi cerebro acepto vuestra forma de vida.

Resueltamente él salió del agua, necesitaba un respiro de su seducción que ella ofrecía.

- Es cierto, Tempest, pero...

- Espera antes de protestar. Ya me has dado tu sangre dos veces. Ni siquiera sabía que lo habías hecho. Puedes proveer para mi mientras aprendo vuestras costumbres. No debería ser difícil. - Mientras el la secaba con una toalla, le atrapó las manos, sostuvo las palmas de sus manos contra sus pechos. - Ya estoy mitad en tu mundo y mitad en el mío, que no pertenezco a ninguna de los dos. Tú no puedes vivir sin tu fuerza, y yo no puedo soportar ver como te debilitas. No ese tu destino. Hay grandeza en ti, Darius.

Él sonrió, sus ojos negros se suavizaron, las duras comisuras de su boca se enternecieron.

- ¿Y que hay de ti? ¿Piensas que tú misma eres menos que yo y por eso debes sacrificar tanto por mí?

Ella sacudió la cabeza apresuradamente para desengañarle de esa idea.

- Por supuesto que no. De hecho, creo que me necesitas para evitar que te conviertas en un arrobante y dominante dictator, para mantenerte derechito y vigilarte estrechamente.

- ¿Dominante dictador? - Repitió él, la diversión masculina se deslizó en el timbre aterciopelado de su voz. Acarició con la nariz la nuca de ella.

- Exactamente. - La sonrisa decayó en la cara de ella, dejándola solemne. - No me gusta el resto de la gente, Darius. Nunca he encajado con ellos. No sé si esto funcionará entre nosotros, pero si puedes arreglártelas para no intentar controlar cada aspecto de mi vida, yo estoy dispuesta a intentarlo. Sé que quiero estar congo. Sé que no tengo miedo de ti o de tu gente.

Los cejas de él se arquearon ante su flaglante mentira.

- Oh, cállate. - Le tiró la toalla. - No me mires así. Sé que nunca me harías daño. Nunca, Darius. No creo en demasiadas cosas, pero creo en ti. - Mirá alrededor buscando ropa limpia y quedó desilusionada cuando comprendió que no se le había ocurrido traerse nada. La fatiga se acumulaba en su interior, impulsando su necesidad de convencerle. Quería acostarse y dormir durante una semana.

- Sólo prometeme que pensarás en esto, Darius. En realidad es la única solución sensata. Y si lo nuestro no funciona, en su momento, debería ser capaz de cuidar de mí misma. - Se sentó en el borde de la bañera, demasiado débil para permanecer en pie mucho más.

Darius aplastó su hambre, su rabioso deseo, y las emociones que estaban nublando su buen juicio. Cogió la túnica que había hecho para ella un día o dos antes. Estaba colgada en la puera, gruesa y cálida. La envolvió en su suavidad.

- Comeremos, cielo, y después dormiremos. Todo esto podemos discutirlo en nuestro próxima alzamiento.

- ¿No es el primer día de actuación de Desari? Quien quiera que enviara a aquellos hombres tras ella lo intentará de nuevo. Estará tan vulnerable, Darius. Tenemos que resolver esto antes de que suba al escenario.

Él podía oir su debilidad. Se aferraba a ella como una segunda piel. El hombre de los Cárpatos no podía hacer otra cosa que proteger a su compañera, vigilar cada aspecto de su cuidado, así que simplemente tomó posición de su brazo y sin más conversación, la condujo a la cocina y la sentó ante la mesa.

Desari había preparado un cuenco de sopa de verduras humeante. El aroma llenó el autobús, pero Tempest simplemente se presionó una mano contra el estómago e intentó no vomitar. ¿Lo ves, Darius? No puedo comer de ningún modo. No puedo tener un pie en mi mundo y otro en el tuyo. Afrontaré el riesgo de la conversión para tener la oportunidad de un futuro contigo.

Él ignoró su suave y persuasiva voz y empujó su mente deliberadamente dentro de la de ella. No gentilmente, sino tomando el control firmemente, sin darle tiempo a luchar con él. Te comerás la sopa, y se quedará en tu estómago y te alimentará. Fue una orden. La obligó a obedecer, incluso aunque su estómago se rebeló, intentando deshacerse por sí mismo de la comida.

Tempest parpadeó hacia él, encontrándose el cuenco de sopa vacío. Se apartó el pelo húmedo de la cara, sus largas pestabas cayeron cansinamente.

- Sólo quiero dormir, Darius. Vamonos a la cama.

La envolvió con su brazo bueno, levantándola fácilmente, y la sacó del trailer al interior de la noche. Volvían al sus roles de guerrero y cautiva, pero a Tempest no le importaba. Cerró los ojos y se acomodó contra su pecho.

El tunel que él eligió conducía a la tierra que resultaba cálida por la actividad geotérmica. Al momento se quedó sin aliento, induciendo una sensación de sofoco en ella. Intentó escondérselo a Darius, no deseaba que supiera lo incómoda que se sentía. Se enterró más cerca de él, buscando su protección. Sabía que él iría a la tierra porque ella no podía ir. Él les construiría una zona para dormir en la seguridad de la tierra donde ella pudiera dormir el sueño de los humanos y haría lo que pudiera para hacerla sentir cómodo. Pero necesitaba la tierra rejuvenecedora, especialmente ahora que estaba herido. Necesitaba detener su corazón y pulmones y dormir al estilo de los Cárpatos. Tempest sonrió contra sus pesados músculos, confiando de repente en su habilidad para persuadirle para que pensara como ella. Sólo necesitaba descansar antes de renovar su ataque. Darius no se resistiría para siempre. Había estado en su mente, sentía su vulnerabilidad. Se rendiría si ella persistía. Él deseaba su conversión con cada célula de su cuerpo.

Sabía que Darius sentía que tenía que protegerla, que ella era frágil y delicada. Pero Tempest sabía que no lo era. Quizás físicamente era débil en comparación con su raza, pero tenía una tremenda fuerza de voluntad. Igualaba a la de él. Encontraría una forma de mantenerle a salvo, de protegerle de la misma forma feroz, con el mismo amor feroz que Darius le mostraba a ella.

Librodot

16

El Konocti Harbor Inn, famoso por su comida y conciertos, estaba construido a la orilla de un enorme lago anidado en las montañas, fresco y sombreado por majestuosos pinos. El hotel arrastraba a enormes multitudes a sus conciertos de puertas abiertas, su enorme anfiteatro, y el mas esplendido interior donde los visitantes podían cenar y ver a sus artistas favoritos. Las fiestas estivales eran legendarias, atraían a visitantes de todo el país a las festividades. Era uno de los lugares favoritos de Desari para actuar, y el calendario de concierto la conducía allí cada vez que estaba en California. Para Darius y Julian, la seguridad era una pesadilla logística.

El jefe de seguridad parecía estar en los cuarenta y tener el aire de un hombre que conocía su trabajo y podía manejar cualquier situación que se presentara. Escuchó con atención los problemas especiales del grupo. Ya era consciente del atentado contra la vida de Desari de pocos meses antes, habia hecho preparativos adicionales por sí mismo. Aún así, estaba abierto a sus ideas y fue más que cooperativo. Darius se encontró con que le gustaba el hombre, llegando incluso a concederle el respeto que generalmente reservaba a los de su especie. Darius esperaba cooperación ya fuera a través del consentimiento o la compulsión, era era más fácil cuando tenía plena cooperación de su equipo de seguridad.

Darius iba actuar a puerta cerrada. Los tres hombres estaban de acuerdo en eso. Era más seguro y el ambiente mucho más fácil de controlar. El jefe de seguridad les mostró los alrededores, repasando las recientes reformas con ellos, mostrándoles los planos y cada posible entrada y salida. Era fácil trabajar con él y tenía un personal medianamente competente para el pequeña hotel. Aún así, para la clase de problemas que esperaban, todos sabían que no sería suficiente.

Lugareños, mayormente jóvenes, estaban empleados como personal de refuerzo, y eran demasiado inexpertos para manejar la clase de amenaza que suponían los enemigos de Desari. Darius y N

Julian sabían que tendrían que comprobar las entradas por sí mismos, comprobando cada pensamiento individual mientras él o ella pasaba a través de las puertas. Dayan y Barack serían capaces de ayudar al menos hasta que estuvieran actuando. Con la habilidad de enmascarar sus apariencias a voluntad, podrían confundirse con el pesonal de seguridad y sin la apariencia de miembros de la banda.

Mientras los hombres estaban ocupados con los arreglos de seguridad anteriores al show, Tempest disfrutó de la ducha de la suite proporcionada por el hotel. Darius había llegado con un guardarropa para ella, y nunca había tenido tanto ropa en su vida. Los vaqueros no tenían agujeros, los vestidos ajustados y todo encajaba perfectamente. Durante un momento casi no se los puso, sintiéndose como una mantenida, pero después no pudo resistirlo. Era parte del grupo, le gustara o no. Desari y Syndil eran ambas mujeres elegantes y atractivas. No podía correr de un lado para otro a su alrededor toda sucia y desarreglada.

Salió al aire nocturno, recordando a última hora que debía colocarse la identificación que la identificaba como miembro del personal de la banda. Vagó por los alrededores, inhalando la esencia de los pinos y flores. El lago estaba a un tiro de piedra, los botes atracados en filas, las olas lamiendo la orilla. El lago la llamaba, la brisa le soplaba gentilmente en la cara.

Tempest se sintió libre paseando sola, si bien pensó que Darius tendría un ataque. Era cada vez más y más sobreprotector con ella, tanto que estaba pensando en escapar de la prisión durante unas pocas horas, quizás durante el concierto. Darius estaría ocupado y no sería consciente de no estaba.

No cuentes con eso, mi amor. No debes vagabundear por los alrededores sin escolta. Vuelve a la habitación mientras yo estoy trabajando. Después puedes venir y escuchar el concierto.

Su misma voz cargaba magia. Una carica aterciopelada que envió un calor que se recogía abajo, en su interior. ¿Cómo podía hacer eso a tanta distancia? ¿Cómo podía rozarle el cuello con su perfecta boca y recorrer su garganta con la palma de la mano, hacer que su pulso se acelerara y se sangre se convirtiera en lava fundida?

Que honor que me des tu permiso, replicó ella. Concéntrate en tu trabajo, Darius. Solo estoy mirando el lago. ¿En qué problema podría meterme?

La risa de él, bajo y cargada de diversión masculina, rozó su mente como alas de mariposa. No me sorprendería que te la arreglaras para hundir el muelle entero. Si alguien me hubiera dicho que tú solita estabas intentando rescatar a siete víctimas de ahogamiento, no levantaría ni una ceja. Nada de heroicidades, nada de planeadores, ni carreras de lanchas motoras, ni flirteos. Te prohibo absolutamente ayudar al equipo de seguridad a tratar con borrachos, alborotadores y cualquier otra situación. Vuelve a la habitación.

No soy tan mala, reprendió ella indignada. Presta atención a lo que estás haciendo, y déjame en paz.

No deseo imponerte mi voluntad, cielo. Era una clara amenaza.

Pero lo harás si no obedezco. Su ardiente temperamento surgió de pronto. Si él hubiera esta de pie en el borde del muelle con su traje elegante, le habría empujado al agua. No tienes derecho a darme órdenes, Darius. Por si lo has olvidado, estamos en la era moderna. Las mujeres tienen derecho. Me estás irritando.

No tengo tiempo para esta discusión tonta. Ahora ve. Había el más ligero golpe de resignación en su voz, en su mente, y eso la hizo sonreir. Darius era lento pero seguramente cojería el mensaje de que darle órdenes no equivalía necesariamente a salirse con la suya con ella. Y ella estaba empezando a enteder su necesidad de protegerla. Más y más estaba compartiendo su mente, incluyendo los recuerdos de su infancia y su vida.

- ¡Tempest! - Las voz de Cullen Tucker casi la hizo saltar fuera de su piel. - Tienes que admitir que es toda una sorpresa verte sin Darius.

Ella puso los ojos en blanco con exasperación.

- ¿Estas vigilandome o algo así? Vamos, Cullen. ¿Por qué necesito una escolta en todo momento? - Sabía que sonaba beligerante, pero después del pequeño sermón de Darius, estaba molesta con toda la población masculina de la tierra.

Él instantáneamente y prudentemente alzó una mano en señal de rendición.

- Hey, Tempest, puedes echar a un lado todo ese temperamento pelirrojo. No creo que necesites un guardaespaldas en cada momento, pero Darius parece mantener vigilada de cerca su propiedad.

Las cejas de ella se elevaron, la furia se reunió en sus ojos verdes.

- Para tu información, Señor Tucker, no soy propiedad de *nadie*. Y menos de Darius. No le animes.

Definitivamente eres mi propiedad, dijo Darius, con la risa en su voz.

Oh, cállate, susurró ella dulcemente.

- De acuerdo. - Dijo Cullen para aplacarla, la discreción era la mejor parte del valor. Ondeó una mano hacia el reluciente lago. - Es hermoso, ¿no?

Tempest asintió, con los ojos sobre las olas. Había algo apaciguador en el agua.

Cullen gesticuló hacia un bote que parecía como algo que debiera estar en el Río Mississippi.

- Eso esta bastante bien. He oido que puedes alquilarlo para fiestas privadas o hacer un tour de 3 horas alrededor del lago. Hay una gran despedida de soltero esta noche. Darius tenía que darme la lista de invitados para ver si reconocía los nombres.

Tempest arqueó una ceja y lanzó una pequeña sonrisa hacia él.

- ¿Una despedida de soltero? ¿Una despedida de soltero de verdad con una striptease saliendo de un salto de un pastel?

Cullen rió.

- ¿Quién sabe? - Suspiró suavemente. - Sabes, tenías razón sobre esto de conducir y trabajar de noche. Normalmente soy una persona madrugadora, pero después de viajar toda la noche, lo juro, no podría levantarme hoy. Cuando finalmente me las arreglé para arrastrarme fuera de la cama, eran las siete, y todo el mundo estaba ya levantado. Incluso Julian. - Miró alrededor para asegurarse de que nada estaba oyendo a escondidas. - A decir verdad, tenía mis sospechas de que él fuera un ya-sabes-que, pero le vi cenar con Desari anoche. Casi habían teminado cuando entré en el comedor. Yo mismo le vi comer.

¿Cómo puede ser? Exigió Tempest, totalmente consciente de que Darius estaba monitorizando cada palabra de la conversación.

Entrometido.

Podemos comer. Simplemente expulsamos la sustancia ofensiva de nuestros sistemas tan pronto como es posible.

¡Qué asco! Tempest apartó la imagen mental y volvió su atención de vuelta a Cullen.

- Toda la idea era un poco descabellada.

- Vi un vampiro. - Soltó Cullen a la defensiva. - Le vi matar a mi prometida en San Francisco. No fue una ilusión.

Ella frotó la mano arriba y abajo por el brazo de él consolándole.

- Lo sé, Cullen. Te creo. Estuve hablando con Desari. Es tan dulce y buena con todo el mundo. Por qué pensaría alguien que es un monstruo así, es algo que no puedo imaginar.

Dayan y Barack aparecieron de repente de la nada, colocándose casualamente a uno y otro lado de Tempest, insertando sus enormes cuerpos entre Cullen y ella. El movimiento fue sutil, pero definitivamente movieron su mano del brazo de Cullen. Tempest soltó un exagerado suspiro, totalmente consciente de que los dos Cárpatos habían sido enviados por Darius para llevarla de vuelta.

Eres una mofeta, ¿lo sabías? Pero tuvo que hacer un esfuerzo por mantener la risa fuera de su voz; por supuesto que debería haber anticipado su movimiento.

Sé que no necesitas que te toquen otros hombres. Te dije que volvieras a la habitación, donde sé que estás a salvo.

Ya me iba.

No lo suficientemente rápido para mi.

Barack tomó posesión del brazo de Tempest. No firmemente, pero ella sabía que no podría romper su garra. Estaba haciendo todo lo que podía para no estallar en carcajadas. ¿Es que Barack no es un hombre? Un suave gruñido fue la única respuesta de Darius ante su burla. Deliberadamente sonrió a Cullen.

- Creo que podría ser peligroso para ti estar así a campo abierto. ¿Qué pasa si la sociedad envía a alguien aquí y te descubren?

Cullen se encogió de hombros.

- Espero descubrirles yo primero. Es lo menos que puedo hacer bajo las circunstancias.

Barack estaba aplicando presión, lentamente empujándola lejos del humano, de vuelta a sus habitaciones.

- Darius te quiere con Desari y Syndil, hermanita. Es muy insistente. - Él también había oído el gruñido.

Dayan se dirigió directamente al lado de Cullen, sonriéndole afablemente.

- Darius es muy perverso con esta mujer. La mantiene estrechamente vigilada y tiene una vena protectora de una milla de distancia.

- Al parecer como todos vosotros.

- Es nuestra costumbre. Así que te quedas conmigo, el soltero. - Dayan paseó con él hacia la sala de conciertos. Había había dado orden de que cuidaran de Tucker. Podía no ser un Cárpato, pero les había advertido del peligro con gran riesgo para sí mismo, y Darius no

iba a permitir que muriera. Dayan entendía alguno de los sentimientos de Cullen. El hombre se condolía por su amor perdido, se sentía completamente solo, y Dayan conocía esa sensación muy bien. Más aún cuando los otros podía sentir emociones, la oscuridad se extendía en él, una mancha que parecía no poder arrancar. Podía tocar a los otros y momentaneamente sentir las emociones entre ellos, pero eso sólo incrementaba el vacío de su existencia cuando se deslizaba en sus mentes.

Tempest paseó junto a Barack, echando humo porque Darius le estaba imponiendo su voluntad. Barack no parecía notar su andar beligerante, simplemente la llevaba con él a la habitación adjudicada a Desari. La rodeó y abrió la puerta, hizo todo menos empujarla al interior. Ella le miró fijamente.

- Sabes, Barack, podrías tomar algunas lecciones de modales.

- Probablemente tienes razón. - Estuvo de acuerdo él suavemente. - pero entonces, tú podrías tomar algunas lecciónes de obediencia.

Syndil le cerró la puerta en las narices.

- Este hombre es un bruto total. No sé de donde ha sacado la idea de que puede mangonearnos a todos, lo juro, a estado alrededor de Darius demasiado tiempo.

Desde el otro lado de la puerte, oyeron la risa burlona de Barack. Syndil tiró su zapato a la puerta.

- ¡Estúpido! - Se dejó caer en la silla y levantó la mirada hacia Desari. - ¿Cómo te las arreglas con Julian?

- No fácilmente. - Admitió Desari. - Cuando se descontrola, simplemente le ignoro. Es mucho más fácil que embestir de cabeza contra él.

- Con justo embestiría de cabeza contra Barack. - Dijo Syndil. - Deberías oirle. Cree que puede darme órdenes sólo porque fue tan idiota de atarnos juntos.

Darius rió suavemente.

- No podría ataros si no fuerais auténticos compañeros, Syndil. Lo sabes muy bien.

- Sé que ha pasado siglos acostándose con mujeres. ¿Quién le querría? - Malhumoradamente arrojó su otro zapato a la puerta, deseando que el panel de madera fuera la cabeza de él. - Y deberías soportarle hablar de mis flirteos y los otros hombres que me desean. Te lo digo en serio, Desari, puede lanzarse de cabeza al lago.

- No ha hecho la reclamación última. - Observó Desari. Si Barack le hubiera hecho el amor a Syndil, todos lo habrían sabido inmediatamente, como habían sabido que Darius había reclamado a Tempest.

- Le rechazé. - Syndil bajó la mirada a sus manos, limpiándose de repente las lágrimas. - Ha estado con tantas. Y yo sólo con Savon, y eso fue una violación. Fue horrible, y me hizo daño. No puedo arriesgarme. Casi lo deseo, pero no me atrevo. Si no puede obligarme aceptarle de este modo...

Desari le rodeó los hombres, empujándola más cerca.

- Oh, Syndil, no tiene que ser así. Deberías compartir tus miedos con Barack.

Syndil sacudió la cabeza con agitación.

- No puedo. Cierro mi mente a él.

Tempest entrelazó sus dedos con los de Syndil.

- Savon cometió un violento crimen contra ti, Syndil. Cuando estás con alguien a quien amas, pone mucho cuidado en complacerte por encima de todo. Si Barack te ama y quiere estar contigo siempre, te tratará con gentileza.

- ¿Y qué pasa si no le complazco? ¿Que pasa si no hago que me desee? He pensado en ello, le deseo, pero entonces llegan los recuerdos, y no creo que puedo soportar sus manos o su cuerpo sobre mi. - Explicó Syndil miserablemente. Sonaba como si su corazón se fuera a romper.

Desari le acarició el pelo.

- Un compañero mora en tu mente del mismo modo que en tu corazón y tu alma. Verá tus necesidades, te ayudará a sobreponerte a tus miedos. Debes darte una oportunidad de ser

feliz, Syndil. No deberías permitir que lo que hizo Savon destruyera tu vida al igual que la de Barack. Recuerda, lo que te ocurre a ti, le ocurre a él.

- ¿Por qué tienen ellos que ponernoslo tan difícil? - Preguntó Tempest. - Actúan como si debieramos estar en un convento cuando no estamos con ellos.

- Tienen viejos valores, Rusti. - Dijo Desari. - Después de todo, han nacido hace siglos. Y hay pocas mujeres de los Cárpatos. No puedes culparles realmente por querer pretegernos.

- Nunca encajaré. - Dijo Tempest tristemente. - Incluso si convenzo a Darius para que me convierta, sé que nunca seré capaz de hacer lo que él me ordene que haga. - Sus sentimientos por Darius estaban creciendo a un ritmo alarmante, hundiéndose profundamente en su corazón y alma desde que le viera con todos sus oscuros recuerdos, desde que le viera como el hombre que realmente era. Necesitaba amarle y protegerle del mismo modo que él necesitaba amarla y protegerla a ella.

Dyndil y Desari intercambiaron una larga mirada.

- ¿Le pediste a Darius que te convirtiera? - Preguntó Desari, sorprendida.

Tempest se encogió de hombros.

- No lo hizo. Dice que es demasiado peligroso. ¿Lo es? ¿Lo sabe alguien?

- Le preguntó a Julian. - Dijo Desari ansiosamente. - Dice que debes tener alguno habilidad psíquica. De otra forma, como humana, no podrías ser la compañera de Darius. Y créeme, Rusti, es bastante obvio que eres su verdadera compañera. Nunca había visto a mi hermano así.

- Yo no tengo ninguna habilidad psíquica. - Protestó Tempest, con aspecto confuso. - De veras que no.

- Por supuesto que si. - Dijo Syndil. - Te comunicas con los animales.

- Oh, eso. - Tempest se encogió de hombros. - Eso no es nada especial.

- Eso te capacita para entender la naturaleza depredadora de Darius. - Explicó Desari, excitada. - La conversión funcionaría, sé que lo haría.

- ¿Y si no? - Propuso Tempest.

Desari se mordió el labio inferior nerviosamente, su mirada se deslizó lejos de la de Tempest.

- Te convertirías en una vampiresa desquiciada y tendrías que ser destruida.

Hubo un pequeño sielencia.

- Una vampiresa desquiciada. - Dijo Tempest sarcásticamente. - No me sorprende que Darius no quiera arriesgarse. - Se inclinó para encontrar los ojos de Desari - ¿Qué más me escondes?

Desari miró a Syndil, quien asintió.

- Julian dice que el proceso de conversión es muy doloroso.

Tempest se apartó el pelo de la cara de un manotazo.

- Oh, genial. Doloroso. ¿Sabíais todo esto la primera vez que sacasteis el tema a colación? Sabíais lo que significaría para mi pensar en esto, ¿verdad?

Desari parecía culpable.

- Lo siento, Rusti. Es sólo que quiero a mi hermano y puedo ver la tensión que sufre. Nunca esquivaría su obligación. Incluso aunque su fuerza se viera mermada, continuaría luchando con aquellos que nos amenazan. Estaba pensando en él, no en ti. Te pido que me perdones.

- Darius estaba furioso con nosotras dos. - Admitió Syndil. - No levantó la voz... no tiene que hacerlo... pero temblaba de rabia.

Tempest se paceó por la habitación.

- ¿Qué clase de dolor?

Una oleada de remordimiento se deslizó sobre Desari. Por mucho que deseara que su hermano viviera, él se enfurecería por esta conversación, por que Syndil y Desari usaran los sentimientos de Tempest hacia Darius para persuadirla.

- No puedes decirlo en serio. - Desari se levantó de un salto y la sostuvo por los hombros. - Fue un error por mi parte sugerir tal cosa. Va contra los deseos de Darius. Ha dicho que ha tomado la decisión de envejecer y morir contigo, y no lo lamenta. Debo aceptar su voluntad, aunque sea difícil.

Syndil asintió.

- Darius dice que la mujer no debería tener que arriesgar la vida por un hombre. - Bajó la mirada a sus dedos, recordando el castigo de Darius. - Dijo que ya era sufiencietemente malo que te ha apartado a la fuerza de tu anterior estilo de vida, y que nunca arriesgaría voluntariamente tu vida. - Había un dolor en sus ojos cuando los alzó hasta los de Tempest. - No deberíamos continuar discutiendo esto.

- Pero entonces, en realidad no es su riesgo ni su decisión, ¿verdad? - Preguntó Tempest suavemente. - Tengo todo el derecho a preocuparme por su salud y bienestar.

- Es tarea del hombre cuidar de la salud y seguridad de su compañera. - Señaló Desari. - No puede hacer otra cosa.

- Mi felicidad. - Repitió Tempest suavmente, casi para sí misma.

El sonido de un golpe en la puerta hizo que su corazón saltara. En su interior se producían revelaciones. ¿Podía hacerlo? ¿Arriesgarle? ¿Tenía ese tipo de coraje? Las palabras vampiresa desquiciada no conjuraban una agradable imagen. No le gustaba su sonido en absoluto. Pero la idea de Darius perdiendo su enorme fuerza, envejeciendo cuando no tenía que hacerlo, era un peso muerto en su corazón.

¿Creía en los cuentos de hadas? Darius podía creer que envejecería con ella, pero quizás pronto se cansaría de ella como hacían los hombres con frecuencia de sus mujeres. Ningún hombre podría ser tan devoto a una mujer para siempre. Ciertamente no para toda la etenidad. Ella era una solitaria. Solitaria por naturaleza. Aunque la idea de una eternidad de soledad no era nada atractiva. A Tempest no le importaba dar vueltas toda una vida, pero hacerlo una y otra vez no sonaba del todo bien. Y después estaba todo el asunto de la sangre.

Tempest hizo una mueca. Chupar la sangre del cuello de alguien era una idea enfermiza.

Pequeña, tienes unas ideas de lo más deprimentes. Simplemente sácate todo eso de la cabeza. Estaré bien, no me cansaré de ti, y nunca permitiré que le chupes la sangre a nadie. Yo, sin embargo, tendré el placer de chuparte el cuello y otras partes de tu anatomía tan frecuentemente como sea posible. Después estrangularé a mis dos hermanitas, y todo irá bien.

No tienes que estrangularlas, fui yo la que pregunté.

No te abandonaré, mi amor. Su voz fue una suave caricia, pero cargada de una convicción total. Cuando sus mentes se fundieron, claramente pudo ver sus pensamientos, sus creencias incluso sus recuerdos del tiempo antes de que la conociera a ella. Había tenido una exitencia vacía y árida. Ella era su mundo. Siempre sería su mundo. Él lo creía implícitamente.

- Necesito encontrar el coraje. - Susurró en voz alta para sí misma.

Desari se apoyó en ella.

- Eres nuestra hermana, amada por lo que le has dado a Darius. Ya has mostrado un gran coraje, eres valiente sólo por estar con él. No permitas que nosotras te inquietemos. Darius ha elegido. Que así sea.

Y crees que esto te librará de la responsabilidad de hacer que mi compañera tema por mí, hermanita? Exigió Darius.

Desari sacudió la cabeza como si él pudiera verla. El golpe sonó de nuevo, señalando que era el momento de que la banda hiciera su aparición sobre el escenario.

- Ven con nosotros Rusti. - Invitó.

Tempest retrocedió, súbitamente tímida. Nunca le habían gustado las multitudes, y definitivamente prefería el anonimato.

- Escucharé a distancia. Buena suerte, a las dos.

Syndil iba a aparecer con la banda por primera vez desde el trauma de su violación.

Fuera en el vestíbulo, Barack y Dayan estaban esperando, con el personal de seguridad y del evento, para escoltarlos al escenario. Julian y Darius estaban en las entradas. La seguridad permanecería firme durante el concierto, y no habría la más mínima oportunidad de que los patrocinadores vagaron por el auditorio sin ser observados.

Tempest siguió a la banda a corta distancia, mirando alrededor en busca de Darius. Cuando no pudo encontrarle, se quejó justo en la puerta y escuchó. El rugido aumentó, señalando que Desari estaba sobre el escenario. La banda empezó una lenta y caprichosa balada, una particularmente adecuada para la voz de Desari. Llenó la sala y se desparramó, soñadora, sexy, mística.

Tempest tocó la puerta con dedos reverentes. Nadie tenía una voz como la de Desari. En cuanto la oías, era imposible olvidarla. Conjuraba sueños, fantasía, evocaba intensas emociones en todo el que lo oía. Tempest sintió una oleada de orgullo en su inteior. De algún modo se había convertido en parte de todos ellos. Aceptada. Respetado. Un miembro de su peculiar familia.

Cullen llegó apresuradamente, obviamente sin aliento, su corazón latía con suficiente fuerta como para que Tempest lo oyera.

- ¿Dónde está? ¿Dónde está Darius?

- En la entrada del balcón, creo. - Replicó ella.

- La fiesta del barco del rio. La despedida de soltero. Vi a Brady Grand entre los pasajeros que embarcaban, pero no creo que subiera. Si es uno de los que alquilaron el barco, es una trampa. Tiene un equipo aquí.

- ¿Quién es Brady Grand? - Tempest avanzaba junto a Cullen que corría hacia las escaleras para encontrar a Darius.

- Es alguien a quien no quieres conocer. Encabeza la sociedad aquí en la Costa Oeste. Demonios ¿Dónde está Darius? - Cullen empezó a subir las escaleras pero fue detenido por un guardia de seguridad uniformado. Señaló impacientemente su identificación y empujó pasando al hombre.

Tempest se volvió y corrió hacia la puerta, apresurándose hacia afuera, corriendo alrededor del edificio hacia el embarcadero. El barco estaba todavía atado al muelle. Los hombres reían y se empujaban los unos a los otros mientras se subían al muelle para abordar el barco. No tenía ni idea de que estaba buscando. Todos le parecían juerguistas normales. Se mantuvo muy quieta, intentando ver algo que no encajara, que desentonara. Los juerguistas seguían abordando el barco, sus chistes lascivos, un montón de empujones juguetones y empujones continuaban. La mayoría de los hombres parecían como si hubieran tenido ya mucho fiesta antes de llegar.

Sacudió la cabeza y se alejó de los arbustos hacia el almacén del embarcadero. Casi al momento sintió un objeto punzunate apoyado en su espalda. Pensando que era una rama, se empezó a volver. Vio un borrón que se acercaba a su cabeza, nada que puediera identificar, pero no tuvo oportunidad de levantar los brazos para protegerse. Fuera lo que fuera la golpeó en la cabeza, con fuerza, y se desmayó.

Dentro del edificio Darius se congeló en el sitio. Ningún músculo se movía. Fue como se dejara de respirar. Entonces se movió, demasiado rápido para el ojo humano. Sabía como una explosión del edificio, la bestia rabiaba por liberarse. Sentía como crecía más fuerte y letal en su interior. Le permitió consumirle, salir, a fin de que el barniz de civilización desapareciera. El salvaje depredador fue liberado, y no había ni un jirón de misericordia en su alma.

Tempest. Su nombre fue un susurro de cordura en su mente, la única cosa que evitaba que se convirtiera en un mostruo enfurecido. No podía matar a todo el que se cruzara en su camino. Tenía que mantenerse concentrado. Ella le había sido arrebatada. Pero que no respondiera a su llamada no significaba que la hubiera perdido para siempre. Si estuviera muerta lo sabría. Su alma lo sabría. No, la había dejado fuera de combate de algún modo, lo que hacía imposible que su mente alcanzara la de ella. Habían tendido una trampa, y en su

Librodot

arrogante, él había caído en ella. Pensando que Desari era el objetivo principal, había concentrado su protección allí. Cullen había tenido razón todo el tiempo. Querían a Tempest.

Julian, han cogido a Tempest. Quédate y proteje a Desari y Syndil. Alerta a Dayan y Barack. Yo iré tras ella.

Es una trampa.

Por supuesto. ¿Por qué otra razón la cogería cuando todos estaba aquí? La utilizan como cebo. Iré.

Darius se movió velozmente lejos de las multitudes, necesitando espacios abiertos. Envió una llamada a la ncohe, envió un viento en busca de respuestas. Le trajo la esencia de su presa, aguda y punzante, en sus fosas nasales. Darius se lanzó al cielo, cambiando de forma mientras lo hacía, su cuerpo se convirtió en el de un cazador alado de la noche. Bajo él vio el sinuasa línea de la autopista, el coche acelerando por la carretera de la montaña. La llevarían a algún lugar cercano. Conduciéndole a la trampa.

Darius se zambulló en picado, cruzando a través del cielo hacia el parabrisas del coche, sus enormes alas se extendieron totalmente. El pájaro eclipsó totalmente el cristal y el conductor chilló e instintivamente se agachó. En el último momento Darius se elevó y desapareció como si nunca hubiera estado allí. El coche viró salvajemente, reculando peligrosamente cerca del acantilado. La parte trasera se deslizó y lanzó tierra y rocas por el borde, después de deslizó bajos pies antes de que el conductor recuperara el control del vehículo.

Brady Grand maldijo mientras se aferraba al asiento delantero.

- ¿Qué demonios estás haciendo, Marin? Casi nos estrellamos. Frena si tienes que hacerlo. Wallace dijo que tenía que estar viva. Necesitamos información, y la única forma de atraer a uno de ellos es através de una mujer.

- ¿Lo has visto? - Martin se limpió el sudor de la cara. - Era una lechuza. La más condenadamente grande que he visto nunca.

- No había nada ahí. - Soltó Brady. - Sólo eres un gallina. Todo lo que tienes que hacer es conducir. - Brady echó hacia atrás el pelo rojo que caía sobre la cara de Tempest para poder examinar el feo corte donde Martin la había golpeado con la porra. - La has golpeado demasiado fuerte, maldita sea. Está sangrando como un cerdo.

Una ráfaga de viento golpeó el lateral del coche, haciéndolo volar varios centímetros sobre el otro carril. Delante de ellos amenazadoras nubes negras se reunían llegando de ninguna parte. Venas de relámpaagos zigzageaban de nube en nube. El trueno estalló tan ruidosamente que sacudió el coche. Martin se agachó de nuevo y maldijo en voz alta.

- Esto se está escapando de las manos, Brady. Te digo que esto es una advertencia de alguna clase. Si algo está haciendo esto, no quiero desafiarle. Dejemosela.

El coche estaba disminuyendo la marcha, aparcando a un lado de la carretera. Brady golpeó la parte de atrás de la cabeza de Martin con fuerza.

- ¡Conduce! Esto es lo que quieren ellos. Nos seguirá. Tenemos un veneno que le dejará indefenso. En realidad nos haremos con uno de ellos. Simplemente conduce el coche.

Una nube, negra y siniestra, entró a raudales en el coche a través de la ventana trasera que estaba abierta un centímetro. Fluyó al interior, extendiendo un vapor negro que oscureció la visión. Brady aferró a la mujer pero sintió que algo tiraba de ella alejándola de él.

- ¡De ninguna manera! ¡La mataré! - Apuntó su arma y apretó del gatillo tan rápido como pudo. Fue demasiado tarde. El vapor se le había enredado alrededor de la garganta y estaba apretando más y más. Sintió que su cautiva se deslizaba hasta el suelo e intentó apuntar el arma a su cabeza, apretando el gatillo de nuevo, maldiciendo mientras lo hacía. Las reververaciones de los disparos se oyeron con fuerza en los confines cerrados del coche.

- Pensaste que podrían apartar a mi mujer de mí. - Dijo Darius suavemente.

El venenoso vapor negro súbitamente pareció real, como un sólido nudo corredizo, una cuerda cortando profundamente la garganta de Brady, deslizándose a través de la carne hasta

Librodot

que su sangre corrió como un río hacia abajo por su cuello hasta mojar su inmaculada camisa blanca. Todavía maldecía mientras moría.

Darius gruñó silenciosamente cuado el hedor de la pólvora salió a la deriva por la ventana y la nube negra se solidificó lentamente. La sangre goteaba de su muslo izquierdo, y otra bala le había alcanzado cerca de la cadera cuando se había tirado sobre el cuerpo de Tempest para protegerla. Ella no se movía, y eso le asustaba a muerte. El conductor estaba muerto. Grand le había disparado con su salvaje ráfaga de balas.

Tiernamente, cuidadosamente, sacó el cuerpo inmóvil de Tempest del coche ensangrentado. Controló con fuerza su propio dolor, tomándose su tiempo para examinar cada centímetro de ella antes de lanzarse hacia el cielo. Gotas de sangre salpicaban la tierra mientras volavan, mezclándose con la tierra. La llevó a la cueva.

Uno de vosotros tienes que ocuparse del coche. Debe ser destruído, y debemos encontrar al cabecilla de esta organización que continúa cazando a Desari y a nosotros. No podemos correr ningún otro riesgo con ellos, Julian. Deben tener un escondite cerca.

Estás herido. Iré hasta ti y te ayudaré.

No dejes a las mujeres hasta que sea seguro hacerlo. La voz de Darius cargaba autoridad. Sabía que Julian no era como los otros. Ellos estaban acostumbrados a seguir sus órdenes, mientras Julian había sido durante mucho tiempo un solitario, que no respondía ante nadie excepto en las raras ocasiones en las que tenía contacto con su Príncipe o el Oscuro, el sanador de su gente. Julian siempre elegía su propio camino. Probablemente ignoraría a Darius y accedería a los deseos de Desari de que ayudara a su hermano. Darius dejó escapar el aliento lentamente, consciente de que Julian tomaría su propias decisiones. No puedo protegerlos esta vez, y estoy confiando en ti. Tan pronto como termine el concierto, ponlos a salvo, y encontraos todos conmigo para descubrir a este depredador.

Hubo un pequeño silencio. ¿Estás a salvo?

Lo estoy. Darius no estaba seguro de si decía la verdad. No estaba en plena forma, y había perdido gran cantidad de sangre. Ordinariamente habría detenido instantáneamente su corazón y pulmones para preservar el precioso fluído hasta que los suyos llegaran para proveerle. Pero no disponía del tiempo o el lujo de hacerlo ahora. Tempest estaba herida.

Tempest se removió y gimió suavemente, levantando una mano temblorosa hasta la herida de la cabeza.

- Oh. - Sus largas pestañas se agitaron, se elevaron, y le sonrió. - Sabía que vendrías, Darius, pero tengo un endemoniado dolor de cabeza.

Él se inclinó sobre ella y presionó un trapo mojado sobre su cabeza.

- Cierra los ojos, cielo y quédate quieta para que pueda ver lo que puedo hacer con esto.

- Querían que uno de vosotros los siguieran, ¿verdad? - Murmuró, las pestañas cayeron. Se sentía enferma.

- Tienes una liguera conmoción, Tempest. - Darius sabía que su voz reflejaba debilidad. Le resultaba imposible esconder su fuerza debilitada por el momento. Afortunadamente, ella todavía no se había recobrado lo suficiente como para notar sus heridas. Recogió puñados de rica tierra, mezclándolos con su saliva sanadora, y cubrió las heridas abiertas de su propio cuerpo.

Darius se envió a buscar al interior de su cuerpo y el de ella. Era difícil concentrarse tan completamente como debía mientras su gran fuerza y energía menguaban. Había intentado ralentizar el latido de su corazón, ralentizar la pérdida de sangre, esperando darse a sí mismo más tiempo. Podía sentir el miedo de ella, la latido y martilleo de su dolor de cabeza. Ella había perdido sangre, pero no la copiosa cantidad que solían provocar las heridas en la cabeza. No necesitaría que le fuera reemplazada.

Comprobó la magulladura, meticulosamente trabajó en sanar desde dentro de su cránea y después fuera hasta que la herida estuvo cerrada. Alejó su dolor de cabeza y se retiró, dejándose caer débilmente sobre el suelo de la cueva.

Durante un rato se oyó sólo el sonido de los latidos de sus corazones. Tempest estaba tendida flotando en una especie de estado de ensoñación. Después de algún tiempo fue consciente de las diferencias de los ritmos de sus corazones. Siempre latían al mismo ritmo cuando estaban cerca el uno del otro, aunque ahora el corazón de él pareció desacelerar, casi perder el paso. Tempest se levantó enérgicamente. Volvió la cabeza lentamente hacia Darius y, para su horror, le encontró caído hacia atrás en una torpe posición contra una roca, la piel se le aferraba al cráneo, la cara gris y salpicada de encarnadas gotas de sangre.

Jadeando con alarma, se alzó de rodillas, estirándose hacia él. Su camisa y pantalones estaban empapados de sangre.

- ¡Por Dios, Darius! - Murmuró, horrorizada.

No hubo respuesta. Alcanzó su muñeca para comprobar el pulso, encontrándolo débil y superficial. Tempest supo inmediatamente que él se había ocupado de sus necesidades antes de las propias.

Estaba inconsciente. Había perdido demasiada sangre. Temía que estuviera muriendo. Estaban profundamente enterrados en la tierra. No había forma de que pudiera sacar su cuerpo fuera de la cueva y conseguir ayuda a tiempo.

Tempest se obligó a no ceder al pánico. Él no era humano. ¿Qué podía hacer para revivirle con lo que tenía a mano? No tenía forma de contactar con los otros. La senda mental privada que usaba la familia sólo funcionaba entre ellos. Notó la tierra que cubría las heridas de él. Había intentado detener la hemorragia usando la riqueza de la tierra. Rápidamente miró alrededor, buscando la tierra que él había dicho que estaba llena de minerales y agentes curativos. Mezcló un emplasto fresco y lo extendió sobre las heridas.

- Darius, dime que hacer. - Susurró, sintiéndose más sola de lo que nunca antes. Le acarició el pelo apartándolo de la frente con dedos suaves, sintió que su corazón daba un vuelco, después empezó a martillear. De alguna forma se había enamorado de él. Él no era humano. Era arrogante y autoritario. Probablemente no habría ninguna maldita posibilidad de que funcionara, pero no iba a fallarle.

De algún modo en el corto tiempo que habían pasado juntos, Darius se había convertido en su otra mitad, más importante para ella que su propia vida. Compartía su vida, sus recuerdos, con ella; reía con ella, cuidaba de sus heridas antes que de las propias. Le mostraba de centenares de formas que la amaba. A pesar de sus modales arrogantes, cuidaba de ella, cocinaba para ella, se ocupaba de cada una de sus necesidades. *Sentía* su amor. Más importante, a través de sus recuerdos, cuandos sus mentes estaban fundidas, había visto su grandeza. Y sabía absolutamente que estaba decidido a envejecer y morir por ella.

Bueno, no iba a perderle. Tempest le soltó bajándole para que estuviera más cómodo. No había nadie alrededor para darle la única cosa que realmente necesitaba. Asi que se tendió a su lado, volviéndose para apoyar la cabeza en su hombo.

- Este es el trato, mi amor. - Susurró. - Voy a darte mi sangre, tanta como necesites para curarte. Si funciona, te despertaras y me salvarás la vida. Con suerte no estaré desquiciada. - Hizo una mueca. - Realmente no quiero estar desquiciada. Así que simplemente hagamoslo y no pensemos mucho en ello. ¿De acuerdo? Esta es mi decisión. - Se inclinó hacia él y le rozó el cuello con la boca. ¿Me entiendes, Darius? Esta es mi decisión, mi libre voluntad. Quiero hacer esto por ti. Toma mi sangre. Ofrezco mi vida por ti. Creo que eres un gran hombre que lo merece.

Se sacó una navaja de los vaqueros y, mordiéndose el labio con fuerza, se hizo una horrenda cuchillada en la muñeca, Instantáneamente presionándola contra la boca de él. Bebe, amor. Bebe por los dos. Viviremos juntos o moriremos. Lo decía en serio. Sin dudas, sin arrepentimientos, pero dolía como el demonio.

¡Al principio sintió su propia sangre flujendo en la boca de él!. Entonces él se movió débilmente, levantando la mano para capturar su muñeca, presionándola firmemente contra él. Sus labios se movieron, introduciendo el precioso líquido a su cuerpo debilitado, siguiendo ciegamente el instinto de supervivencia.

Tempest cerró los ojos, permitiendo que la oscuridad la engullera.

17

Librodot

El agua goteaba lentamente del techo de la cueva y resbalaba por las paredes, recogiéndose en charcos a lo largo del suelo. Se mezclaba con la rica tierra roja, haciendo que pareciera sangre tendida en lagunas sobre la humeante superficie. En algún lugar lejano cayeron rocas, golpeteando contra otras rocas. Después se hizo de nuevo el silencio.

Darius fue consciente de que estaba tendido en el suelo, con el cuerpo pesado e incómodo. El hambre era rabiosa, una herida abierta en su estómago. Era consciente del dolor; parecía estar flotando en un mar de él. Algo le sostenía clavado a la tierra, pero no tenía ni idea de lo qué había ocurrido o dónde estaba. Volvió la cabeza lentamente, sorprendido de lo difícil que era hacerlo. Su mente parecía estar nublada, se movía lentamente. Le llevó un momento enfocar los ojos. Cuando lo hizo, la mano que cubría su boca cayó débilmente sobre su pecho.

El grito de dolor y miedo desgarró su misma alma.

Resonó en la cueva una y otra vez, atormentado y profundo, reverberando hasta los cielos. Darius cogió la muñeca de Tempest y apresuradamente selló la terrible herida que le había salvado la vida.

- Pequeña, pequeña, ¿qué has hecho? - La arrastró más cerca, su mano cubrió el corazón balbuceante. Estaba luchando por respirar, su corazón trabajaba con demasiada fuerte. La pérdida de sangre era mortal. Tempest se estaba muriendo.

Sin pensarlo un segundo, se abrió una herida en la muñeca y la forzó sobre su boca. Una pequeña cantidad de su sangre la mantendría viva hasta que tuviera oportunidad de alimentarse y suministrarle una transfusión. Su mente estaba en blanco. Sólo quedó la letanía de una plegaria. Ella no podía morir. Nunca la dejaría marchar. No podía morir. Se maldijo a sí mismo, a Dios. La envió a dormir, ordenándola seguir con vida, introduciendo la orden en su cerebro, con su voluntad de hierro. Dejó claro que no se atrevería a desafiarle en esto.

Cuando fue capaz, la dejó, lanzándose al cielo para cazar. No fue quisquilloso con su presa, se alimentó rápido y vorazmente, con rudeza dejó caer a sus víctimas una a una sobre el suelo antes de matarlas, su mente llena sólo por su necesidad de volver con Tempest. Ya no tenía importancia para él si cualquier otro vivía o moría. Solo había sitio para ella. Su voluntad entera estaba empeñada en mantenerla en la tierra con él.

Esta vez, con su renovada fuerza, la empujó a sus brazos, acunándola contra su pecho, y cortando una línea sobre su propio corazón. La alimentó amorosamente, asegurándose de que tomaba lo suficiente como para vivir. Cuando su cuerpo empezó a responder a la sustancia, intentó alejarse de él. Darius simplemente la obligó a acercarse más, sujetándola con fuerza. Le obedecería. Estaba claro que lo haría. Le había dado más libertad de lo que nunca hubiera creído posible, incluso cuando podría haberle impuesto obediencia, pero ahora no le daba elección. Esto era por la vida de ella, por su propia alma. Si ella moría, estaba condenado. Nunca iría tranquilamente al Sol. Se tomaría una venganza contra el mundo como nunca se hubiera visto. Deliberadamente elegiría ese curso de acción para atrapar a los que se la habían arrebatado.

Cuando Darius estuvo seguro de que ella estaba completamente recuperada, gentilmente insertó la mano entre la boca de ella y su pecho, cerrando la laceración, y la tendió en el suelo. Tendría que limpiar la sangre de ambos antes de que ella se despertara. Cerró los ojos, buscando en el interior de su cuerpo para reparar el daño de dentro hacia afuera. Su cadera herida estaba muy mal, la bala había despedazado el hueso y hacía más daño del que le hubiera gustado. La herida del muslo era más fácil de reparar; fue capaz de arreglarla y cerrar todas las venas y arterior sin mucho esfuerzo. Incluso se bañó en la piscina humeante antes de reemplazar los parches sobre sus heridas. Esta vez mezcló hierbas con la tierra y la saliva.

Tempest empezó a removerse inquitamente. Darius fue hacia ella inmediatamente, acostándose junto a ella para rodearle los hombros con sus brazos, levantándola para que pudiera descansar la cabeza contra su pecho. Sus largas pestañas revolotearon, pero no las alzó. Darius trazó la curva de su mejilla y deslizó la palma de la mano sobre su garganta para sentir el pulso latiendo en su interior.

- Despierta, cielo. Necesito que abras los ojos. - Rogó suavemente.

- Lo estoy pensando primero. - Respondió ella cansada.

- ¿Pensándolo? - Repitió él. - Me has arrebatado siglos de vida, ¿y te lo estás pensando antes de abrir los ojos?

- Cuéntame que aspecto tengo antes. - Su voz fue un simple hilo.

- Estás hablando sin sentido. - La voz de él una caricia negroaterciopelada.

- ¿Me han crecido los dientes? ¿Parezco una bruja? No me siento desquiciada, pero nunca se sabe. - Sus párpados se alzaron, y levantó la mirada hacia él, con la risa pintada en las profundidades de sus ojos verdes. - Podría ser, ya sabes.

- ¿Podría ser qué? - Era tan hermosa, le robaba el aliento.

- Desquiciada. ¿No me estás escuchando? Después de todo, me he decidido por una vida de chupar sangre del cuello de los hombres.

- ¿Del cuello de los hombres? - Podía respirar de nuevo, respirar de verdad. Su corazón podía latir de nuevo con seguridad. - Nunca, en ningún momento, chuparás el cuello de ningún hombre, a menos, por supuesto, que sea el mío. Soy un hombre celoso, muy celoso.

- ¿Por qué no me siento como si quisiera sangre? ¿No debería tener anhelos? - Volvió la cabeza para levantar la mirada hacia él. El color de su cara había vuelto, sus ropas estaban una vez más inmaculadas. ¿Cómo lo había hecho? En realidad no le importaba. Estaba tan cansada, que sólo quería dormir. - Siguen sin gustarme los lugares cerrados. Pensé que me despertaría deseando colgar cabeza abajo como un murciélago o algo así. - Se burló.

Él captó la nota preocupada de su voz, la que tan desesperadaemnte intentaba ocultarle. Enredó los dedos en el pelo de ella en un masaje tranquilizador.

- Pasaremos por esto, Tempest. No puedo creer que te arriesgaras tanto con tu vida. Tendré mucho que decirte cuando te sientas mejor. Te dije que la decisión estaba tomada, y aún así deliberadamente decidiste poner tu vida en peligro. No me sobrepondré a esto en siglos. - Nunca lograría sobreponerse al coraje de ella, al acto de puro amor que había acometido por él. Por *él*. Su corazón se derretía incluso mientras latía con una especie de terror por lo que seguiría.

- No me sermonees, Darius. - Dijo ella suavemente, presionandose el estómago con una mano. Sus entrañas estaban empezando a sentirse ardientes e incómodas, como si súbitamente se retorcieran y contorsionaran.

- Oh, Dios, estoy enferma.

Instantáneamente él colocó su mano sobre el estómago de ella y sintió la contorsión dentro de su cuerpo, las crecientes oleadas de calor. Maldijo suavemente. A ella se le escapó el aliento, arrancando un grito de dolor de su garganta. Se levantó tambaleante, después cayó hacia atrás contra él. El entrelazó sus dedos con los de ella.

- Ha empezado, mi amor. Estas pasando a través de la conversión. - Fundió su mente con la de ella, concentrándose, haciéndose con tanto dolor como fue capaz.

La primera oleada de dolor duró varios minutos. Una eternidad. Darius estaba sudando y maldiciendo en todas las lenguas que conocía. Cuando ella se quedó quieta, le limpió las gotas de sangre de la cara con dedos temblorosos.

Tempest se humedeció los labios, sus ojos verdes estaban nublados y sorprendidos.

- Si después de esto me dejas el primer siglo, Darius, te lo juro, te daré caza como a un perro sarnoso. Ellas dijeron que era doloroso. Recuerdame que les diga que eso se quedó corto.

- Puede que no vivan para que se lo cuentes. - Amenazó él, echando hacia atrás los sedosos mechones del pelo de ella, ahora húmedo y pegado a su cráneo. Quería estrangular a Syndil y Desari por su interferencia.

Ella apretó su garra sobre él, sus músculos se volvieron rígidos. Darius tuvo que sujetarla mientras su cuerpo se tensaba y contorsionaba, el fuego recorría músculos y huesos. Apretaba su corazón y pulmones, reestructurándoles, cambiando sus órganos, el dolor era tan intenso que le sacó todo color de la cara incluso cuando él compartía su agonía.

Por fin la oleada desapareció lentamente, dándole otro respiro. Sus uñas estaban enterradas en los brazos de él.

- ¿No puedes pararlo, Darius? - La súplica le fue arrancada aunque no quería preguntar. Le conocía lo suficiente como para saber que detendría cualquier sufrimiento en el momento en que fuera capaz. - Lo siento. No quise decir eso. - Susurró las palabras roncamente, levantando la mano para tocar su perfecta boca con dedos temblorosos. - Puedo hacerlo. Sé que puedo. - Pero estaba inundando su cuerpo de nuevo, fuego ardiente que amenazaba su misma cordura.

Darius no podía creer que ella estuviera intentando consolarle en medio de semejante agonía. Solo podía sostenerla, sintiéndose inútil, con lágrimas en los ojos, una súplica de misericordia en el alma, su mente fundida tan fuertemente con la de ella como era posible.

Tempest quería gritar y gritar, pero no surgió ni un sonido. Se sentía enferma, y algún jirón de modestia automática intentaba ciegamente alejarse arrastras de Darius. Pero él estaba tan firmemente fundido con ella, que podía leer las necesidades de su cuerpo. Estaba intentando desesperadamente librarse de toxinas, de los últimos restos de sangre y restos humanos. La sostuvo entre sus brazos, lágrimas de sangre roja grababan rastros de sangre por su cara.

Nunca había querido esto para ella, nunca había querido que sufriera los fuegos de la conversión. Encontró que apenas podía respirar, protestando contra el dolor que ella estaba soportando por su bien. Parecía tan pequeña y frágil entre sus brazos, tan cerca de hacerse pedazos.

Quédate conmigo, mi amor. En unos pocos minutos será seguro enviarte a dormir, donde el dolor no pueda alcanzarte. Por favor quédate conmigo.

Cuando el fuego corriendo a través de ella, con los músculos tensos y el cuerpo convulsionado, ella todavía hizo un intento de reconfortarle. La punta de sus dedos le rozaron el cuello con una liguera caricia antes de caer. Darius lloró, con el pecho tan estrangulado que sentió que su corazón se partía en dos.

En el momento en que ya no hubo posibilidad de que Tempest se atragantara hasta morir con su propio vómito o sangre, Darius la envió a un profundo sueño para que su cuerpo pudiera terminar el trabajo por su propia cuenta. La sostuvo con fuerza entre sus brazos, una parte de él todavía atada a ella, asegurándose de que nada pudiera ir mal. Sólo cuando estuvo seguro de que la conversión era completa y ella estaba a salvo se deshizo de las ropas sucias que cubrían su cuerpo y la lavó gentil y amorosamente.

Se sentó un largo rato, exhausto y maltrecho por la dura experiencia por la que había pasado ella, su mente, tan calmada normalmente, estaba en caos. Nunca había concevido que alguien le amara lo suficiente como para sufrir los fuegos del infierno por él. Se sentí humillado por su sacrificio. La besó, con toque tierno y reverente, antes de abrir la tierra. Después Darius impuso a Tempest el sueño de los Cárpatos, cerrando la tierra sobre ella para que el suelo pudiera rejuvenecerla.

Mientras la tierra se cerraba sobre su cuerpo, Darius volvió la cabeza lentamente hacia el túnel que conducía desde la cueva de vuelta a la superficie. Su negra mirada era más que fría, sin piedad. Sentía a la bestia que se alzaba, y no intentó detenerla. Rojas llamas flameaban en sus ojos negros. No había rastreado y destruído a esos asesinos hacía meses cuando habían atacado por primera vez a su hermana. Sus instintos había sido encontrarlos y destruirlos a todos, pero su raza había intentado siempre encajar en el mundo civilizado, evitando llamar la atención sobre sí mismos y sus actividades. En este momento, sin embargo, no hubo más vacilaciones; no había ni un jirón de civilización en su cuerpo o alma.

Protegió la cueva con las más fuertes salvaguardas que había utilizado nunca, decidido a que nadie, humano o Cárpato, se acercara a Tempest mientras dormía, y continuara viviendo si intentaba entrar en la cueva. Y después cruzó velozmente el tunel, explotando hacia el cielo nocturno, su mente una neblina roja de venganza.

El concierto había terminado, Desari y Syndil estaba a salvo en una habitación fuertemente guardada, Cullen estaba con el grupo. De repente todos se quedaron inmóviles, intercambiando largas y sabedoras miradas. Julian miró fijamente el cielo.

- Se ha levantado. No habrá ninguna calma en él. Está inclinado a destruir a lo que se llevaron a Tempest. - Sonaba complacido y sin prisas se inclinó para besar a Desari. Después con Dayan y Barack, salió al pequeño porche exterior de la suite.

Dayan dio un salto a la carrera y se lanzó al cielo.

- Es basante irónico que ahora dejemos al humano con nuestras mujeres. - Cambió de forma incluso mientras hablaba, ondearon plumas a lo largo de sus brazos extendidos.

- Nuestras mujeres pueden manejar a un sólo humano. - Gruñó Barack mientras se unía a Dayan, también escogiendo el cuerpo de la lechuza nocturna para cruzar la distancia, intentando alcanzar a su líder. Syndil, quédate al otro lado de la habitación lejos de ese coqueto humano rubio. Si te pillo poniéndole ojitos, lo pagarás.

Oh, ahora podemos manejar a un humano como este. Así que si quiero llevarle al dormitorio más cercano, no tienes nada que decir.

No me obliges a matar a este humano. Darius siente predilección por él, aunque no puedo imaginar por qué.

¿Barack? Hubo una pequeña pausa mientras Syndil consideraba como expresarlo. Por favor ten cuidado. No quiero que Desari se lamente por ti.

Él rió suavemente, una caricia aterciopelada en la mente de ella. ¿Y quieres que crea que tú no? Nunca pensé en mí mismo como un ángel, pero mi paciencia ciertamente puede calificarse de santidad.

No puedo imaginar que alguien te considere un ángel o un santo. De nuevo hubo una leve duda. Ten cuidado, Barack, siento la intensidad en Darius. La oscuridad en él. No retrocederá, sea cual sea el peligro.

Su compañera ha elegido nuestro camino. ¿No sientes la pena de él ante su sufrimiento? La voz de Barack cargaba una nota de censura.

En seguida pudo sentir las lágrimas acumulándose en ella. No me lo recuerdes. Compartío con nosotras lo que habíamos provocado con nuestro entrometimiento. Ella sufrió mucho por él.

Está hecho, mi amorcito. Le retorció el corazón haberla hecho llorar. Terminaremos con la amenaza para tí y para Desari, y todos estaremos bien una vez más. Barack fue tranquilizador.

Darius está verdaderamente enfadado con nosotras. No nos perdonará durante mucho tiempo.

Barack quiso regresar y reconfortar a Syndil. En vez de eso, le envió oleadas de confort, calidez, y amor. Sabía que Darius estaba furioso. Fríamente furioso. También sabía que Darius era capaz de cosas que ninguna mujer podía concevir. Era un enemigo duro e imparable. Su mujer, la única a la que estimaba con toda su alma, había sufrido agonías esta noche. No perdonaría fácilmente. Barack voló más rápido, cruzando velozmente el oscuro cielo para alcanzar al cazador.

Una vez los tres Cárpatos estuvieron junto a Darius, Julian les hizo señas para que aterrizaran. Probablemente quería ver por sí mismo en que condiciones estaba Darius. Los tres hombres tenían toda la intención de proteger a Darius. Sabían que había sido herido. Impacientemente los ojos fríos de Darius se deslizaron sobre Julian.

- ¿Qué pasa?

Estaban en un huerto no muy lejos de donde Darius había obligado al coche que llevaba a Tempest a salirse de la carretera. Julian había lanzado el coche desde gran altura. Los vehículos de la policía y los bomberos estaba ya dejando la escena.

- Cullen me dijo que un hombre llamado Wallace llevó de Europa y encendió a este Brady Grand contra el grupo y Julian y Desari en particular. - Ofreció Dayan. Estudiaba la cara de Darius mientras hablaba.

Darius parecía decidido y duro. Había una mancha de sangre en su cadera y otra mancha enorme extendiéndose sobre su muslo. Dayan miró inquieto a Julian y Barack pero evitó hacer ningún comentario. Había una furio fría en los ojos de Darius. Una extraña incandescencia escarlata que parecía venir de la luna roja como la sangre atrapada y reflejada de vuelta en ellos desde las mismas profundidades de esos negros, negros ojos. Era una extraña llama de rabia salvaje, tan primitiva e imparable como el propio tiempo. Nada detendría a Darius esta noche. Él era el depredador último. Su presa nunca podría escapar de él.

- ¿Has oído hablar de este Wallace? - Preguntó Darius a Julian tranquilamente.

- Unos pocos años atrás hubo un hombre que cazó a nuestra gente, nuestro Príncipe, su compañera, y su hermano. Torturó y mató a humanos e inmortales por igual. Ese hombre se llamaba Wallace, pero fue destruído. Sé que pertenecía a una sociedad de fanáticos. Sólo puedo imaginar que los dos Wallace son parientes, especialmente si viene de Europa. Él debe ser ahora el cabecilla de la sociedad.

- Estos lunáticos son como Medusa, la mujer serpiente. Cortas una cabeza, y otra crece en su lugar. Si arrancamos esta, podemos esperar que al menos se vean obligados a reagruparse durante un tiempo. - Dijo Darius suavemente. - Nos dará tiempo para reunir más información sobre ellos.

Julian asintió solemnemente.

- Los cazadores de vampiros humanos han sido la plaga de nuestra gente durante miles de años. Mientras nuestros hombres se conviertan, existiran estos humanos que se tornan suspicaces y continuan cazándonos a todos.

- Quizás la solución es averiguar más sobre estos fanáticos y cazarlos activamente. - Sugirió Darius desagradablemente.

- Tenemos a algunos de los nuestros reuniendo información sobre ellos. Desarrollaron una toxina en uno de sus laboratorios. Inyectada en el cuerpo de un Cárpato, puede paralizarle. - Le informó Julian casi apaciguadoramente. - Nuestro sanador... tu hermano, Darius... encontró un antídoto. Pero estos son hombres decididos. Incluso si acabamos con este Wallace, pueden venir más tras nosotros de nuevo y continuar desarrollando nuevos y más letales venenos contra nosotros.

- No, Julian. - Darius volvió con una tranquila amenaza. - *Destruiré* a este hombre. Si eso da un respiro a nuestra gente, que así sea. Si no, no retrocederemos ante nuestro deber.

- ¿Tienes el olor de nuestra presa? - Preguntó Julian.

- Su hedor está en mis fosas nasales. No puede escapar a su destino esta noche.

- Su compañera todavía vive. - Dijo Dayan suavemente.

La cabeza de Darius saltó volviéndose, sus ojos resplandecieron con un fuego lento.

- Soy bien consciente del estado en que se encuentra mi compañera, Dayan. No hay necesidad de que me lo recuerdes.

- Tempest es una de esas mujeres inusuales que nunca guardan rencor. - Dijo Julian a nadie en particular. - Es difícil imaginarla matando a una mosca.

- Gracias por señalarme eso, Julian. - Soltó Darius, y se lanzó directamente hacia arriba.

Pocos podrían logran tal proeza. Estaba en el cielo, una ráfaga de vapor moviéndose a gran velocidad a través del tiempo y el espacio. Julian rio suavemente y le siguió, no queríendo ser superado por su cuñado. Dayan encogió sus poderosos hombros, sonriendo hacia Barack, y dando un salto.

Barack sacudió la cabeza hacia todos y fue tras ellos. Alguien tenía que tener algo de sentido común.

Lo oscuro y amenazador se volvio mas pesado cuando las corrientes separadas de vapor se acumularon juntándose y moviéndose rápidamente en lo alto, apagando las estrellas a su paso. Bajo ellos los animales corrieron a ponerse a cubierto a toda prisa al cobijo de los árboles y en sus guaridas. Sentían a los oscuros depredadores moviéndose rápidamente en lo alto y elegían permanecer tan pequeños e inmóviles como era posible. La nube se detuvo

abruptamente, como si el viento hubiera cesado de soplar. Darius permitó que la brisa soplara a su alrededor, a través de él. Lo indicó exactamente a donde quería ir. Tenía la esencia de los compañeros de Brady Grand. Los reconocería en cualquier parte. Muya abajo, cobijada en la ladera de una colina, una casa estilo rancho se extendía desgarbadamente en forma de L. A primera vista parecia desierta, pero no había forma de detener el viento que llevaba el hedor de su presa hasta los Cárpatos. La nube se movió lentamente, extendiendo una oscura mancha sobre la colina. El viento soplaba con fuerza y debería haber arrastrado lejos la nube, pero permanecío orgullosamente en lo alto, un portento de muerte y destrucción.

El viento empujó las ventanas de la casa de rancho, intentando entrar, buscando un punto débil. Sopló más fuerte, sacudiendo ruidosamente los paneles de cristal, abriendo y cerrando los postigos insistentemente. Entonces hubo un movimiento en el ala sur de la casa; alguien abrió las ventanas del piso bajo y extendió los brazos hacia la noche intentando cerrar los postigos.

La amenazadora nube negra golpeó duro y con rapidez. Atravesó el cielo y entró a raudales en la casa a través de la ventana abierta, llenando la habitación como humo sofocante.El hombre se tambaleó hacia atrás, su boca se abrió de par en par con un silencioso grito. El sonido no llegó a emerger, amortiguado por el espero vapor mientras se movía a través de su cuerpo, quitándole el aliento, sacando el aire como un vacío.

Uno por uno los Cárpatos brillaron tenuemente hasta formas sólidas. Darius estaba ya moviéndose. Podía oir cada sonido de la casa. Cuatro hombres jugaban en un salón tres puertas a su derecha. Arriba, otros dos se movían. Alguien estaba viendo la televisión en una habitación escaleras arriba y a su izquierda. Darius se deslizó a través de la casa, un silencioso depredador acechando a su presa.

En el piso de abajo dos hombres permanecían en una habitación, hablando en voz baja. Los soldados. Esperaban a Tempest. Esperaban a una mujer indefensa a la que poder torturar, utilizar para arrastras a los Cárpatos hacia ellos. Cada uno de esos soldados llevaban una jeringilla con él. DArius estaba seguro de ello. No le importaba. Nada le importaba excepto que esos hombres habían intentado hacer daño a su compañera y su hermana. Nada le detendría.

Permanecía en pie ante la puerta abierta del salón, sus ojos brillaban de un rojo feroz, sus dientes blancos brillaban. Los hombres se volvieron uno a uno, una lenta pirueta orchestada por un conductor implacable, interpretada con la gracia de un ballet. Uno a uno se agarraron la cabeza, colocandose las manos firmemente sobre los oídos. Darius soltó una amenazadora sonrisa de burlona diversión. Ejerció presión, una firme e implacamente aplicación de dolor. Mientras uno a uno caían de rodillas.

- Caballeros creo que me buscaban. - Dijo suavemente, la dureza de su cara era implacable. sus emociones tan frías como el hielo. Los observó morir desapasionadamente, con un pensamiento fugaz para el forente que tendría que intentar explicar como habían muerto cuatro hombres de un aneurisma cerebral todos exactamente en el mismo momento. Instantáneamente las víctimas quedaron despachadas fuera de su mente.

Julian, Dayan, y Barack podrían arreglárselas con los de esta sección de la casa. Darius se movió como un frío viento asesino a la otra ala de la L, donde sabía que encontraría la cabeza del monstruo. Se movió tan rápido que uno de los soldados que bajaba al vestíbulo tropezó contra él sin darse cuenta de con qué había topado. El hombre se tambaleó hacia atrás, miró alrededor, rascándose la cabeza, y continuó bajando por el vestíbulo hacia el salón. Darius si desentendió de él como si ya estuviera muerto. Julian había presenciado el primer atentado contra la vida de Desari hacia tantos meses, cuando hombres como ese había barrido el escenario con armas automáticas, casi matándola. Apesar de su excéntrico sentido del humor y sus modales más bien sardónicos, Julian era tan letal como Darius. Simplemente él lo escondía mejor. Julian no permitiría que ninguno de estos asesinos escapara. La enorme sala contaba con altos cielorasos y chimenea de piedra en una pared con una enorme área para charlar aguamada alrededor. Dos hombres descansaban en sillones mullidos, tomando café

Librodot

mientras esperaban a su víctima. La enorme forma de Darius llenaba el umbral de la puerta. Simplemente se quedó allí en pie, esperando.

El más viejo tenía que ser Wallace. Era de constitución media marcado con unas pinceladas de pelo gris, de rasgos apuestos bastante apuestos, y ojos vacíos. Su compañero era unos buenos veinte años más joven, de pelo oscuro y una obvia ansiedad de probarse a sí mismo.

Darius tocó sus mentes. En Wallace encontró una enfermiza y perversa naturaleza, un hombre cruel con los animales y las mujeres. Disfrutaba haciéndoles daño, encontrando placer en observar el sufrimiento de otros. Ese Wallace más mayor obviamente había pasado su legado a su hijo, el hombre muerto en Europa por los Cárpatos unos pocos años antes. Su odio corría profundo y fuerte, y había anticipado una larga y placentera sesión con Tempest. Las perversas fantasías de su cabeza excitaron al demonio interior de Darius hasta un punto casi incontrolable. Darius luchó por controlarlo y vencerlo.

Cuando ninguno de los hombres levantó la mirada, una situación que encontró graciosa bajo las circunstancias, Darius se aclaró la garganta suavemente para dirigir la atención hacia él.

- Tengo entendido que solicitan mi presencia. Era completamente innecesario el tipo de invitación que han enviado. Aunque ahora que les veo y observo la putrefacción de sus mentes, entiendo por que lo hicieron. - Su voz fue hermosa, una oscura arma mágica que esgrimía fácilmente. - Por favor no es necesario que se levante. - Añadió al joven. - Tengo negocios con su jefe.

Levantó una mano y golpeó más bien descuidadamente al joven soldado empujándole de vuelta a su asiento manteniendole esclavizado sin dificultad a distantcia.

Willian Wallace miró fijamente al hombre alto y elegante que llenaba el umbral de la puerta. Su pelo negro como la medianoche flotaba hasta los amplios hombros. Sus ojos sostenían la llama roja de un demonio. El poder se aferraba a él, y sus dientes blancos brillaban amenazadoramente cuando sonreía. Era extraordinariamente cortés, pero Wallace sintó la pura amenaza bajo la superficie. Físicamente era apuesto, un especimen guapo, intensamente masculino de hombre con una sensualidad que rodeaba su boca igualada sólo por su borde de crueldad.

Wallace sintió que su corazón empezaba a martillear con alarma. Sus dedos se apretaron en dos puños apretados.

- ¿Quién es usted?

- Creo, que el asunto es más bien, ¿qué soy? ¿Ha conocido alguna vez antes a un vampiro, Señor Wallace? - Preguntó Darius cortesmente. - Como se ha tomado tantas molestias para invitar a uno a su casa, esperaría que tuviera la más ligera idea de con qué está tratando.

Wallace miró fijamente a su compañero, congelado en el lugar por la mente del intruso.

Decidió ser tan cortés como su invitado, esperando cogerlo con la guardia baja. La casa estaba tomada por sus hombres. Más pronto o más tarde vendrían. En cualquier caso, tenía un arma secreta, si solo conseguia acercarse lo suficiente al vampiro.

- Entre. - Ondeó una mano ampliamente, indicando una silla cercana. Darius sonrió, una muerstra de dientres, un salto de llamas en las profundidades de sus ojos, pero no se movió.

- Por lo menos, seamos civilizados. Estoy seguro de que es eso lo que tenía en mente cuando envió a sus asesinos tras mi mujer. No se moleste en negar sus intenciones. Puedo leer sus pensamientos fácilmente.

Wallace decidió responder con descaro.

- El mal llama a el mal. Conozco a su raza y de lo que son capaces. Otros como usted mataron a mi propio hijo, asesinaron a dos de mis cuñados. Si, tenía intención de tomarme mi tiempo disfrutando de la mujer. Es bastante guapa. Habría sido... delicioso.

Darius extendió la mano y se estudió las inmaculadas uñas. Una a una, garras afiladas brotaron de sus puntas. Sonrió de nuevo con la amenaza de un depredador. Una vez más su

negra mirada tocó al hombre mayor, y fue como un golpe físico, una punzada que parecío sacudir el cerebro de Wallace haciendo que se agarrara la cabeza dolorida. Sintió el tremendo poder del visitante, y sus entrañas se retorcieron.

Darius se deslizó al interior de la habitación, fluídos y flexibles músculos ondeando de poder bajo su elegante camisa blanca. Parecía llenar la habitación entera, parecía succionar todo el oxígeno del aire.

- Veo que ha decorado las ventanas con ajo? ¿Cree que la vegetación me molesta de algún modo, quizás que debilita mi poder?

- ¿No es así? - Contrarrestó Wallace, atragantándose por un momento.

El brillo de los dientes blancos fue su respuesta. Darius se acercó a la chimenea, extendió la mano, y tocó la enorme cruz de plata que había allí.

- Parece que tiene toda la parafernalia para espantar a un vampiro.

Wallace estaba horrorizado. Miró fijamente hacia la puerta, súbitamente consciente del profundo silencio de la casa.

Darius se deslizó más cerca.

- ¿Qué es exáctamente lo que desea aprender de mí, Señor Wallace? Esta es su oportunidad.

Wallace sacó de un tirón la jeringilla llena con la toxina y la enterró profundamente en el brazo de Darius. Soltó hacia atrás, sonriendo triunfante.

- Ah, si, el veneno en el que han trabajado tan duro para desarrollar. - Dijo Darius suavemente, su voz tan hermosa y despreocupada como siempre. - Es difícil saber si funciona realmente a menos que tenga la oportunidad de probarlo. Observemos juntos los resultados. - Los ojos sin alma encontraron los de Wallace. - ¿Se considera a sí mismo un científico, no es así, Señor Wallace?

Wallace asintió lentamente, mirando al que pensaba que era un vampiro. Darius lentamente se enrolló la manga de la camisa de seda, exponiendo los músculos firmes de su brazo. Clavó los ojos en su piel, provocando que llamas rojas se movieron trémulamente y danzaran, y Wallace casi gritó cuando gotas doradas de líquido venenoso empezaron a rezumar por los poros de Darius y correr hacia abajo por su piel para gotear hasta el suelo.

- Interesante, ¿no? - Inquirió Darius en un ronroneo amenazador. - Debería conocer mejor a su enemigo al que sea desafiar, Señor Wallace. Es mal negocio cazar sin el suficiente conocimiento de su presa.

- ¿Dónde está ahora la mujer?

Las cejas de Darius se arquearon.

- Realmente es tan arrogante como para creer que permitiría que sus ridículos asesinos me arrebataran lo que es mío? Sospecho que está usted más interesado por el paradero de sus soldados.

Wallace suspiró y se recorrió con una mano el pelo entrecano, dejándolo de punta.

- ¿Y dónde están?

- Lo que ha quedado de ellos puede ser reclamado en la morgue local. - Respondió Darius despreocupadamente.

- Supongo que el resto de mis hombres también han sido destruidos. - Aventuró Wallace.

Darius envió su mente a buscar a través de la casa, despué sonrió con satisfacción.

- Debo admitir, que no parecen gozar de muy buena salud. Debería haber elegido a sus compañeros más cuidadosamente, Señor Wallace.

Los ojos descoloridos de Wallace relampaguearon con súbita malicia.

- Veo que usted mismo no ha resultado ileso. Está sangrando.

Los dientes blancos brillaron de nuevo.

- No es nada, un simple rasguño. Mi cuerpo sanará sin dificultad, pero gracias por su preocupación.

Wallace siseó entre dientes.

- Tiene intención de matarme.

Los encendidos ojos rojos se vertieron sobre él como lava fundida.

- Con gran placer, Señor Wallace. Yo protego lo mío. Permití que saliera libre tras la última amenaza a mi familia, pero insiste en pedir que le libere de su miserable vida. No puedo hacer más que complacerle.

- Volveré a Europa, le dejaré en paz.

Darius sacudió la cabeza lentamente.

- Ella ha sido tocada por sus asquerosos sirvientes. Tenía usted intención de violarla, torturarla. No porque pensara que ella era un vampiro sino porque eso le proporcionaría placer. Usted me quería aquí, Señor Wallace, y ahora tiene justo lo que deseaba.

Wallace miró a su joven compañero, el único que había elegido como su protegido porque encontraba en el joven la misma naturaleza que en sí mismo.

Darius había recogido fácilmente los pensamientos de tener el papel principal en la película de Tempest de la cabeza del joven, sabía que no creía en vampiros pero se sentía atraído por la violencia y ansia sexual que la sociedad de cazadores de vampiros prometía proporcionar. Sus ojos negros talabraron al joven mientras contemplaba la maldad que existían en ambos mundos, el suyo y el de los humanos. Liberó al joven del agarre. Instantáneamente se lanzó hacia Darius, aparentemente demasiado estúpido como para entender que Darius había estado controlándole.

Darius permaneció tan inmóvil que pareció ser parte de la habitación, de la propia tierra, silencioso, vigilante, inamovible. En el último segundo, justo cuando el hombre tendía las dos manos hacia él, Darius brilló hasta convertirse en vapor, disolviéndose, y reapareciendo tras el joven.

- ¡Daniel, detrás de ti! - Advirtió Wallace.

Darius intentó sacar el arma de la cinturilla del pantalón mientras se volvía. Incluso mientras captaba un vistazo del intruso, la cara del vampiro ondeó, se contorsionó, y alargó en un largo hocico. Explotaron hacia adelante dientes, afilados como hojas de afeitar, mandíbulas arrojándose hacia adelante para enterrarse directamente en el pecho de Daniel, rasgando un agujero para alcanzar el latente corazón.

Wallace saltó fuera de su silla, volcándola mientras intentaba llegar a la puerta. La elegante figura se movió, un borrón deslizándose para cortarle la retirada. Una vez más Darius parecía un hombre apuesto, de negros ojos impasibles, y boca hermosa y cruel. No había ni una mancha en su inmaculada camisa, aunque un charco de espesa y pegajosa sangre se reunía alrededor del cuerpo de Daniel. Parecía una muñeca de trapo tirada en un montón sobre el suelo.

Wallace se quedó congelado, no atreviéndose a acercarse más al terrible demonio que le amenazaba

- ¿No le ves? - Siseó. - Yo soy como tú. Podría servirte. Hazme como tú... inmortal.

Darius arqueó una ceja.

- Se halaga a sí mismo creyendo que es de algún modo como nosotros. Existen algunos de los míos que se hayan convertido en malvados, retorcidos y podridos seres como usted. Ellos le podrían conceder un pequeño aplazamiento en la ejecución, permitiéndole vivir un tiempo alimentándose de la carne muerta mientra servía usted a sus oscuros propósitos. Pero yo no soy de esos.

- ¿Quién eres entonces? - Susurró Wallace. Ahora podía oir algo más. No el silencio fantasmal de esta casa de muerte. No el sonido de sus hombres viniendo en su ayuda. Sino el bajos e insidiosos murmullos que asaltaban sus oídos. Intentó reprimirlos, sin entender el idioma pero sabiendo que había más criaturas cerca que la que tenía enfrente. Esperaban, habían sido llamados por este para terminar con Wallace, para venir a ellos.

- Soy un instrumento de justicia. He llegado para enviarle de este mundo a otro, donde deberá responder por sus terribles crímenes contra mortales e inmortales por igual. - Darius pronunció las palabras suavemente, casi gentilmente.

Wallace sacudió la cabeza inflexiblemente.

- No, no puede hacer eso. No puede. Soy un líder. Tengo un ejército detrás de mí. Nadie puede derrotarme. - Alzó la voz histéricamente. - ¿Dónde estáis? Venid todos, estoy en peligro. ¡Proteged a vuestro líder!

Los terribles ojos sin alma nunca abandonaron la cara de Wallace. Esos ojos negros estaban completamente vacíos, faltos de todo sentimiento. Entonces pequeñas llamas rojas empezaron a llamear en sus profundidades, alimentando el temor de Wallace.

- No queda nadie. - Dijo Darius. - Sólo usted. Y le sentencio a muerte por sus crímines contra toda la humanidad. Por favor complázcame, señor. - Darius gesticuló hacia el vestíbulo. Wallace encontró que no podía luchar contra la compulsión.

Paso tras paso macabro, se movió, su cuerpo avanzó dando tumbos como una marioneta mientras recorría el vestíbulo hacia las escaleras. Wallace intentó gritar, pero no surgió ningún sonido. Su cuerpo continuó obedeciendo las órdenes del demonio que había convocado a la casa. Una vez escaleras arriba, la criatura continuó gesticulando para que avanzara. Centímetro a centímetro, paso a paso, incansablemente, implacablemente, Wallace fue conducido hacia la sala.

Jadeó cuando vio a los cuatro hombres tendidos sin vida, sin siquiera una marca en ellos, en medio del suelo. Entonces la compulsión le empujó hacia la puerta del balcón. Abajo había una valla de hierro forjado, cada poste separado terminaba en una estaca afilada. Wallace se quedó con la mirada fija hacia abajo sobre las letales estacas e intentó detener su próximo paso, pero sintió el espacio vacío bajo su pie delantero, depués el aire bajo el otro. Y entonces cayó, libre del dominio del demonio para que su grito resonara en la noche.

Darius bajó la mirada desapasionadamente hacia el cuerpo colgado de la cerca, una estaca le atravesaba directamente el corazón. Permaneció allí tranquilamente, luchando por reprimir a la bestia que todavía demandaba liberarse, todavía clamaba retribución y sangre.

Tempest. Deliberadamente pensó en ella, la tomó en su cuerpo y alma, permitiendo que su luz calmara a la terrible bestia, al momento se restableció el equilibrio entre el hombre intelectual y el depredador instintivo. El instinto salvaje ya no le dominaba, exigiendo sangre y venganza, sino una vez más ella, su otra mitad. No podía hacer más que volver a ella tan rápidamente como fuera posible. volvió entonces, de vuelta a su familia, de vuelta a su gente.

Julian suspiró suavemente.

- Debes tomar mi sangre, Darius, y después ir a la tierra para sanar tus heridas.

- Supongo que debo conceder que tienes razón.

- Y casi te mata admitirlo. - Julian le sonrió.

Una lenta sonrisa tocó el duro borde de la boca de Darius.

- Oh, cállate. - Dijo cansinamente, pero con un destello de humor auténtico en sus ojos.

18

Darius se alzó dos días más tarde, con su cuerpo totalmente curado. Con el apropiado descanso rejuvenecedor, la sangre de un antiguo, y la rica tierra, su fuerza total estaba renovada.

Enseguida recabó noticias de su familia. Comprobó mentalmente a cada uno de ellos para asegurarse de que estaban bien y a salvo. Les aseguró, a cambio, que estaba completo y curado y pronto despertaría a Tempest.

Darius se levantó vorazmente hambriento, y supo que si todo había ido bien con Tempest, ella lo estaría también. Cazó, elegiendo presa cerca de la cueva, alimentándose

vorazmente, tomando lo suficiente para ambos. Cuando regresó a la cueva, preparó su despertar, machacó hierbas para llenar el aire con un aroma consolador, esparciendo velas para que las pequeñas llamas danzaran sobre las paredes y titilaran invitadoramente. Formó una cama mullida con suaves sábanas para darle la bienvenida.

Darius descendió hasta ella y la acunó entre sus brazos, flotó fuera de la tierra y cerró el profundo agujero para que no quedara señal de lo que podía parecerle a ella una tumba. Tempest lucía hermosa incluso en su sueño. Incluso más hermosa de lo que recordaba. Su piel inmaculada, su pelo una masa de espesa seda rojo dorada volcándose alrededor de su cara. La llevó a la humeante charca mineral y la despertó mientras la introducía en el agua.

Inclinó la cabeza hacia su suave boca, capturando su primer aliento mientras ella introducía aire en sus pulmones y exhalaba. Sabía a luz y bondad. Sabía como el deseo y la llama. Sus largas pestañas revolotearon, después se elevaron, así que quedó mirando fijamente a sus vívidos ojos verdes. Una débil traza de humor crepitó en las profundidades esmeralda. Era asombroso lo que hacía a su corazón, lo derretía y simultáneamente lo apretaba con fuerza. Su pecho se sentía desproporcionadamente apretado, su corazón latía de miedo por las consecuencias de su valerosa elección.

- Así que, por suerte, la cosa del desquiciamiento no marcha aquí. No tengo el loco deseo de trastornarme y colgar de los pies como un murciélago, pero definitivamente tengo hambre.

La seductora caricia de su voz jugó sobre la piel de él como unos dedos. Su mente, cuando la tocó, era una mezcla de miedo y humor, como si pudiera decidirse por alguno de ellos.

- Es natural estar hambrienta, cielo. - La tranquilizó él, la palma de su mano apartó mechones sedosos de su pelo del cuello. El agua lamía su piel, estallaban burbujas sobre y alrededor de ellos, creando una sensación de intenso placer.

- Un poco repulsivo, creo. - Intentó ser analítica sobre ello.

- ¿Tú crees? - Inclinó la cabeza para encontrar el pulso que latía en su garganta, la lengua acarició una marca, sintiendo la súbita e impaciente excitación. - ¿Eso es lo que se siente cuando te beso así?

Le estaba robando el aliento, la cordura. Estaba volviendo su cuerpo a la vida de nuevo, provocándole una llama viva de deseo.

- Ya lo sabes. - Acusó ella.

Los dientes mordisquearon ligeramente hacia atrás y adelante sobre su cuerpo. Los músculos de su estómago se apretaron con anticipación. El calor se recogió inmediatamente en su interior, bajo y urgente.

- ¿Y que hay de esto, Tempest? - Persistió él, el aliento era cálido sobre su piel.

Arqueó el cuello para darle un mejor acceso, su cuerpo entero ardía por el erótico éxtasis de su mordisco.

- Ya lo sabes, Darius.

La boca se movió para encontrar la de ella en un lento y lánguido beso que él necesitaba más que ninguna otra cosa en ese momento.

Ese beso le robó a ella la habilidad de pensar con cordura, de pensar en nada que no fuera él.

- Eso es lo que yo siento. - Dijo Darius. - Cuando tu boca se mueve sobre mi piel, cuando tus dientes me encuentran y mi sangre fluye en tu interior. Es hermoso y erótico, y mi cuerpo desea ardientemente compartir como hace el tuyo.

Movió las manos sobre su piel, una lenta exploración de sus sombras y curvas, lavándole las restos de tierra. La sensación de las palmas de las manos deslizándose sobre la piel desnueda, acunando sus pechos posesivamente, bajando por su estómago hasta el triángulo de rizos, deslizándose entre las piernas buscando su cremoso calor que la quemaba. Provocando una hambrienta demando que ella nunca había conocido. Lentamente introdujo un dedo en su interior. Un segundo. Empujó dentro de ella, explorando su aterciopelado

Librodot

interior, sabiendo que pulsaba de vida y deseo sólo por él. Ella empujó contra la mano, buscando alivio del fuego acumulado. Tempest podía sintir alejarse sus inhibiciones mientras su cuerpo iniciaba sus propias demandas.

Empezó a acariciar su piel, trazando los pesados músculos de su pecho, la definición de su abdomen, después se movieron más abajo para acunar su peso en la palma de la mano, donde los incitadores dedos recorrieron su dura longitud. Darius la levantó entre sus brazos, saliendo a zancadas de la charca para tenderla sobre la cama que había hecho para ella, su cuerpo cubrió el de ella. Tempest sonrió y le rodeó la cabeza con los brazos, sus manos acariciarion el pelo espeso.

- Al fin, una cama. ¿Crees que sabremos como hacerlo en ella?

- Oh, si, pequeña. Creo que no tienes nada de que preocuparte. Sé exactamente qué hacer. - Susurró contra su garganta. El cuerpo de ella se sentía como saten, el pelo como seda. ¿Cómo podía ser algo tan endemoniadamente suave? Saboreó su piel, su dulce miel, y permitió que su cuerpo se hundiera en una feroz oleada de deseo. La necesidad le inundó, fuerte e urgente, un hambre impacable que sólo el cuerpo de ella podía saciar.

Tempest fue alcanzada por la sensación de la dominación del cuero y agresivo cuerpo masculino, su fuerza bruta, la respuesta temblorosa que sus dedos podían inducir. Sonrió, su lengua le saboreó el cuello, deleitándose en la rica textura de la piel. Sus pechos estaban sensibles, hincados de deseo, doloridos de placer, presionado contra el poderoso pecho de él. Y entonces fue consciente del latido de su corazón. El flujo y reflujo de su sangre, como las olas del mar avanzando y retrocediendo. La llamada, el hambre, el hambre que todo lo consumía. Instantáneamente se tensó, y luchó por liberarse del peso del cuerpo de él.

Darius capturó su esbelta cintura y le estiró los brazos sobre la cabeza dominándola fácilmente.

- Shh, mi amor, calma. Baja el volumen de tu cabeza. Sabes que puede hacerse. Ya estaba oyendo las cosas magnificados, y aprendista a tratar con ello fácilmente.

Ella sacudía la cabeza de un lado a otro, intentando bloquear el sonido y el olor de la sangre, el hambre turgente y rabiosa que parecía asumir el control de todo su ser.

Darius la sostuvo firmemente, calmadamente.

- Mírame, Tempest. Abre los ojos, y mira los míos. Respira conmigo hasta que te calmes. Podemos hacer esto juntos. Podemos. Confía en mí para decidir que es lo correcto. Mírame solo a mi.

Tragando con fuerza el nudo de miedo y repulsión, Tempest luchó por abrir los párpados e instantáneamente quedó capturada y sujeta por la hipnotizadora mirada negra. La calmó como nada más podía hacerlo. Confiaba en él, creía en él. Le amaba totalmente, sin reservas. Más que a su propia vida. El terrible palpitar de su corazón se apaciguó. Su mirada se aferró a él, su salvador en la locura en la que se había metido.

Darius le sonrió con completa confianza.

- Podemos hacer esto juntos, cielo. Tú y yo. Somos uno. Nuestros corazones, nuestras almas, nuestras mentes, y nuestros cuerpos.

La mano de él se deslizó entre sus muslos, los dedos comprobaron si estaba lista. Presionó su ardiente y palpitante punta de terciopelo en el interior de la abrasadora entrada para que ella pudiera sentir su rabiosa necesidad, lo grueso y duro que estaba. - Esto somos nosotros, Tempest, tú y yo. Nuestros cuerpos se desean ardientemente el uno al otro. ¿Me sientes exigiéndote, ardiendo de deseo por ti? - Se empujó más profundamente con exquisito cuidado, observando como los ojos de ella se abrían de par en par en respuesta, sintiendo su calor cerrarse a su alrededor, apretando y aferrando en reacción a su invasión. La dulce agonía hizo que aparecieran gotas de transpiración en su frente.

Tempest gimió suavemente, sus caderas se movieron por propia necesidad. Darius la mantuvo inmóvil, su cuerpo aún más hinchado, llenándola completamente, conducido por la estrechez de la ardiente vaina, las demandas de su propio cuerpo hacía en ella, en él.

- Funde tu mente con la mía. Nos quiere juntos como debería ser. - Su susurro fue pura seducción, pura mágia. - Mi cuerpo está profundamente en el interior del tuyo. - Se retiró y empujó hacia adelante de nuevo, una poderosa estocada que le enterró incluso más profundamente. Los brazos de ella intentaron liberarse, pero él la mantuvo atrapada bajo él.

Darius inclinó la cabeza hacia de tentación de los pechos de ella, sonriendo cuando el cuerpo de ella se tensó a su alrededor. La lengua lamió amorosamente un pezón antes de tomar la satinada y suave carne en el calor de su boca. Ella gritó entonces, arqueándose más cerca de él, necesitando la sensación de su boca tirando de ella. Las caderas de él se movieron a un ritmo lento y perezoso diseñado para volverla loca. No podía moverse, atrapada como estaba, así que Darius pudo tomarse su tiempo, arrastrándola a un punto febril, explorando su cuerpo a conciencia.

Ella sintió el cálido aliento de él sobre su pecho, y algo salvaje en su interior pareció liberarse.

- Por favor, Darius. - Se oyó a sí misma gemir, y supo que deseaba. Estaba alzándose de la cama, ofreciendo su cuerpo a la acariciante boca. - Por favor, no me hagas esperar. - Susurró las palabras en medio de una agonía de anticipación, entonces sintió el cuerpo de él responder a la urgencia de su súplica, hinchándose, endureciéndose, moviéndose con largas y profundas estocadas en su interior. Sintió los dientes raspando gentilmente la piel, su lengua siguiéndo la áspera caricia, y después gritó cuando un calor blanco la envolvió, la golpeó, mientras los dientes se introducían profundamente y la boca se movía eróticamente contra el pechos, alimentándose de ella. Sintió el calor abrosándola. Rodeándola del todo. Deseaba que continuara para siempre. Que no se detuviera nunca. Deseaba sujetar su cabez contra ella y obligarle a tomarla de este modo una y otra vez, para siempre.

El calor. El fuego. El éxtasis. Cerró los ojos y se abandonó a ello. Oleadas de placer golpeaban su cuerpo, consumiéndola, consumiéndole a él. Entonces su mente empujó para entrar en la de ella con las mismas demandas que su cuerpo imponía al cuerpo de ella. Así es como lo siento yo. Necesito que tú hagas lo mismo por mi. Su voz rozó la mente de ella como dedos entre las piernas, crudo, necesitado y creando oleadas de fuego.

Su lengo acarició el pecho.

- Hazlo por mí, mi amor. Dame lo que yo te he dado. - Fue pura y flagrante seducción, la tentasión del mismo diablo.

Empujó las caderas todavía más profundamente, volviéndola a derretir. Su pecho estaba sobre la cabeza de ella, presionando contra la boca inquieta. La lengua de ella encontró su piel. Sintió el empuje justo a través de su mente. Sintió su cuempo latiendo dentro del de ella. Los dientes de ella moviéndose atrás y adelante sobre su corazón latente. El hambre la consumía. La necesidad de darle cualquier cosa que deseara. Una mano enorme capturó su trasera, levantándole las caderas para poder enterrarse a sí mismo una y otra vez en ella; la otra siguió hasta la nuca, sujetándola firmemente contra su pecho.

- Díos, pequeño, me estás matando. Haz esto por mi. Lo necesito como nunca he necesitado algo en mi vida. Por favor, pequeña. - Las palabras salieron con cruda necesidad, entre los dientes apretados, su cuerpo se esforzaba por convencerla. Entonces su grito ronco llenó la cueva, su cabeza se hechó hacia atrás en medio de un puro éxtasis mientras los dientes de ella perforaban la carne.

Ella lo sentía, sentía la intensidad de su placer mientras fluía dentro de ella, ardiente y rico con la esencia de la vida y la pasión. Su cuerpo empezó a empujar en ella, más ardiente y rápido, hinchándose y endureciéndose hasta que ella estuvo tan apretada que la fricción amenazó con enviarlos a ambos a las llamas. Sintió el cuerpo de ella convulsionarse, aferrarle, apretándole con más y más fuerza hasta que derramó su ardiente semilla en ella, llenándole mente y cuerpo, sus venas, con la vida de él.

Darius gritó, temiendo hacerse en pedazos por el placer, temiendo que lo hiciera ella.

- Te reclamo como mi compañera. Te pertenezco. Me ofrezco mi vida. Te doy mi protección, mi lealtad, mi corazón, mi alma, y mi cuerpo. Los tomo en mí para guardar del

Librodot

mismo modo los tuyos. Tu vida, felicidad y bienestar serán apreciadas y colocadas sobre las mías siempre. Eres mi compañera, unida a mi por toda la eternidad y siempre a mi cuidado. - Obligó a cada palabra a salir entre sus dientes, entre cada latido de su corazón, para que no pudiera haber error, nunca, de ninguna forma de que el ritual había sido completado. Quería que ella sintiera cada palabra con su alma unidad, su cuerpo unido, su mente, su corazón, y su piel. Ella de él, y el le pertenecía a ella. Nunca renunciaría a ella, nunca la dejaría marchar, nunca permitiría que nada le hiciera daño.

Darius la mantuvo en él, su cuerpo todavía ardiente y dura en el interior del fuego aterciopelada de ella. Ella estaba pegajosa con su semilla, con lengua cerró las heridas sobre su corazón, el cuerpo de ella estaba tan exhausto que no podía moverse. Rodó de encima de ella, llevándola con él, manteniendo sus cuerpos juntos.

- Gracias, Tempest. No te merezco, pero gracias.

Ella quedó tendida oyendo el ritmo combinado de sus corazones, descansando en la mente de él. Vió su implacable resolución de guardarla, los profundos lazos entre ellos que nunca podrían romperse y quedó segura de su futuro juntos. Vió que el ritual de emparejamiento Cárpato sólo se incrementaba con el paso del tiempo. No podía ver como era eso posible sin provocarle un paro cardíaco, pero lo aceptó. Podía también ver más allá de esa posesión y ese ardiente habre por su cuerpo. Darius la amaba. A Tempest. La amaba tan profundamente, tan completamente, que ese amor llenaba todo su ser. La amaba lo suficiente como para entregar su vida por ella. La amaba sin reservas, incondicionalmente.

Tendida entre sus brazos, saboreó la sensación de tenerle bajo ella, fuerte y real.

- ¿Están los otros bien, Darius?

Él le apartó el pelo de la cara con dedos gentiles y acariciantes.

- Por supuesto. Julian tiene un hermano gemelo, Aidan, que vive en San Francisco con su compañera, Alexandria, y Julian ha llevado a Desari allí para conocer a su familia. - Porque tenía que hacerlo, Darius encontró el hueco de su cuello y raspó con los dientes su piel ligueramente, la lengua jugueteó para aliviar cualquier dolor. Entonces sonrió contra su pecho. - Se han llevado a los leopardos con ellos, lo que debería significar algo, ya que Aidan tiene cuidadores humanos, y Alexandria tiene un hermano pequeño.

- ¿Y Sindyl? - Su cuerpo estaba reaccionando ante el toque de los dientes con aleadas internas de placer. Sus manos encontraron las caderas de él y empezaron a acariciar los curvas definidas de sus músculos. Al momento el cuerpo de él empezó a ensancharse, endureciéndose en respuesta a su toque.

- Barack y Syndil están juntos, trabajando en su relación. Syndil parece más feliz y con mucha más confianza, ha descubierto su temperamento. Me envía un saludo muy caluroso para ti. Están viajando a Europa antes de la nueva gira con la esperanza de encontrar al Príncipe de Julian y otros como nosotros.

Tempest inclinó la cabeza en su pecho, sus dedos danzaron sobre él en respuesta a las fantasía que leía en su cabea. Estudió su cara, sintió su calor, su pasión alzándose bajo las caricias.

- ¿Y Dayan y Cullen? - Apenas podía pensar, mientras la mente de Darius estaba ahora echando humo con toda clase de posibilidades eróticas.

- Con todos nosotros encontrando a nuestras compañeras, la oscuridad se extiende en Dayan. Necesita tiempo para ajustarse. - Ella sintió más que oyó la preocupación subyacente en la voz de él. - Todas estas emociones intensas están perturbándole. Él y Cullen Tucker van camino de Canada. Viajarán juntos un tiempo, y Dayan ayudará a asegurar la seguridad de Cullen, lo que también debería asegurar la suya propia. Cuando la banda vuelva a reunirse para la próxima guira, volverán. - Hubo una nota ronca en su voz de terciopelo que no pudo ignorar. Anticipación.

Captando la imagen bastante gráfica de ella en la mente de él, Tempest lentamente se levantó para montarle a horcajadas. El movimiento la llenó con el grueso calor de él y abrió los ojos verdes con sorpresa. Sin embargo se echó el pelo hacia atrás y empezó una lenta y

erótica cabalgada, golpeando con las caderas gentilmente, una pequeña sonrisa de satisfacción curvaba su boca.

Darius extendió los brazos hacia arriba para envolverle la cintura con las manos, sus pulgares rozando atrás y adelante sobre la carne de ella en una carica que no pudo resistir. Simplemente era tan hermosa, con su pelo rojo alborotado de forma tan sexi alrededor de su cara y su boca lujuriosa y los enormes ojos verdes empañados de deseo por él. Su cuerpo era tan perfecto para él, pequeño pero curvilíneo, su torso enfatizaba la cremosa plenitud de los pechos. Sus manos fuertes, la movían para poder penetrarla incluso más profundamente, para poder observar como los ojos de ella se oscurecían de placer, y se encontró sonriendo también.

- Mientras te tengo donde quiero. - Dijo suavemente, extendiendo las manos hacia arriba para trazar su labio inferior con los dedos. - Me gustaría recordarte que podrías haber muerto fácilmente a causa de tu sacrificio. Un buen número de cosas podrían haber ido mal.

Tempest sintió el miedo repentino que golpeó el pecho de él, la oleada de cólera que rodó en él como una marea. Deliberadamente se llevó los dedos de él hasta la húmeda caverna de su boca y apretó sus músculos internos para apretar alrededor de la dura erección mientras incrementaba la feroz fricción. Encontró una cierta satisfacción en saber que le había distraído momentáneamente de su acalorada perorata masculina. Las caderas de él se alzaron, buscando el céntro último de ella, mientras sus manos acunaban la plenitud de los pechso. Sus ojos se oscurecieron de deseo.

Tempest le sonrió, sus pezonas empujaron entre las palmas de él, su cuerpo le contaba con cada movimiento. Darius se enderezó de repente, sus brazos se deslizaron alrededor de la cintura de ella, su boca se alimentó vorazmente del pecho sólo un momento antes de tomar el control de la situación una vez más.

- Oirás lo que tengo que decir, cielo, y me obedecerás en esto. Nunca más volverá a darse la ocasión de que te pongas a ti misma en peligro. ¿Lo has entendido? - Gruñó las palabras de un hombre de los Cárpatos imponiendo la ley a su irresponsable compañera.

Le deslizó los brazos alrededor del cuello, su lengua encontró el punto sensible tras la oreja, retorciéndose lentamente, eróticamente, creando calor y fuego, distrayéndole todavía más. su boca se arrastró entonces traviesa alrededor del cuello y se abrió camino a fuego por la garganta, todo mientras su propio cuerpo apretaba su vaina para enviarle a remontarse con placer. Darius intentó mantener su disciplinada mente bajo control. Ella le *obedecería*; tenía que prometerlo. Pero su boca tentaba en la comisura de la suya, y sus piernas sedosas cambiaron de posición de repente para rodearle la cintura y poder arrastrarle más profundamente en su interior.

En ese momento, todo lo que pudo penar, todo lo que le importaba, estaba ardiendo en llamas con ella, rompiéndose en un millón de fragmentos y volviendo a recomponerse a salvo en la tierra de nuevo, juntos, envueltos uno en los brazos del otro. Suaves susurros llenaron la cueva, risas bajas, el sonido de cuerpo moviéndose juntos, la esencia de su acto de amor. Se regodearon en su amor recien encontrado, insaciables en su apetito el uno del otro.

Cuando Darius finalmente pudo sermonearla, habían pasado varios alzamientos y no transmitió todo el impacto que originalmente había pretendido. Pero no importaba, ya que sabía que su futuro estaba sellado. Tempest era suya, por toda la eternidad, y siempre sería *su* excitante y salvaje Tempest, evitando sus órdenes, atormentándole con sus escapadas, y siempre, siempre amándole.

FIN